

Cuadernos UCAB
Nº 2

Augusto Mijares:
el insigne educador
venezolano

Edición

Índice

- 3 Editorial / *Luis Ugalde, S.J.*
5 Presentación / *Chilina León*
- ENSAYOS
- 11 —Augusto Mijares: El Maestro / *Silvia Mijares de Lauría*
17 —Discurso pronunciado por *Tomás Polanco Alcántara* en el Homenaje
rendido a Don Augusto Mijares con ocasión del Primer Centenario
de su nacimiento.
27 —Discurso de orden pronunciado por el *Dr. Miguel Hurtado Leña* en la sesión
conjunta y solemne de los Consejos Directivo y Académico del Instituto
Pedagógico de Caracas en homenaje a Don Augusto Mijares en el
Centenario de su nacimiento.
39 —Augusto Mijares: de lo afirmativo universal a lo afirmativo venezolano /
David Ruiz Chataing
45 —Afirmación de la continuidad espiritual de Venezuela / *Roberto José Lovera*
De-Sola
51 —Augusto Mijares: la primera distancia / *Elías Pino Iturrieta*
57 —Lo afirmativo venezolano en la continuidad espiritual de Venezuela / *José*
Rodríguez Iturbe
69 —Reflexión en dos tiempos sobre la sociedad civil, la historia y la
historiografía / *Graciela Soriano de García Pelayo*
75 —Visión testimonial de una crítica a la sociología pesimista / *Luis Cipriano*
Rodríguez
83 —Notas para un perfil del escritor / *Simón Alberto Consalvi*
95 —Mijares: La educación por la virtud / *Oscar Rodríguez Ortiz*
101 —La formación de la conciencia nacional a través del pensamiento educativo /
Luis Ugalde S.J.
109 —Evaluación en positivo / *Hercilia Vásquez Montilla*
119 —La integración o inclusión. Nueva modalidad educativa para eliminar el
dualismo entre educación especial y educación regular / *Silvana*
Campagnaro de Solórzano
127 —Aprendiendo a vivir con sentido La Escuela Agropecuaria San Ignacio del
Masparro / *Javier Duplá - Zulma Cirigliano y Rosa María Cisneros*

Cuadernos UCAB/Educación

Publicaciones del Vicerrectorado Académico

DIRECTORA

Chilina León de Viloría

CONSEJO EDITORIAL

Luis Azagra
Myriam López de Valdivieso
Emilio Píriz Pérez
Silvana Campagnaro
Rafael Estrada
Miguel Ángel Gómez
Javier Duplá

DISEÑO Y PRODUCCIÓN

Publicaciones UCAB

CARÁTULA

John Bruzual

CORRECTOR DE PRUEBAS

José Luis Civit G.

© Universidad Católica Andrés Bello, 1999

Depósito Legal pp 97-0131

ISSN 1316-4966

DIAGRAMACIÓN

Nina G. Vásquez S.

IMPRESIÓN

Editorial Texto C.A.



Publicaciones UCAB
Edif. de la Biblioteca. Tercer Piso
Montalbán, La Vega
Apdo. Postal. 20.332
Caracas 1020 - Venezuela
Telf: 407. 42.08 - 407.43.78
Fax: 471.33.07

EDITORIAL

Nos complace presentar este número de CUADERNOS-UCAB/Educación, especialmente dedicado a Augusto Mijares, que recoge un conjunto de aportes de destacados estudiosos en el centenario del nacimiento de este insigne educador venezolano moderno.

Augusto Mijares fue educador de vocación vinculado a lo mejor del Instituto Pedagógico de Caracas en sus albores y que, desde importantes cargos administrativos, trató de poner en práctica una educación pública de calidad para potenciar la capacidad venezolana de producir una patria próspera, justa y compartida.

Desde la muerte del Dictador a fines de 1935, la creación de una Venezuela moderna y democráticamente producida y compartida, fue el desvelo de toda una generación. Comprenderla en su historia, pensar su futuro y hacerla, se veía inseparablemente unido a un formidable impulso a la escuela pública.

Augusto Mijares no sólo fue maestro porque tuvo alumnos en su aula; lo fue mucho más por su aporte escrito a la comprensión de

Venezuela en positivo, que es como verla sin complejos, descubriendo nuestras cualidades y potencialidades (sin ignorar las limitaciones), a fin de comprender lo que debemos hacer para que lo creativo y afirmativo florezca. Hacer una sociedad así es hacerla cívica y civilizada. La guerra en nuestra historia es dura, necesidad a veces y maldición casi siempre. La primera nos la impusieron en 1811 cuando habíamos soñado filosóficamente con un pacífico y civilizado corte umbilical con la Metrópoli. No fue posible y tuvimos la guerra más larga y cruenta que pueblo alguno de América haya tenido para afirmar su derecho a ser. El Libertador no era militar, lo obligaron a hacerse. Augusto Mijares nos enseña a descubrir el hilo civil de nuestra historia en medio de las batallas y a pesar de ellas.

En el caminar indeciso y tambaleante hacia la democracia moderna entre 1928 y 1958, Mijares pensó la escuela como formadora de ciudadanos y productores. Vislumbró los peligros y las trampas mortales que acechaban a Venezuela si la nueva condición petrolera daba la mano a la vieja mentalidad

rentista; la de aquella "nobleza" criolla tan tardía que compraba títulos de España en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando ya la Revolución Francesa llamaba al mundo a eliminar esa "dignidad" ociosa y vividora de otros y sustituirla por una sociedad de productores. No olvidemos que la sociedad feudal tenía tres categorías, los oradores, los bellatores y los laboratores; es decir los que se dedicaban a rezar (clero), a guerrear (nobles) y a trabajar (el resto o tercer estado). Pues bien, las élites se prohibían a sí mismas ser productoras. En nuestra tierra producir era un vil oficio propio de siervos, esclavos, pardos y blancos de orilla. Por eso los productores tenían prohibida la entrada en la Universidad, en el seminario sacerdotal, y en las élites. El siglo XIX, la República liberal necesitaba de una base económica que no tuvo, y no logró cuajar una dinámica productora lo suficientemente generalizada, vigorosa y prestigiada como para que sus élites pudieran construir una sociedad civilizada y moderna y una vez más se demostró que las armas son buenas para tomar el poder pero no para construir una nueva y pacífica sociedad civil. En

esa sociedad de caudillos no había lugar para la educación pública generalizada.

En el último medio siglo actual la renta petrolera permitió incorporar a Venezuela con celeridad al consumo y uso de muchos productos de la modernidad, establecer un Estado civil, y eliminar guerras y conflictos mayores. Pero de ninguna manera las élites de nuestros días acertaron a hacer un sistema educativo-productivo de modo que la generalización de la educación productora y de la producción educada diera poder a las mayorías también en el Estado. Mijares, en 1943, quería una sociedad civil productiva y cívicamente fuerte, para que no fuera sierva de quienes poseyeran el Estado. Al contrario, que fuera una sociedad civil, plural y de poder repartido, capaz de manejar su Estado como instrumento del

bien común. Venimos de un Estado que posee a la sociedad, y al derrumbarse aqu'el ha aplastado a ésta.

La alianza de la renta petrolera estatal con un sentido aristocratizante de la educación (no productiva sino repartidora de la producción heredada en el subsuelo) a pesar de la generalización numérica de ésta, ha llevado al fracaso del sistema educativo y no menos del sistema productivo y político. Ahora estamos ante un Estado asediado de demandas e incapaz, al igual que el sistema educativo y productivo que lo sustenta.

El lector encontrará, en los variados aportes de muy calificados venezolanos, material valioso para *pensarnos* de nuevo hoy y sobre todo para *hacernos*

como sociedad civil y productora de los bienes y servicios que nos negamos, o al menos negamos a tres de cada cuatro venezolanos.

El título del último artículo de este número "Aprendiendo a vivir con sentido", está inspirado por la escuela agropecuaria San Ignacio del Masparro y nace de la comprensión de esta escuela granja donde se dan la mano las letras y los cultivos del campo para hacer posible una ciudadanía productiva.

Como dice Mijares, en nuestra educación no basta modificar los programas, es menester cambiar los propósitos y el espíritu mismo para centrarlo apasionadamente en la producción de la nación que necesitamos; producirlo cívicamente e industrialmente, pues si no tenemos productores no habrá ciudadanos.

Luis Ugalde, S.J.

PRESENTACIÓN

Venezuela vive una coyuntura sociohistórica que obliga a buscar norte en el legado que nos han dejado valiosos intelectuales venezolanos, entre los cuales destaca el profesor Augusto Mijares Izquierdo (1897-1979) por la pertinencia y vigencia de su pensamiento sociológico, educativo e histórico. Sus publicaciones abarcan una amplia gama de temas donde expone ideas que todavía no hemos llegado a hacer realidad, tal vez debido a la compleja dinámica histórica, social, educativa y económica que vive el país, pero ya es tiempo de aglutinar esfuerzos e inspirarse en ideales de otras épocas, todavía vigentes, con el fin de rescatar lo afirmativo venezolano tal como el profesor Mijares lo promulgó a inicios de siglo.

Hoy, en el umbral del próximo milenio, la Universidad Católica Andrés Bello asume el compromiso de dedicar el segundo volumen de su revista, *Cuadernos UCAB/Educación*, a este valioso venezolano, y para ello ha recopilado producciones de destacados intelectuales relacionadas con el pensamiento histórico, social, político y educativo de Augusto Mijares. En

este volumen se publica una selección de discursos y ponencias que formaron parte de la programación de la Comisión Presidencial Organizadora del “Homenaje a Augusto Mijares con Motivo del Centenario de su Nacimiento” y de diversos eventos realizados en instituciones académicas a las cuales estuvo unido y dónde dejó profundas huellas. Se incluyen finalmente algunas experiencias y reflexiones educativas que se pueden vincular con sus planteamientos, con el objetivo de contribuir con la formación del marco ideológico referencial que requiere el país.

Los artículos se han organizado a partir de contenidos biográficos, históricos y sociológicos, hasta llegar a los educativos, foco de la publicación, convencidos de que la transformación educativa es el vehículo para lograr la transformación social y que ella inevitablemente se nutre de los aportes de los héroes que, en su desempeño cotidiano, construyeron y siguen construyendo nuestra historia. Sin duda el profesor Augusto Mijares fue uno de ellos y esperamos que cada uno de los lectores se anime a aportar su grano de arena ante

el ineludible compromiso educativo nacional.

Silvia Mijares de Lauría inicia la publicación con su artículo, “Augusto Mijares: El Maestro”, en donde elabora la síntesis entre el padre, el educador y el hombre público sensible que llegó a ser, precisamente por su condición de maestro. Para Augusto Mijares ser maestro era ser un espejo que irradia y multiplica la luz que recibe; eso fue lo que hizo a lo largo de toda su vida en el ámbito familiar; el educativo formal: desde educación básica y hasta la educación superior; en la educación no formal y en los contextos urbano y rural. Para cada uno de ellos dejó mensajes que contribuyen a encontrar y mantener ardiendo lo afirmativo venezolano, título que identifica su extensa obra en palabras de la autora, ya que en todas sus facetas hay una alerta contra el negativismo nacional y una invitación a encontrar nuestras fortalezas.

Tomás Polanco Alcántara en su “Discurso Pronunciado en el Acto de las Academias Nacionales de Caracas en Homenaje a don Augusto Mijares en el Centenario de su Nacimiento”, destaca los

estrechos vínculos entre la vida académica de dos generaciones que han unido esfuerzos para construir un país mejor. Mijares señala que los héroes son todos aquellos que se mantienen en su nación y que luchan día a día ejerciendo con integridad la función que les toca asumir. Ilustró este concepto mediante el estudio de una selección de vidas venezolanas irreprochables, todos ellos han sido espejos donde no sólo nos podemos mirar, sino que han obligado a la luz a abandonar su estrecha trayectoria, iluminar sombras y multiplicar conocimientos. Polanco aporta un fascinante recorrido por la trayectoria intelectual del autor desde la poesía hasta la historia; desde la política hasta el funcionario público; desde el joven entusiasta, que encuentra el camino de las humanidades en un momento sociohistórico donde la educación superior sólo se vinculaba a las ciencias, al adulto que enfrentó la vejez con las armas de una alta productividad. En palabras del autor, “Es un fenómeno frecuente en la vida de los académicos. Parecería que con los años se fortalecen las facultades del alma para dejar una huella en la vida nacional” (pág. 23). Eso hizo Augusto Mijares y prueba de ello fue su trayectoria como profesor de Historia en el Instituto Pedagógico de Caracas, resumida por *Miguel Hurtado Leña* en el “Discurso de Orden Pronunciado en la Sesión Conjunta y Solemne de los Consejos Directivo y Académico

del Instituto Pedagógico de Caracas en Homenaje a don Augusto Mijares, quién lo recuerda como un gran profesor, “curioso en las preguntas, atento a las respuestas” (pág. 28) que se atrevió a luchar con valentía ante la interpretación pesimista de la Sociología hispanoamericana de su tiempo y con alto espíritu académico se dedicó a revisar con profundo sentido crítico nuestra historia. Rompió “moldes tradicionales” con base en sus aquilatadas convicciones morales y contribuyó a romper la repetición rutinaria de falsedades históricas, invitando a los estudiantes a formar su propio criterio. Hurtado Leña recopila una selección de argumentaciones que utilizó para romper algunos moldes de su época, contribuyendo a la renovación y depuración de nuestra moderna Historiografía e integrando la Historia con el humanismo. De hecho, tal como lo expone *David Ruiz Chataing* en su artículo “Augusto Mijares: de lo Afirmativo Universal a lo Afirmativo Venezolano”, el optimismo histórico de nuestro autor se remonta al Siglo de las Luces, con base en el progreso ilimitado del hombre con altos valores culturales y morales “que ha inventado la moral y la lógica; o sea una guía de su conducta y una guía de su inteligencia” (pág. 40), capaz de adoptar la forma del idealismo político y ser fuerza de cambio histórico. Invita a analizar cada personaje de acuerdo a una serie de parámetros espirituales y

a estudiar la historia en función del presente ya que “interrogamos al pasado buscándole respuestas a los problemas actuales y a las interrogaciones que nos plantea el futuro” (pág.42) convirtiéndolo al hombre en el constructor principal de un proceso histórico cuyo eje es su desarrollo humanista.

Cónsono con este planteamiento *Roberto Lovera De Sola* en “Afirmación de la Continuidad Espiritual de Venezuela” profundiza en un pensador que tuvo por objetivo “influir en la realidad inmediata, cuando se encuentra el asidero para ello; y si esto no era posible, tratar de preparar el camino a las generaciones venideras” (pág. 45). Nos legó una estrategia para abordar la continuidad espiritual del país mediante el análisis de algunos hombres y mujeres de conducta irreprochable, en quienes encontró valores como el amor a la patria, la honradez, la perseverancia, la rectitud, el desinterés, etc., éstos personajes han sido espejos que ofrecieron una revolución callada y cotidiana que debemos emular. Para Mijares, y tal vez para muchos de los que vivimos la coyuntura actual del país, la dicotomía es rutina o revolución, pero ayer igual que hoy, revolución es sinónimo de proyecto y no de violencia; de doctrina y no de palabras vacías.

Divulgar estas ideas a raíz de la muerte de Gómez era, para *Elías Pino Iturrieta*, como lo expone en su artículo “Augusto

Mijares: La Primera Distancia”, muestra del surgimiento de una “sociedad civil como alternativa frente al declive institucional” (pág. 54), evidencia de una colectividad capaz de transformar su historia; tópico que el ensayista Mijares abordó profundamente pues comprendió la necesidad de encontrar explicaciones sobre nuestra realidad, ofreciendo un método para la reconstrucción del pasado de Venezuela capaz de desterrar el fatalismo y lo negativo.

José Rodríguez Iturbe en “Lo Afirmativo Venezolano en la Continuidad Espiritual de Venezuela invita a un reencuentro con el pasado cultural y político, identificando múltiples eslabones de una familia intelectual “...dispersa, pero familia al fin” (pág. 61) que dicta pautas para enfrentar la actual crisis colectiva de índole moral. Mijares fue un importante eslabón en esa cadena, supo empinarse para mirar por encima del personalismo caudillista que imperaba en su tiempo, formando parte de una generación de autodidactas que «dejó a los otros lo que ella no tuvo», (pág. 63) que sembró, consciente de que no vería la cosecha, dejando una escuela con trazado discontinuo. De hecho, *Graciela Soriano de García Pelayo* en “Reflexión en Dos Tiempos Sobre la Sociedad Civil, la Historia y la Historiografía”, retoma el tema de la historia política y se refiere a una “sociedad siempre incivil”

(pág. 73). Después de su análisis sobre el personalismo político hispanoamericano contemporáneo ofrece argumentaciones que van más allá de la apetencia personal y es allí cuando invita a retomar la tesis civilista de Mijares y analizarla a la luz del proceso transcurrido entre dos tiempos: 1938 y 1997. En los años treinta la sociedad civil surge como un bastión de moralidad y la historia como un vehículo de reflexión social, pero en una Venezuela que tímidamente se aventuraba hacia la democracia, este papel reflexivo de la historia cedió paso a la literatura. Hoy en el umbral del siglo XXI volvemos la mirada hacia la historiografía como soporte para una reflexión social responsable y serena que oriente los planes de las disciplinas del conocimiento y de la sociedad civil.

La historia está escrita, sesgada por los escritores, pero afortunadamente todavía podemos recoger testimonio de quienes han vivido el proceso y ése es el importante aporte de *Luis Cipriano Rodríguez* en su “Visión Testimonial de una Crítica a la Sociología Pesimista”, testigo de una época que buscaba opciones frente a la “fatalidad del gendarme necesario” (pág.79), representando una generación de jóvenes que se movían entre el marxismo y el positivismo. En esta época surgieron alentadores los escritos de Mijares, ampliando sus horizontes, fortaleciendo la autoestima civilista y la conciencia

democrática e invitando a estudiar nuestro proceso histórico en positivo, y logró satisfacer el qué buscar pero no el cómo hacerlo, reto que todavía enfrenta la sociedad civil y nos obliga a profundizar en su obra.

Simón Alberto Consalvi en sus “Notas Para un Perfil del Escritor” ofrece la panorámica de una selección de publicaciones sobre el autor producto de sus circunstancias y del momento histórico que le tocó vivir. Analiza por qué Mijares se mantuvo en un mundo teórico al necesitar documentarse para poder dar validez a su interpretación de la historia con el fin de que sirviera de apoyo a futuros planes de acción, factibles a ser realizados en otro momento del proceso histórico venezolano. Esto lo convierte en uno de esos eslabones que deben retomar los historiadores y la sociedad civil actual para comprender el presente y planificar el futuro. Consalvi analiza la obra de Mijares sobre José Antonio Páez en el ensayo “Gendarmes”, de Simón Bolívar en “El Libertador”; y de su única e interesante novela *Los Adolescentes* donde Mijares descifra enigmas del hombre y de la historia venezolana fundiendo la literatura con la historia como vehículo de reflexión social política y humanista. Allí se encuentran el historiador, el sociólogo y el educador ya que anticipa que el cambio sólo es posible a través de la educación.



Oscar Rodríguez Ortiz en su artículo "Mijares: la Educación por la Virtud" plantea la ambigüedad existente para dar prioridad al objeto de la educación, el cual estrechamente se ha vinculado a cultivar la razón y/o, cuando mucho, el corazón. Rodríguez retoma las reflexiones educativas de Mijares quién plantea la necesidad de transformar "los vasallos en ciudadanos" (pág.99), mediante una acción educativa que va más allá de las asignaturas, de las teorías de moda y de la educación del corazón, desafortunadamente desarticulada de la formación de aquellas virtudes que deben modelar los adultos al niño. En su opinión éste debe ser el eje coordinador de todo el proceso educativo, ambicioso objetivo que no puede cubrir sólo la escuela pues es necesaria la intervención familiar y el cultivo de la tradición oral en este proceso de formación educativa. Mijares aplicó su interpretación sociohistórica venezolana al proceso educativo entre adultos y niño y sólo la sumatoria de una acción mancomunada a nivel microsociedad es capaz de hacer realidad "La Formación de la Conciencia Nacional a través del Pensamiento Educativo, tal como lo expone Luis Ugalde, S.J. quien analiza el recorrido socioeducativo en la última mitad de este siglo y considera que "...la educación no es otra cosa que la potenciación de nuestros talentos para crear nuestro futuro y hacerlo plenamente humano (pág. 105) y

ésta es la esencia de la conciencia nacional. Se refiere a la obra de Mijares titulada *Educación*, donde analiza la educación-producción bajo tres dimensiones: económica, (al educar para la producción; social, al canalizar la inserción social del hombre nuevo capacitado) y educativa, (al formar un ciudadano capaz de producir una nueva Venezuela). Ugalde plantea que es necesario vincular el proceso educativo con una noción exacta de Patria; con capacidad de acción para convertir en realidad los altos ideales morales sugeridos por quienes nos precedieron; con el apoyo de profesores bien remunerados con conciencia nacional basada en su historia y su geografía; con escuelas industriales y agrícolas; preparando jóvenes capaces de asumir el reto de reconstruir el país y servir a la Patria más allá de su interés lucrativo, identificando su realización personal con la coyuntura histórica que le corresponde vivir.

Esto no lo podemos lograr si no canalizamos esfuerzos hacia la promoción del desarrollo integral de nuevas generaciones. *Hercilia Vásquez* con su artículo "Evaluación en Positivo" analiza el tema de la evaluación educativa y modela para docentes, conceptos aplicables a padres, promotores comunitarios y cuidadores, señalando avances conceptuales que nos aproximan a los cambios socioeducativos que demanda el país desde los tiempos de Augusto Mijares, tal como lo expresó en su

obra *Sembradores de Cenizas*. No se puede formar niños y jóvenes emprendedores si carecen del estímulo para que crean en sus ideas, si no se valoran sus aportes con el apoyo de conocimientos sólidos que les sirvan de base para dirigir los cambios. Es fundamental apoyarse en el conocimiento que ha acumulado la humanidad y ello nos obliga a recoger el pasado para comprender el presente y mejorar el futuro. Para esto es fundamental la formación histórica y su integración con los avances tecnológicos de fines de milenio. Las computadoras no son la solución, son los hombres y mujeres creativos capaces de tomar decisiones. Vásquez señala que sólo un proceso evaluativo, participativo y reflexivo que integre la actividad cotidiana en el aula con la familia, es capaz de conducir a identificar las diferencias individuales, lo cual nos permite canalizar sus necesidades educativas integrales dejando de ser sembradores de cenizas y con ello transformar a las nuevas generaciones en promotores de planes de acción adaptadas a las necesidades de todos los niños y jóvenes, incluyendo a aquellos que discrepan del promedio en abstracto, que ha caracterizado la planificación educativa nacional.

Silvana Campagnaro en su artículo "La Integración o Inclusión-Nueva Modalidad Educativa para Eliminar el Dualismo entre Educación

Especial y Educación Regular”, recopila la tendencia internacional y nacional en este importante tema y ofrece argumentos para eliminar la dualidad que ha prevalecido en el sistema educativo así como recomendaciones para implementar programas de inclusión que exigen de un trabajo interdisciplinario en la escuela y de una sociedad civil organizada capaz de ofrecer una vía de inserción social para todos, sin discriminaciones logrando que la educación cumpla las finalidades que propuso Mijares: ser agente de cambio económico, social y educativo, retos comunes a las dicotomías tradicionales de educación: regular *vs.* especial; pública *vs.* privada; urbana *vs.* rural. Como síntesis integradora la publicación culmina con el artículo de *Javier Duplá, S.J., Zulma Cirigliano y Rosa María Cisneros* quienes en “Aprendiendo a Vivir con Sentido: La Escuela

Agropecuaria San Ignacio del Masparro”, describen la experiencia de los internados rurales dónde se hace honor a muchas de las ideas de Mijares. En ellos se vive el proceso educativo como una forma de convivencia social capaz de ser agente transformador local de lo económico, social y educativo, con foco en todos los actores del proceso.

En la Venezuela actual existen muchas otras experiencias socioeducativas positivas, todas conducentes a hacer realidad un proyecto de país adaptado a las peculiaridades de cada región y localidad. Las ideas de Mijares publicadas en este volumen, así como las de muchos otros intelectuales venezolanos de este siglo, son eslabones inspiradores que pueden conducir a formar

una fuerte cadena donde todos unamos esfuerzos por construir el país que necesitamos. Esperamos que este segundo volumen de la Revista *Cuadernos UCAB/ Educación* contribuya a satisfacer este reto. Los eslabones están en la historia pasada y en la historia que se hace, donde múltiples héroes anónimos, escondidos bajo la sombra de su cotidianidad, esperan la irradiación de un rayo de luz que se encuentre con el espejo de tantos venezolanos que participan en este proceso de cambio que vive el país. A nuevas generaciones mejor capacitadas les toca armar la cadena, ampliarla y darle continuidad a eslabones que hasta ahora han sido discontinuos; seguir ofreciendo ideas que apoyen la acción y comenzar a recoger lo que otras generaciones sembraron y no pudieron cosechar.

Chilina León de Vilorio

Augusto Mijares: El Maestro

Silvia Mijares de Lauría

Silvia Mijares de Lauría es licenciada en Sociología, egresada de la Universidad Católica Andrés Bello; Magister en Ciencias Políticas de la Universidad Simón Bolívar; profesora de pregrado en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad Simón Bolívar; Decana de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar; Representante del Ejecutivo en el CONICIT, Presidenta del Instituto Nacional del Menor, Miembro de diferentes comisiones de la Universidad Simón Bolívar; prestó asesoría a la Polar en el diseño y formulación del proyecto del Servicio Nutricional Infantil de Antimano; Miembro de diferentes comisiones del sector público; Miembro de la Comisión redactora de la ley orgánica de Protección a la niñez y a la adolescencia; participación en diferentes cursos y seminarios como: *The Mont Pelerin Regional Meeting* en Viña del Mar, Chile, curso avanzado sobre Historia y Teoría Política en IDEA, Foro sobre los derechos del niño; publicación de diferentes libros y artículos en diarios y revistas. Ha recibido las órdenes: Diego de Losada (primera clase), Cecilio Acosta (primera clase), Andrés Bello (primera clase), 18 de julio (primera clase), Francisco de Miranda (Primera Clase), Cruz de la Policía Metropolitana.

Desde el punto de vista personal quiero compartir con ustedes todas las interrogantes que me han surgido desde el momento en que me invitaran a participar en este volumen dedicado a la difusión del pensamiento educativo de Augusto Mijares, en el cual participan ilustres estudiosos, tanto de las letras como de la práctica educativa en Venezuela.

Escribir sobre él significa para mí remover las fibras más íntimas, pues la memoria del padre se impone afectiva y justamente a la memoria del hombre, del historiador, del sociólogo, del maestro, a quien se

quiere homenajear, corriendo el riesgo que lo que se pretende expresar se convierta en una simple remembranza nostálgica sin ninguna objetividad que descalifique la figura del homenajead.

Tratando de sortear estos inconvenientes, me he puesto a pensar ¿por qué recordamos a una persona? Se recuerda por lo que significa, es decir por el ejemplo que hemos recibido de ella, por el legado intelectual y afectivo que nos han dado a través de su mensaje, por la coherencia de sus ideas y de su vida, por la honestidad de sus principios, por la generosidad de sus opiniones y

el reconocimiento prodigado a los otros, por la manera de ver a la gente, por su forma de disfrutar y de respetar la compañía de los demás, por la maravillosa virtud de saber colocarse a la misma altura de su interlocutor, por la responsabilidad en asumir sus compromisos y obligaciones, en fin por su respeto por el individuo, por la persona, por el hombre singular, que no representa a nada ni a nadie, pero que es el mejor representante de todos los hombres verdaderos.

Su habilidad para enseñar, le permitió hacer la síntesis adecuada entre su condición de padre y su vocación de maestro. Con especial cariño y dedicación supo abrir nuestra mente a las más variadas experiencias, nos enseñó a mis hermanos y a mí y, más tarde a sus nietos mayores, a disfrutar de un bello atardecer, a apreciar en toda su magnitud la grandeza del mar, a conocer los colores especiales del Ávila en cada época del año. Pusó a volar nuestra imaginación con las aventuras de Odiseo y Homero, con *El Libro de las Tierras Vírgenes*, y con la narración de nuestra historia sembró un gran amor por Venezuela y un gran respeto por su gente. Se sirvió de las fábulas para enseñarnos la importancia de los valores, y del jardín para demostrarnos como el trabajo manual completaba nuestra formación proporcionándonos placer y disciplina.

Éstas son, entre otras, las características que recordamos de Augusto Mijares, nosotros, sus hijos y nietos.

Ellas son también las que recuerdan aquellos que, de alguna manera, han dejado testimonio sobre su persona y su vida. Y son las que me permitieron hacer la síntesis entre el padre, el educador y el hombre público.

He dicho, en varias oportunidades, que el mayor orgullo de mi padre fue su condición de maestro, ésta se encontraba por encima de cualquier otra de las posiciones que alcanzó y de las distinciones que recibió. Era que de hecho, su percepción y actuación en la vida la hacía desde la perspectiva de maestro. Siempre encontró un ejemplo aleccionador que destacar, una situación sobre la que alertar o un consuelo que prodigar.

Fernando Paz Castillo, nos señalaba:

*Quando lo conocí ya tenía fama de maestro entre alumnos y profesores y de buen escritor en los círculos literarios. Me lo presentó, bien lo recuerdo, por el año de 1917, Luis Henrique Mármol, con Henrique Planchart (...)
Entonces escribía versos y cuentos. De sus versos oídos en íntimas tertulias tengo unos gratos recuerdos y su buena calidad he podido comprobarla por lecciones recientes de algunos de ellos, en recortes de revistas y diarios capitalinos.*

Era en versos y cuentos que podían expresarse con cierta libertad los intelectuales de esa época. En pleno gobierno de Juan

Vicente Gómez no era posible hacerse oír de otra manera. Pero no era en versos que, Augusto Mijares, podía expresar su angustia por los problemas de Venezuela, y quizá pensó que ellos tampoco eran suficientes para realizar su función de maestro, tal como él la entendía, ni para explicar donde se encontraba la raíz de nuestro pesimismo, ni sembrar el amor y el optimismo por el país. Y dijo: "mi destino era escribir prosa..." Y su prosa se transforma en el aula abierta que desde diarios y revistas convierte la historia de Venezuela en una lección constante, llena de ejemplos positivos que sirviera de guía a los jóvenes y de aliento a aquellos que habían dedicado sus mejores años a la construcción del país.

A decir de Guillermo Morón,

Augusto Mijares era un hombre de estudio, un humanista, un historiador, un escritor. Y un maestro, ¿no es cierto?, sí un maestro piénselo usted.

Sí piénselo usted, pues ser maestro significa mucho más que dar clases. Ser maestro es, usando sus mismas palabras, ser espejo.

Es espejo (...) todo ser humano que devuelve parte de la luz que recibe.

Y ese fue su empeño principal, devolver la luz que recibía, no sólo al exponer sus ideas, sino a la hora de actuar, iluminó con su amor a todos aquellos que se le acercaron y llenó con su dedicación y capacidad de trabajo aquellos espacios que considero vitales

para lograr el desarrollo integral de los venezolanos.

Como maestro pensaba que para una adecuada formación del individuo, era necesario lograr el equilibrio entre los sentimientos, la voluntad, los valores morales y la capacidad intelectual.

Reflexionó sobre conceptos como la felicidad y el placer. De la primera nos dice:

Tiene como nota básica un sentimiento de estabilidad íntima que consiste casi por completo en realizar exteriormente nuestra personalidad.

El placer en cambio es esencialmente fugaz. Antes de haberlo disfrutado completamente apreciamos que se nos escapa y corremos en busca de otro

Su preocupación por la necesidad de justicia lo lleva a insistir sobre la importancia de educar la vida sentimental del niño, advirtiéndole, desde que sufre sus primeras injusticias, que:

El joven que se prepara para ser hombre tiene que encararlas sin falsas ilusiones, pero también sin acobardarse por ellas. Sobre todo, sin amargarse estérilmente ni buscar a quien reclamar porque así podrá forjar su carácter.

Preocupado por la vida sentimental de hombres y mujeres mantiene que:

El hombre ha puesto como ideal de su vida la negación de sus sentimientos (...) no ha conquistado la dirección de su vida íntima sino a trueque de una mutilación, refrenando sin cesar sus sentimientos, destruyendo, de esta manera, una gran parte de ellos. La

mujer no teme tanto a sus emociones ni se avergüenza de ellas, por eso ha conservado la frescura de su sensibilidad sin perder el dominio y puede ser a la vez impresionable y valerosa. Todo la conmueve y nada la quebranta.

Alerta a los padres sobre el cuidado que deben tener al hacer juicios sobre el carácter de sus hijos para no convertirse en "sembradores de cenizas":

Este niño se asusta de todo (...) o bien es muy negligente, es mentiroso (...) llega a ser como una siembra de frías y pálidas cenizas que se amontonan sobre el alma infantil; cenizas que consagran para la esterilidad y la amargura.

Pero para Augusto Mijares los sembradores de cenizas no sólo causan estragos en la formación espiritual de los niños y de los jóvenes, a igual escarnio se somete a los pueblos cuando de ellos no se resaltan sino sus defectos y deficiencias, y refiriéndose a Venezuela nos dice:

No resisto la necesidad de recordar cuanto empeño se ha puesto en deprimir el carácter nacional con juicios sobre nuestro pueblo tan superficiales y tan duros como los que se aplican a los niños. (...) Los sembradores de cenizas le vienen repitiendo, desde hace un siglo, que es anárquico, que es indolente, que es corrompido que merece todas las desdichas.

El empeño de humillarnos y ofendernos se ha convertido en un alarde de buen tono; es signo de distinción y permite levantar cátedra magistral; aceptamos ingenuamente que el venezolano que reniega de los venezolanos está por encima de todos; como un paradigma de capacidad y honradez.

Cuando quizá, lo que se esconde ante esta posición de

negativismo es la propia justificación a la falta amor e interés por los problemas del país, o bien la falta de ánimo para la lucha o la justificación de los que sólo buscan el provecho personal de las oportunidades que se les presentan.

Hoy más que nunca se hace necesario estar alerta contra cualquier forma de negativismo que contribuya a minar nuestra capacidad de acción, que distorsione nuestra protesta organizada y racional contra hechos y situaciones que afectan los valores y las convicciones más profundas y que nos hacen aparecer como cómplices de situaciones que son inadmisibles, sin darnos cuenta que con ello, estamos propiciando el advenimiento o crecimiento de caudillajes intolerantes e intolerables.

Su labor de maestro va mucho más allá del aula. En su libro *Educación* publicado en México en 1943, nos señala la estrecha relación que existe entre los problemas educativos políticos y sociales y por tanto la educación debe cumplir con tres finalidades, una económica, otra de estructurar socialmente al país y otra específicamente educativa.

La educación pública –nos dice– tiene para nosotros dos fines. Uno es el que por sí misma ella representa: deber de cultura y significación individual, derecho de todos los ciudadanos a participar en la más noble y preciada conquista de la humanidad. Otro, el objetivo social y político: necesidad de fortalecer la

nación, de modernizarla, de aprovechar todas sus fuerzas; de hacerla apta, de una manera duradera, para dirigir su propio destino, libre de dictaduras personalistas o de clase,

Podríamos decir sin temor a equivocarnos que conoció y desempeñó todos los cargos dentro del sistema educativo. Roberto Lovera De-Sola nos señala:

Su actividad dentro de la enseñanza fue tan amplia que se puede decir que cuando fue nombrado Ministro de Educación logró ese cargo por ascenso.

Desde maestro de 4 y 5 grado cuando apenas tenía 17 años, profesor de Educación Secundaria y Universitaria en diversas asignaturas, contribuyó, como Director de Educación Secundaria Superior y Especial, en 1936 a fundar el Instituto Pedagógico Nacional al igual que la Facultad de Filosofía y Letras de La Universidad Central de Venezuela, así como a la creación de escuelas técnicas y rurales en el ámbito nacional. Se preocupa por aligerar la carga docente de los maestros y profesores con la finalidad de permitirles dedicar tiempo a la investigación, a las relaciones con representantes o al trabajo de aula y crea para ello el medio tiempo y el tiempo completo.

En mayo de 1944, es nombrado por el ministro de Educación, Doctor Rafael Vegas, para presidir la comisión encargada de realizar los programas de estudio de Educación Primaria, Educación

Normal urbana, Educación Normal Rural y Educación Secundaria, en ellos se plasman gran parte de las ideas que Augusto Mijares consideraba necesarias introducir en los programas educativos para que llenaran su cometido de lograr una formación integral del individuo, que lo hiciera capaz de dar repuesta a las necesidades económicas, políticas y sociales que el país requería.

En su corta actuación como ministro de Educación, presenta el Plan de Escuela Periféricas que proponía la construcción de escuelas y liceos modestos, pero bien dotados para cada ciudad. No era sino darle continuidad a aquel viejo plan propuesto cuando era director de Educación Secundaria, que dieron origen a las escuelas que llevaron el nombre de las Repúblicas Sur Americanas, desde donde se comenzó la transformación educativa de Venezuela, después de la muerte de Gómez.

Se hace realidad un largo sueño, compartido por nosotros sus hijos y por los maestros y profesores que lo conocieron en aquella época, la Revista *Tricolor*. En reconocimiento a la labor desempeñada por los docentes y educadores venezolanos crea la Medalla de Honor 27 de Junio. Funda el Instituto Nacional de Deportes y la Dirección de Educación Física del Ministerio de Educación. Buscando mejorar las condiciones socioeconómicas del personal docente crea el Instituto de Previsión Social del Magisterio,

IPASME. Promulgó el Estatuto Provisional de Educación, y mediante un decreto abrió la posibilidad de que, por primera vez, se pudiera impartir educación religiosa en los colegios públicos, previa solicitud de los interesados. Fundó el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio hoy OPEL, para que los maestros no graduados, que en esa época eran la mayoría, pudiesen obtener, mediante cursos de verano, el título de maestro normalista.

Esta línea coherente de pensamiento que venimos señalando a través de su actuación como maestro se refleja también en su obra histórica y sociológica. Desde sus primeros trabajos se propone deslastrar la historia de las falsas concepciones que se han presentado como determinantes de nuestra vida social y política para poner de manifiesto la otra tradición de nuestra historia, que es también genuinamente americana. Una tradición de principios intelectuales y morales que nos equipara con los pueblos

Augusto Mijares considera que la historia es dinámica, donde la conjunción del presente con los hechos del pasado forman una realidad propia y permanente que va enriqueciéndose con el paso de las generaciones. Es por ello que nos dice que los héroes no son los hombres que pertenecen al pasado, sino aquellos que día a día, en el desempeño del trabajo cotidiano, están

dedicados a instruirse e instruir a los demás, elaborar leyes, mantener la regularidad administrativa del Estado, moralizar las costumbres, crear riqueza, organizar en suma la verdadera vida del país y servir de estímulo a cada generación que aparece.

Publica en 1936, su primer trabajo histórico de largo alcance. "La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana". Es un trabajo crítico y analítico de nuestra historia que rompe de manera radical con las formas historiográficas establecidas hasta ese momento en el país. Va más allá de la visión parcial que nos proporcionan las epopeyas heroicas propias de neoclasicismo o romanticismo patriótico, en busca del meollo mismo de las ideas de los individuos y es allí en las ideas y creencias de los actores, donde encuentra el hilo conductor de nuestra historia.

Es el primero en enfrentar a los teóricos del positivismo, se ubica de frente a la teoría pesimista de la historia y de la sociología, busca desterrar del pensamiento nacional la idea que había tomado cuerpo en nuestras interpretaciones históricas y sociológicas de que somos incapaces de darnos un gobierno serio y constructivo y deliberativo en razón de un conjunto de explicaciones causales producto del pensamiento positivista tan en boga en ese momento. Con relación a esto sostiene:

El mito de nuestra incapacidad se formó desde el campo político, porque allí es donde fueron más dolorosas las consecuencias de

nuestros defectos e infortunios; pero más importante aún es observar que esa leyenda negra ha prosperado sobre una base sentimental y no crítica, repitiendo a cada momento observaciones depresivas, anécdotas malsanas convertidas en símbolos y chismes o calumnias elevados a la categoría de datos históricos. Para desandar el camino se necesita, pues, la misma insistencia en sentido contrario, arraigar nuevos hábitos mentales, convertir en sentimiento y en convicción profunda lo que de afirmativo podamos encontrar en nuestra historia y en nuestro carácter.

“La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana”, nos dice Simón Alberto Consalvi,

es uno de los textos capitales de este siglo en nuestro país. Es un ensayo de tantas implicaciones que bastaba para consagrarlo en el mundo de las ideas como uno de los intelectuales de mayor profundidad y solidez en el conocimiento de la historia y de las teorías latinoamericanas, y en defensa de los valores permanentes del venezolano.

Otra de las inexactitudes que Augusto Mijares se propone aclarar es la utilizada por Gil Fortoul cuando hace su periodización de la historia de Venezuela y denomina oligarquía conservadora, al período entre 1830 y 1848, y de allí hasta 1863, oligarquía liberal. En su obra *La Evolución Política de Venezuela* Mijares rectifica con argumentos claros y contundentes, que por su

amplitud no podemos pasar a considerar aquí, esta periodización y denomina gobierno deliberativo de 1830 a 1846, y de allí en adelante, Gobierno personalista. En 1848 –nos dice–

No se realiza la sustitución de una clase por otra, ni de un partido por otro; tampoco gobernó hasta el 48 un partido conservador. Soubllette y Michelena son liberales tanto en economía como en política. Fermín Toro es un socialista utópico...

De su obra *El Libertador*, nos habla Rafael Angarita Arvelo:

Este Bolívar de Mijares significa algo más allá del ensayo formal. Obra completa de historia, de penetración psicológica y social, escrita a lo moderno. Producto ejemplar de varios años consagrados a particularizar tiempos, acciones, individualidades y ambientes poco a poco develados, desvestidos de adornos falsos y de prendas de acomodo para presentarlos en su desnuda realidad. En su no adulterada significación. (...) El Libertador, la obra, pasa a la consideración de nuestro tiempo y de tiempos venideros como superlativa, singular e integral aún si se la compara con aquellas del mismo género calificadas ya de maestras.

Muchas veces me he preguntado por qué la mayoría de las personas recuerdan, más que ninguna de sus obras, *Lo afirmativo Venezolano* y he llegado a la conclusión de que este título es lo que más se

identifica con su persona, es lo que lo representa ante los que, de diversas maneras, lo conocimos y vivimos con él, o los que simplemente tuvieron la oportunidad de conocer sus palabras. Se identificó con *Lo afirmativo Venezolano* en su empeño de combatir “todo lo que significaba regar esterilidad sobre la Patria”

Quizá uno de los mejores testimonios en este sentido nos los da el Doctor José Manuel Briceño Guerrero

Nunca lo vi (...) Me interesó de él su capacidad para analizar los acontecimientos históricos sin aplicarles esquemas ideológicos (...) Me sedujo de él su perspicacia para discernir lo que en un personaje histórico no depende de la época, ni de la clase social, ni de la familia, ni de la educación, ni de los incidentes de la vida individual, sino lo que en él es singular y único, sin antecedente ni paralelo, irrepitable, lo que hace que sea él y no otro, el alma individual. Me apasionó de él su valor para sostener convicciones en un medio hostil donde la mayoría sólo podía aceptar como válido lo que calzaba en las rejillas perceptivas de iglesias y partidos.

Haciendo nuestras las palabras de su amigo Luis Beltrán Guerrero podemos decir:

Lúcida la mente, limpias las manos, insobornable la conciencia guíadora, Mijares puede aguardar tranquilo el juicio de la posteridad.

Discurso pronunciado por TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA

**Homenaje rendido a don AUGUSTO
MIJARES con ocasión del Primer
Centenario de su nacimiento. Caracas,
9 de octubre de 1997**

Tomás Polanco Alcántara es Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela; Doctor *Honoris Causae* de la Universidad Santa María; profesor titular de la Universidad Central de Venezuela; profesor fundador titular de la Universidad Católica Andrés Bello. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia Nacional de Ciencias Políticas y Sociales; Embajador de Venezuela en Chile, España y la Oficina de la Organización de las Naciones Unidas con sede en Ginebra; Magistrado Suplente y Magistrado Conjuez de la Corte Suprema de Justicia; Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Academia de Ciencias de Lisboa y de las Academias de la Historia de Ecuador, Perú, Bolivia, República Dominicana, Puerto Rico, Argentina, Guatemala y de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y Miembro de mérito de la Academia Portuguesa da Historia. Ha recibido numerosos premios en el área de la literatura y la historia así como diversas condecoraciones.

Durante el presente año de 1997 la República ha tenido la oportunidad de conmemorar el centenario de ilustres venezolanos, que prestaron servicios eminentes a la Patria. Por esa razón nos reunimos hoy, en este paraninfo, para rendir homenaje a don Augusto Mijares de quien acaban de cumplirse cien años de su nacimiento.

La Comisión designada por el señor Presidente de la República para llevar a cabo la evocación respectiva, entre las labores que está ejecutando, tiene el cometido de publicar las obras

de don Augusto. Cada uno de los tomos irá precedido de un estudio acerca del respectivo aspecto de la personalidad y tarea del autor.

Por tanto no considero adecuado pretender examinar ahora y aquí las distintas facetas de la producción intelectual de Mijares sino, a través del análisis de sus características existenciales, exponer su condición de ser humano excepcional.

A través de la Historia de las Academias Nacionales no es frecuente pero si ha sucedido a veces, que una misma persona haya estado presente en varias de ellas.

Don Augusto Mijares perteneció a tres Academias y sucederlo en dos de ellas ha sido para mí un honor extraordinario y fuera de toda imaginación.

Ese hecho, tan honroso, me obliga a referirme a mi elección académica para tratar de exponer la vinculación afectiva que se creó necesariamente entre mi persona y Augusto Mijares.

Alguien me aconsejó un día que lo mejor que puede hacerse en la vida, es no esperar nada y estar preparado para lo que se vaya presentando. De esa manera, las situaciones positivas, por la sorpresa, son más agradables y las negativas hacen menos daños.

De acuerdo con las costumbres de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, mi nombre, en determinado momento, estaba considerado entre aquellos que eventualmente podían ser electos numerarios suyos.

La elección académica llega o no llega. Tratar de forzarla, casi siempre la pone en peligro o la hace desaparecer.

Era mi deber, que creo haber cumplido en forma religiosa y exacta, no mencionar el tema porque una persona bien nacida no puede ni debe tener aspiraciones académicas mientras no exista una vacante. Actuar en sentido contrario es anti-ético e impropio pues significa estar esperando el fallecimiento de alguien para poder suceder.

El 29 de junio de 1979 recibí la noticia del fallecimiento de don Augusto Mijares. Entonces necesariamente tenía que surgir en mi espíritu una pregunta: ¿iba acaso a tener el honor de ser el sucesor de Augusto Mijares? Lo mejor era esperar que las circunstancias se desarrollaran y mientras tanto guardar respetuoso silencio.

En el plazo reglamentario fui propuesto en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales para suceder a don Augusto. Y, casi simultáneamente, me sorprendió una llamada telefónica de Guillermo Morón. En ese tono lacónico que siempre usa, me preguntó si estaba dispuesto a aceptar que el Dr. Blas Bruni Celli junto con el Dr. Carlos Felice Cardot y él mismo me presentaran para ocupar el sillón que, en esa Academia había correspondido a don Augusto Mijares.

II

Determinadas circunstancias me llevaron siempre a sentirme vinculado a Augusto Mijares de modo especial.

El profesor Mijares fue amigo de mi padre y de mi familia. La diferencia que he tenido y tengo con aquellos con quienes mi padre cultivó amistad, quedó añadida a otras razones por las cuales apreciaba, admiraba y respetaba a Augusto Mijares.

Para rendir homenaje a don Augusto dediqué mi trabajo de incorporación a la Academia de

Ciencias Políticas y Sociales a estudiar su concepto de Venezuela y en la Academia Nacional de la Historia, también como testimonio de admiración a don Augusto Mijares, el primer venezolano que representó a Venezuela ante España con el rango de Embajador, cargo en el cual yo también tuve el honor de sucederle, quise examinar la Historia de la negociación diplomática que determinó el reconocimiento de Venezuela por España.

Se explica así por qué mi vida académica está ligada íntimamente a la personalidad de Augusto Mijares, a quien además me correspondió elogiar cuando colocamos su retrato en la galería de la Academia Nacional de la Historia.

Quizás por esos antecedentes las seis Academias Nacionales quisieron designarme para llevar la palabra de este acto.

III

Dijo don Augusto, en uno de sus ensayos, que él perteneció a un conjunto humano que quiso llamar una generación de improvisados. Tal ensayo hace referencia a cómo el año 1936, un grupo importante de venezolanos asumió la tarea de dirigir la nueva orientación de la sociedad.

Don Augusto, con humildad y modestia, llama generación de improvisados a ese conjunto del cual formó parte. No era una clase dirigente que asumía su papel y

tampoco una porción de especialistas técnicamente dispuestos para el ejercicio de funciones públicas. Ese grupo estaba integrado por venezolanos entre los 30 y 40 años que habían hecho un esfuerzo gigantesco para autoformarse.

Uno de ellos, Augusto Mijares, nacido en 1897, tenía 38 años cuando murió Juan Vicente Gómez.

Se ha creado el mito de que durante la autocracia gomecista sólo fueron dignos aquellos venezolanos que estuvieron en la cárcel o en el exilio, en el territorio de la República, existía una penumbra en la cual ninguna luz era posible. Es injusticia extraordinaria para quienes dedicaron un esfuerzo gigantesco a formarse y a formar a los demás a través de una cuidadosa, dirigente y compleja tarea pedagógica. Estaban en el país y llevaron una vida digna, respetable y sencilla.

A ellos correspondió, cuando terminaron las contiendas armadas, el beneficio de la paz y por primera vez, en más de un siglo, los jóvenes no corrieron el peligro de ser llevados a sangrientas confrontaciones, denominadas sarcásticamente "guerras civiles" y que, bajo aparentes ideales, acabaron con la existencia de hombres y mujeres que, de haber quedado vivos, mucho hubieran podido realizar por el país.

Fueron también beneficiarios de las primeras mejoras sanitarias importantes que procuraron a tantos venezolanos él comenzar a alejarse de las epidemias que azotaban la población.

Algo ha debido pasar entonces y sus resultados los estamos viendo ahora cuando, por primera vez en nuestra Historia, se puede observar la presencia activa, en la sociedad venezolana, de numerosos venezolanos de más de 80 e incluso de más de 90 años.

A estos niños de comienzo del siglo XX les tocó favorecerse de las reformas escolares iniciadas por Samuel Maldonado y José Gil Fortoul.

Bastantes de ellos, como fue el caso de Mijares, pudieron cursar la primaria y la secundaria y hasta llegar a la Universidad.

A Mijares, el Colegio Salesiano de Caracas, el Colegio San Agustín y el Colegio Nacional, lo enseñan a aprender.

Se vio en ese tiempo un fenómeno que no ha sido suficientemente analizado y que, sin soluciones simplistas ni exageraciones, merecerá la pena estudiar con detenimiento.

Los jóvenes que terminaban el bachillerato y podían entrar a la Universidad lo hacían sin vacilación cuando se trataba de seguir estudios médicos o de ingeniería. Entonces se formaron prestigiosos profesionales en esas dos ramas de la ciencia y del

saber, pero una importante cantidad de jóvenes venezolanos de la época, que no deseaban ser médicos y tampoco ingenieros y quienes, por sus condiciones particulares, podían haber ingresado a la Universidad sin mayores dificultades o con problemas tolerables, decidieron no hacerlo y dedicarse unos a la enseñanza y otros a diversas actividades comerciales o a crear pequeñas industrias y seguir adelante.

Me narró don Pedro Alejandro d'Empaire que él y Mijares cursaban juntos en la Escuela de Derecho y ambos trabajaban en el bufete del Dr. Carlos León. En un momento determinado, los dos tomaron la decisión de dejar los estudios jurídicos y el bufete. Don Pedro se dedicó al comercio y don Augusto a la enseñanza.

Lo llamativo del fenómeno radica en que esas labores extra universitarias, no significaron, al menos en Caracas, el abandono de la vida intelectual. Bastantes de los jóvenes, que no quisieron o no pudieron ir a la Universidad, llevaron a cabo una fecunda labor de autoformación a través de la lectura, la reflexión y el estudio privado.

Cualquier caraqueño, que tenga auténtica tradición de familia, recordará que no era extraño que, esos comerciantes e industriales tuviesen, en sus casas, selectas cantidades de libros que, en determinados casos, formaban hasta hermosas bibliotecas.

IV

La dedicación de don Augusto a la enseñanza se manifestó en haber asumido la tarea de dictar cursos en diversos Institutos docentes. Siempre reconoció que sus orientadores pedagógicos fueron los hermanos Martínez Centeno, insignes maestros a quienes nunca se agraderá lo suficiente por aquello que hicieron en beneficio de la educación venezolana.

Una de mis tías, amiga suya de estos tiempos, me definía así a Augusto Mijares:

era un muchacho alto, muy blanco, de pelo castaño, que nunca dejaba de atender una invitación. Daba sus clases y todos sabíamos que lo que más le agradaba era estar leyendo y escribiendo. Augusto era una persona sería que siempre estaba sonriendo.

Están allí marcadas las características del Mijares de los años: un profesor bien relacionado y respetado, lector incansable, escritor constante y un ser humano que, sin perder la seriedad sabría sonreír.

Esas cualidades resultaron ineludibles para su acción sólida y triunfante: haberse ganado el respeto de la colectividad, poseer ansia de conocimientos, disponer de una permanente actitud de siempre dar a través de sus clases y escritos, y adoptar una posición de sonrisa ante la vida que no impide enfrentarla con seriedad.

Quizás no pocos de sus contemporáneos y más entre quienes le sucedieron, nunca

llegaron ni siquiera al borde del triunfo por no haber sabido dar, no haber sabido sonreír, no haber sabido enfrentar la vida.

Su afán por la vida intelectual se marca, en esos años, por un predominio de la afición a la poesía, tanto en el estudio de poetas nacionales, por ejemplo, Luis Enrique Mármol y José Antonio Ramos Sucre como en la preparación de poemas que aparecen en las principales revistas y publicaciones periódicas de la época: la *Revista de Cultura Venezolana*, *Billiken*, *Actualidades* y el diario *El Universal*.

No volverá a cultivar la poesía, al menos en forma pública, hasta que quizás, como muestra del impacto que en él tiene el romanticismo y que está manifestado en su trabajo de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua, dedica a la mujer extensos y bellísimos comentarios, denominados. "Como un tallo de luz: mujer y poesía", y que aparecen en su obra *La luz y el espejo*

Nos dice que en el aprieto de anunciar una fórmula general de vida digna y feliz, él la buscaría en lo lírico cotidiano, es decir, en saber encontrar lo lírico dentro de lo cotidiano. Y en esa búsqueda encuentra en la mujer el valor más admirable, el valor sonriente, que nace del equilibrio de su sensibilidad entre las sollicitaciones de deber y una constante sed de refinamiento, de belleza, de amor y con sus propias palabras: "¡Lo

que son las mujeres! ¡Un soplo las conmueve y nada las quebranta!"

V

Junto a su interés por la poesía aparece en Mijares con toda claridad su vocación por los temas históricos centrados en el estudio de la personalidad del Libertador.

Sus trabajos acerca de Rousseau y el Libertador, publicado en 1929 por la *Revista Cultura Venezolana* y acerca de *La presencia del hijo de Agustín I* al lado del Libertador, aparecido también en 1929, en el diario *El Universal* y *El Libertador como político*, publicados por la Academia Nacional de la Historia el año 1931, son demostraciones en su entrada y presencia en lo que en ese momento era lo mejor de sabiduría nacional.

Ese proceso formativo no tiene las características de dispersión, que a veces se muestra en quienes se educan a sí mismos, sino constituye un sistema de disciplina y rigor intelectual cuya importante manifestación va a ser la obra que, por mucho tiempo, será la suya más importante: La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana que Caracciolo Parra León publica en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* e inmediatamente reaparece en los números 2 y 3 de la *Revista Interamericana de Sociología* dirigida por el Dr. José Rafael Mendoza.

El aval intelectual de Caracciolo Parra León y la inmediata reaparición de la obra bastaría para demostrar su calidad.

La extensión del trabajo, los temas que trata, los autores que tenía que haber leído y otras notas fundamentales de la obra, permiten afirmar que tuvo que haber sido cuidadosamente preparada y escrita antes de 1936 sin menoscabo de algunos matices o adiciones, impuestos por las circunstancias del momento, tal como se repetirá en la edición de esa obra hecha en Madrid el año de 1952.

Es una obra acabada, completa en la cual aparece de manera definitiva la personalidad intelectual de su autor, no solamente en su estilo literario, que será enriquecido y embellecido con el tiempo, sino en la expresión de sus ideas fundamentales acerca del pasado, el presente y el futuro de Venezuela vistos, no bajo el látigo del gendarme necesario, sino bajo la luminosa actitud creadora de la sociedad civil como tradición de convivencia pacífica y constructiva, de ideales colectivos, de equilibrio social y orgánico, y de respeto legal.

Se trata de un estudio valiente, porque enfrenta opiniones importantes expresadas por autores de mucho prestigio. En un trabajo esmerado, porque no se limita a presentar afirmaciones sino cuidadosos razonamientos. Es un trabajo de observación de la realidad

nacional, de estudio científico y metódico de la Historia venezolana.

Es tan importante la exposición de Mijares que el doctor José Rafael Mendoza, cuando la reproduce en la *Revista Interamericana de Sociología*, se sintió obligado a publicar de seguidas “las doctrinas que sustentan la corriente pesimista”, especialmente las de Gil Fortoul, Arcaya y Vallenilla Lanz, aclarado que lo hace a los fines exclusivos de cátedra y no como su doctrina personal.

No estoy de acuerdo con incluir a Gil Fortoul entre quienes sostienen las tesis que Mendoza denomina “corrientes pesimistas” pero no es éste el lugar ni el momento para tratar el tema.

Mijares considera la Historia como la manifestación más viva y directa del carácter de un pueblo, una vasta experiencia política y un conjunto de problemas sociológicos. Estudiar Historia es estudiar un enigma de actualidad permanente.

La política, para Mijares, era la ciencia de gobierno en su sentido más amplio y no el mero expediente de urgencia para defender o prolongar situaciones determinadas. En ciertas etapas de nuestra Historia la forma que nuestros intelectuales usaron para hacer posible la actividad fue la discusión sobre nuestro pasado, actividad política que permitió, mediante el estudio de los problemas históricos nacionales

conservar el mínimo de interés intelectual tolerado en esos momentos.

Para Mijares, en 1936, si se quiere entender a Venezuela, debe tratarse de buscar la tradición histórica genuinamente americana, de principios intelectuales y morales y que no equiparan con cualquier pueblo europeo, tradición de aspiraciones colectivas y de ideales políticos jamás desdeñada ni aún en los períodos más rudos, tradición de hombres de Estado, de pensadores serios, de hombres honrados.

Expresa, con alegría, que los *libertadores* no crearon la Patria con el simple propósito de desligarla de una dependencia extraña sino para encarnar en ella un ideal republicano y fundar para todos un hogar seguro y digno.

Hay que buscar esa tradición cívica y legalista derivándola de la vida colonial, que es una historia que estaba y está por escribirse, la historia de las manifestaciones intelectuales, de vidas irreprochables muchas de ellas ejemplares durante una larga acción pública.

Lo impresionan Alberti y Sarmiento autores cuya influencia en Venezuela deberá actualizarse algún día. Alberdi con sus teorías sobre la inmigración y Sarmiento con su tesis educativa. Mas tarde dedicará a ambos trabajos muy especiales que aparecen en su libro *Hombre de ideas en América*.

Nuestro pueblo, viejo en los usos de la sociedad civil, como dijo el Libertador, tiene su antecedente en la raza española, en la vida colonial que tuvo elementos peculiares importantes, como la tradición de gobierno municipal, el espíritu de rebeldía y de prosperidad mientras el ambiente peninsular decaía. Esa tradición americana es la que produce en nosotros la madurez de la nacionalidad.

Es su insistencia en la necesidad para las generaciones actuales, no de morir por la Patria, sino darse cuenta que es más necesario vivir para ella. Es su insistencia en la columna vertebral de nuestra historia a través de vidas irreprochables.

Trató de estudiarlas. Roscio, Miranda, Revenga, Páez, Vargas, Bello, Simón Rodríguez, Soublete, Fermín Toro, Julian Viso, Gil Fotoul, López Contreras, Medina Angarita, Vicente Lecuna, Pedro Sotillo, Picón Salas, Razzeti, Martí.

VII

Un hombre de su categoría debió llamar la atención en el ambiente y así se explica que, cuando Caracciolo Parra Pérez asume el Ministerio de Educación, lo designe el 4 de marzo de 1936 como Director de Educación Secundaria, Superior y Especial. En sus anotaciones privadas Parra Pérez escribe que Mijares, además de ser un intelectual, es uno de los mejores funcionarios que he conocido.

En ese cargo permanece hasta 1944, salvo breve interrupción para ocupar la Dirección del Archivo General de la Nación, cargo al cual vuelve en 1945 por escasos días.

Durante el ejercicio de ese cargo toda la energía espiritual está dedicada a la acción administrativa, no en trámites burocráticos intrascendentes sino en el mejoramiento de la educación. Es el tiempo de la creación del Instituto Pedagógico Nacional y de la Escuela Técnica Industrial, instituciones ambas por las cuales sentía orgullo y satisfacción que muestra en su obra *Educación*, publicada en México el año de 1943.

Don Augusto acude al Instituto Pedagógico y se le otorga el título de Profesor Gestor de gallardía y humildad intelectual que lo enaltece y dignifica.

Fue entonces definida su batalla para lograr que en los estudios de educación secundaria se incluyese la cátedra de Historia de Venezuela. Hace suyas las palabras del Ministro al Congreso acerca de cómo el menosprecio por conocer lo nuestro, condujo al absurdo de que los más altos grados universitarios llegaban a obtener sin tener sobre nuestros anales y nuestra naturaleza otros conocimientos que los muy sumarios y lejanos obtenidos en la escuela primaria. Qué diría hoy cuando en la mayoría de los jóvenes ya no existen ni siquiera esos sumarios y lejanos conocimientos...

VIII

El 4 de julio de 1940 fue electo para ocupar el sillón que quedó vacante en la Academia Nacional de la Historia por la muerte de don Luis Correa pero no se incorporará hasta el 10 de abril de 1947.

En 1948 fue designado Ministro de Educación y como tal logra que sea dictado el Estatuto Provisional de Educación, que rigió hasta 1955, fueron creados el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio, la maravillosa revista *Tricolor*, el Instituto Nacional de Deporte y la Orden 27 de junio.

IX

En 1950 el Gobierno Nacional eleva la misión diplomática en Madrid al rango de Embajada y lo nombra Embajador de España. Cargo complejo por su naturaleza, difícil por sus circunstancias.

Es una misión que tiene un profundo significado histórico. Ha estado a cargo de Carlos Soublette, Rafael Urdaneta, Fermín Toro, Antonio Guzmán Blanco, Julián Viso, Marco Antonio Saluzzo, Pedro Emilio Coll, Gumersindo Torres, Caracciolo Parra Pérez.

Cuando el Embajador de Venezuela, terciada al hombro la Banda de la Orden del Libertador colocada frente al chaleco en señal de respeto al Jefe de Estado, asciende las escalinatas de mármol

blanco del Palacio de los Reyes de Madrid, escucha las notas de la Marcha Real y llega al Salón donde se encuentra al Trono, si tiene sentido de la Historia y Mijares lo tenía en grado especial, debe sentir todo lo que aquello significa.

En ese Trono, el Rey Don Alfonso X el Sabio, escribió las Siete Partidas que, por siglos fueron las leyes de nuestra Patria y hoy permanecen diluidas en las normas vigentes.

Desde ese Trono, Isabel de Castilla, luciendo su cabellera de oro y sus ojos color de uva, recibió la América que le llevó Colón. En ese Trono, Don Carlos II mandó a publicar las *Leyes de Indias*. En ese Trono, don Felipe V, el año de 1725 erigió la Universidad de Caracas, don Carlos III, creó nuestra Capitanía, el Consulado y la Intendencia y don Carlos IV organizó la Real Audiencia de Caracas.

Napoleón Bonaparte quiso sentar en ese Trono a su hermano José pero el pueblo español, el dos de mayo, decidió expulsarlo a pedradas y bastonazos. Fernando, llamado el séptimo, no entendió sentado en ese trono que se le había roto en las manos el Imperio y que Simón Bolívar salvaría la Hispanidad.

En ese trono Isabel II firmó con Fermín Toro el reconocimiento de nuestro país como soberano. En ese trono, la Reina Regente, María Cristina, se equivocó al

despojarnos de una de las costas del Orinoco.

Mijares, como embajador venezolano, al estar frente a ese trono, necesitó pensar en todo ello, como lo hemos pensado sus sucesores en el cargo cuando hemos llegado al mismo sitio.

Mijares contempló en España la cantidad de jóvenes venezolanos, hoy eminentes profesionales, que cursaban estudios en Instituto Españoles. Trató de ayudar en lo posible y siempre respetar a los exilados, voluntarios o no, que vivían en territorio español. Frecuenta la amistad de distinguidos venezolanos que habitaban con sus familias en diversas ciudades de España y quiso convertir la Embajada en lugar de reunión, tolerancia, camaradería y relación donde, usando la frase castiza, se compartía el pan y el vino.

Y, cuando despojado de las galas diplomáticas el Embajador regresa a la Patria, Mijares trajo la imagen de España metida en el alma

Mijares se enamoró de España, como le pasa a todo americano de mente sana que llega a conocerla. La España de las aguas briosas del Cantábrico, de los naranjales que baña el Mediterráneo, de los olivares de la Andalucía. La España de las noches estrelladas de la Mancha. La España de Sevilla y de Toledo. La España de los Pirineos. La España que se alegra cuando repican las campanas de la

Giralda. La España que se juega en los jardines de Granada. La España, en donde don Quijote con su lanza y el Mio Cid con su espada, la Tizona, enseñan a todo caballero a defender su honor, su Patria, su casa y su dama.

La España que se hace inolvidable, como resultan inolvidables la mujer que hemos amado, el hijo que hemos engendrado, el libro que hemos escrito, la canción que hemos cantado.

X

El cambio político habido en Venezuela lo lleva a volver para dedicarse a la vida privada. Acompañado de su extraordinaria esposa doña Matilde, de sus hijos, de sus nietos, volverá a ver todos los días los colores y las formas de la montaña del Ávila, esa amante espiritual de todos los caraqueños, volverá a ser el profesor, el escritor, el amigo, el asiduo concurrente a la playa y a las bibliotecas.

Despliega entonces una fecunda actividad intelectual. Publica su hermosísimo libro *La Luz y el Espejo*, prologa la edición de las obras de Juan Germán Roscio y los trabajos de José Rafael revenga y recibe en 1956 el Premio Nacional de Literatura.

En 1958 es nombrado numerario de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales y se incorporará en 1960

Está llegando a los sesenta años. Su cerebro plenamente

desarrollado trabaja continuamente. Produce 20 trabajos a los 64 años, 32 a los 65, 16 a los 66, 14 a los 67, 18 a los 68, 22 a los 69, 20 a los 70, 14 a los 71, 23 a los 72, 31 a los 73, 29 a los 74, 14 a los 75, 15 a los 76, 14 a los 77.

Es un fenómeno frecuente en la vida de los académicos. Parecería que con años se fortalecen, de las puertas de este palacio hacia adentro, las facultades del alma para dejar una huella en la vida nacional.

En 1971 ingresa a la Academia Venezolana de la Lengua. La Universidad Central de Venezuela le confiere el Doctorado *Honoris Causae*.

Publica, a los 73 años, ese hermosísimo y entusiásticamente libro *Lo afirmativo Venezolano*, y enseguida a los 74 años, el no menos bello, *Longitud y latitud*. Aparece su *biografía de Julián Viso* cuando tenía 77 años y todos esos libros unidos a una constante prédica cívica y docente en la prensa nacional.

Ya era tres veces académico, Ministro, Embajador, doctor *Honoris Causae*, Premio Nacional de Literatura.

XI

La personalidad de Mijares está reflejada en su obra *El Libertador*, escrita cuando ya tenía 70 años. La admiración profunda que el Héroe le produjo, lo llevó a escribir una joya literaria que

fundamentalmente sirve para enseñar.

Es una obra excepcional, que tiene un mérito característico como lo es el de poder ser leída con interés por cualquier persona, en cualquier tiempo y en cualquier parte del mundo.

Y digo que es un joya literaria porque Mijares, al manejar la palabra, sabía obtener con su pluma una obra de arte; proceso que requiere, no solamente el gusto artístico innato, sino el trabajo constante, la humildad intelectual, la capacidad para rectificar y el intento permanente de buscar la mejor y más bella forma de decir lo que se piensa.

Estoy convencido de que es la obra maestra de don Augusto y uno de los clásicos de nuestra literatura. Podrá en el futuro olvidarse todo lo que hizo Mijares menos este libro.

Es un magnífico contrapunto entre Bolívar y Miranda. Me siento con autoridad suficiente para poder decir, con exactitud, que solamente un escritor de la cultura de Mijares podría haber producido un libro semejante.

Mientras ejercí funciones diplomáticas utilicé *El Libertador*, de Mijares, para obsequiarlo a aquellos a quienes quería hacer conocer mejor lo que podía producir un intelectual venezolano o deseaban estudiar más a fondo la figura de Simón Bolívar.

Debo recordar, con especial simpatía que a los pocos días de

haber entregado ese libro el entonces Presidente de Chile, don Eduardo Frei Montalba, éste me dijo lo siguiente: "He leído el libro del señor Mijares con verdadera voracidad intelectual. Es un libro que nada tiene que envidiarle a los que pueden escribir autores de cualquier otro idioma".

Era don Eduardo Frei Montalba un lector acucioso y culto que dedicaba a la lectura el tiempo que le permitían sus elevadas funciones. Había aprendido a descansar leyendo y como dominaba el francés, el inglés y el alemán, no era escaso el material que estaba a su disposición.

Por esa razón, conocer que un lector de esa naturaleza, no venezolano, hiciera semejante comentario de la obra de Mijares, me llenó de profunda satisfacción.

XII

Mijares con su vida y con sus libros enseñó a sus contemporáneos y a las generaciones sucesivas, la trascendencia de existir ateniéndose a las reglas romanas: no dañar a nadie, actuar honestamente y dar a cada uno lo que es suyo.

Vivió con una devota fidelidad a la modestia, no como muchos la entienden, a modo de profesión pública de la propia incapacidad para el progreso, sino como manera de expresar, con el ejemplo, que lo importante en la vida de las personas no es lo que

tienen, a veces sin mérito alguno, lo importante es lo que logran ser con el esfuerzo, el trabajo, la inteligencia y la constancia.

Se impuso un sincero respeto por las ideas ajenas. He recogido recuerdos de los venezolanos que convivieron con él en España, mientras fue el Embajador, y entre quienes había personas de las más diversas ideologías, modos de ser y pensamiento y que recuerdan, con emoción, el profundo respeto que Mijares manifestaba, con sus palabras y sus actos, hacia el modo de ser y de pensar de cada quien. No era la actitud de esa tolerancia soberbia de quienes, sintiéndose en el Olimpo, aceptan con displicencia que seres inferiores lleguen a convivir a su alrededor, sino una convicción profunda del respeto al derecho de cada quien de actuar y pensar como de buena fe le parezca. Creía, por ejemplo, y me lo dijo en una carta personal, que los libros no deben leerse para estar de acuerdo con ellos sino para conocer otras opiniones y contrastarlas con las nuestras.

En la presentación de su libro *La Luz y el espejo* don Augusto, quizá sin quererlo, narró su propio caso.

Explica como el rayo de luz, avanza, de largo, sin poder cambiar de rumbo e inflexible e indiferente ante la injusticia y el dolor. Quedan a un lado, entre las sombras, lo mejor del mundo, la ternura o el bien, la gracia de un niño, el encanto de una mujer, el

recato de un pensador o el reto de un héroe.

La luz, nos dice, es ciega en una carrera que no puede abandonar. Y como a la luz no le es posible iluminar lo que no encuentre en esa carrera, tantos crímenes quedan protegidos por la sombra y oculta tanta belleza que no recibió el don de la luz.

Pero existe el espejo, que permite a la luz abandonar su trayectoria. El espejo toma la luz y no la guarda sino la multiplica y lanza en innumerables direcciones. Ninguna sombra escapa al espejo ni hay rincón que él no pueda iluminar.

Hay hombre que son luces, que viven como dioses entre otros mortales, pero hay hombres que son espejos, son apóstoles, que devuelven parte de la luz que reciben.

En la humanidad encontramos amargos momentos, pero hay también un manto de luz. Hay una muchedumbre en tinieblas, pero hay santos y hay héroes que son espejos que convierten en señales la luz que corre sobre ellos.

Por eso nos enseña don Augusto, debe ser el mundo correspondencia interesante entre luces y espejos, contra las sombras y las cavernas arteras desde donde asechan las sombras. Y ha de ser como son el cielo y el mar, espejos que cambian la luz en colores y los lanzan en matices infinitos sobre auroras y tramontas. El cielo y el mar, valvas del ámbito resplandeciente, donde no hay rincones para ocultar el mal. Entre esos dos espejos, el cielo y el mar, la belleza, emergió de las aguas como un tallo de luz.

Mijares, hombre espejo, que reflejó contra las sombras y las cavernas la luz que percibió su espíritu para hacernos gozar de la belleza.

Humboldt, recuerda Mijares, cuando ya era anciano, anunció que su proyecto de viaje al Asia, tenía la intención de ponerle un sello de belleza a la vejez. Insiste Mijares en que un hombre que sentía tal preocupación no tenía necesidad de viajar, pues en cualquier parte y a cualquier edad ya su vida tenía el sello de la belleza.

Me impresiona la cita de Humboldt. Por eso me atrevo a terminar comentado que debemos aprender esa lección que nos da Mijares a través el sabio alemán: *Prepararse toda la vida para poner un sello de belleza a la senectud...*

Discurso de orden pronunciado por el Dr. Miguel Hurtado Leña en la sesión conjunta y solemne de los Consejos Directivo y Académico del Instituto Pedagógico de Caracas en homenaje a don Augusto Mijares en el centenario de su nacimiento.

Miguel Hurtado Leña es Licenciado en Historia (UCV) y profesor investigador universitario; Maitrise (libre) en Histoire (Université de Paris I Pantheon- Sorbonne; Doctorat de 3^{em} cycle; Doctorado en Historia (UCAB). Ha ejercido la docencia y la investigación en Educación Media y Superior (pregrado y postgrado) durante cuarenta años ininterrumpidos en las áreas de Historia Antigua, Historia de Venezuela (siglo XIX) y Pensamiento Bolivariano. Es profesor jubilado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador; profesor titular en ejercicio activo de la docencia e investigación en la Universidad Central de Venezuela, en la Universidad Católica Andrés Bello y en la Universidad Metropolitana. Ha recibido las distinciones: Alberto Smith (Primera Clase); Orden 27 de junio (Primera Clase) Orden Andrés Bello (Segunda Clase); Orden Francisco de Miranda (Segunda Clase). Ha publicado también diversos trabajos de investigación.

Acostumbrado como estaba en haber habitado siempre, modestamente, –y además muy a gusto– en el sótano de la estructura jerárquica y académica de esta casa de estudios, no pasó jamás por mi mente que alguien de los pisos superiores pudiese haber pensado que yo fuese la persona indicada para ascender al “salón principal de la casa” a pronunciar eso que llaman “discurso de orden” en un sesión conjunta y solemne de los Consejos Directivo y Académico destinada a rendir homenaje a don Augusto Mijares en el centenario de su nacimiento.

Que se haya pensado en mí a tal efecto y se me haya invitado a ocupar tan alto sitio, es un honor; lo agradezco como un gesto de confianza y como una distinción inmerecida hacia mi persona, pero confieso, al mismo tiempo, el pavor que siento frente a la responsabilidad de la misión que se me ha encomendado. ¿Qué decir que ya no se haya dicho? ¿Cómo escaparse del lugar común al que nos condenan todos los panegíricos que se supone que deben hacerse en estas ocasiones? ¿Cómo complacer a todo un auditorio, tan calificado como heterogéneo, en el que cualquier cosa que se diga puede que

agrade a unos pero también puede disgustar a otros?... No se si he logrado alguna salida airosa ante estos aprietos.

Mi primera duda surgió ante la palabra *solemne*, porque, según mi viejo diccionario, ésta significa: imponente, majestuoso, celebrado con gran ceremonia. El hecho de que la más alta Autoridad del Pedagógico haya programado esta gala ya supone que se da por sentado que Augusto Mijares fue un hombre que se merece tales honores; sobre eso no me cabe la más mínima duda, pero que mi persona o mis palabras puedan contribuir a darle a este acto las características que exige la *solemnidad*, lo dudo mucho.

Lo de *gran ceremonia* me hizo imaginar que tendría que resignarme a sufrir las incomodidades de la toga y el birrete; afortunadamente para mí, no fue así, pero se me antoja que, en esta especial ocasión, y por ser precisamente el Instituto Pedagógico el que rinde el homenaje, la noble e histórica simbología de aquellas prendas académicas, cargadas de tradición y genuinamente universitarias, hubieran sido –tal vez– la ornamentación más apropiada para enaltecer en su real dimensión la figura de Augusto Mijares, quien, para mí, –a pesar de que manifestó sus múltiples talentos en múltiples quehaceres– fue esencialmente, antes que todo, *un profesor... un gran profesor*, no sólo en el aula sino en sus escritos en los que, cualquiera que sea el

tema, aparece a cada instante un profesor que se valió de la historia para enseñar también lo que en su tiempo se llamaba Educación Moral y Cívica, materia fundamental en la cual –no sé por que razón–, hoy decidieron eliminar la noción expresa de moral para llamarla, a secas, Formación Ciudadana...

Pasó por esta noble institución, primero, como alumno y luego, algunos años, como profesor de Historia de Venezuela, y dejó sembrados en el corazón de sus compañeros y de sus discípulos, –aun en aquellos que no comparten totalmente sus ideas– el respeto y la admiración que se merecen siempre los hombres sabios que buscan, antes que todo, –como lo hizo él– la verdad y la justicia.

El tornadizo azar nos depara a veces felices ocasiones: una noche ya lejana en el tiempo y en mi memoria, asistí como invitado a la fiesta de bodas de un antiguo alumno de La Salle; me sorprendió enormemente que mi anfitrión estuviera pendiente de mi llegada. Al momento de recibirme me dijo: “Miguel, te estaba esperando... te voy a sentar a una mesa en la que está una persona a quien estoy seguro que te va a encantar conocer... te agradezco que me ayudes a que la pase bien”... Esa persona era don Augusto Mijares... Tras las frases de rigor, las timideces y los lugares comunes de los primeros momentos de estas incómodas circunstancias, no fue difícil

congeniar e ir entrando poco a poco en animada conversación con un hombre que me lució muy culto, afable, sencillo, de respuesta pronta y certera, curioso en las preguntas, atento a las respuestas. Jamás pretendió monopolizar la atención ni la palabra, como suelen hacerlo ciertos intelectuales de fama que he conocido –y de cuyo nombre no quiero acordarme– a quienes da miedo hacerles una simple pregunta o comentario porque en seguida adoptan aires de *pontífice* y, en vez de responderte simplemente, te dan una conferencia y parecen esperar que al final de su monólogo tú inclines la cabeza como queriendo decirles: *Roma locuta causa finita*. Por el contrario, Augusto Mijares –generosamente– me dejó sentir la ilusión de que hablábamos de igual a igual, sobre todo un poco, y de nada en particular profundamente... Ese saltar de tema en tema fue para mí un verdadero placer y, sobre todo, un aprendizaje. Fue grato, a la par que ilustrativo, tocar fugazmente muchos temas de interés nacional y oír, de viva voz, algunas de las opiniones que tenía sobre ellos el maestro, el filósofo, el sociólogo, el crítico social y, sobre todo, el perspicaz historiador.

Para ese momento yo había leído buena parte de su obra escrita, pero fue tras esa conversación directa con él, cuando confirmé la convicción personal de que el profesor Mijares se impuso a sí mismo una

misión que yo calificaría de quijotesca: calarse la celada, embrazar la adarga, empuñar la lanza, montar en su rocín, y así –armado caballero– lanzarse sin tardanza, por la puerta de atrás, a luchar en el campo de la historiografía, porque sentía que allí había... “*muchos agravios que deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer*”. Cada una de estas tareas que se impuso el Quijote de Cervantes las va a ir realizando Don Augusto –a su manera– en la medida en que una paciente revisión de la historiografía hispanoamericana le iba mostrando los desaguisados.

A diferencia del Quijote manchego, el quijote Mijares se lanzó a lo que creyó ser su misión, no porque se le hubiese secado de seso de tanto leer novelas de caballería, sino a la inversa, porque su lúcido seso le hizo ver que en la historiografía hispanoamericana muchos intérpretes –unos por apresurados, y otros por interesados o poco reflexivos– habían querido presentar como *gigantes* lo que no eran más que simples *molinos e viento* y habían convertido en *castillos* lo que no eran más que simples *ventas*. Ambos tienen los mismos ideales de justicia, pero en el *Quijote* cervantino la fantasía sustituía a la realidad y Mijares se esfuerza en que la realidad se imponga sobre la fantasía o la falsa interpretación.

Los escritos de Mijares fueron y siguen siendo polémicos, precisamente porque tratan de corregir entuertos y poner las cosas en su justo sitio, y eso molestó a mucha gente. Molestó, principalmente, a los comodones intelectuales, a los repetidores de oficio, a los que se creían conocedores de la historia venezolana porque habían leído –aunque fuese sólo a medias o quizá a cuartas– a Baralt, a González Guinán, a Gil Fortoul, a Landaeta Rosales, a Vallenilla Lanz o a Parra Pérez... pero no habían hecho otra cosa que utilizar el “método” que Collingwood llamó *de las tijeras y el engrudo* y que hoy se sigue utilizando –mucho más actualizado– bajo la modalidad que brinda la moderna hechicería de la computadora, la cual, al conjuro de una acción mágica que llaman *click*, realiza el prodigio de que un simple *ratón* pueda obligar a la endiablada máquina a que obedezca ciegamente sus órdenes: “¡selecciona!”, “¡copia!”, “¡corta!”, “¡pega!”. Así salieron (y siguen saliendo) en la interpretación de nuestra historia, en libros, artículos de revistas o de periódicos, y en textos para estudiantes, escritos u opiniones, que a veces lucen como vistosas y atractivas “colchas de retazos”, que combinan hábilmente y al azar telas de distintas tramas y de variado colorido para dar una falsa ilusión de conjunto o unidad.

Por el método de “cortar y pegar” se fueron formando frases

hechas, estereotipos, lugares comunes, que se repiten maquinalmente, simplemente porque así lo había dicho el *catecismo de historia y de sociología* que habían creado los grandes escritores hispanoamericanos del siglo XIX y comienzos del XX. Hay que reconocerles que tuvieron el muy loable propósito de hacer una interpretación *científica* o *sistemática* del devenir social de nuestra América; tan sólo que miraron nuestro pasado con gafas fabricadas en Europa o Norteamérica, y adaptadas, como es lógico, a sus respectivas ópticas.

No sé si con razón o sin ella, –pero éste no es el momento ni la ocasión de discutirlo– a algunos de estos escritores se les ha clasificado como “positivistas”, por la corriente del pensamiento que representan, pero, –en la práctica– por lo que opinaron y por las conclusiones a las que llegaron sobre la historia y el porvenir de Hispanoamérica, yo los llamaría más bien “negativistas”. Para la mayoría de ellos –aferrados a una particular concepción del *orden y el progreso*– el amasijo de sangre y de cultura que la historia formó sobre estas tierras, estaba mancillado por unas taras hereditarias que lo condenaban a una especie de maldición que consistía en un permanente estado de atraso, de miseria económica e intelectual, y de insensibilidad moral, a menos que –para

salvarnos– nos decidiéramos a purificar nuestra sangre, cultura y religión, mediante la importación masiva de inmigrantes de *raza y de cultura superiores* que contribuyeran a que la *civilización* importada lograra vencer a la *barbarie* nativa.

Mijares se dio cuenta de que había que releer a nuestros grandes historiadores y confrontarlos con el saber más moderno; pero se tenían que dejar de lado las muletillas, las *verdades* preexistentes, los conceptos equívocos y, sobre todo *las tijeras y el engrudo*; en su lugar se debía poner la reflexión consciente y el rigor metodológico para que en los juicios históricos, como en los juicios forenses sólo los testimonios *calificados*, se obligaran... *a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad*.

Tras ese tenaz releer y reflexionar sobre nuestra historia, Mijares llega a la conclusión de que la interpretación de la sociología hispanoamericana, hasta su época, había sido *pesimista* pues, no había razón para que los pueblos hispanoamericanos tuviéramos el complejo de creernos culturas *decadentes*, fatalmente destinadas a permanecer para siempre a la zaga de los países que aquellos historiadores tomaron como paradigmas del desarrollo histórico en sentido de *progreso*. Sostiene Mijares que en nuestro desarrollo histórico –a pesar de los infortunios políticos que por más

de un siglo detuvieron o desviaron nuestra reorganización republicana— puede encontrarse un conjunto de circunstancias, de hechos y de testimonios que abren un gran campo a la fe en el futuro de nuestros pueblos. La historia como memoria es un camino ya abierto, pero como todo camino conduce a una meta que se anhela, la historia también es esperanza de un futuro mejor.

Hasta muy entrado este siglo que ya muere, la literatura histórica y sociológica venezolana en general, —salvo escasas excepciones, Parra Pérez entre ellas— sólo encontraba alguna luz en el corto período de “la Independencia”; sobre todo el tiempo precedente y subsecuente no arrojaba más que dudas que invitaban a la negación de nuestro destino como pueblo. Ante ese panorama sombrío surge Augusto Mijares, quien, sin desconocer ni ocultar el cúmulo de desgracias de nuestro proceso histórico, tiene la valentía y la paciencia de hurgar con perspicacia y optimismo en las aguas turbias, para encontrar en ellas suficientes elementos que le permiten crear una teoría propia cuyo nombre imprime en la portada del más revelador de sus libros: *Lo afirmativo venezolano*. Ese creer en su país, a pesar de los pesares, esa fe en los valores subyacentes en el espíritu cívico de nuestro pueblo, le da unidad a toda su obra escrita y a sus múltiples quehaceres personales para servir a Venezuela.

Como historiador, Mijares rompe con algunas muletillas: las palabras iniciales de su excelente biografía de Bolívar son ya un reto a la opinión generalizada y mil veces repetida de que se tiene que exigir al historiador absoluta *objetividad* y, en virtud de ésta, la necesidad que existe de *humanizar* a los héroes. Ante esta opinión responde Mijares:

Exigir a un autor que sea objetivo al narrar una vida apasionante es un contrasentido; así como la pretensión de humanizar a los héroes, que con tanta frecuencia se vocea a propósito de las biografías, no deja de ser una pedantería insufrible.

Como la historia es a la sociedad lo que la biografía es al individuo, por eso lo de *vida apasionante* puede valer tanto para la vida de un hombre como para la vida de un pueblo. No acepta Augusto Mijares que el historiador tenga que limitarse a la fría narración de sus observaciones concretas, y —como pensaron los historicistas— que deba renunciar a la generalización y a la valoración de los *hechos* y de las personas so pretexto de pretender ser *objetivo*. Ese historiador situado fuera de la historia como un ente meramente contemplativo, prisionero de una realidad exterior que se le impone y que no admite la injerencia de las ideas, las emociones, las creencias, las opiniones y los propios sentimientos del historiador, es para don Augusto un despropósito.

Yo también estoy convencido de que lo único que se le debe exigir al historiador en nombre de la “objetividad” es que se acerque a “suceder histórico” que investiga sin posiciones apriorísticas, desprovisto de toda intención de forzar los hechos o los documentos para que éstos lo lleven a convertir en *conclusión* una *hipótesis* amañada que le interesa asentar por razones personales, de cualquier naturaleza que éstas sean.

Sostengo que historiador es un *descubridor*, no un *inventor*, debe registrar las luces y las sombras imparcialmente, debe anotar y tomar en cuenta, y a veces cuantificar, todo lo que va encontrando, tanto lo que favorece como lo que se opone a sus particulares preferencias o convicciones y, finalmente, hecho un balance, debe exponer con total honestidad *su verdad*, la verdad a la que él ha llegado —pero, eso sí— después de haber estudiado a conciencia soportes documentales auténticos, suficientes y serios. Ni engañarse ni pretender engañar; en sólo esto consiste la “objetividad” del historiador.

Heurística confiable y suficiente, crítica honesta y rigurosa, síntesis bien construida y convincente. Esto es lo que emplea Mijares y, a mi juicio, nada tiene de censurable, que defienda con pasión y emoción “su verdad”, tratando de demostrarla, para sustituir con ella el fárrago de falsedades convencionales, de

opiniones apresuradas o interesadas, de repeticiones sin reflexión, de simplezas revestidas de crítica, que han hecho que muchos aspectos de nuestra historia nacional hayan llegado deformados hasta nosotros y así aparezcan con harta frecuencia en los manuales con los que los jóvenes estudian nuestra historia.

En cuanto a la *humanización de los héroes*, exigida a los biógrafos con *impertinente frecuencia*, —como dice Mijares— él la considera una *insufrible pedantería* porque cree que es una posición tan falsa como la *deificación de los héroes*, que también es frecuente en la historiografía. Centrando su reflexión en la figura histórica de Bolívar, ve a los héroes, no como unos dioses que sólo exhiben perfecciones, “sin mezcla de mal alguno”, sino como hombres excepcionales que no pueden ser reducidos a la condición de lo común:

Humanizar a los héroes —dice— no debe ser solamente estar al acecho de sus debilidades o errores, sino también disculparlos con los mismos argumentos que son válidos para (disculpar) a los demás hombres.

Reconoce que los héroes pueden proceder “por los arrebatos de confusión, cólera, temor o precipitación” en los que solemos caer los demás hombres, pero no por eso se puede pretender que desciendan de su categoría de hombres excepcionales o extraordinarios que, por esa misma condición, merecen reconocimiento y justa

admiración, no “culto irracional y fetichista”. Lejos de considerar a los “héroes” como los únicos protagonistas de la historia, precisamente porque que se diferencian radicalmente de la masa del pueblo, más bien ve en ellos,—a la vez— la encarnación y la expresión *en concentrado* de las potencialidades y virtudes que se encuentran diseminadas y *en suspensión* en una especial forma de ser de la existencia colectiva, o de la conciencia nacional, la cual no nace por milagro o por un *fiat* que pronuncia un hombre solo en un instante del suceder, sino que es el resultado de un largo proceso que va fraguando en el crisol del tiempo el metal noble del *alma nacional*. Es ésta la que produce a los héroes y no al revés.

En su tarea de “revisor” y “corrector” no quiso inscribirse en ninguna “escuela de historiadores”, de esas que se definen por algún *ismo*—que adoptan como un credo— porque les proporciona doctrina, vocabulario y estilo, llámense éstos romanticismo, modernismo, historicismo, positivismo, marxismo... o lo que sea. Mijares es un historiador “a secas” y esto le da independencia de criterio, libertad en el estilo, facilidad para el elogio o la censura, credibilidad a su discurso y cierta originalidad de ideas, que pueden ser compartidas o no, pero de las que no se puede negar que son el fruto de la más consciente reflexión, realizada dentro de un

marco axiológico en el que rige la ética como primer valor. En este sentido, creo que Armando Rojas logró retratar perfectamente a don Augusto cuando dice que en su obra historiográfica:

aparece el hombre íntegro que rechaza y condena todo atropello y cualquier forma de injusticia, que no vacila en censurar acciones que atentan contra la verdad, que es implacable ante las interpretaciones acomodaticias y se rebela contra la mala intención y la vulgar calumnia que se oculta, como ponzoña, en muchos libros que se quieren hacer pasar como históricos.

Por ese afán de verdad y de justicia, cuando Mijares consigue en el tiempo y en los hechos que analiza, personajes que encarnan la antítesis de sus convicciones personales sobre lo que deben ser la acción pública y la moral republicana, no duda en transformar su habitual fina pluma en contundente “cachiporra dialéctica”, para reducir a la nada los personajes que considera indignos o a quienes la historiografía interesada les atribuye méritos que no tienen. Así como cree en el héroe también cree que existe el “antihéroe”, aunque no use expresamente este concepto. Veamos solamente unos pocos ejemplos de los muchos que podrían citarse:

El “incorruptible” Robespierre (con el adjetivo siempre puesto entre comillas) es para don Augusto:

... un infatuado demagogo, terrorista trufado de mala retórica y embadurnado de polvos de arroz,

que iba a bañar en sangre a Francia y que, fuera de eso, no aporta para figurar en la historia ni una sola acción noble, ni un pensamiento que pueda recordarse, ni siquiera una frase ingeniosa...

De Salvador Moxó –a quien Morillo dejó encargado del gobierno de Venezuela mientras él emprendía la reconquista de la Nueva Granada– Mijares dice:

...es sin duda alguna el funcionario español más despreciable que pisara tierra americana: además de cruel e inepto, era cobarde, mancha que no tuvieron los otros jefes españoles, codicioso como Monteverde y Cervériz y, para colmo, afeminado.

A Guzmán Blanco no deja de reconocerle muchos méritos, pero, al final, esos méritos quedan anulados ante la fatuidad, la soberbia y la codicia:

Guzmán Blanco distaba mucho de ser un necio y, sin embargo confundía la ostentación con la gloria y creía que las lisonjas significaban fidelidad. Era inteligente, enérgico, laborioso, y tenía ambiciones que merecen respeto; pero se extravió persiguiendo satisfacciones de codicia y vanidad literalmente grotescas. Pudo hacer un gran personaje, pero se conformó con la parodia; pudo reconstruir la República, pero se conformó con montar un circo.

Consecuente con sus propósitos quijotescos anteriormente enunciados no temió, cuando lo juzgó necesario, “agregar el hecho al dicho”: conocido es el episodio de la orden que dio, cuando fue Ministro de Educación, para enviar a las llamas una edición de 5.000 ejemplares de unos fragmentos de las *Memorias* de Jean Baptiste Boussingault.

Ante las repetidas críticas del grupo de escritores que consideró aquel hecho como un *auto de fe* y lo acusaron de *inquisidor, ministro incinerador* y cosas por el estilo, sale de nuevo el Quijote, lanza en ristre, para embestir contra los “agravios”, las “sinrazones” y los “abusos”: No quemé a Boussingault –les responde– sólo a una edición de pequeños fragmentos de su extensa obra de cinco tomos, y lo hice:

...por esta sencilla razón: que en la carátula del folleto se leía ‘Biblioteca Venezolana de Cultura’, ‘Ediciones del Ministerio de Educación Nacional’, y si yo me hubiera puesto a difundir por toda América una publicación así respaldada, eso equivalía a consagrar como fuente histórica fidedigna todas las necedades y calumnias que Boussingault había escrito contra Bolívar, contra las mujeres de América y contra la sociedad Venezolana...

En síntesis, entre líneas puede leerse lo que realmente quiso decir a sus “censores” a propósito del escrito que se negó a publicar: *...eso era basura... y la basura se quema*. Tan sólo que no utilizó esas palabras para no descender de su alta jerarquía académica.

Como Ministro, –de *Educación* precisamente– y como historiador que se respeta, se negó a cooperar activamente a difundir aquel panfleto y a darle *respetabilidad*. Tal vez –en la difícil situación en que quisieron colocarle– evocó en su memoria la actitud valiente de Fermín Toro en otras circunstancias y decidió

adoptar íntimamente una posición similar: ¡Mi cadáver lo llevarán, pero Augusto Mijares no se prostituye!

En medio de los crudos y desnudos ejemplos que Mijares esgrime para probar la intrascendencia de aquellas *Memorias* para la historia Venezolana, salpica al naturalista francés, aquí y allá, con las frases contundentes que suele emplear contra los personajes históricos que le enfadan *por razones éticas*:

Boussingault miente a sabiendas, (...) él mismo se jacta de ese desenfreno en el mentir, (...) falta a la probidad que debía conservar como científico cuando nada detiene su afán de mofarse cruelmente de todo, (...) por doquier no ve sino frailes libertinos y mujeres desvergonzadas. Y si algún mérito tiene –y a su manera– es que le bastan algunas líneas o mencionar de paso a un personaje, una dama o un suceso, para dejarlos cubiertos de fango.

Los pocos ejemplos que he citado son suficientes para hacer ver que Mijares fue un hombre de aquilatadas convicciones morales... y esta es la base granítica sobre la cual se levanta su fecunda obra intelectual y de servicio público en los que tuvo siempre muy en alto el valor “Justicia”, pero una justicia que se aparta un poco del concepto estereotipo. El mismo se encarga de explicárnoslo:

No me atrae tampoco la representación clásica de la Justicia, como una estatua vendada y con una espada en la mano. Prefiero la justicia combatiente de los santos y de los héroes, la que con los ojos alertas y acompañada del amor, la generosidad y el entusiasmo, está

dispuesta a recorrer el mundo como una diosa viva, no la que espera en un trono a que lleguen los oprimidos a suplicarle, sino la que sale a buscarlos

Después de haber mostrado las ideas rectoras que guiaron al hombre, ¿Qué decir de las cosas concretas que aporta el historiador? Creo que su mérito fundamental estuvo en dedicarse a revisar con profundo sentido crítico nuestra historia —como él mismo lo dice— “para dislocar algunos juicios rutinarios que se repiten sin examen” o para “romper algunos moldes admitidos hasta ahora” que (...) “pasan a los textos escolares para que los jóvenes sigan repitiendo rutinariamente falsedades”. Pero insiste en que (...) “deja al lector en libertad de formar su propio criterio o de volver a aquellos moldes si les satisfacen”. Que se incluyan también sus opiniones en el principio de no aceptar el dogmatismo.

En ese insistir en revisar conceptos u opiniones, Mijares siente la necesidad de refutar a muchos de nuestros viejos historiadores, sobre todo a Gil Fortoul y a Vallenilla Lanz, pero como le gustaba invertir un poco la rutina, en este caso, parece admitir que “lo valiente no quita lo cortés” y aclara, en una de sus notas de pie de página, el *espíritu académico* que lo guía en sus críticas a esos autores:

Las apreciaciones de Gil Fortoul en este sentido, que refutamos a continuación, aparecen con más rudeza en casi todos los historiadores

Venezolanos y corresponden al frecuente pesimismo con que interpretamos nuestra historia. De una vez por todas quiero advertir que si insisto a menudo en criticar a Gil Fortoul es porque considero que su obra es fundamental y que, al menos por mucho tiempo, tendremos que referirnos a ella, ampliándola o corrigiéndola, pero sin apartarnos de su admirable orientación crítica. Por otra parte, mis referencias constantes a otros autores tienen por objeto que este pequeño ensayo sea útil también a los jóvenes como crítica bibliográfica

A González Guinán le critica el hecho de ser un admirador apasionado y colaborador íntimo de Guzmán Blanco porque eso le resta fuerza a sus opiniones sobre la época, pero no deja de reconocer que este autor ...“también era un hombre de absoluta integridad moral, y no renunció a ella como historiador”.

Hacer un análisis completo de los puntos de vista originales de Mijares con los que intenta romper los *moldes tradicionales* sería un interesante tema para una tesis de grado. Pretender hacer aquí el inventario de esos puntos de vista sería un contrasentido, pues no es ni la ocasión, ni el lugar indicado, ni mis escasos talentos están armados para tamaña empresa; pero sí vale la pena enunciar o señalar de pasadas ciertos puntos sobre los que Mijares insiste con más frecuencia, porque esos puntos de vista han contribuido a que se renueve y se depure nuestra moderna historiografía en la frondosa generación de nuevos

historiadores que ya ha surgido y que se sigue formando en Venezuela.

Un “molde tradicional” que se repitió por mucho tiempo —basándose en la literatura de combate de la independencia, incluyendo a Bolívar, y en nuestro primer gran historiador republicano, Rafael María Baralt— fue el sostener que el período colonial fue una época de atraso, oscurantismo y abyección ...y que sólo las luces de la Ilustración francesa y de los Estados Unidos de Norteamérica vinieron a disipar la tinieblas... No es así, dice Mijares, y se esfuerza en demostrar que en la época colonial se fueron formando autónomamente los principios que culminaron en el propósito de crear una República como una *reorganización* del núcleo vivificador de nuestra nacionalidad que nos legaba España con su milenaria cultura. De allí que Bolívar, a pesar de sus severas críticas al régimen español, tuviera que reconocer que estas naciones nuevas, eran “...en cierto modo viejas en los usos de la sociedad civil”.

Siguiendo a Gil Fortoul también se repetía que la revolución de independencia no fue tal “revolución” sino un simple movimiento político que dejó casi intactas las bases estructurales de la sociedad colonial, para que el poder pasara de las manos de los funcionarios españoles a las de la oligarquía de las clases privilegiadas tradicionales que

sólo se preocuparon por imponer su “tiranía doméstica”...Tampoco fue así, –responde el maestro–: desde el 19 de abril de 1810 cuando José Félix Ribas representó a *los pardos*... “todo el pueblo venezolano –sin distinción de clases ni de fortuna– fue llamado a deliberar en los asuntos públicos” y cuando la Junta suprema convocó el Congreso de 1811... “reconoció a todos el derecho de sufragio, sin excluir siquiera a los analfabetos”, y concluye:

...por obra de aquella revolución, aun antes de haberse proclamado nuestra Independencia, quedó declarada la finalidad que sus autores querían darle: la emancipación no significaría simplemente la separación de España, sino la realización de una idea política que cambiaba totalmente la organización social en que se había apoyado el régimen colonial; antes de que Venezuela fuera estado soberano, quedó definida como nación democrática.

Los viejos textos escolares repetían que la Primera República se perdió en manos del sexagenario Miranda, por no ser el hombre indicado para las circunstancias, por su desconocimiento del medio, dada su larga ausencia del país, y por sus vacilaciones, que lo impulsaron a preferir rendirse ante el tamaño de su impotencia... De nuevo ¡falso! –opina don Augusto– “cuando a Miranda se le llamó al gobierno ya la República estaba perdida” (...) la capitulación frente a Monteverde no fue decisión personal suya”, sino consejo categórico de los más altos

funcionarios republicanos... No fue la vejez ni la ineptitud lo que marcaron su derrota sino *el infatigable agavillamiento* del que fue objeto Miranda por parte de los dirigentes republicanos desde su llegada al país; porque contra él existió “una tácita pero infatigable confabulación ensañada en aislarlo, espíarlo y tergiversar todos sus actos y palabras para inmovilizarlo”. A esta conspiración elitesca contra Miranda no escapan ni Martín Tovar, ni Juan Germán Roscio, ni el mismo Bolívar.

Mijares también combate las opiniones acomodaticias. Para justificar la *guerra a muerte* declarada por Bolívar en 1813, algunos opinaron que aquel acto “contribuyó a exaltar en los venezolanos el sentimiento de nacionalidad y marcó en forma tajante el camino revolucionario que el país habría de seguir” Argumento “falso y peligroso” –lo considera Mijares–; falso, por una doble razón: “porque el sentimiento de nacionalidad y el espíritu de sacrificio que debía acompañarlo era ya muy firme y porque el camino revolucionario ya estaba fijado desde las jornadas del 19 de abril y del 5 de julio” y el juicio es peligroso, “porque descarta las consideraciones morales” (que son fundamentales) y porque “es el que se acerca más al que hoy se usa para justificar la violencia política”.

Hay un personaje singular de la historia iberoamericana, y la venezolana particularmente, que

se llama “el caudillo”; muchas apreciaciones disímiles ha tenido y muchas discusiones ha generado este personaje en nuestra historiografía: para unos es el “responsable de la barbarie” y una “rémora para la institucionalización del país”; para otros fue el “creador de la democracia y del igualitarismo” Mijares ve que caudillo se apoya “en numerosos posesivos –sus tropas, sus oficiales, sus victorias, su prestigio y a menudo ‘su pueblo’ en la forma más concreta–”; esto hace del caudillo una figura “temible y fascinante a la vez” porque su autoridad espontánea y personalista “lo pueden convertir en salvador o en déspota y, a veces, ambas cosas a la vez”.

Que se haya llamado al caudillo Boves aventuradamente “el primer jefe de la democracia venezolana”, le parece un disparate, porque Boves –dice– “concibió el malvado designio de dividir a los venezolanos por medio de la guerra de clases y de razas para que se destruyeran unos a otros”... ¡y eso no puede ser democracia!. Niega rotundamente que, “que la república fue obra de los caudillos” y que “la democracia se le impuso por los azares de las guerras”, e insiste –una vez más– en que “república” y “democracia” fueron las bases doctrinarias de los fundadores de la patria; luego concluye tajantemente: “el caudillismo fue un subproducto de la guerra emancipadora que, en sus peores manifestaciones, iba a

perdurar casi un siglo y fue el mayor obstáculo a la reorganización hispanoamericana”.

En todo caso, el aporte de Mijares en el complejo fenómeno del caudillismo es que ni lo magnifica, como hacen algunos en aras del *populismo*, ni desconoce su aporte en el logro de la independencia, sólo que lo considera un fenómeno espontáneo y necesariamente *transitorio* y, además, insiste en que el caudillismo no es lo único que hay que ver en el panorama histórico del siglo XIX, porque también existió una clara idea del Poder Civil que luchó por imponerse. Esto fue lo que no vio o a lo que no quiso darle importancia Vallenilla Lanz a la hora de asomar su “gendarme necesario”.

En otra de sus actividades “revisoras” –y es quizá en la que más se detiene– Mijares desequilibra o disloca tanto la “periodización” como los “tipos históricos” que acuñó Gil Fortoul para los tiempos que corren entre 1830 y 1863, año en que concluye su *Historia Constitucional de Venezuela*. La terminología de Gil Fortoul fue acatada y seguida por casi todos los historiadores, hasta reciente fecha, como si fueran los principios de “una cartilla”, hasta que apareció la *evolución política de Venezuela (1810-1860)* del profesor Mijares quien se atrevió a refutarlo.

Para Augusto Mijares, no existió el tal *partido conservador*, simplemente, porque nadie se dio

a la tarea de organizarlo, ni ningún movimiento político quiso distinguirse con ese nombre y la presunta *oligarquía conservadora* sólo existió en el lenguaje demagógico de los opositores al gobierno a partir de 1840. ¿*Conservadores* de qué fueron un Santos Michelena, un Fermín Toro, un Soublette o un Vargas?... si no había nada que “conservar” en una república que tuvo que levantarse prácticamente de la nada, dado el estado en que quedó tras la larga y costosa guerra de la independencia. Un *gobierno deliberativo*, probo y creador, fue el de los hombres que rigieron a Venezuela hasta 1846. En ninguna otra época de nuestro siglo XIX se vio como en aquella, la animación de la vida pública a través de grandes discusiones sobre los intereses vitales del país. Fueron la inconsecuencia, la mala pluma y la demagogia de Antonio Leocadio Guzmán las que “crearon el mito de que sus adversarios representaban una clase detentadora de todos los privilegios y que vivía a expensas del pueblo”. Fue esa demagogia y la insensatez colectiva que desató en las elecciones de 1846, lo que puso fin a aquella “deliberación republicana” pues... “ambos bandos se lanzaron a una lucha que es tan censurable en sus procedimientos como en su finalidad”.

El gobierno que apoyaron luego por diez años Guzmán y sus partidarios, que Gil Fortoul llama

oligarquía liberal, no fue más que un atroz despotismo que envileció la república y en el que no se tomaron en cuenta para nada los verdaderos principios de la doctrina liberal.

Anarquía y devastación, y no “revolución popular”, ni mucho menos “revolución social”, fue lo que siguió a la caída de aquel sombrío nepotismo; y la guerra que se desencadenó con el pretexto de establecer “la Federación”, mal entendida y predicada como sinónimo de “democracia”, no fue más que una carnicería de cinco años que no trajo progreso alguno sino que, por el contrario, dejó a Venezuela en el peor estado de miseria y postración en todos los órdenes de la vida social. En este tema, parece que Mijares también se sirviese del *silencio* como recurso literario para mostrar su opinión pues es de hacer notar que a Ezequiel Zamora –el verdadero y más prestigioso jefe de “los federales” cuando se desató la contienda– apenas si lo nombra de pasadas en el libro que venimos citando, y lo único que dice de él es que “era el más hábil caudillo que aquéllos tenían”.

En esos años de *anarquía y devastación* –a pesar de los muchos signos negativos– en nuestro devenir histórico permaneció “lo afirmativo venezolano”, pues no lograron quebrarse en la conciencia colectiva ni el respeto a los principios, ni el rechazo al despotismo, ni el amor por la

justicia, ni la añoranza por las virtudes cívicas que manifestaban la voces rectoras, ni el permanente repudio concienical a todo lo que signifique indignidad.

Por esto la “autocracia ilustrada” que estableció Guzmán Blanco, que puso cierto orden en las cosas, tampoco fue la detención de aquel doloroso y largo desvío que sufría Venezuela en la búsqueda del camino hacia la libertad de acuerdo con las normas del derecho; aquella autocracia modernizante y ostentosa no fue más que un “escenario de utilería” para que Guzmán hiciera una parodia del “progreso”, mientras el clima de rastrera adulación y de culto a la personalidad que se erigió como sistema en aquellos tiempos, hizo un gran daño moral a la república. Me parece que una explicación de este dislate podría encontrarse en la apreciación de Vargas Vila cuando dice que Guzmán Blanco... “se vengó de todo talento que no pudo dominar; y se conformó con imponer el silencio donde no pudo imponer el elogio”.

El “guzmancismo”, a pesar de las “reacciones” en su contra perduró –sin Guzmán– hasta el fin del siglo, y don Augusto considera que de esa época hay muy poco que comentar, salvo el fracaso de un “nuevo ensayo civilista” y la libertad de prensa que todos los gobiernos respetaron.

Como puede verse, tras los argumentos de don Augusto la imagen de nuestro siglo XIX –la

que habían proyectado las conclusiones apresuradas y su repetición irreflexiva– comenzó a cambiar para las nuevas generaciones.

Como un reproche más al pesimismo de los historiadores que sólo veían las miserias de los países americanos al compararlos con las grandes potencias de la “civilizada Europa”, Mijares les critica que no hayan visto que al cúmulo de aquellas miserias internas, debería agregarse también una externa: “la inmisericorde explotación del imperialismo económico practicado en nombre del progreso por aquellas naciones”, a las que acusa de haber protagonizado “una opresión organizada internacionalmente” contra estos pobres países. El atraso, la despoblación, la pobreza, el desorden, la ignorancia... eran condiciones de vida que esas mismas naciones superiores contribuían a perpetuar entre nosotros para luego aprovecharse de esas mismas miserias para acusarnos de incapaces, y tratar de obtener, por equívocos procedimientos, “indemnizaciones escandalosas”, para “enviar barcos de guerra a bloquear nuestros puertos” y “expediciones de conquista a nuestras playas”... En su condena al delirio imperialista de las naciones europeas a partir de 1870, Mijares también es implacable.

En esa condiciones de opresión interna y externa que no

dejaban fluir ni la libertad ni la democracia permaneció Venezuela hasta 1935. A Castro lo considera como un hombre que en su insania delirante montó un gobierno en el que “es imposible encontrar orientación alguna política o administrativa, sólo sucesos infamantes”... y el presunto “nacionalismo” que muchos autores le atribuyen fue una posición atolondrada que sólo se tradujo “en alardes de ‘heroísmo’ que no pasaban, naturalmente, de hueras alocuciones”...

El profesor Mijares se revela “antigomecista” hasta los tuétanos. A Gómez no le reconoce nada que le merezca pasar dignamente a la historia; ni siquiera “los únicos tres hechos” en que –según él– se basaban sus defensores para “elogiar” aquel régimen: “el pago de la deuda externa”, “las carreteras” y “la paz” que, por fin, llegó a Venezuela..

El pago de la deuda fue al precio de “extremar hasta el hambre las necesidades del pueblo, y sin reducir en nada el escandaloso aprovechamiento de los favoritos”... En cuanto a las carreteras, –salvo las de Caracas a Maracay, a Petare y a la Guaira– (...) “fueron apenas caminos de tierra, más anchos, pero no menos tortuosos que los tradicionales”. La carretera transandina, que se pregonó como la maravilla del siglo, “en un largo trayecto seguía el curso de una quebrada seca que de pronto se inundaba y arrastraba a todos los vehículos

que estuvieran en ella”, y ese detalle permite juzgar la calidad de toda la obra. Pocos se han atrevido a negarle a Gómez el mérito de haber acabado con el caudillismo y haber logrado la ansiada paz que Venezuela pedía a gritos. Mijares sí se atreve: la paz que, efectivamente logró establecerse, no se puede interpretar como un “don” que se deba a aquel “ignaro jefe primitivo”, como él llama a Gómez. Si todos los autores consideran que el estado permanente de guerra que vivió Venezuela por más de un siglo “debe atribuirse a numerosas causas históricas, sociales, económicas, políticas y psicológicas”:

así mismo la paz, como fenómeno correlativo tiene que tener múltiples explicaciones de fondo. Y una de las más evidentes (...) fue el descrédito en que habían caído los caudillos y políticos heredados del guzmancismo (y) el rencoroso desprecio con que el pueblo llegó a juzgarlos.

Como quiera que esa “paz” fue el hecho en que se basaron los intelectuales que lo apoyaron con la tesis del “gendarme necesario”, argumento que Mijares jamás quiso aceptar, éste sostiene que esa paz no se debió sólo a Gómez sino a que el pueblo se negó a seguir creyendo en los caudillos, y porque la conciencia nacional “tomó otro rumbo” para cierto es que el *maestro* marcó un rumbo nuevo a nuestra historiografía.

Fiel a su teoría de lo afirmativo venezolano, perenne

siempre en nuestra historia, maltrecho a veces pero siempre latente, Augusto Mijares cierra su libro *La evolución política de Venezuela...* con una nota de optimismo que quizá a muchos pueda sorprender: Sostiene que en los 24 años transcurridos entre la muerte de Gómez hasta la fecha en que escribe, se había operado en Venezuela *una verdadera revolución...* “por empeño de la colectividad”, ayudada o no por los gobiernos. Y para sostener lo que afirma dice textualmente:

Al que le parezca que yo también incurro en exageraciones parecidas a las del siglo pasado al considerar lo que se ha hecho como una revolución, les diré: no es igual la Venezuela de hoy a la de 1935, porque no son iguales ni sus universidades, ni sus escuelas, ni sus cuarteles, ni sus hospitales ni sus Academias y Museos, ni sus carreteras, y edificios, ni su música, ni su legislación social, ni sus periódicos, ni la mentalidad de sus obreros, ni la clase de problemas en que se ocupan los dirigentes intelectuales y políticos de la nación. Y haber logrado una transformación favorable en todas esas actividades en solo 24 años, es una revolución.

Esto fue escrito en 1960, cuando apenas comenzaba a renacer entre nosotros la nueva democracia y existían unas esperanzas y una fe colectivas puestas en ella. Como reflexión valdría la pena preguntarse: ¿Pensaría lo mismo hoy, 38 años después, en medio de la crisis multiforme que hoy nos afecta, a la que parecen habernos conducido una especie de insensatez colectiva en la que han incurrido los gobiernos, las clases

dirigentes e incluso ciertas conductas del mismo pueblo? ¿Pensaría lo mismo Mijares si examinara con su acostumbrado sentido crítico los últimos gobiernos en cuya secuencia nos da la sensación de que el que ha seguido ha resultado peor que el malo anterior? ¿Seguiría creyendo en la revolución contemporánea en el estado actual de nuestra circunstancia?... Estos interrogantes no pueden disiparse, porque, desgraciadamente, no está don Augusto que es el único que podría respondernos. No obstante, ¿cómo me gustaría poder oír su respuesta a una última pregunta que yo me hubiera atrevido a hacerle si estuviese presente corporalmente!:

Don Augusto, Ud. sostuvo, a propósito de la guerra federal, que ‘un régimen verdaderamente revolucionario exige organización, más que cualquier otro y que los intentos revolucionarios en América generalmente se habían perdido (...) por haberse conformado alegramente con satisfacciones inmediatas y aparatosas que en nada benefician a las masas’. ¿Cabría dentro de este juicio la revolución que Ud. vio realizada en 1960?

Que cada quien se imagine lo que él crea que el maestro hubiese respondido.

Don Augusto fue un hombre que creyó firmemente que... “para lograr el mejoramiento social y político, se debía tener como base la educación de las masas, la colaboración de la moral colectiva y la participación casi directa del pueblo en la vida pública cotidiana”.

El país atraviesa hoy circunstancias muy críticas, vivimos un momento en que nada parece que estuviese en su sitio, en el que los problemas se agravan sin solución a la vista y, para colmo, en medio de una campaña electoral huera e insulsa que se inicia en el vacío más absoluto de debate ideológico, de definición de principios y de programas de acción... Ante esto, parece que Augusto Mijares hubiese tenido también una especie de don premonitorio que le permitió captar con impresionante certeza las causas del escepticismo que nos invade en el presente... Que estas palabras del profesor Mijares sean

para nosotros su *última lección* en este día memorable:

Los numerosos medios de que disponen hoy los intelectuales y los políticos para influir sobre el pueblo, se emplean más para confundirlo que para moralizarlo; en lugar de educación se le da propaganda. Se sabe que es más fácil hacer aceptar una consigna que una idea; que repetir constantemente una mentira es más eficaz que someter a la deliberación pública problemas o ideales; que el engaño, tanto como la fuerza, puede acostumar a las naciones a una pasividad casi absoluta. Esa es la mayor tragedia de nuestro mundo contemporáneo: que sigue creyendo en los ideales eternos de espiritualidad, justicia y libertad, pero ya no tiene fe en los medios necesarios para imponerlos. Así se explica que, por despecho o impotencia, se reniegue de ellos.

Ante este pensamiento, ¡cesen mis palabras!... El espíritu de Augusto Mijares está a las puertas de este recinto, sugiero que vayamos a recibirlo...

Caracas, 8 de julio de 1998

Nota del autor: Estas palabras fueron escritas para ser "leídas" en público, en un acto protocolar; no para ser "publicadas"; por eso consideré innecesario insertar las notas de pie de página que remiten a los textos de donde se tomaron las citas. Dada la finalidad de este escrito el "aparato crítico" no era imprescindible. Todas las citas textuales, que en el texto aparecen entre comillas, están rigurosamente transcritas y tomadas todas de las dos obras de Augusto Mijares que me parecieron ser las más útiles para preparar el "discurso" que se me pidió: *El Libertador* y *La Evolución política de Venezuela (1810-1960)*.

Augusto Mijares: de lo afirmativo universal a lo afirmativo venezolano

David Ruiz Chataing

David Ruiz Chataing es Licenciado en Historia, egresado de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela, cursante de la Maestría en Historia de Venezuela Republicana de la misma UCV. Se ha desempeñado como investigador de la Oficina de Investigaciones Históricas y Políticas del Congreso de la República, de la Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano (FUNRES), Academia de Ciencias Económicas. Especialista en Información en el área de Historia de la Biblioteca Nacional. Miembro de la redacción de la revista *Tierra Firme: revista de Historia y Ciencias Sociales y Tiempo y Espacio*. Actualmente se desempeña como Profesor Instructor en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador y como integrante del Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño Irarorrey de esta misma Institución. Es autor de un estudio preliminar sobre el Generalísimo Francisco de Miranda, titulada *La aventura de la libertad*; coautor de *Ideas de la Federación en Venezuela* y prologuista de los libros *Asfalto y Revolución* del Doctor Nikita Harwich Vallenilla y *Vida del valiente ciudadano Ezequiel Zamora*, reedición del célebre escrito de Laureano Villanueva. De próxima publicación tiene los libros: *Pensamiento liberal venezolano del siglo XIX: textos políticos (1832-1899)*, en coautoría con Haydeé Miranda Bastidas y Herbert Luna y *Hojas sueltas venezolanas del siglo XIX*, en coautoría con Haydeé Miranda Bastidas.

Antes de adentrarnos en las ideas humanistas e historiográficas de Augusto Mijares, hemos de ofrecer, siquiera someramente, sus coordenadas biográficas y bibliográficas esenciales. Don Salvador Augusto Mijares Izquierdo nació en Villa de Cura, el 12 de noviembre de 1897 y murió, en Caracas, el 29 de junio de 1979. Historiador, sociólogo, ensayista, escritor, pedagogo y periodista. Uno de los más destacados representantes de la generación del 18. Estudió primaria en el Colegio Salesiano, de Caracas, secundaria en el Colegio San Agustín y cursó la carrera de Derecho en la

Universidad Central de Venezuela, graduándose hacia 1920. En 1938, egresó como Profesor del Instituto Pedagógico de Caracas. Docente-fundador de la antigua Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela (1946), fue Director de Educación Secundaria, Superior y Especial del Ministerio de Educación y, en 1949, Ministro de Educación. Durante su corto período como tal, creó la célebre revista *Tricolor* y elaboró y presentó el *Estatuto Provisional de Educación*, vigente hasta 1955. Embajador de Venezuela en España (1950-1952) recibió el Premio Nacional de Literatura (1955) con su libro *La Luz y El*

Espejo. Se le considera como uno de los mejores ensayistas venezolanos del siglo XX. Se recibió como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia (1947), de la Academia Nacional de Ciencias Políticas (1960) y de la Academia Venezolana de la Lengua (1971).

Entre sus obras fundamentales destacan: *Interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana (1938)*, *Hombres e Ideas en América (1946)*, *La Luz y El Espejo (1955)*. *La ideología de la revolución emancipadora (1956)*, *El Proyecto de América (1960)*, *Evolución política de Venezuela 1810-1960 (1962)*, *El Libertador (1964)*, *Longitud y Latitud (1971)*, *Lo Afirmativo Venezolano (1971)*, entre otras.

Augusto Mijares, en alguna oportunidad, llegó a sostener que: "El fracaso es una contingencia de efectos momentáneos; la fuerza perdurable es la que deriva de nuestros propósitos, porque éstos renacen todos los días". Este breve texto lo muestra como un irreprochable optimista, como lo señalara Tomás Polanco Alcántara en un estudio sobre nuestro autor. Cierta "metafísica popular" muy extendida en nuestro medio, lo tipificaría como un hombre de energía positiva, acertivo. Evidencia tener impenitente fe en el hombre universal, y en particular, en el venezolano.

El hombre —concibe Mijares— no es esencialmente bondadoso o malévolo. En el

decurso de su desenvolvimiento ha adquirido valores culturales y morales capaces de domeñar la bestia que llevamos dentro y capaces, también, de volverla a reducir, si bajo cualquier circunstancia es liberada. Dichos valores son esenciales al ser humano. Sí, éste:

ha logrado separarse de la bestialidad es porque empecinadamente ha tratado de conocerse. Y porque en medio de sus infortunios y recaídas puede reclamar con orgullo que ha inventado la moral y la lógica; o sea una guía de su conducta y una guía de su inteligencia. (Augusto Mijares en Beyra Amarista de Cumare El Humanismo del profesor Augusto Mijares, p. 21).

El conocimiento de esa heredad espiritual y vivir conforme a ella, es el fundamento del humanismo de Augusto Mijares. Él propone como ideal de vida adquirir disciplina espiritual; sugiere la idea de esforzarse por lograr adquisiciones íntimas: "saber encontrar lo lírico dentro de lo cotidiano" (*La Luz y El Espejo*, p. 17)

Sugiere que por encima del afán de bienes materiales y del confort, debemos buscar elevar nuestra inquietud hasta la obtención de goces desalienantes, que nos permitan derrotar la monotonía de lo cotidiano: armas del espíritu con las cuales venzamos la soledad y la crápula: "Porque hasta en los más humildes ciudadanos lo que hace la vida provechosa y digna es poner algo de desinterés y espiritualidad por encima de las

exigencias diarias del egoísmo..." (*Longitud y Latitud*, p. 64)

Directamente relacionado con la importancia que le adjudica al ámbito ético-moral del hombre, se encuentra su concepto de héroe. Éste es la cresta de la ola, el dirigente individual o grupal (élite selecta), líder de los procesos históricos; el motor que empuja a la Historia, a la sociedad, hacia adelante. Independientemente de que la ciencia histórica y social del presente prime a las fuerzas colectivas como agentes históricos, es útil su posición por las connotaciones éticas, formativas en lo moral, que conlleva. También porque es recomendable matizar ese holismo metodológico (de la preeminencia de lo colectivo) porque en ello se juega la libertad y la capacidad de acción del hombre. Veamos su concepto de héroe:

La humanidad ha dado siempre el título de heroísmo, no al combatir vulgar, sino a una íntima condición ética, que es lo que pone al hombre por encima de sus semejantes: héroe es el que resiste cuando los otros ceden; el que cree cuando los otros dudan; el que se rebela contra la rutina y el conformismo; el que se conserva puro cuando los otros se prostituyen...' (Lo afirmativo venezolano, pp. 32-33).

Dicho concepto evidencia que el amor desesperado por la patria que sintieron hombres como Miranda, Bolívar, José Rafael Revenga, etc., mantuvieron una tradición de trabajo, honradez, abnegación, bondad, desinterés y

justicia que permitieron la persistencia de un conjunto de ideas sobre lo que estaba por hacerse y : "... han mantenido la continuidad de la conciencia nacional". (*Lo afirmativo Venezolano*, pp. 31, 34). Son modelos de conducta en cuanto a las virtudes que demostraron para cumplir las tareas que les impusieron las circunstancias. Dichas credenciales superiores fueron: valor, constancia, ánimo sufrido, ambición en grande en cuanto proyectos de libertad, elevación intelectual, capacidad de organización, etc. (*Longitud y Latitud*, p. 63).

Desde el punto de vista de la historia de las ideas su optimismo histórico se remonta al Siglo de las Luces. Don Augusto Mijares es ferviente defensor de esa época. El siglo XVIII es el de la Ilustración, de la razón, de la fe en el progreso ilimitado del hombre, de las ansias irrefrenables de civilización y de evolución. Y dentro de ese espíritu revolucionario, acontece el proceso de las luchas emancipadoras hispanoamericanas. Mijares exalta los valores de la moral burguesa de ese tiempo. Aboga en *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, por la realización de una auténtica revolución burguesa en Venezuela; reivindica el espíritu burgués: el talento, la labor tesonera, el ímpetu dinamizador, la constancia, la providencia, la austeridad, etc. Dice al respecto

en 1955, con sinceridad no exenta de ironía:

Admito que estoy haciendo esto último [predicar virtudes burguesas] e invitando a que se haga mediante todas las formas de la propaganda y en escala nacional. Sí: levantar una parte de nuestras masas al estado de burguesía me parece el primer paso —el ineludible—, para intentar sobre base firme la reorganización social del país. “Lo cual no es ‘tan burgués’, en el fondo, como parece. Según la ortodoxia de izquierda, no es posible salir del ‘estado feudal’, sin pasar por una etapa de economía y cultura burguesas. En ese sentido, pues, todavía podemos caminar juntos durante largo tiempo” (La Luz y El Espejo, p. 105).

Estas referencias nos hacen emparentarlo con Mariano Picón Salas quien cuando se le presenta la circunstancia de definirse políticamente, sostiene que es partidario de un liberalismo un tanto anacrónico. Su preocupación por la libertad, su empatía con los esfuerzos y propósitos individuales, así lo indican. Por supuesto, ese estar “fuera de tiempo” de Picón Salas y Mijares es comprensible si ubicamos a ambos en un contexto histórico de creciente intervención del Estado por las concepciones estatistas y populistas prevalecientes en Venezuela desde antes de la segunda guerra mundial. El gran tema es la igualdad, la democracia, la irrupción de las masas a la vida político y cultural del país. Igualmente por la peculiar circunstancia histórica de asumir el Estado venezolano muchas tareas que en otras partes del mundo fueron competencia de la burguesía y de la sociedad civil.

Cabría preguntarse si estas funciones las asumió de manera inevitable o derivado de esas concepciones paternalistas predominantes en Venezuela a partir de 1936.

Pero volvamos al optimismo histórico de Augusto Mijares. Esa confianza en la capacidad humana para resolver conflictos, en la voluntad y la tenacidad de los hombres, lo llevan a enaltecer las grandes acciones que éstos acometen contando exclusivamente con su fe en el futuro. El optimismo histórico, bajo la forma del idealismo político, puede ser una fuerza de cambio histórico. En América, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, etc., actuaron conforme a patrones clásicos, pasados por el tamiz del romanticismo. Con esa fuerza interior y la creencia de someter la realidad a los dictados de la razón —y condicionados por los factores socio-históricos—, desplegaron actividades iniciadoras de profundos cambios individuales y colectivos, en los siglos XVIII y XIX. (*Discurso de Incorporación como Individuo de Número a la Academia de la Lengua, 1971*).

En el texto *Proyecto de América* (1960), trabajo presentado por el autor para incorporarse a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela, sostiene que así como se ha creado una versión completamente negativa-pesimista de la vida política de Hispanoamérica y Venezuela en el siglo

XIX, también se ha construido una idílica y falsa imagen de la Europa decimonónica. Al lado de los innegables avances del continente europeo, hay que ubicar: el despotismo político, la resistencia aristocrática al liberalismo y a la democracia; la pobreza de las masas en los inicios de la era industrial y, en general, la intolerancia política. América Hispana coetáneamente a su caudillismo, a su anarquía y a su miseria, puede mostrar una tradición intelectual, jurídica, republicana, democrática y humanística. En pensadores venezolanos como Simón Rodríguez, Fermín Toro, Rafael María Baralt, etc. Abrevamos ideas y proyectos avanzadísimos que en tiempos finiseculares es cuando se hacen sentir en pensadores y en reformas legales europeas. Las ideas de igualdad social y política, la enseñanza popular, etc. Son de vieja tradición en América Hispana, en tanto que en Europa son acusadas de jacobinas y de provocadoras de desórdenes.

De lo anterior se deducen dos observaciones: 1) Cualquier sociedad históricamente considerada tiene limitaciones, 2) Que allende el mar o en tierras cisatlánticas, son de carácter histórico los condicionantes del bienestar o el malestar de los hombres y no predisposiciones étnicas o geográficas.

Directamente relacionado con lo anterior está su concepción de la Historia. Función primordial de Clío es valorizar a cada

personaje y acontecimiento de acuerdo a ciertos parámetros espirituales (justicia, libertad, belleza, altruismo, veracidad, amor y bondad): "... si verdaderamente aspira a ser un cuadro inteligible y trascendente de la existencia humana". (*Longitud y Latitud*, p. 9). Insiste en que mientras se aclara si la historia puede ser o no científica –su opción es por el segundo término de la disyuntiva– ella puede ser filosofía normativa, poesía, fuente para el estudio del carácter nacional, apoyo a nuestros anhelos y hasta terapéutica revulsiva. (*Lo Afirmativo Venezolano*, p. 255).

La experiencia histórica juega un papel fundamental en el avance de los pueblos. Sin ella deambulan las colectividades sin destino cierto. (*Longitud y Latitud*, p. 165). En efecto, de nuestros anales históricos los venezolanos podemos extraer explicaciones, proyectos y conciencia: "Si de nuestra historia no sacamos ninguna lección dinámica, no hay por qué suponer que la encontraremos en otra parte..." (*Lo Afirmativo Venezolano* p. 256).

Es el caso del estudio de la vida de Bolívar y su carácter magnánimo, y la guerra de independencia, como algo más que una aventura militar:

Su verdadero significado, [el de la lucha emancipadora] lo que la hace digna todavía del análisis histórico es que (...) en ella se manifestaron virtudes fundamentales de nuestros pueblos –tenacidad, paciencia, desinterés, disciplina espiritual y fe que acaso otra gran voz puede

convocar de nuevo." (*El Libertador*, p. 473).

Este período de nuestra historia tiene valor, además, por sus enseñanzas en cuanto a los esfuerzos de reorganización del Estado y la sociedad sobre bases legales y republicanas. (*El Libertador*, pp. 542-543).

Se estudia la historia en función del presente; interrogamos el pasado buscándole respuestas a los problemas actuales y a las interrogaciones que nos plantea el futuro:

Hasta en los anales de los pueblos más remotos el verdadero crítico busca lo que es todavía para el presente herencia y posibilidad de acción. La única historia que debe escribirse es la historia de lo que vive todavía". (*Lo Afirmativo Venezolano*, p. 236).

Con estas ideas se aproxima al estudio de nuestro proceso histórico. Inicia su labor historiográfica tempranamente combatiendo en la *Interpretación pesimista de la sociología Hispanoamericana* (1938), a la escuela positivista. Le critica a los pensadores positivistas, entre otras ideas, las siguientes:

- 1) Refutan el romanticismo en forma incompleta, pues, repiten el culto al héroe, las exageraciones de los hechos, etc.
- 2) Hacen generalizaciones a partir de pocos acontecimientos, le dan carácter de ley a sucesos azarosos o circunstanciales.
- 3) Sobre las precarias bases anteriores erigen su tesis del Gendarme Necesario, la cual,

eterniza condiciones históricas específicas, para justificar que la única forma de gobierno adaptable a nuestra idiosincracia es la despótica.

Su propuesta sobre nuestro proceso histórico contiene varios elementos importantes: 1) Desecha el fatalismo interpretativo, 2) Rescata la idea de continuidad histórica en el proceso de formación de nuestra nacionalidad, desde los tiempos coloniales hasta los republicanos, 3) Revaloriza nuestro siglo XIX al exponer el desenvolvimiento colectivo de una tradición civilista, intelectual y democrática simultánea a las guerras civiles y el caudillismo, 4) Reivindica la idea de preeminencia de los factores internos sobre los exógenos, etc.

Su esquema interpretativo no esta exento de críticas. Sin embargo, acercándonos a él con su pasión didáctica y entusiasmo, y sobre todo, con el espíritu y el propósito que lo lleva a realizarla, pudiéramos decir cómo se esforzó por extraer de nuestras analectas, los signos, los valores, los ejemplos de decoro, probidad y altruismo ensanchadores de la dignidad del venezolano actual. Hizo un extraordinario esfuerzo por evidenciar las características positivas del venezolano: éste es generoso, ama a la patria, es magnánimo, etc. En función de ello incursionó en el estudio de la Historia: ...

Lo que más me interesa es...sacar

otros rasgos de magnanimidad de la historia muerta de los libros y darles vida como componentes del carácter venezolano. Y preguntarse no se podría proseguir así para valorizar toda una tradición de elevación y gallardía, de la cual todavía nos beneficiamos sin conocerla". (*La Luz y El Espejo* p. 84).

A manera de síntesis de sus ideas, que todas confluyen a incrementar lo afirmativo venezolano, podemos decir que la óptica que debemos formarnos del país, en consonancia con sus conceptos, no debe convertirse en leyenda negra o dorada: simplemente debemos objetivar sus fallas, para superarlas, y reforzar sus aspectos positivos. Un país al cual Humboldt encontró "bello y culto", que luchadores probados en la adversidad, como Bolívar y Miranda, amaron profundamente, donde surgieron valores intelectuales como Bello, Vargas, Cajigal, Fermín Toro, José Rafael Revenga, Juan Vicente González y Cecilio Acosta; al cual le entregaron lo mejor de sí extranjeros ilustres como O'leary, Codazzi, Ernst, Pittier, Jahn, etc., no podemos despreciarlo y vilipendiarlo a cada momento (*Longitud y Latitud*, p. 57).

La sociedad venezolana a pesar de sus múltiples dificultades, se ha visto impactada por favorables cambios sanitarios, educacionales y económicos, nada desdeñables y auspiciadores de nuevas conquistas. Lo sucedido en Venezuela a partir de 1936 es para Augusto Mijares una revolución, acumulativa, basada en el acopio

de pequeños logros, apoyada en una modesta labor organizativa, en la tenacidad de la comunidad nacional.

Esos ejemplos de pensadores progresistas, pueblos tenaces, héroes martirizados y los logros obtenidos a costa de esforzada y paciente lucha son herencia moral de las nuevas generaciones y es necesario: "explorar, valorizar y defender esa dimensión espiritual de Venezuela" (*Lo afirmativo venezolano*, p. 34).

BIBLIOGRAFÍA

AMARISTA DE CUMARE, BEYRA. *El humanismo del Profesor Augusto Mijares*. Caracas: Ministerio de Información y Turismo, 1978, 142 p.

BARALT, RAFAEL MARÍA. *Escritos Políticos* (Prólogo: Augusto Mijares) Maracaibo: Universidad del Zulia, 1972, 710 p.

LOVERA DE SOLA, ROBERTO JOSÉ. *Hondas reflexiones para largas esperanzas: esquema para una interpretación de la obra de Augusto Mijares*. Villa de Cura: Publicaciones del Concejo Municipal del Distrito Zamora, Fondo Editorial Rafael Bolívar Coronado, 1983, 59 p.

MIJARES, AUGUSTO *Los Adolescentes*. Caracas: Ariel, 1958, 263 p.

— : *Lo Afirmativo Venezolano*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1963, 242 p.

— : *Lo Afirmativo Venezolano*. Caracas: Ministerio de Educación, Dirección General, Departamento de Publicaciones, 1970, 242 p.

— : *Biografía de Don Julián Viso, 1822-1900*. Caracas: Ministerio de Educación, Dirección General, Departamento de Publicaciones, 1974, 81 p.

— : *Discurso de Incorporación como Individuo de Número del Profesor Augusto Mijares: contestación del Académico Don Luis Beltrán Guerrero*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua Correspondiente de la Real Española, 1971, 92 p.

— : *Educación: algunos problemas de orientación educativa que son también problemas políticos y sociales*. México: Imp. Manuel León Sánchez, 1943, 83 p.

— : *La Evolución Política de Venezuela, 1810-1960*. Buenos Aires: EUDEBA, 1967, 199 p.

— : *Hombres e Ideas en América; Ensayos*. Caracas: Escuela Técnica Industrial, 1940, 22 p.

— : *Ideología de la Revolución Emancipadora*. Caracas: Instituto de Filosofía, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1954, 15 p.

— : *La interpretación pesimista de la sociología Hispano-americana*. Caracas: Coop.

- De Artes Gráficas, 1938, 83 p.
- : *La interpretación pesimista de la sociología Hispanoamericana*. 2da. Ed. Madrid: Afrodisio Aguado, S.A., 1952, 249 p.
- : *Introducción de Augusto Mijares al libro la Hacienda Pública de Venezuela en 1828-1830: Misión de José Rafael Revenga como Ministro de Hacienda*. Caracas: Contraloría General de la República, 1981, 34 p.
- : *La Luz y El Espejo*. Caracas: Ministerio de Educación, 1955, [s.n.p.] .
- : *Libertad y justicia social en el pensamiento de Don Fermín Toro: Discurso en el acto de su recepción el día 10 de abril de 1947; Contestación del Académico Cristóbal L. Mendoza*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1947, 60 p.
- : *El Libertador*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza; Fundación Shell, 1964, 586 p.
- : *Longitud y Latitud*. Caracas: Ediciones Horizonte, 1971, 228 p.
- : *El proyecto de América, y, discurso preliminar: trabajo de Incorporación del Dr. Augusto Mijares a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales: Contestación del Dr. Arturo Uslar Pietri*. Caracas: El Cojo, 1960, 64 p.
- : *¿Somos o Estamos?*. Caracas: Talleres de Gráficas Armitano, 1977, 91 p.
- : *El último venezolano*. Caracas: Monte Ávila, 1991, 268 p. Picón Salas, Mariano. *Discursos leídos en el acto de la recepción pública del Académico de Número Don Mariano Picón Salas: Contestación de Don Augusto Mijares*. Caracas: Tip. Americana, 1947, 23 p.
- POLANCO ALCÁNTARA, TOMÁS. *El irreprochable optimismo de Augusto Mijares*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985, 105 p.
- ROSCIO, JUAN GERMÁN. *Obras* (Prólogo, Augusto Mijares) . Caracas: Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, 1953, 3 v.

Afirmación de la comunidad de Venezuela

R.J. Lovera De-Sola



R. J. Lovera De-Sola ha desarrollado amplias tareas como crítico, investigador histórico-literario, bibliógrafo, antólogo, promotor cultural y editor. Ha sido columnista del diario *El Nacional*, del diario *El Universal* y del *Diario de Caracas*. Ha prestado sus servicios al Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, al Instituto Autónomo Biblioteca Nacional, al Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, a Northwestern University Library (Evanston, Illinois), a la Academia Nacional de la Historia, Fundarte, Ballet Clásico de Venezuela, Ballet Nacional Juvenil, Director de Publicaciones del CONAC, Miembro del Consejo Nacional de la Casa de Bello. Ha publicado diversas obras, algunas de ellas son: *Bibliografía de la crítica literaria venezolana*; *Guía para el estudio de la Historia de Venezuela*; *Bolívar y la opinión pública*; *Hispanagente*; *Hondas reflexiones para largas esperanzas*, entre otras.

El Pensador: Si se examina la obra de Augusto Mijares (1897 – 1979) se dará cuenta el lector que si bien en el algún momento se llama a sí mismo crítico histórico (*hombre e ideas en América*. Caracas: Escuela Técnica Industrial, 1940, p. 197) estamos ante los escritos de un ensayista, uno de esos pensadores que prefieren quedarse solos con las ideas, hacer lo que él mismo dice en un pasaje de sus escritos “preferí quedarme a solas durante el resto de la noche considerando todos los aspectos de la inquietante interrogación” *La luz y el espejo*. Caracas: Ministerio de Educación, 1955, p. 48). “Eso fue

Mijares; un hombre que vivió el “recato austero del pensador” (*La luz...* p. 9) como él mismo dice y quien volcó estas virtudes en ser un escritor de temas políticos el cual, como él mismo lo indica

debe tener en cuenta dos objetivos: el de incluir en la realidad inmediata cuando encuentra asideros para ello: y, si esto no es posible, tratar de prepararles a las generaciones venideras un esquema sincero de los problemas, que a lo menos las salva de considerarlos irremediables” (*Longitud y latitud*. Caracas: Seguros Horizonte, 1971, p. 93)

y esto por estar convencido que “existe el hombre luz... y el hombre espejo, el apóstol” (*La luz...*, p. 10):

Sí: quizá, dice, el conjunto de la humanidad semeje a veces una lamentable muchedumbre en tinieblas; pero desde ese miserable bullir se alzan hacia aquella luz los rostros en éxtasis de los santos y las puras espadas de los héroes, espejos que convierten en señales el inextinguible resplandor que corre sobre ellos(*La luz...*, p. 11).

Por ello indica

Llamo lírico a lo no vulgar, a todo lo que representa belleza, fuerza, ambiciones superiores y también verdadero placer... Lo lírico cotidiano: para realizarlo es preciso desde luego poner en nuestros actos mucho más de nuestro yo, darles sentido dándoles personalidad, esperar menos de la vida como espectáculo y tener más fe en ella si la desarrollamos como exteriorización de una idea o de un sentimiento cultivados con entusiasmo; menos distracciones y más espíritu” (*La luz...*, p. 17).

Es por ello que en

todas las personalidades superiores –sabios, apóstoles, artistas– es evidente esa escala de valores espirituales. Poseídos por una pasión, con el solo afán de fijarla objetivamente es para ellos finalidad de su vida. Pueden vivir en medio de una realidad mezquina u hostil, pero ellos, apenas la ven; su verdadera realidad es el propósito íntimo que los domina y cuentan la vida por la parte de él que realizan cada día. (*La luz...*, p. 22).

En estas citas encontramos la esencia de la labor cumplida por Mijares, un hombre que siempre dio clases, estudió, escribió, leyó pero que nunca dejó de sonreír como lo recuerda un testigo; un hombre cuyo trabajo, como él lo dice de José María Vargas (1786 –1854) “siempre fue igual... ese trabajo tenaz y abnegado que de días siempre

idénticos forma una vida excepcional" (*La luz...* p. 168)

Y para hacer ese trabajo utilizó al libro para difundir su mensaje pero especialmente, y antes que este, la columna periodística. Su obra se puede decir, que salvo algunos textos concebidos como unidades muy amplias, su estudio sobre Roscio. La evolución política de Venezuela, El Libertador o su biografía de Don Julián Viso fue concebida para aparecer en la prensa. Por ello no nos debe llamar la atención que en su libro *La luz y el espejo* encontremos esta reflexión: -"la producción periodística que es a menudo para las mejores ideas, en nuestro continente, la única forma de supervivencia. Comentar esas ideas y agregarles un eco propio" (*La luz...*, p. 170) porque este mismo hizo él. Concibió sus páginas para el diario, para el pueblo porque sabía, era un decir ceciliano, que el periódico es el libro del pueblo¹. Y así llegaba a todos. Pero tuvo al hacerlo teniendo "el cuidado del lenguaje, la riqueza de expresión, la vivacidad en las descripciones y el ágil señorío de su erudición" (*Lo afirmativo venezolano*. 3ra. Ed. Aum. Caracas: Dimensiones. 1980, p. 287); y al hacerlo se atrevió "a desafiar esa terrible realidad que es la presión de la moda para ser fieles así mismos" (*Longitud...*, p. 30). Por ello logró ser algo, que él atribuye a Luis Beltrán Guerrero (1914 -1997),

Pero sucede con escritores que justamente por esa abundancia de doctrina y esa perspicacia en el juicio con que nos seducen, el comentario que podríamos hacer de sus obras resultaría una reproducción íntegra de ellas. Quiero decir que nada deseáramos perder, ni nada nos atreveríamos a añadir

(*Longitud...*, p. 111) por ello fue un comentario político social tan hondo y "un pensador de tan refinado gusto que se ha propuesto... no llevarnos de la oreja a pensar como él, sino conducirnos en su compañía al meditar y al buen decir" (*Longitud...*, p. 111).

Mijares perteneció a la generación de 1918. Ella formó una unidad con la de 1928, como lo dijo uno de ellos. Fernando Paz Castillo², una sola generación:

la de los hombres, leemos en Lo afirmativo venezolano, que habiendo nacido al comenzar el siglo, se formaron bajo las más duras condiciones de opresión y de desamparo y emprendieron sin embargo, después, una improvisación de obras colectivas que merece historia" (Lo afirmativo..., p. 157) y esto por que "La verdad es que toda vida venezolana se transformó a partir de 1936

(*Lo afirmativo...*, p. 158) porque

Nada de eso teníamos y lo hicieron aquellos hombres que solos con sus sueños durante la juventud y bajo la presión de un ambiente en que todo estaba prohibido apenas se atrevían a cuchichear los proyectos que cada cual guardaba para el día de la liberación

(*Lo afirmativo...*, p. 158), día que llegó con la muerte de Gómez; por ello, escribió Mijares,

1918 ó 1928, o un poco antes o algo después; lo esencial es este: que se trata de una sola generación que, por sus sufrimientos, su desinterés, su perseverancia y su valor moral, merece recuerdo; y no tampoco por vanagloria sino porque representa una exultante respuesta de Venezuela a cualquiera interpretación derrotista... Fue una generación de autodidactos que dejó a las otras lo que ella no tuvo; una generación de improvisados que quiso evitarles a las que vendrían después todo lo que ella había sufrido. Una generación de pedigüeños que siempre pidieron por sus ideas y nunca para sus apetitos

(*Lo afirmativo...*, p. 162-163). En ellos se hizo presente una idea siempre cara a Mijares. Él la había expuesto por primera vez en 1937. En 1971 la volvió a reiterar.

En Venezuela siempre hemos tenido o una generación dispuesta a morir por la patria; lo que nunca hemos logrado es una generación dispuesta a vivir para ella... si es que algún día logramos una generación más inclinada a reflexionar sobre nuestros males que a exhibirlos, dispuesta a obtener de ellos más estudios y menos ostentación

(*Longitud...*, p. 139) Ese fue el retrato de su generación³. La de aquellos hombres que nacidos a fines de siglo comenzaron a actuar o a escribir en los años veinte, quienes se unieron el día del entierro de uno de ellos, -Luis Enrique Mármol (1897 - 1926), muerto en la flor de la edad, cuyos ideales fueron similares. Pero el pensamiento transcrito, tal es la dialéctica de Mijares, sirve para cada generación que se alumbra en el cielo de Venezuela. Vivir para la patria es un signo, un motivo, una manera, un ideal

colectivo. Por ello pudo hacer suya, Mijares, esta sentencia de Epicuro (341 – 271 aC),

No se puede vivir contento, si no se vive prudentemente, honestamente y justamente, ni vivir prudentemente, honestamente y justamente si no se vive contento, porque las virtudes nacen con la alegría de la vida y el vivir alegremente es inseparable de ellas

(Lo afirmativo..., p. 194)

LA CAPACIDAD DE TRABAJO

Pero los ideales, como los de su generación, no se logran alcanzar sin cierta dosis de sacrificio. Y esto porque a veces “nada menos que la gloria ha sido la compensación de su terrible desamparo espiritual” (*La luz...*, p. 75). De allí sus disgresiones sobre el tercer capítulo de la tercera parte de Doña Bárbara. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 187. 193). Allí en “ño Pernaleta y otras calamidades”. Vemos a Santos Luzardo pidiendo justicia, a Mujiquita incapacitado para darla y a Pernaleta dándola como a él le daba la gana. Pero para Mijares Mijiquita no es un simple plumario que escribe lo que Pernaleta dice sino un ser en el desamparo, un atropellado, una persona obligada a hacer silencio, a callarse, como en general estuvieron tantas veces nuestros intelectuales a lo largo del tiempo. Vencidos como estuvieron aquellos que cita Mijares; Andrés Bello (1781 – 1881), Juan Vicente González (1810 – 1866) o Cecilio Acosta (1818 – 1881). Y todo ello “Porque se necesita mucha alta bondad, y

fuerza excepcional de carácter, para que un simple propósito bondadoso adquiera continuidad que casi nunca logran las convicciones políticas” (*La luz...*, p. 84). De allí que insista Mijares, y a ello volveremos, en la necesidad que estamos de “valorizar toda una tradición de elevación y gallardía” (p. 84) que fue la propia de Bello, González o Acosta. Allí están sus escritos para proclamarlo. U otros como Joaquín Crespo (1841 – 1898) con su respeto a la prensa opositora; el prócer Juan Antonio Sotillo (1790 – 1874) ante la muerte de su hijo; José Antonio Páez (1790 – 1873) en su respeto por el adversario; Antonio José de Sucre (1795 – 1830) con su magnanimidad o el Libertador (1783 – 1830) cuya “manifestación de elevación espiritual más impresionante en su afán de destacar y hacer valer los colaboradores que le rodean” (*La luz...*, p. 89). Por ello, anota Mijares, debemos dejar de tener miedo en ser respetuosos (*La luz...*, p. 96) y examinar, siempre con delectación, el valor, la paciencia y la constancia (*La luz...*, p. 109) que encontramos en Fermín Toro (1806 – 1865), en Vargas, en Juan Manuel Cajigal (1803 – 1856), en José Rafael Revenga (1786 – 1852), en Julián Viso (1822 – 1900), en el propio Bolívar cuya capacidad de “superar el fracaso” (*La luz...*, p. 138) es una virtud digna de cuidadoso estudio según Mijares

UNA CONCEPCIÓN DEL PAÍS

Esa búsqueda de lo afirmativo venezolano a través de la continuidad espiritual del país la colocó Mijares sobre los pilares de una concepción de la historia de Venezuela que él mismo diseñó y desarrolló de sus libros. Y lo hizo por estar convencido de que si se quería entender a la nación era necesario “Naturalmente... buscar en la historia de su país las explicaciones que anhelan” (*Hombres...*, p. 43). Y esto porque se hace necesario tener un programa vital, no buscar “desahogarse con lamentaciones conmovedoras, no presentarse como Narcisos cívicos, ni ilusionar a las turbas con promesas de cambios teatrales; querían, pedían, buscaban el trabajo por hacer” (*Hombres...*, p. 42).

Pero para encontrar esa visión de la república había que tener una concepción de la historia. Ésta, para él,

es la manifestación más viva y directa del carácter de un pueblo, una vasta experiencia política y un conjunto de problemas sociológicos... Por eso, estudiar un problema histórico es, casi siempre, estudiar también un problema de actualidad permanente; y en América⁴, sobre todo, muchos de nuestros problemas morales, políticos y sociales han sido estudiados bajo la forma de problema históricos

(*La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. 2ª. Ed. Aum. Madrid: Afrodisio Aguado, 1952, p. 71).

Por ello al hacerlo se propuso

descubrir la otra tradición histórica que es también genuinamente americana. Una tradición de principios intelectuales y morales que no equipara a los pueblos europeos; una tradición de aspiraciones colectivas y de ideales políticos jamás domeñada, ni aún en las épocas más duras; una tradición también de hombres de Estado, de pensadores serios y de trabajadores honrados, que en la mayor parte de los países hermanos han realizado ya la reorganización republicana de la patria... Es en esa tradición y en esos hombres donde es preciso estudiar el verdadero sentido de la vida colectiva americana y su orientación íntima. Esa tradición es lo que legitima nuestras ambiciones de un orden político superior, y es una promesa de que se realizan... esa tradición precede al nacimiento mismo de la nacionalidad, puesto que los Libertadores emprendieron la creación de la patria, no con el simple propósito de desligarle de la dependencia extraña, sino también para encarar en ella un sincero ideal republicano y fundar para todos un hogar sincero y digno"

(La interpretación..., p. 10 – 11).

En el examen de esta cuestión encontró Mijares dos tradiciones antagónicas: a) la sociedad civil, el término es del propio Libertador en la Carta de Jamaica⁵, que es a la vez un cuerpo deliberativo, un conjunto de instituciones que tiene al debate sobre los problemas como su signo principal: b) el caudillismo como fenómeno antagónico. Digno de todo estudio porque como lo ha señalado Uslar-Pietri "hasta ahora la más original y acaso única política del

mundo hispanoamericano ha sido ciertamente el caudillo"⁶. A estos caudillos dedica Mijares numerosos estudios e indica que hay casos en que el mismo caudillo, como lo es el del Libertador, se desdobra en pensador también (*La interpretación...*, p. 146). El caudillo actúa tras 1830 en el país. Pero forja dos tipos de gobierno al decir de Mijares: el deliberativo que vive en país, bajo la égida de Paéz, hasta 1846 y el despotismo y la anarquía que se inicia en 1848⁷.

Es por todo ello, indica Mijares, que

nuestra democracia no se obtuvo por una brutal imposición de los hechos... Sino por obra de un elemento espiritual consciente que le dio unanimidad y continuidad característica... Que ya para mediados de siglo se había cumplido aquel proceso de estructuración social

(*Lo afirmativo...*, p. 150);

pero

Ni Libertad ni democracia nacieron en Venezuela de la guerra o por improvisación, sino porque republicana y democrática quisieron que fuera su patria los hombres que la extrajeron de la matriz de la revolución y en ese mismo momento le dieron nombre y destino

(*Lo afirmativo...*, p. 224); sin embargo grave fue la relación de la nación con sus leyes. Al respecto indica Mijares:

En 1819 observaba Bolívar: Los venezolanos aman la Patria, pero no aman sus leyes, por que estas han sido nocivas y eran fuente de mal; tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inícuos, y concluía que sin esos afectos fundamentales "la sociedad

es una confusión, un abismo: es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo

(*Lo afirmativo...*, p. 235)

COORDENADAS DE NUESTRO VIVIR

Por ello para hacer esto más comprensible trazó Mijares lo que denominó las coordenadas de nuestra historia. Según ellas nuestro pasado, pretérito que se proyectaba sobre el porvenir, era consecuencia de

una larga preparación ideológica... Una amplia raigambre colectiva... que dentro de aquel cuerpo de doctrina existe una estrecha correlación entre la finalidad que se perseguía... y los medios mediante los cuales se lograría esa transformación... este estudio sistemático nos daría el verdadero sentido de la vida colonial y de la empresa emancipadora

(*Lo afirmativo...*, p. 237).

Por ello consideró que la revolución emancipadora había tenido un programa, que él denominó *El proyecto de América*, y que no era otro que la "formación de una sincera conciencia democrática" (*Lo afirmativo...*, p. 345). Y teniendo un proyecto no podía ser producto de una improvisación. Y bastaba examinar las acciones de proyección colectiva de ciertos hombres para comprobarlo: El Padre Sojo (1739 – 1799) y la transformación musical que sufrió la colonia; el padre Marrero (1752 – 1809) reformando los estudios de filosofía o don Simón Rodríguez (1769 – 1854) exponiendo sus ideas sobre una verdadera escuela

política. Por ello cuando llega 1810 hay un programa a seguir y en él se fundamenta la revolución emancipadora.

LO AFIRMATIVO VENEZOLANO

Estas concepciones lo llevaron a buscar lo afirmativo venezolano en el devenir del país. Es decir “Lo afirmativo venezolano... como antítesis a los que se empeñan en regar esterilidad sobre el suelo de la patria” (*Lo afirmativo...*, p. 29), ya que “Tanta insistencia en la autoacusación indica que nuestra conciencia moral vive exacerbada, o significa que está muerta?” (*Lo afirmativo...*, p. 38) autodenigración que nos puede hacer preguntarnos si “En Venezuela la historia ha sufrido además otra mutilación: la de considerar que sólo lo peor de la realidad universal es característico de la realidad venezolana” (*Lo afirmativo...*, p. 117). Por ello contra él “blasfemar contra la patria” (*Lo afirmativo...*, p.30) escribió ese manual de venezolanidad que es Lo afirmativo venezolano.

Otras causas, apunta,

han concurrido también... a crear ese funesto hábito de blasfemar contra la patria o cubrimos de cenizas y de lamentaciones. La más evidente de esas causas es el contraste que debió afrontar la conciencia nacional cuando nuestros infortunios políticos – guerras, desorientación, personalismo – y la miseria del país, produjeron a mediados del siglo pasado la caída vertiginosa de la República en relación con las aspiraciones

colectivas de regularidad legal, probidad administrativa, libertad y cultura, que hasta entonces se habían mantenido intactas. Desde el propio siglo XVIII venían aquellos ideales, y el deseo de realizarlos fue el núcleo espiritual que dio nacimiento a la Patria... Pero la verdad es que aun en los peores momentos de nuestra crisis políticas, no se perdieron totalmente aquellos propósitos de honradez, abnegación, decoro ciudadano y sincero anhelo de trabajar por la patria. Aun en las épocas más funestas puede observarse como en el fondo del negro cuadro aparecen, bien en forma de rebeldía, bien convertidas en silencioso y empeinado trabajo aquellas virtudes. Figuras siniestras o grotescas se agitan ante las candilejas y acaparan la atención pública; pero siempre un mártir, un héroe o un pensador iluminan el fondo y dejan para la posteridad su testimonio de bondad, de desinterés y de justicia

(*Lo afirmativo...*, p. 31).

Basado en estas ideas concibió este vademécum cívico que es lo afirmativo venezolano a través del cual presentó esta tradición de nobleza nacional. Por ello indica que para hacerlo “es preciso llegar hasta la anécdota menuda que es la más reveladora” (*Lo afirmativo...*, p. 42); por ello anota “Prefiero irme a la menuda historia, a los hechos que, sin velos de adorno o interés, demuestran la feliz transformación que se cumplió en nuestra sociedad en sincera concordancia con las ideas políticas que habíamos proclamado” (*Lo afirmativo...*, p. 147), así buscó en nuestra historia “esas fuerzas espirituales impalpables que me complace invocar” (*Lo afirmativo...*, p. 235) ya que estamos obligados los venezolanos

a “estudiarnos sin disimular nuestras culpas, pero también sin exagerarlas” (*Lo afirmativo...*, p. 239).

LA CONTINUIDAD ESPIRITUAL

Ahora esa obligación de examinarnos a nosotros mismos la encontró mirando ciertas vidas irreprochables, alguna de las cuales examinó en sus obras. Y lo hizo por haber encontrado en su examen los porqués de su continuidad. Por ello en un pasaje de sus escritos leemos

La continuidad ideal y práctica entre la obra de los Libertadores y la de los que dirigieron después la reorganización republicana de estos países... porque esa continuidad es la verdadera justificación sociológica de la Independencia. La emancipación podrían considerarse un azar lamentable, si los propios hispanoamericanos no hubiesen sabido completarla mediante aquella labor constructiva... y no encontramos rastros de sus descendientes; sino es posible afirmar que la capacidad de los caudillos tiene un equivalente sociológico en esa capacidad civil y política de los intelectuales y de los estadistas americanos que les sucedieron, podría dudarse de la naturaleza de aquellos propósitos, y el heroísmo de los Libertadores, desprovisto de finalidad consciente desde el punto de vista social, no quedaría muy por encima de la combatividad elemental de los pueblos oprimidos

(*Hombres...*, p. 67 -68)

Y eso que encuentra son una serie de hombres, y mujeres en quienes brilló siempre, por encima de todo, sobre todo al actuar, el amor a la patria, la inflexible honradez, la perseverancia en los propósitos, la

rectitud, el desinterés, la laboriosidad, el valor, el sometimiento de todos los problemas del estado a la deliberación pública, al menos durante la que Mijares llamó la republicana deliberativa (1830 – 1846), cuyos debates se eclipsan en 1848. Pero pese a ello, pese a que no actúan el número de pensadores y hombres de estado que actuaron en los días del régimen deliberativo durante este período de mutismo nacional hallamos presentes la acción denodada de otros que buscan como seguir construyendo el país. Y si bien hay un silencio nacional entre 1848 – 1900 y el largo musitar callado durante las largas tiranías andinas el año de 1936 el discurrir nacional, los nuevos planes, vuelven a emerger, a tener vida. Es así como vemos, ya lo hemos indicado, juntas a la generación de 1918 – a la que perteneció Mijares – a la de 1928 en su lucha denodada por poner a andar otra vez el país, por revivir el debate público, por hacer de la educación el centro de las preocupaciones nacionales. Es ese el momento en que Mijares escribe su breviario *Educación*. (México: Imp. Manuel León

Sánchez, 1943. 83 p.). Y a la vez que los pensadores de 1830 – Bello desde Londres y Chile, José María Vargas y Juan Manuel Cajigal con sus planes educativos: Fermín Toro (1806 – 1865) o Rafael María Baralt (1810 – 1860) con sus planes ideológicos: doña Juana Padrón de Montilla increpando a los gobernantes con el apotegma “para que quiere gobierno sino escucha” (*Lo afirmativo...*, p. 101); las formas de gobierno con las cuales actúan un Paéz o un Carlos Soublette (1789 – 1870); los consejos de un Fernando Peñalver (1765 – 1837) o de un José Rafael Revenga o la presencia luminosa de un Francisco de Miranda o de un Simón Bolívar.

Allí está una tradición nos dice Mijares. Allí están los hombres espejos, como el magnánimo Antonio José de Sucre, ante los cuales mirarse. O el caso de otros, tras el silencio impuesto por las dictaduras: un Julián Viso, un Cecilio Acosta (1818 – 1881) o un Juan Antonio Pérez Bonalde (1846 – 1892). Todos ellos nos indican cada día, como escribe Mijares, “que en un

país como Venezuela, donde todo está por hacer, hemos de vivir en revolución constante. O rutina o resolución, no puede haber término medio; cualquier forma de administración eficaz será revolucionaria. Lo que si debemos recordar es que la revolución es proyecto y no violencia: doctrina y no gesticulación y palabras” (*Lo afirmativo...*, p. 349).

* Leído en la sesión del seminario sobre la obra de Augusto Mijares celebrado en el Celarg la tarde del 13 de noviembre de 1997.

1. CECILIO ACOSTA: *Obras completas*. Caracas: La Casa de Bello, 1982. 2 vols.
2. FERNANDO PAZ CASTILLO: “Contestación a Miguel Otero Silva” en Varios Autores: *Discursos de incorporación*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1983, t. VI, p. 145-153. La referencia está en la p. 149.
3. Ver también Augusto Mijares: *Longitud y Latitud*. Caracas: Seguros Horizonte, 1971, p. 59-69.
4. Siempre que Mijares escribe la palabra América debe entenderse que a lo que se refiere es a Hispanoamérica.
5. SIMÓN BOLÍVAR: *Escritos del Libertador*. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela. 1972. T. XIII, p. 232.
6. ARTURO USLAR-PIETRI: *Viva voz*. Caracas: C. A. Tabacalera Nacional, 1975, p. 171.
7. AUGUSTO MIJARES: “La evolución política de Venezuela” en Varios Autores: *Venezuela Independiente*, Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1962, p. 21-156. Ver en este caso las p. 95-97.

Augusto Mijares: la primera distancia

Elías Pino Iturrieta

Elías Pino Iturrieta. Doctor en Historia, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, profesor titular y Ex-Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. Presidente de la Fundación CELARG. Ha escrito una numerosa bibliografía, especializada en el estudio de las ideas y las mentalidades en Venezuela. Recordamos entre sus trabajos: *La mentalidad venezolana de la emancipación*, *Las ideas de los primeros venezolanos*, *Positivismo y gomecismo*, *Juan Vicente Gómez y su época*, *Contra Lujuria, castidad y Venezuela metida en cintura*.

La primera edición de *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, es de 1938. Una segunda stampa ve la luz en 1952, sin que se aprecien modificaciones de entidad en el contenido. Por consiguiente, estamos ante una reflexión que comienza a separarse de la tradición de análisis imperante en Venezuela desde la segunda mitad del siglo XIX, que circula cuando apenas existe una primera alternativa de hacerlo sin cortapisas. Si el gomecismo recoge la proposición positivista que data del guzmancismo y la refuerza como sostén doctrinario, en medio de un ambiente de crueldad

susceptible de impedir el desarrollo de ideas diversas, o su difusión, la obra de Augusto Mijares es una distancia temprana en relación con las lecturas del país y del continente que se habían aclimatado durante la tiranía, pero que databan de la centuria anterior. Apenas va a cumplir tres años de muerto Juan Vicente Gómez, cuando el ensayista lleva sus papeles a la imprenta. Todavía reina la incertidumbre en la república gobernada por una figura de la autocracia procedente, cuando el autor denuncia las limitaciones descubiertas en la tesis de los hombres que pontificaron desde

las alturas, en Venezuela y en el resto de América Latina.

Una reacción tan próxima debe estar hecha de ingredientes novedosos, pero es probable que mantenga la influencia de aquellos que rechaza. Ochenta años de una homogeneidad impuesta por intelectuales con quienes no podrá polemizar, no pasan en balde. Era evidente entonces las dificultades para el conocimiento de la bibliografía que los descalificaba, hacía ya tiempo, desde otras latitudes. Los voceros que comenzaban a ofrecer ideas para construir una sociedad distinta, apenas se establecían¹. En consecuencia, seguramente aparecerá en sus páginas la orientación del magisterio que combate. Aunque las pistas que ofrece en su momento para revisar la trayectoria de la sociedad, se mantienen hoy como posibilidad de lectura de nuestra realidad: o permiten que uno se inspire en ellas para enriquecer la crítica que se desarrolla frente al problema de nuestros días, la presencia de valores que determinaron el rumbo del positivismo y de las tendencias eurocéntricas en los pensadores latinoamericano desde 1860, o quizá desde antes, desemboca en una postura cuyos lastres impiden una navegación más autónoma.

Ya se conocen, grosso modo, las intenciones de Augusto Mijares: demostrar las contradicciones de los pensadores que venían proclamando la incapacidad de los latinoamericanos para el ejercicio de la democracia y para el mantenimiento de la civilidad.

Figuras del pensamiento y del gobierno en el siglo XIX, como Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, perseguidores del sueño civilizador en el río de la Plata; o como Francisco García Calderón, Mario Bunge, Lucas Ayarragaray, José Ingenieros y Laureano Vallenilla Lanz, teóricos del predominio de los hombres fuertes ante un pueblo sin posibilidades de acceder a la positividad racional, son arrinconados en las paginas de La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana². Cuando concluyela lectura del libro, se siente que el pensamiento que ha rebatido no tiene relación debido a la lucidez de sus reproches.

De seguidas se recogerá aquella parte de los argumentos que, por su evidente actualidad, pueden rescatarse con el propósito de manejarlos en el examen de nuestros días. Luego se intentará la observación de algunas limitaciones.

Uno de ellos nos debe parecer familiar, en cuanto se ha machacado sin tasa en la actual década: la existencia de la sociedad civil, como alternativa frente al declive institucional. Para probar la debilidad de la interpretación que justificaba la existencia del caudillo necesario en la ausencia de una rutina vinculada a sistemas regulares de convivencia, Mijares reivindica la tradición colonial como fuente de vínculos susceptibles de encauzar a sus criaturas por la ruta de unas instancias concertadas en atención a los valores que se compartían, hasta el extremo de funcionar en todas las escalas de la vida y de reaccionar frente a elementos refractarios. La referencia a la vocación constructiva del período colonial no es nueva. El mismo autor nos dice que encuentra fundamento en un ensayo de Ángel César Rivas y en las investigaciones de Caracciolo Parra León³. Lo que resulta novedoso es la localización

de nuestro contacto con la vida institucional en un período tan antiguo como el de la colonización por los españoles. Trasladar hasta un origen remoto la cobabitación de los venezolanos, de los latinoamericanos en general, partiendo de una urdimbre de pautas humanas y divinas ante las cuales existía una habitual comunión y de las cuales surgiría una conducta susceptible de permanencia en el período republicano, desemboca en la confección de un escudo suficientemente robusto para protegerse de los aullidos del pensamiento y de los publicistas de revoluciones.

Esa sociedad civil de origen remoto, es según Mijares: “una tradición de regularidad política, del orden considerado como un equilibrio regido por la ley”⁴. O es, como dice en otro lugar

no sólo un conjunto de costumbres políticas, sino algo mucho más complejo y profundo, que forma el equilibrio orgánico de nuestras sociedades; el principio de una cohesión íntima que se renueva a través de todas sus vicisitudes y que completamente definido para la época de la emancipación, las hace aparecer desde entonces como naciones adultas, cuyas fuerzas colectivas y constantes prevalecen sobre todos los fenómenos transitorios de su historia⁵.

Aparte de la noción de madurez que incorpora a la interpretación de la historia latinoamericana, y que se enfrenta a las versiones sobre nuestras ineludibles infancia y juventud —que no pocas veces se han entendido como ineptitud, o como necesidad de tutela— manejadas por los próceres de la independencia, por pensadores liberales y positivistas del siglo

XIX, por conquistadores de los tiempos antiguos y modernos; o por escritores, hombres de prensa y políticos de la actualidad, entienden a la sociedad civil como una urdimbre tejida por todos durante más de quinientos años⁶.

Tal afirmación de la existencia de madurez colectiva cuyo origen se remonta a los inicios del período colonial, esto es, el proceso más uniforme que ha vivido el continente después de la irrupción de los europeos en el universo autóctono americano, es una de las contribuciones más dignas de atención que hace Mijares para el entendimiento de nuestras colectividades. Para la estimación de nosotros y de los que se parecen a nosotros, queda mejor. Pero, a la vez, para enfrentar la postura que parece arraigar ahora en relación con la sociedad civil. Aunque nadie entre una multitud de voceros se ha atrevido a definirla hoy con exactitud, quizá porque así convenga como vehículo de demagogia, al trajinar el término parecen dispuestos a usarlo como sinónimos de un solo tipo de individuos⁷. Por lo poco que se han atrevido a explicar, uno entiende que la sociedad civil no es la multitud usual, ni la militancia partidaria, ni la burocracia del Estado, ni el cortejo de los sindicatos. Es algo con mayor aptitud frente a los borregos que han servidos de clientela a los políticos. Parece, de acuerdo con el argumento todavía inextricable de sus heraldos, que

está naciendo una especie de ciudadano de primera, una suerte de avisado analista capaz de enmendarle la cartilla a una administración aberrante. Esa leyenda repetida entre brumas, pero a cada rato, que anuncia el advenimiento de una nueva clase de ciudadanos que nos hará felices y mejores, se desploma ante la interpretación amplia, capaz de incluirnos a todos en la fábrica de una vida regular que se sostiene desde antiguo en pautas indiscutibles, expuesta por Mijares desde 1938.

Pero la proposición tiene un alcance mayor. El ensayista pretende demostrar que, debido a la madurez que puede evidenciarse en las colonias hacia finales del siglo XVIII, "las aspiraciones de libertad y las doctrinas idealistas" se convierten en necesidad histórica en toda la América Latina⁸. Al pasar a la categoría de necesidad histórica, los designios democráticos y los proyectos liberales no son piezas accesorias, sino ingredientes esenciales de la personalidad colectiva. No son copias, ni solicitudes superfluas, sino requerimiento y expresión de una peculiaridad que se ha legitimado en la vida anterior y en las mudanzas que le ha hecho de manera consciente a esa vida anterior. Apreciadas desde tal perspectiva, nuestras sociedades dejan de ser receptáculo simple, para transformarse en agentes de su propia metamorfosis. Dejan de permanecer en segundo plano, para vivir en protagonismo acorde con las necesidades de su peculiar desarrollo. Pueden aspirar al destino que juzguen conveniente, sin temores ni complejos. Ya América Latina no es un juego de niños que pueden manipular los mayores, ni un episodio de adolescentes veleidosos cuya suerte puede cambiar la imprevisión, sino el

corolario de un proyecto acariciado desde el principio de su tiempo y capaz de asentarse con felicidad después.

Ya se siente lo que viene de seguidas. Mijares ha invertido las posturas habituales de apreciación de la realidad latinoamericana, para enfrentarse a los letrados del autoritarismo. Las instituciones son lo propio, en lugar de los mandones. Debido a resortes históricos, las sociedades pueden conducirse en términos plausibles, sin echarse en los brazos del gendarme necesario. El caudillismo "no puede considerarse sino como un subproducto transitorio de la guerra emancipadora"⁹. La insistencia en los caciques y en los autócratas como claves para entender la evolución de América Latina, agrega en otra parte, sólo llama la atención sobre: "Hechos minúsculos erigidos en símbolos y personajes de valor circunstancial transformados en representantes de la necesaria histórica ¿puede darse síntesis más cabal de lo que ha llamado, entre nosotros, la sociología positivista?"¹⁰. La afirmación y la pregunta quieren poner las cosas en su lugar, en términos demoledores.

Tan demoledores que, no sólo enfrentan a los sociólogos que desde el siglo XIX desprecian las posibilidades del hombre latinoamericano y aconsejan el predominio de un César rodeado por un elenco selecto de cerebros que guíen y enseñen al rebaño hasta cuando sea menester, esto es, hasta cuando ellos mismos lo

juzguen necesario. Los dardos pueden servir, igualmente, para detener a los actuales enemigos de los regímenes democráticos. Si se presenta a sus regímenes democráticos, partiendo del mismo argumento, como productos de un proceso legitimado por la historia de cada pueblo y por unas necesidades orgánicas; si se señalan las falencias de estos regímenes democráticos como partes accesorias, como simples elementos circunstanciales, pero jamás como piezas de su médula, sobran las razones para apuntarlos. Acaso convenga profundizar la defensa de nuestras democracias, en atención a los presupuestos de Augusto Mijares.

Sólo que, para que efectivamente sea razonable su manejo de servicio de situaciones contemporáneas, conviene detenerse en aquella parte de su desarrollo que no puede liberarse del evangelio contra el que reacciona. En efecto, cuando juzga a los caudillos. Mijares comete un pecado parecido al de los positivistas del pasado. Veamos el siguiente fragmento:

La vida republicana de estas naciones durante el siglo pasado se resume así en la lucha de dos tendencias antagónicas: la antigua tradición de la tradición civil, que es una tradición de convivencia pacífica y constructiva, de ideales colectivos, de respecto legal, de equilibrio social orgánico; y la tradición caudillesca -anarquía y despotismo- más reciente y con menos arraigo, pero más poderosa en el campo político [...] La regularidad social y política se

reanuda en algunos países que no sufrieron la irrupción violenta del caudillismo (Chile); en otros países después de una breve lucha, que pruebe el arraigo y vitalidad de la tradición americana (Colombia); en la Argentina, con el apoyo ulterior de la transformación económica producida por la inmigración europea. En todos se debe el predominio definitivo de la corriente histórica fundamental civil y legalista. Cuando predomina la pura coacción caudillesca continúa latente el desequilibrio social, y se vuelve a menudo al vaivén de anarquía y despotismo que es la consecuencia natural de la acción personalista¹¹.

Como se observa, invierte la tesis positivista, pero permanece prisionero entre sus redes.

Ahora la urdimbre institucional ocupa el puesto principal del argumento y los caudillos ocupan el puesto accesorio, pero se mantiene el enfrentamiento entre la civilización y la barbarie planteado desde el tiempo de Alberdi y Sarmiento; se mantiene la necesidad del orden y el progreso divulgada por los discípulos latinoamericanos de Comte. ¿Por qué nada todavía Mijares en las mismas aguas? Quizá por lo dicho al principio: está muy cerca al magisterio pesimista y ha sido respetado durante mucho tiempo, como para que pueda librarse de él en un primer sacudimiento. Pero hay otra razón de peso. Como las autoridades que condena, el ensayista del optimismo persigue la mera dorada del Viejo Continente.

Así vemos cómo nos asegura que tenemos “una

tradicción de principios intelectuales y morales, que nos equipara a los pueblos europeos”¹². “Más adelante agrega: Nuestros antecedentes políticos son, por la raza española que es la que ha predominado en la vida global del continente, los mismos antecedentes políticos de los pueblos europeos, con vicios que no son ni mayores ni diferentes”¹³. Cuando recoge palabras de Castelar, lo hace porque la fuente relaciona la emancipación hispanoamericana con la historia de las monarquías europeas y con la superación del ideal monárquico por las formas republicanas que venían del acervo occidental¹⁴. La misma razón lo conduce a apoyarse en la autoridad de Unamuno, quien se regodea en el prestigio que tiene Bolívar en París durante el mandato de Luis Napoleón¹⁵.

En caso de que permanezcan dudas sobre el asunto, conozcamos la reacción que le produce Vallenilla Lanz cuando analiza nuestra independencia en *Cesarismo Democrático*. Las tropas insurgentes, llega a afirmar don Laureano, se comportaban como representantes de un pueblo semibárbaro, muy parecido a las tribus del Sahara. Escandalizado, Mijares responde así:

aunque fuese aceptable el juicio que al autor le merece nuestro pueblo en armas para la defensa de la Emancipación, no tenía por qué buscarle comparación en la tribu de los beduinos. Mucho más cerca, en la nación más evolucionada del

*mundo [Francia] podía encontrar también ejemplos escandalosos de la codicia y de las malas pasiones que la guerra desata*¹⁶.

Hasta en el trance de los cotejos, el paradigma debía ser Europa para Augusto Mijares, pero jamás una horda de guerreros elementales. La cuestión consistía en formar parte de la historia de Europa, demostrando cómo nos parecíamos por la continuidad de sus obras y por el mantenimiento de su espíritu en el seno de las sociedades latinoamericanas. Teníamos sociedad civil, cuanto florecimiento de un transplante de una fracción de las instituciones europeas. Los caudillos eran accesorios y nefastos, porque conspiraban contra la sociedad civil de cuño europeo.

No es ahora la ocasión para plantear con detenimiento la necesidad de revisar el papel de los caudillos en el pasado, pero es evidente que con análisis con el de Augusto Mijares no salen del infierno al cual fueron condenados por los civilizadores como Alberti y Sarmiento, ni del purgatorio que les conceden con indulgencia los positivistas. Continúan como los salvajes del proceso. Siguen actuando como la parte destructiva del repertorio latinoamericano, sin posibilidad de absolución. Pero, en todo caso, en relación con la autoridad ejercida por tantos paladines campestres, conviene el esbozo de algunas preguntas. ¿Podían otros, entonces, competir por el mando? Bien extravagante hubiera sido un régimen de arcontes, de peritos,

de sabios, en el siglo XIX latinoamericano. No sé por qué los extrañan los sociólogos y los teóricos de nuestra sociedad, incluido Augusto Mijares, cuando realmente no caben en el centro de teatro, pese a su abolengo europeo, ni pueden figurar en el libreto. ¿Qué hicieron numerosas guerras, apoyados en peones analfabetas y en sirvientes desarraigados? No podían atacar con doctores, ni con seminaristas. ¿Qué ni siquiera sabían redactar un parte de combate? Cuando funcionaban, las universidades sólo eran para un grupo selecto. Todas son inquisiciones anacrónicas. Le piden al pasado aquello de lo que carece por motivos obvios. Y lo piden por una mala razón: él busca entre nosotros lo que no aparecerá jamás, porque apenas se encuentra en Europa y en los Estados Unidos de América coetáneos.

Sería lo mismo que condenar a los antagonistas de las democracias actuales porque se oponen a ellas y son, por consiguiente, la valencia del proceso. Si podemos utilizar los argumentos de Mijares para presentar a los regímenes democráticos de la actualidad como herederos de una sociedad civil de antigua data, parece inconveniente que, siguiendo una lógica semejante, juzguemos a sus detractores como encarnaciones de la anarquía y el despotismo que han pugnado por la hegemonía desde las guerras de

independencia. La limitación de una visión como esa clausuraría el camino para experimentos como la gobernabilidad, capaces de ensayar una convivencia nueva y distinta. Encasillaría otra vez a nuestros protagonistas y a sus clientelas en la manida clasificación entre beneficiosos y perjudiciales, entre constructores y destructores, entre civiles e inciviles, entre héroes y villanos, entre ángeles y demonios, que hasta ahora sólo ha servido para profundizar las distancias entre quienes tiene la obligación de trabajar por una sociedad más hospitalaria.

Pero la posibilidad de plantearse tales cuestiones y las esbozadas al principio, sólo ha sido posible por la existencia de una crítica anterior a nosotros que comenzó a revisar el pensamiento sobre América Latina con el propósito de encontrar una explicación diversa de sus pasos. Tal crítica debió asumir la tarea de quitarle a los antepasados el opaco uniforme que les pusieron dos generaciones de pensadores para ocultar sus potencialidades. Creían esos pensadores en la existencia de una mala semilla que se debía extirpar a la fuerza, pero la crítica que se le hizo cuando llegó la ocasión, esto es, cuando nuevos aires comenzaron a mover la atmósfera que comenzaba a ahogarnos, entendió que era preciso mirar con ojos benevolentes la siembra y la cosecha, en lugar de dedicarse a erradicar una cizaña que no

existía, o que no era exactamente como se había diagnosticado. Más aún, esa crítica encontró una siembra que los otros se habían empeñado en negar. Un hallazgo de trascendencia, desde luego.

En el centro de esa posición frente a los civilizadores y a los positivistas está Augusto Mijares. Fue el primero que entre nosotros comprendió la necesidad de encontrar explicaciones más pendientes de la realidad y más separadas del magisterio tradicional. O, por lo menos asiduas a otro tipo de magisterio venido de las metrópolis. No cavó el abismo con suficiente énfasis, debido a que escogió otra vez una indumentaria de corte europeo occidental para reemplazar la casaca vieja. Quiso presentarnos con un rostro más lavado ante la consideración del mundo, sin cambiar del todo la fórmula del jabón. Pero abrió el camino para el advenimiento de un análisis que desterraba los fatalismos y las premoniciones oscuras, que borraba para siempre la vergüenza de un tránsito que, de puro feo, estaba destinado al ocultamiento. Lo sacó a la luz y quiso que nos enorgulleciéramos de él sólo al contemplarlo, sin el imperio de unas pretendidas leyes que guiaran la observación. Si apenas nos detenemos en sus planteos en torno a la existencia de la sociedad civil de honda raigambre en América Latina, encontramos provecho en su lectura y sugerencias para la actualidad. En



consecuencia, nadie puede subestimar la entidad del aporte.

Por fortuna, lo hizo sin las pretensiones de un dictamen definitivo. De allí que podamos hoy atrevernos a acercarnos sin temor a su obra para remendar algunas goteras, pero considerándola como el inicio de una metamorfosis fundamental en el método para la reconstrucción del pasado de Venezuela y del vecindario.

1 Para este punto, ver: Elías Pino Iturrieta, *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Facultad

de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1978; Alfredo Tarre Murzi, *López Contreras. De la tiranía a la libertad*, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1982; Yolanda Segnini. *Los caballeros del postgomecismo*. Caracas, Alfadil Ediciones, Colección Trópicos. 1991.

2 *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, Madrid, Afrondisio Aguado, S.A., 1952. Ver para este punto, en sentido panorámico, Cap. 1, "La interpretación pesimista..."

3 *Ibidem*, pp. 31-40.

4 *Ibidem*, p. 15.

5 *Ibid.*, p. 47.

6 Para este punto, ver: Leopoldo Zea. *Filosofía de la historia americana*, México Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1978; y el clásico volumen de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, México Fondo de Cultura Económica, 1965.

7 He tratado el asunto en "El mito de la sociedad civil". *Tribuna Venezolana*. No. 46, Caracas, octubre de 1996.

8 *La interpretación pesimista...*, p. 22.

9 *Ibidem.*, p. 69.

10 *Ídem.*, p. 21.

11 *Ídem.*, pp. 69 – 70.

12 *Ibid.*, p. 10.

13 *Ibid.*, p. 68.

14 *Ibid.*, pp., 24 –25.

15 *Ibidem.*, p. 25.

16 *Ibid.*, p. 127.



Lo afirmativo venezolano en la continuidad espiritual de Venezuela

José Rodríguez Iturbe

José Rodríguez Iturbe es bachiller en Filosofía y Letras; Abogado, egresado de la UCV; Doctor en Derecho (especialidad de Filosofía del Derecho) por la Universidad de Navarra (UdeN), Pamplona, España; Doctor en Derecho Canónico (especialidad en Derecho Público Eclesiástico) por la Universidad de Navarra, Pamplona, España; profesor titular de Filosofía del Derecho (UCV) 1966-1975. Actualmente es miembro de las Comisiones permanentes de Política exterior y Defensa de la Cámara de Diputados. Ha sido presidente de la Comisión Asesora de política Exterior de la Cámara de Diputados (1974-1979 y 1990-1992). Presidente de la Comisión de Defensa (1992-1994) Actualmente es Vice-presidente Nacional del Partido Socialcristiano COPEI, miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Demócrata Cristiana (IDC) y secretario General de la Organización Demócrata cristiana de América (ODCA). Dirige desde su fundación, la revista Nueva Política y posee numerosas publicaciones.

INTRODUCCIÓN

Lo afirmativo Venezolano es un libro que consta de 36 apartados y fue editado por primera vez en 1963. A pesar de que cada apartado posee dimensión propia, el libro posee una unidad. Su origen debe buscarse en *Hombre e Ideas en América*¹, publicado en 1940. Allí expresamente, anuncia, hasta el título del volumen de dos décadas después. Viendo el pueblo como un niño, decía con sentida expresión: “Los sembradores de cenizas le vienen repitiendo, desde hace un siglo, que es anárquico, que es indolente, que

es corrompido, que merece todas las desdichas. ¡Qué hermoso libro sería por el contrario el que justificara este título: *Lo Afirmativo Venezolano!* ¡Y cuántas verdades no descubiertas podrían exaltarse en él!”²

Roberto José Lovea De-Sola señala a Mijares como ensayista integral y a *Lo Afirmativo Venezolano* como obra orgánica³. Mijares deseaba aportar con sus páginas una lección para enfrentar una crisis colectiva que no vacilaba en calificar de índole moral. Como dice Grases, estaba “transido” por “el debilitamiento de los móviles espirituales en el

régimen de la vida pública” de Venezuela⁴. Para Fernando Paz Castillo *Lo Afirmativo Venezolano* resulta “un verdadero resumen del pensamiento siempre atento de Mijares”⁵. Veía su preocupación por la verdad como inseparablemente unida a su esfuerzo en pro de la superación del pesimismo “como el que se produjo, sobre todo, a fines del pasado siglo y por las dos primeras décadas de éste”⁶.

Mijares recoge en *Lo Afirmativo...* temáticas de todo su trabajo precedente. En el libro existen, agrupados, materiales y avances para una teoría de la moral en la historia venezolana⁷. Allí se ordenan reflexiones y análisis para una oportuna revisión de nuestro proceso republicano. Deseaba, así, dejar con ese, una coherente reflexión sobre el ayer, esperando que la misma sirviera no sólo al conocimiento del pasado, sino también a alumbrar la aurora de mejores días que sería construidos por ciudadanos rectos y responsables en el futuro patrio.

LOS TEMAS: EL KRÓNOS Y EL KAYRÓS

La selección de los temas que figuran en *Lo Afirmativo...* no es fruto del capricho. Abundan las referencias biográficas. Existe a menudo un nexo íntimo que vincula la vida de quien trabaja intelectualmente con la vida de quienes constituyen objeto de su estudio. Se intuye un lazo de

similitud. Tal intuición es, frecuentemente, la causa de la decisión investigativa. En la medida en que la institución inicial, resulta comprobada, el lazo de similitud suele irse clasificando a lo largo del trabajo. Los personajes y situaciones suelen, así, ser escogidos, como tema de estudio, más por simpatía que por antipatía hacia ellos.

Sea como sea, la simpatía y la antipatía influyen dentro de la investigación histórica en la acertada comprensión del *Kronos* y *Kayrós*. En los estudios humanísticos no es poca cosa la luz que permite captar el *decursus* y el *momentum*.

La labor intelectual de quien tiene una predisposición en contra genera productos panfletarios. El panfleto resulta siempre obra menor, por su naturaleza instrumental de crítica en la refriega. El panfleto suele ser la muestra del predominio de la emoción sobre la razón. El escrito panfletario es corrientemente pasional. Carece, por ello, de la ordenada serenidad que generan fortaleza y respeto a un argumento, incluso por parte de quienes discrepen del mismo y quien lo formule.

El acercamiento que surge de la empatía natural permite, en cambio, a la tradición humanística, en su continuidad, mostrar sus propios cauces y regar nuevos terrenos. También en estos predios resulta verdadero el adagio escolástico *nihil volitum nisi praecognitum*, nada es

querido si no es previamente conocido. Cuanto mejor se conoce más se quiere; y mientras más se quiere, mejor se conoce. La tendencia favorable, la benevolencia, la atracción amistosa, facilita, sin duda, la mejor comprensión, el más agudo análisis, el davalamiento más acabado. Y la mejor y mayor comprensión aumentan la benevolencia. Es un círculo virtuoso.

Mijares nunca fue un panfletario. Su profunda y equilibrada comprensión de nuestro proceso de pueblo resulta de un conocimiento cabal de persona y hechos. Los personajes que destaca son venezolanos de excepción que tuvieron que cuidar y transmitir su amor por Venezuela, a pesar de los pesares. A pesar de la insensibilidad de un medio social, muchas veces romo, en su vacío o trastocamiento de valores, para captar y entender las finuras del espíritu. A pesar de ese inmediatismo que hace el criollo nuestro, con bastante frecuencia, un personaje trepidante, mágico, inconstante, ansioso del éxito y fácil; y, por ello, desdeñoso (si no hostil) del trabajo a largo plazo, de la siembra sin cálculo de cosecha inmediata, de la enseñanza sin afeites de la hermosa verdad encontrada sobre nosotros mismos. Mijares pudo decir, sin jactancia de sí mismo: "Casi toda mi obra literaria está orientada a destacar así lo afirmativo universal, y en otros aspectos lo afirmativo

venezolano"⁸. Ese rasgo es el que dota a sus escritos de un atractivo especial y le concede una sensible fuerza a la intención pedagógica.

LA MORBOSIDAD AUTODESTRUCTORA

Mijares se sirve de la afirmación venezolana para proyectar su propia afirmación. Encontrarse en nuestro pasado cultural-político con las figuras que destaca no le resulta solamente ocasión de regocijo. Ello es, para él, además, una fuente de inspiración. Fuente insoslayable. Mijares se reconoce a sí mismo como eslabón de esa misma cadena. Mijares se sabe parte de una misma familia intelectual –dispersa, pero familia al fin– que ha conservado a lo largo de nuestra historia el sentido más íntimo y perdurable de nuestra existencia como nación. Los custodios del alma de la Patria siempre han querido transmitirla viva. Muchas veces su cuerpo lucía disputado por personajes de bárbara textura con muy poco respeto para lo que no fuera atinente a ellos mismos. La cultura (lo que la fatuidad hecha poder quería arbitrariamente que fuese) resultó, a menudo, esfuerzo degradado al servicio de tiranos ególatras. La necesaria reacción, cuando aisladamente se produjo, transitó por las mismas coordenadas de un inmanentismo incapaz de criticar la raíz más que la copa. La desesperación llevó a algunos al alarido, al grito

exasperado. Hubo, entonces, más advertencia que corrección. Así, pudo hacerse costumbre de los rebeldes con abundantes causas para serlo, el levantar como un mástil el dedo acusador. Las banderas de la denuncia tremolaron así, las deficiencias de bulto de un orden indefendible e insostenible. Porque, evidentemente, más que un orden era un desorden. Olvidada la afirmación institucional resultaba casi imposible contener la regresión a los linderos del caos. Hubo procesos cuasi suicidas en los cuales más que República éramos un gentío.

Por ello se encuentra demasiada morbosidad destructiva en nuestra historia. Aquí y allá, antes y ahora, brota —epiléptico— un ímpetu aniquilador entre nosotros mismos. Tal fenómeno se explica porque a menudo los intentos de reconstrucción cultural (o, si se prefiere, de reencauce cultural) fueron teñidos de sectarismo personal o de grupo, estuvieron ayuntados a los más pasionales procesos histórico-políticos. La intelectualidad venezolana estuvo, de tal modo, frecuentemente, al servicio de los bajos instintos o apetitos de los coyunturalmente poderosos. La Cultura fue vista no como factor de promoción humana, de madurez ciudadana, sino como ariete para el combate entre los istmos; como hierro político de marcaje de las ganaderías; maza robusta para machacar no las razones, sino las cabezas que

pensaran razones distintas a las del poder y exigieran su derecho de poder amar de manera diferente a Venezuela. Nuestro tiempo histórico para la historia oficial fue el tiempo del personalismo caudillista, siempre intentando imponer desde el poder las estrecheces de un pensamiento único. Intentándolo, además, en nombre de una supuesta ilustración en beneficio de tiranías, a partir del positivismo, con aliento gubernamental desde Guzmán Blanco hasta Gómez.

En la tragedia extendida de nuestra historia se hizo, pues, moda recurrente tanto una especie de hipocondría socio-económica como un masoquismo histórico-político. El negativismo cebó la perspectiva de muchos ánimos. Algunos se frustraron. Otros se escaparon. Muchos sucumbieron. Las almas más puras, los espíritus más rectos supieron, sin embargo, no centrar su atención en la carroña. Este último fue el caso de Mijares que expresa bien *Lo Afirmativo Venezolano*. Mijares buscó empinarse sobre las limitaciones para mirar más alto. Buscó los más luminosos ejemplos de nuestra historia. Buscó no agotarse en lo estrictamente individual para captar y transmitir la hermosa y comprometedora profundidad de los procesos sociales. El fruto de su esfuerzo tenía que ser así: la rectitud y la limpieza muestran lo propio.

Como dice Polanco Alcántara, “trató de hurgar en la

realidad social para ir encontrando las virtudes de nuestro pueblo, en contraste con la tendencia casi generalizada del auto insulto colectivo, que no encuentra, en lo nuestro, nada positivo ni nada bueno”⁹.

Lo torcido, cuando ocasionalmente no puede ignorarse o apartarse puede y debe ser resaltado o comentado en función pedagógica de comentar o resaltar la rectitud. Es lo que hace Mijares en su prédica y siembra de areté ciudadana. De vicios propios y ajenos sobran experiencias, ejemplos y lecciones. Pero de virtud personal y social que, hecha hábito, escuela y norma, permite la continuidad en la hechura sin fin de la República, escasos estamos y hemos estado —debemos reconocerlo con dolor— en estos breves casi dos siglos de andadura independiente.

LA BUENA MEMORIA HISTÓRICA

El sentido provisionalmente ahistórico al cual ha hecho referencia Gilbert Dagron, por la cual toda una civilización corre el riesgo de perder su vitalidad, nos coloca, hablando de Mijares y de *Lo Afirmativo Venezolano*, frente al tema de la memoria histórica. Marc Fumaroli ha hablado del derecho a la memoria, en cuanto ésta ayuda al artista a crear e inventar y al ciudadano a actuar con mayor acierto y a decidir mejor entre las opciones abiertas ante él. Sin memoria, se

preguntaba, a su vez, Pierre Rosenberg, ¿respetaremos algo o alguien?, ¿nos respetarán a nosotros mismos?¹⁰.

Para hacer historia con sentido pedagógico se requiere hacer memoria de lo memorable, de lo que positivamente sirve para la afirmación de nuestro ser de pueblo; para el incremento de la *doxa* civilista en la afirmación republicana de la Patria.

La buena memoria era para Mijares la memoria buena. No se trata de ignorar o de olvidar los desaciertos, sino de no imantar en ellos la brújula de la marcha personal y social. Con la inquietud y una enseñanza semejante a la de Mario Briceño-Iragorry escribe:

En relación con Venezuela el tema de la moral individual y colectiva es de urgente deliberación, porque después de largos años de miseria y de inercia nuestro desarrollo material es arrollador y reclama que cuidemos con el mismo empeño de nuestra reconstrucción espiritual, si queremos evitar a tiempo un desequilibrio vergonzoso¹¹.

Si Mijares busca en la historia la fuente de la enseñanza moral y cívica es porque sabe que ello es factible. Mijares intenta hacer, de manera muy propia, historia de las ideas. La que llama revisión culturalista de nuestra historia, si bien no es tarea exclusiva suya, encontró en su aporte un impulso notable. Fue un liberal de buena fe que buscó salvar lo salvable de la disímil herencia del liberalismo histórico venezolano. Mejor dicho, señalando con crudeza (sobre todo respecto a Guzmán Blanco)

las fallas indudables, los estragos indefendibles de la realidad cultural-política del liberal-positivismo venezolano, Mijares intenta resaltar que esas fallas y estragos no eran intrínsecos al liberalismo, que él consideraba inescindible del humanismo de la modernidad.

Podría, quizá, pensarse que la elaboración de Mijares es de tal vuelo y con tal énfasis en la consideración ética de la conducta personal y social que su liberalismo era conciliable con posiciones aparentemente antagónicas. En efecto Mijares era un liberal individualista en lo que a temática social —a justicia social— se refiere. Era, a la vez, un liberal con una radicalidad moral no antagónica con la moral cristiana. Y ello se refleja en el humanismo liberal que pretende evocar Mijares, desbrozándolo de toda escoria y repurificándolo de una manera que no me atrevería a asegurar que sería aceptada por un liberal estándar. Posiblemente no lo sería por nuestros liberales históricos.

La buena memoria es, pues, para Mijares, en medida *non pauca*, la memoria de la civilidad. Sus héroes preferentemente son héroes civiles. Más allá de la epopeya bélica le interesa resaltar el esfuerzo apasionado, casi nunca bien comprendido y retribuido, simple inconcluso, de la construcción institucional de la República. Por ello su insistencia en Toro. Por ello su reflexión sobre Revenga y Cajigal; su emotiva visión de Del Monte y de

otro marabino, Baralt. Por ello, también, su revisión del papel de Miranda en medio de las intrigas criollas que —además de Monteverde— sepultaron la Primera República.

UNA GENERACIÓN Y SU TIEMPO

La generación de Mijares pudo tener, como vivencia infantil, la terrible impresión de la última (¡Quiera Dios que así sea!) de nuestras guerras civiles. Me refiero a la Revolución Libertadora de M. A. Matos, que sacude al país de 1901 a 1903. Cuando La Libertadora termina Mijares está casi llegando al uso de razón. Así, pues, el imaginario colectivo de su infancia y adolescencia se nutre con el recuerdo desgarrador de las 40.000 víctimas de aquel trienio bélico. Sobre todo pesaría mucho en los venezolanos de entonces la evocación del epílogo de esa guerra, la batalla de La Victoria (sucesión de escaramuzas sin fin durante 22 días con un saldo de 4.500 bajas). Toda aquella tragedia debió avivar desde su temprana edad en Mijares el afán de construcción o de reconstrucción de Venezuela sin el recurso, siempre destructivo, de la confrontación bélica.

Crecida en el largo inicio del poder andino, que significaría la paz impuesta de largas dictaduras, con los propios sacudimientos de la tranquilidad de esas décadas sin guerras intestinas (la paz no era aún la *tranquillitas ordinis* agustiniana,

que supone la armonía creadora; sino una circunstancia impuesta por la injusticia, que supone la ignorancia o la vulneración de la libertad y de la dignidad) la generación a la cual pertenece Mijares siente la urgente y pedagógica necesidad de realizar un balance. Balance de nuestro proceso de pueblo y balance de su propia labor histórica.

El mismo Mijares hace la descripción motivada de su generación e intenta plasmar el balance proyectado de sus méritos. Lo hace con agudeza pero con una modestia terminológica que caracterizará todos sus escritos. Mijares enseña sin asumir posición de Magíster. Por eso fue un maestro excepcional. Entrega su enseñanza casi como pidiendo permiso para hacerlo. Y lo hace de manera formidable, acudiendo a las figuras estelares de nuestra historia.

Califica a la promoción humana de la que forma parte como "una generación de improvisados", "1918 ó 1928, un poco antes o un poco después"; una generación que "por sus sufrimientos, su desinterés, su perseverancia y su valor moral, merecen recuerdo". Menciona como integrantes de la misma a Pastor Oropeza, quien se ocuparía de la infancia; a José Ignacio Baldó, quien destacaría en la lucha contra la tuberculosis; a Arnoldo Gabaldón, que haría lo mismos en la lucha contra el paludismo; a Luis Caballero Mejía,

quien impulsaría la educación técnica; y a Vicente Emilio Sojo, quien resaltaría en el campo de la música.

Fue una generación de autodidactos –dice– que dejó a los otros lo que ella no tuvo; una generación de improvisados, que quiso evitarle a las que vendrían después todo lo que ella había sufrido. Una generación de pedigüeños que siempre pidieron para sus ideas y nunca para sus apetitos¹².

Leyendo a Mijares entre líneas se puede intuir toda la carga vital de algunas de sus expresiones relativas a la descripción valorativa de su generación. Como cuando describe el prematuro desvelo que llevó al sufrimiento precoz por la corrupción y la miseria de nuestra vida pública; como cuando destaca que sólo tuvieron posibilidad verdadera de actuar cuando ya eran adultos; como cuando describe la juventud de esa generación como un angustioso empeño de supervivencia para poder luchar por sus ideas; como cuando señala el vencer las dificultades aparentemente insuperables del propio medio como el reto que enfrentaron ("ganar la que ya parecía interminable carrera en la cual el desaliento, la vejez y la muerte les cerraban el paso")¹³.

Mijares es el maestro de su generación. Nunca ha sido fácil el empeño magisterial. Este supone una tarea pedagógica con saludables efectos éticos, culturales y políticos. Y eso, sin duda, cuenta. Y mucho. Los auténticos maestros como Mijares

llegan a serlo no por la obtención formal de su título. El título del magisterio auténtico sólo lo confiere la posteridad, al valorar, respetuosa, la obra meritoria de quienes no siempre gozaron en vida de los reconocimientos debidos.

Hay, también, una sana estirpe de nuestros intelectuales, de la cual forma parte Mijares, que tiene conciencia del profundo sentido de su trabajo. Está formada por aquellos que saben que tiene el rango excelso de magisterio bueno y de honda huella. Ellos saben que el influjo de su obra y los frutos de su labor trascienden su propia vida. Tienen conciencia de ser hacedores de República. Y lo son, porque trascienden los linderos del propio egoísmo. El obrar sigue al ser. Actúan según lo que son. Hacen lo propio. Patriotas desvelados en su labor intelectual, al superar las limitaciones personales o las de medio, realizan una gimnasia cultural que requiere la posesión de acendrados hábitos intelectuales y morales.

LA REPÚBLICA DELIBERATIVA

"La verdadera República", es decir de González Guinán, estuvo en el empeño político-gubernativo de aquellos que, luego de la República cosiatera, del Congreso Constituyente de 1830, gobernaron a Venezuela durante la calificada por Gil Fortoul como oligarquía

conservadora (rótulo adoptado por la historia oficial), que Mijares prefiere llamar renovadoramente Gobierno deliberativo.

De esa reforma deliberativa que durará hasta el Monagato (su defunción suele datarse, con el asesinato del Congreso, el 24 de enero de 1848) ve Mijares el intento de proyección de los sueños de Bolívar, Bello, Vargas, Cajigal y Revenga. Por eso Mijares resulta un liberal sui géneris. Ninguno de los venezolanos a los cuales podría calificarse de liberales históricos llegaría a exaltar a aquellos que el reduccionismo sectario llegó a descalificar globalmente como godos.

Mijares tiene el coraje de no pensar con estrecheces de secta. Por eso destaca, como el periodo de más serio trabajo de forja institucional de la Patria republicana, al tiempo signado por la hegemonía de Páez; a los gobiernos que, más allá de los defectos de sus protagonistas, representan el continuado esfuerzo por armar institucionalmente la República; a los gobiernos de aquel que el liberalismo amarillo post-guzmancista intentó demonizar, pretendiendo identificar, desde un punto de vista cultural-político y en el imaginario colectivo, a los conservadores post-grancolombianos con una oligarquía reaccionaria.

Mijares arremete contra esa historia oficial nutrida de la inercia de las verdades a medias. No solo

habla del mito de los conservadores, sino que resalta, para escándalo de los herederos intelectuales del guzmancismo, que sobrevivió de ellos el símbolo de su honradez.

Contra la demagogia y la exaltación de las pasiones desatadas —que encuentra un clímax en el enfrentamiento entre Antonio Leocadio Guzmán y Juan Vicente González—, Mijares recuerda que los refundadores de la República Deliberativa, los rectores, buscaron el respeto a la ley, el estudio serio y público de los asuntos públicos, la consolidación de la institucionalidad como muro de contención del personalismo (¡cuánta emoción y ejemplo pedagógico rezuman las páginas que dedica a Soublette!)

Se trataba, dice, “de ofrecerle al pueblo una República y no un jolgorio”¹⁴, por eso resalta la probidad como “núcleo de las virtudes que deben exigirse para el servicio público”¹⁵.

Mijares ve reaparecer el mito colectivo de la honradez casi un siglo después, en el Mochismo. El Mocho Hernández, en efecto, con su nacionalismo, encarnó una emoción idealista con intentos aplastados de modernización de la lucha política y con radical incapacidad para alcanzar el poder. Su idealismo, sin embargo, fue un idealismo ineficaz que engendró decepciones. Bien lo captó Picón-Salas, quien dijo que su biografía era una “enigmática mezcla de torpeza, disparado

sueño y aventura”. Calificándolo de segundo Edipo de una República quimérica que jamás se realizó, ve su vida como “una serie ininterrumpida de derrotas y entradas y salidas de la cárcel”.

Pero —agrega Picón-Salas— bajo el liquilique blanco de éste hombre sobrio y austero, compañero de estudiantes en pensiones pobres, impulsado por una especie de voluntad trágica: descontento en sus mínimos instantes de fortuna, se expresaba un curioso símbolo de insatisfacción y frustración venezolana¹⁶.

Quizá por lo que Mijares destaca, el anhelo de una libertad honrada —de una vida pública con agua y jabón en sus procedimientos y conductas; de una relación entre gobernantes y gobernados que no sea una relación de cómplices— siendo, junto con la igualdad, uno de los motores (imperfectos aunque constantes) de nuestra dinámica social

TORO Y BARALT

Mijares dedica atención especial a Fermín Toro y a Rafael María Baralt.

Toro, tildado por la historia oficial de conservador, fue uno de los más lúcidos y avanzados pensadores de la Venezuela de su tiempo. Diplomático, funcionario, parlamentario, hacendado. Toro representa como pocos, en medio de un orden reducido a pavesa, la posibilidad de un sueño inacabado. El cristianismo de Toro, nunca disimulado ni divorciado de su conducta personal, lo lleva a

una proclamación de la justicia y a una denuncia de los males de la usura, con tal fortaleza que algunos (Mijares y Grases, entre otros) lo califican de socialista utópico (calificación que no comparto).

Baralt, tildado en España de liberal, si bien estuvo distante del tradicionalismo en boga en parte del catolicismo Peninsular, encierra en todo su pensamiento propiamente político la expresión de lo que él mismo plantea como *desideratum*: una democracia cristiana. Porque Baralt era cristiano convencido de que la lealtad a su fe no le obligaba a uncir su creencia con las formas políticas del antiguo régimen. Lo dijo en Francia Federico Ozanam. Lo dijo en la Madre Patria Rafael María Baralt, Marabino, zuliano, venezolano, caribeño, hispano; nuestro, en fin, en todas sus facetas. Aciertos, deficiencias y sufrimientos.

La armonía social anhelada por Toro resulta imposible sin la justicia social proclamada por Baralt. Ni uno ni otro podrían ser calificados con objetividad ni conservador ni reaccionario. Pero la historia oficial se hizo experta en rótulos. En algunos casos, según praxis de dudosa honestidad que se remonta al guzmanismo (abiertamente deshonesto) para hacer ídolos de barro y pretender imponerlos como paradigmas. En otros, para descalificar por anticipado a quienes eran y siguen siendo la

antítesis de sus sectarios y gratuitos adversarios.

Como Mijares respeta y expresa la dignidad ciudadana y la honestidad intelectual no enyesa su talento con los cartabones de la historia oficial. Al contrario, contribuye a su objetiva revisión. Mijares realiza respecto a Toro y Baralt una tarea antitética a la de Gil Fortoul. Frente a uno y otro Gil es sectario, mezquino e injusto. Se dirá que fueron prejuicios, más que de Gil, de una época. Los prejuicios de una época no eliminan las responsabilidades personales. Gil Fortoul fue uno de los exponentes más altos del positivismo venezolano. De larga y elevada figuración en la política de la autocracia, fue de esos liberales cuya teoría política no tenía nada que ver con su práctica. Eso es lo que lo diferencia de Mijares. Mijares fue un liberal consecuente, sería una exageración decir que fue un liberal como lo fue Baralt. Sin embargo, siendo Mijares un hombre de profundo respeto por las creencias y convicciones ajenas, comprende y valora en Toro y en Baralt lo que las anteojeas de secta impiden comprender y valora a Gil Fortoul.

La historia grande de la Patria está llena de gigantes del alma manchando a contrapelo. Ir contra corriente fue lo propio de ellos. Eso es lo admirable de la elipse de Toro y de Baralt. Aparentemente enchapada de frustraciones. En realidad, lección

de patriotismo esculpida en piedra.

¡Con cuánta lucidez ve Mijares la vía media de Toro, inalcanzable en un momento, entre los extremos representados por Antonio Leocadio Guzmán y Juan Vicente Gómez! La historia oficial le colgó a Toro el sanbenito de conservador, para cargar contra él las tintas del recelo y de la desconfianza. Toro fue conservador cuando el liberalismo encalló en la latrocinio del Monagato. Pero quizá nadie como él, en su tiempo, de más avanzado pensamiento. Mijares llama a la relectura de Europa y América y de las Reflexiones sobre la Ley de 10 de abril de 1845, con páginas de reflexión profunda sobre la aparente paradoja.

¡Con cuánto acierto penetra también en la breve, apasionada y áspera vida de Rafael María Baralt! La misma está surcada de dolor y de separaciones sucesivas de la tierra nativa. Su alejamiento definitivo de Venezuela se produce frizando los 30 años, aunque su precoz madurez ha dado ya, para entonces, el fruto maravilloso de su Historia. Luego será España, la Madre España que sólo la ignorancia o el prejuicio pueden desconocer como fértil gestadora de nuestro mestizaje, el escenario de sus trabajos, de sus luchas, de sus éxitos, de sus sufrimientos, de sus amarguras. Desde 1982 –pocos años después del fallecimiento de Mijares (1979)– reposa Baralt, repatriados sus restos, en el Panteón Nacional.

Pero si hubo que repatriarlos fue porque Baralt tuvo que hacerse español, al igual que Bello chileno, por la indiferencia de sus compatriotas, más ocupados de hacer trizas al paño de la Patria común que de labrar con grandeza un destino para las generaciones futuras.

Baralt, como Individuo de Número de la Real Academia Española de la Lengua, ocupó el sillón que había correspondido en vida al Marqués de Valdegamas, Juan Donoso Cortés. Su Historia lo califica como nuestro historiador académico por antonomasia: por la donosura de su estilo y el equilibrio de sus juicios. Su Discurso de Incorporación a la Academia no solo se estima modelo de su género, sino uno de los más cabales análisis críticos del pensamiento tradicionalista de su predecesor. Conoció la calumnia y los enredos políticos; padeció injusticias y fue objeto de intrigas nacidas de la envidia.

Al igual que sus predecesores en la tarea sin alabanza de hacer cultura en un medio como el nuestro, Mijares no se dedica a lanzar dardos envenenados contra los posibles causantes de las dificultades. Basta leer su crítica a Juan Vicente González por calificar a Toro como el último venezolano. Basta leer su crítica a Pocaterra por titular sus *Memorias* como las de un venezolano de la decadencia. Basta leer sus críticas a Rufino Blanco Fombona por algunas páginas de su autobiografía obras Camino de

Imperfección. La lección que desea transmitir es clara: más allá de las manchas de sus hijos, la Patria es una madre impoluta que, más que censuras de ocasión, reclama el afecto —plasmado en el empeño de rectitud ciudadana y en dotar de fortaleza a las instituciones— de quienes desean ser sus buenos hijos. No puede, además, culparse de la tragedia venezolana, que se alarga como una boa en modorra posterior al hartazgo durante un siglo, fatalistamente, a nuestro pueblo como un todo.

LA NACIÓN DE CIUDADANOS

En *lo Afirmativo Venezolano* Mijares intenta unas elipse para evadir, por vía tangencial, los desgastes históricos-políticos del caudillismo. No le interesa tanto la historia de los caudillos cuando el itinerario irregular en pro de la madurez de las instituciones. Por eso hablará de los proyectos doctrinarios, aunque, a veces, resulten empeños meritorios no dotados de continuidad. Son esos los testimonios perdurables que permiten rectificar el rumbo.

Le duele la evaporación de los sueños y las oportunidades perdidas. Así, por ejemplo, el tema de Guzmán y el guzmancismo está directamente tratado en tres de los 36 apartados del volumen. Es verdad que, como señala Polanco Alcántara, Guzmán Blanco “le resulta figura de indiscutible valor a pesar de sus circunstancias

negativas”¹⁷. Pero su valoración final de Guzmán Blanco no puede ser más sincera y más dura:

*Desesperadamente lo lloramos precisamente los que quisiéramos glorificarlo; fue un Rey Midas que, mil veces más infortunado que el de la mitología, tuvo el funesto don de convertir todo lo que tocaba, no en oro, sino en oropel; y por eso, después de tanto afanarse por dejar recuerdo deslumbrador, en oropel dejó convertida la vida pública de Venezuela y su propia obra*¹⁸.

Y agrega, sentencioso: “Pudo reconstruir la República, pero prefirió montar un circo”¹⁹.

Lo Afirmativo Venezolano estaba germinal desde 1940, con la publicación de *Hombres e Ideas en América*. Ya entonces, en *Los sembradores de cenizas*, veía lo afirmativo venezolano como la antítesis del negativismo estéril con el cual algunos se empeñaban en regar suelo de la Patria. Por eso su estudio de la vida de nuestros grandes hombres y la revisión ya mencionada de los períodos históricos que planteados por Gil Fortul, habían sido adoptados por la historia oficial. Contra el negativismo de los sembradores de cenizas, “se intenta buscando las grandes coordenadas de lo que tiene valor para nuestro pueblo, lo que puede servir de lección, o lo que no debe ya hacerse”²⁰.

EL GIRONDISMO DE MIJARES

La mejor expresión de la idea que deseo transmitir está en las páginas que dedica al Precursor. Mijares, en efecto, en su

reflexión sobre Miranda, va a mi entender, más allá de la simple revisión reivindicadora de su figuración en la historia de la Primera República.

Me atrevería a decir que Mijares hace –y ello, desde mi perceptiva, no supone nada peyorativo– una opción ideológica. Puede decirse, si se quiere, de otra manera: Mijares reflexiona desde su perspectiva o proyecta su perspectiva sobre la reflexión histórica. Miranda, históricamente hablando, fue, en sentido estricto, un girondino. Fue testigo y actor de la Revolución Francesa de una manera diferente a como había sido testigo y actor (como oficial español) de la revolución norteamericana y más similar a como lo sería en nuestra propia revolución de Independencia.

Miranda, como girondino revolucionario y como militar de profesión, marcha a la guerra de 1792 a las órdenes de Dumouriez. Tuvo bajo su mando al Duque de Chartres (entonces *citoyen* Chartres), futuro Luis XVIII. Participa en hechos bélicos signados por el desastre, como Neerwende; y en victoria decisivas, como Valmy. Será Luis Felipe, ya Rey, quien hará grabar su nombre en el Arco de Triunfo. Constancia de su alta calidad militar y política queda en testimonio escrito de girondinos de primera línea, como Brissot (quien prefería a Miranda frente a Duomouriez, pues aseguraba que el criollo “comprende el poder

revolucionario” y está “lleno de talentos y conocimiento”). Justamente por ser amigo de girondinos de la talla de Brissot o Petión, debe enfrentar, por la inicua Ley de Sospechoso, el Tribunal Revolucionario, cuando los jacobinos desatan la represión antigirondina.

De Miranda hablan, en sus historias de la Revolución Francesa, tanto Jules Michelet como Louis Blanc (quien, por cierto, incurre en la inexactitud, destacada por J. V. González es decir que había nacido en el Perú).

Miranda fue visto con recelo, justamente por su pasado revolucionario girondino, por aquellos, como Roscio, que no deseaban un desquiciamiento social como marco del proceso de Emancipación. Se quería, por algunos, la aceptación intelectual de la modernidad sin la mutación de las estructuras socio-económicas del período colonial²¹.

Como consecuencia de la experiencia vital, en la Francia revolucionaria, Miranda conservó una profunda aversión al jacobismo. De allí su instintiva reticencia frente al jacobismo retórico y tropical de los jóvenes de la Sociedad Patriótica. Lo paradójico es que en Venezuela, con la Independencia, el Jacobismo encuentra arraigo y expresión en el mantuanismo, en la aristocracia criolla; no así de los pardos, que constituían la gran mayoría popular, quienes se caracterizaron en los inicios del

movimiento emancipador por lo que históricamente fue llamado el lealismo generalizado.

Quizá por eso nuestra revolución de Independencia fue tan terrible. Por haber sido concebida y dirigida por el mantuanismo jacobino. La modernidad de ruptura que se encuentra en la Revolución Francesa puede hallarse, sin duda, en el sueño político del patriciado republicano en los albores de la Patria Soberana. Pero no quedó allí. Siempre una de las paradojas de nuestra violenta y atormentada historia ha sido la presencia de una elite que, pretendiendo actualizar el sueño de origen, vuelve una y otra vez el jacobismo. Y siempre se destruye. Pero no se construye. Y, al paso del tiempo, una y otra vez, la República sigue estando por hacer.

En lo afirmativo Venezolano, a mi entender, Mijares se nos presenta como un liberal girondino. Nada más alejado de su carácter, de su enfoque, de su anhelo de armonía y de equilibrio, de justicia sin odios, que el radicalismo ultroso de los jacobinos. El jacobismo le resulta ajeno; como, en definitiva, resulta ajeno, a su entender, a lo perdurable de la afirmación de la República en nuestro proceso de pueblo.

Desde Miranda en adelante –aunque ello resulte una de las más impresionantes paradojas– el girondinismo criollo no resultará aureoleado por la victoria en las

coyunturas más dramáticas de la historia venezolana.

Aparentemente, el turbión agitado de nuestra vida pública resulta siempre distinguible por el penacho de espuma del jacobismo. Son los fulgores de ocasión, el tirar la parada, el querer todo para ya, el cancelar la espera, el no tener el ánimo propicio a la gradualidad de los procesos. Nuestra historia está llena de la impaciencia de los inmaduros, de los parches chapuceros. De la altanería fatua y de la arbitrariedad narcisista de los que supusieron dejar su impronta en nuestra historia con comportamiento neronianos. De los falsos estadistas con una egolatría nutrida de irrespeto por el incomprendido heroísmo del proceso civil, cuyo ejemplo se esfuerza en destacar a Mijares.

Pero cuando la Patria exhausta, después de esfuerzos agotadores llevados al extremo, intenta recuperar su norte, al norte de la institucionalidad republicana, entonces, una y otra vez, vuelve los ojos cansados y la esperanza marchita de los jacobinismos hacia el rocío de la moderación girondina, exaltada por Mijares. Encontrando en su acervo de enseñanza el colirio para avizorar sin el ardor del odio el porvenir y el aliento recuperado para acometer en paz la construcción de las nuevas auroras.

La trayectoria existencial de quienes (como aquellos presentados pedagógicamente por Mijares; como Mijares mismo),

esperando contra toda esperanza, lucharon por lograr y transmitir la rectitud del espíritu, ha sido tachonada de cardos; ha sido irregular en su trazado; y luego, (aparentemente, para colmo de males), ha crecido, casi siempre, de continuidad, en términos inmediatos.

Ellos, sin embargo, aunque los cínicos proclaman lo contrario, han formado escuela. Y esa escuela existe y seguirá existiendo. El mérito de ellos es muy grande: porque supieron esperar la cosecha del sueño cultivado, mejor dicho, por que enseñaron a esperar esa cosecha que ellos no verían. Su tarea, así conscientemente, fue sembrar, no cosechar. Y formaron su escuela sin alumnos de presente. Así aunque muchas veces no llegaron a conocer a sus discípulos, trabajaron para ellos. Los instruyeron. Los presintieron. Sabían que los tendrían, con esa conciencia de paternidad intelectual de quien termina su tarea con el convencimiento de que, en una mañana que él no verá nacerán los hijos póstumos.

LA INTELIGENCIA NO MANTUANA

Me parece que Mijares intenta, además, poner en claro contra los cartabones y prejuicios de la historia oficial que no podía reductivamente identificarse la *intelligentia* republicana con el *mantuanismo* jacobinismo.

Los mantuanos fueron el eje del inicio del movimiento

emancipador como núcleo conductor. Eran la élite socio-económica que detentaba, en términos reales, el poder político; más allá de la alta burocracia colonial que solía estar compuesta por españoles peninsulares. La paradoja del jacobinismo de algunos de sus representantes es que, sin duda, como estamento social aspiraba a continuar con la posesión del poder una vez superada la sujeción a la Metrópoli. Para esa elite socio-económica que detentaba el poder no era propiamente una *intelligentia*.

La ideología emancipadora se nutre de los aportes de la ilustración ibera (caso de los Conjurados de San Blas que figuran como el núcleo intelectual-político del Movimiento de Gual y España) y de los aportes de una *intelligentia* criolla que no sólo no era mantuana, sino que, a menudo, se había formado en confrontaciones sociales (sobre todo caraqueñas) con el *mantuanismo*.

Bello, Roscio y Miranda

—por mencionar sólo a tres personalidades muy distintas de la *intelligentia* criolla de los albores de la Emancipación— no eran mantuanos.

La desconfianza del *mantuanismo* caraqueño frente a Miranda fue total y permanente. En su origen están las pequeñeces de un grupo que, para decirlo en términos orteguianos, *se llamaba a sí mismo sociedad y vivía de invitarse o no invitarse*. A Miranda le tocó desde joven sufrir el enfrentamiento entre blancos y

criollos peninsulares; y entre el Ayuntamiento (dominado por los mantuanos) y la Real Audiencia (proclive a la defensa de los pardos). El padre de Miranda tiene un pleito, motivado por el prepotente orgullo (no exento de fatuidad) de los mantuanos criollos, que se inicia en 1764. El Rey zanjó la disputa, mediante Real Cédula a favor del padre el Precursor, en 1770.

Bello tampoco es un mantuano, aunque fuera maestro de algunos de ellos como Bolívar. La exaltación de Simón Rodríguez como una especie de Rousseau que encontró su Emilio en Bolívar, llevó a una cierta inercia intelectual a la ignorancia de Bello: para la lógica torcida de exaltación de Simón Rodríguez imponía la marginación de Andrés Bello. Tremenda necesidad. Nadie se atrevería hoy (sobre todo después de las investigaciones de Pérez Vila sobre la formación intelectual del Libertador) a repetir la leyenda romántica de Simón Rodríguez como Rousseau tropical. A Bello, el clásico de madurez precoz que había dejado la síntesis histórica de los tres siglos de Colonia en la *Guía de Forasteros*, y que no era mantuano, lo dejaron sus propios compatriotas abandonado en Inglaterra. Como luego dejaron a Baralt en España.

Roscio, Doctor en Derecho Civil y Doctor en Derecho Canónico, es hechura de la Universidad y a ella vocacionalmente se inclina hasta que la

causa de la Patria por la vorágine del cambio revolucionario, se convierta en razón de su vida. Si en el bienio auroral 1810-1811 es el brillante redactor de manifiestos, alegatos jurídico-políticos y textos constitucionales es porque no era un improvisado en los asuntos públicos. Es el gran jurista del 19 de abril del año 10 y del 5 de julio del año 11 porque era asistente de la Asesoría General de Gobierno desde 1796. Desde 1798 del Venerable Claustro de Conciliatorios de la Real Pontificia Universidad de Caracas le concedió la regencia perpetua de la Cátedra de Derecho Civil. Ese mismo año comienza un conflicto, instigado por un racismo mantuano (se decía que su abuela materna era india) cuando intenta ingresar en el Colegio de Abogados de la Capital. Para lograr su aspiración tendrá que esperar hasta 1805 (luego de dos juicios –a pesar de los informes favorables a él de la Real Audiencia–, dos solicitudes y unos procesos de siete años). Cuando Roscio, evadido en 1814 de prisión de Ceuta (junto con Madariga, Ayala y Paz Castillo) vuelve para entregarse hasta su muerte a la construcción de la República, el Marqués del Toro y el mantuanismo ya no pensaban tanto en la Patria, sino en sus privilegios de grupo y daban la espalda a la causa de la independencia.

EPÍLOGO

Me atrevería a pensar que cuando Mijares habla sobre ellos busca el cause de las leyes y de las instituciones. Mijares sabía que nuestro desmadejamiento institucional encuentra su origen, más en la plaga del caudillismo, como subproducto de la emancipación, que en el desvirtuamiento de una juridicidad inexistente.

La gran lección de Mijares, que permite colocar en lugar distinguido a *Lo Afirmativo Venezolano* en la continuidad espiritual de Venezuela, es la insistencia en que personal y colectivamente necesitamos adquirir los hábitos y las virtudes de la civilidad. Sigue siendo necesario –y lo será siempre– enseñar y extender la areté ciudadana. Con sólido fundamento moral. Con libertades públicas. Con tolerancia siempre. A cien años del nacimiento de Mijares su mensaje posee dramática actualidad, porque hoy se requiere rehacer desde sus cimientos el edificio institucional de la República. Con cimientos dignos de la tradición humanística que ejemplifica Bello. Con cimientos de libertad y dignidad republicana, como pedía Roscio. Con ladrillos hechos con mezcla de libertad y justicia como pedían Toro y Baralt. Con la honestidad de República Deliberativa del tiempo previo al asesinato del Congreso por Monagas. Para hacer, como pedía Mijares, una República y no un jolgorio. Para

que nadie vuelva, como cuando Guzmán, a preferir montar su circo a rehacer la Patria. Para que la civilidad sea no empeño agónico de individualidades de excepción sino maduro proceso cultural-político del pueblo venezolano.

En un momento de anemia brutal de los espíritus por economicismo rampante y por el vaciamiento de valores, que una supuesta cultura de imágenes ha logrado extender como una losa en nuestro tejido social, es necesario recordar que el entramado institucional de la ahora llamada sociedad civil (sin dar a los términos el rancio sentido bolivariano que los mismos tienen en nuestra historia cultural y política), en un pueblo como el nuestro, no debe hacerse *ex novo*. Más aún: que ese entramado social, si debe rehacerse y en lo que debe rehacerse, encuentra su mejor fábrica en la tradición civilista, no caudillista, a cuyo estudio y exaltación ejemplar dedicó Augusto Mijares sus mejores y más logrados esfuerzos.

No se parte de cero. La tarea de intelectuales como Mijares

lo muestra a las claras. Pero queda, sin discusión, mucho por hacer. Siempre quedará mucho por hacer. De alguna manera, cada generación encuentra como desafío la construcción de su propio camino; que, de ser recto, será, a la vez, continuidad actualizada de la perpetua heredad de nuestra historia.

1 MIJARES, A. *Hombre e Ideas en América*, Caracas, 1940. Se cita según la edición conjunta del Ministerio de Educación y la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1988. En la Introducción, fechada 1940, MIJARES decía, explicando el título de la obra: "Hubiera querido que este libro se titulase *Hombre e Ideas de América*. Pero nuestro mundo no ha cumplido todavía ese deber y ese derecho de destacar como suyos los hombres y las ideas que pudiera reclamar como representativos". Y, después de señalar que no existe entre nosotros una cultura orgánica y una conciencia hispanoamericana propia, añadía: "Las ideas y la obra de nuestros pensadores y de nuestros políticos han permanecido aisladas, como patrimonio individual de cada uno de ellos. Por eso no puede decirse que sean *Hombre e Ideas de América*, son todavía, simplemente, *Hombres e Ideas en América*" (p. 9).

2 MIJARES, A., *Hombres e Ideas en América*, Caracas, 1988, p. 172.

3 Cf. LOVERA DE-SOLA, R. J., *Hondas reflexiones para largas esperanzas*. Esquema para una interpretación de la obra de Augusto Mijares, Villa de Cura, 1983. Al verlo como ensayista integral, explica: "ensayista es la persona dedicada no sólo a publicar sus

ensayos, sino cuya vital es pensar, proponer, argumentar, discutir consigo mismo. Así como a repetir e insistir a través de sus textos" (p. 7). Y sobre *Lo Afirmativo Venezolano* dice que es "obra orgánica ya que los ensayos han sido escritos en función de una interpretación determinada de la realidad nacional" (p.39).

4 GRASES, P., "Prólogo" a *Lo afirmativo* en la 4ª Edición, Caracas, 1981, p. 9.

5 PAZ CASTILLO, F. Presentación al excelente trabajo de Beyra AMARISTA DE CUMARE, *El Humanismo del Profesor Augusto Mijares*, Caracas, 1978, p. 15.

6 *Ibidem*, p. 16.

7 Cf. GRASES, P., *Ibidem*.

8 MIJARES A., Prólogo a la Ob. Cit. De AMARISTA DE CUMARE, B., p. 22.

9 POLANCO ALCÁNTARA, T., *El irreprochable optimismo de Augusto Mijares*, cit., p. 67

10 Cf. Sobre las opiniones de G. DAGRON, M. FUMAROLI y P. ROSENBERG, *Le Monde*, París, 22 oct. 1997.

11 MIJARES, A., *Lo Afirmativo Venezolano*, Caracas, 1981, p. 199.

12 MIJARES, A., *Lo Afirmativo Venezolano*, cit. Pp. 162-163.

13 *Ibidem*, P. 163.

14 MIJARES, A., *Lo Afirmativo Venezolano*, cit. p. 181.

15 *Ibidem*.

16 PICON-SALAS, M., *Los días de Cipriano Castro*, Caracas, 1953, p. 84.

17 POLANCO ALCANTARA, T., *El irreprochable optimismo de Augusto Mijares*, Caracas, 1985, p. 51.

18 MIJARES, A., *Lo Afirmativo Venezolano*, cit., p. 126.

19 *Ibidem*, p. 127

20 LOVERA DE-SOLA, R.J., *Hondas reflexiones para largas esperanzas*. Esquema para una interpretación de la obra de Augusto Mijares, Villa de Cura, 1983, p. 32.

21 Cf. De tal sentido, MILIANI, D., Juan Germán Roscio, *Héroe Intelectual*, que sirve de "Prólogo" a Roscio, J. G., *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo*, en la ed. De la Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1996. Dice MILIANI que, en América Latina, la modernidad fue "una modernidad sin modernización" (p. IX).

Reflexión en dos tiempos sobre la sociedad civil, la historia y la historiografía

Graciela Soriano de García Pelayo
(En el centenario del nacimiento de D.
Augusto Mijares)

Graciela Soriano de García Pelayo es Licenciada en Historia, con Doctorado en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela. Ha sido profesora en las Escuelas de Historia, de Filosofía y de Estudios Políticos de la misma Universidad, en el Centro de Estudios Constitucionales de Madrid y en la Maestría en Historia de la Universidad Católica Andrés Bello. Actualmente es Jefe de la Cátedra de Historia en la Escuela de Estudios Políticos y profesor titular de la Universidad Central de Venezuela. Coordina un seminario permanente dedicado al estudio de los Personalismos Políticos hispanoamericanos del siglo XIX en el Doctorado de Ciencias Políticas de La UCV. Autora de: *La praxis política del absolutismo en el Testamento Político de Reichelieu; Venezuela 1810-1830, Aspectos desentendidos de dos décadas; Hispanoamérica: historia, desarrollo discrónico e historia política; El personalismo político hispanoamericano del siglo XIX; aproximación histórica a "lo público" y "lo privado" en: Lo público y lo privado.* Es Presidenta de la fundación Manuel García Pelayo.

Encontrarme hoy discutiendo sobre la obra de Augusto Mijares que reivindica en 1938 (Mijares, 1952. 16) para la historia y el que hacer de Venezuela las naciones de civilismo y sociedad civil, cuando acabo de enviar a la imprenta un trabajo en el que expresa que "es posible silenciosa y quedamente en actitud y gesto pusilánime de la salvación de *status* y de bienes en una sociedad siempre incivil", pensando que la debilidad o carencia de suficiente civilidad es lo que "obliga a recorrer el camino una y otra vez tras distintas versiones del orden en situación constante de histórica

ansiedad" (Soriano, 1997) es contradictorio. O más bien paradójico. En todo caso, merecedor de unas palabras que me ayuden a explicar, y a explicarme esta aparente inconsecuencia.

En primer lugar, preguntándome por qué, aún suscribiendo que en la historia de Venezuela ha sido constante la presencia de una "sociedad siempre incivil", he aceptado la invitación de Silvia Mijares de Lauría para participar en este homenaje. He aceptado, en virtud de varias razones que trataré de exponer sucintamente –no dispongo de mucho tiempo para

hacerlo, por otra parte– y a través de las cuales se podrá comprender que la incoherencia es sólo eso, aparente.

En primer lugar, la obra de Augusto Mijares tiene, desde el doble punto de vista de la historia-sucedir (es decir, de la historia entendida como la que pasa, al acontecer), y de la historia escrita (la historia entendida como conocimiento o historiografía) una importancia crucial.

Su publicación en 1938, casi enseguida del fallecimiento de Gómez revela la necesidad sentida de expresar por una de sus más respetables cabezas, el optimismo que es capaz de sentir, necesitar o desear una sociedad que, libre de las ataduras del régimen que ha poco ha desaparecido por el fallecimiento del gobernante personalista, se ve en la necesidad de reiniciar su existencia en condiciones de coordinarla y dirigirla, dispuesta a creer en sí misma como protagonista de su porvenir en términos distintos a los de la paz, el orden y el progreso por la obediencia al machete o el fusil. Este es el reclamo de la historia suceder de la *Geschichte*. Por otro lado, la respuesta historiográfica: si ese optimismo de una sociedad aún tímida e insegura de sus actos desea manifestarse: si quiere estar seguro de no debilitarse, de triunfar de los hechos, ha de intentar entender el pasado en términos distintos a los de la historiografía positivista que aparente o ciertamente acabó

justificando los regímenes. Para eso ha de contar con una explicación histórica de lo ocurrido, que le muestre sus potencialidades para asumir el futuro al que adviene, con la confianza que proporciona el saberse confiado y capaz. Saber que se ha sido capaz de tener un pasado digno y distinto a la anarquía y al desorden, y a la necesidad del gendarme.

Por eso *la interpretación pesimista de la Sociología Hispanoamericana* constituye el primer intento de revisionismo de la teoría del caudillismo en nuestro suceder y en nuestra historiografía. Y aquí penetro en la concepción que Augusto Mijares tiene de la historia. Estar bajo el imperio de la visión que los positivistas dieran de los más de cien años transcurridos desde la independencia hasta la cuarta década del siglo que ahora finaliza, tenía que resultar suficientemente agobiante para una personalidad liberal y ordenada, apuesta a la violencia y a la fuerza admiradora de los valores del espíritu y de la cultura occidental y de la mejor *paideia* de su tiempo como la de D. Augusto Mijares. Y decide mostrar cómo la historia de Hispanoamérica en general, y la de Venezuela en particular, no puede conformarse, o más bien resignarse, a recordar únicamente los pasos negros del camino. La historia del Continente, a los ojos de Mijares, viene a sintetizarse y a manifestarse, como a lo largo del

despliegue de dos rutas: una, la del caudillismo y los gobiernos de fuerza que colman las explicaciones de la teoría que Mijares adversa. Otra, la que él decide rescatar porque, por lo demás está tan presente como la otra, sólo que oscura, fuera de la vista, porque la historiografía aún no se ha decidido a iluminarla con todos los candiles que merece y que él se propone encender con culta sencillez en 1938.

Es esta forma, con el bagaje de su labor de archivo, su criterio tranquilo ganado todavía por la concepción evolucionista de la historia –porque adversa a los positivistas en su propio terreno– sencilla y simplemente, sin rebuscarse problemas adicionales de quisquillosa crítica histórica, ni de exageradas pruebas de verosimilitud exigencias del método, va rescatando por la vía del ensayo la vieja nación de sociedad civil, desempolvándola con el auxilio y la mediatez de la autoridad de la frase bolivariana, sin complicar el tema con profundidades teóricas a la moda de nuestro tiempo, en relación con sendas versiones tradicional y liberal del término. Encendiendo las luces de la ruta marginada, quizá más que para conocerla, para, encendiéndola, utilizarla en beneficio del optimismo del presente. Encendiendo las luces, no más. Sin poder detenerse a averiguar si la calzada es transitable, ni si los edificios que la orillan están en buen estado y

son de peor o excelente construcción. Y eso es bastante. Es mucho, demasiado para 1938, tanto más cuando observamos la historia desde 1989 o desde 1993, o como ahora, desde 1997, cuando aún nos debatimos tratando de encontrar una propia versión de sociedad civil en los hechos y en la conceptualización, pero presionados, por factores externos del término en boga que complican mucho más la propia interpretación.

Así D. Augusto Mijares viene a ser el pionero, el adalid del revisionismo positivista que, en 1938 confronta los pesimistas logros de aquella escuela sociológica que iluminó una ruta oscureciendo la otra mostrando, así, que ambas han sido valederas en estas sociedades. Con ello proporciona, frente al fatalismo histórico étnico, geográfico, psicológico que han signado la conciencia histórica de los tiempos anteriores al 38, una versión venezolana de la sociedad civil en la que como Silvia ha mostrado recientemente en un libro con ese mismo título se revela una tradición de regularidad política, de orden legal, de principios morales, de aspiraciones colectivas, de ideales políticos. Sobre todo, de ideas que están en la tradición y se engarzan en la historia en una línea de pensamiento basada en la libertad, en la igualdad, la solidaridad social en el común destino de la patria perfectible por el amor y las virtudes de sus hijos.

En 1938 hacía falta ver las cosas así. En 1938, el país y sus hombres se hallaban en un momento difícil e inseguro de reasunción del camino. Desde el doble punto de vista de la historia suceder y de la historiografía, las cosas eran difíciles. En otras latitudes, la historia a contecer-política estaba en un momento interesante, en vísperas de la guerra mundial. La historia política escrita, es decir, la historiografía política no las tenía todas consigo. Eran tiempos en que la reflexión histórica sobre el campo político de la realidad había ya comenzado a abandonar la vieja forma de aprehender el pasado, e interesaban menos la luchas parlamentarias y las grandes hazañas militares y civiles. Los historiadores mostraban preferencia por los campos sociales y económicos de la realidad, bajo la influencia de las corrientes de pensamiento marxista y, para el caso francés, comenzaba a gestarse la influencia de la escuela de historiadores de los *Annales*, que luego pondrían en boga sus preferencias por lo que en otro tiempo había podido considerarse como *petite histoire*.

En el caso venezolano, no obstante, las cosas estaban yendo por otros derroteros. Al año siguiente en que Mijares publica su interpretación, publica Parra-Pérez su *Historia de la Primera República*. Los títulos de ambos libros, son elocuentes en relación con lo que cada uno de ellos buscaba o intentaba. El libro de

Mijares era, en verdad, una obra ensayista que tenía más de hermenéutica que de historia erudita. El libro de Parra Pérez era una obra propiamente histórica que rescataba para la historia política de Venezuela una coyuntura de la mayor importancia. Más de una vez me he lamentado de que ambas obras hubieran sido abandonadas de la cuenta por estudios históricos posteriores, y de que nuestra reflexión histórica, quizás más inmadura que responsable de no haber continuado el curso de ambos hitos, no hubiera reforzado sanamente el revisionismo que protagoniza Mijares, y la posición historiográfica que representaba Parra-Pérez en aquella Venezuela que aventuraba sus pasos tímidamente hacia la democracia. Persistía, sin embargo, prendida en las mentalidades, que son lo más reciente al cambio que pueda darse en la historia, la visión mítica y heroica del pasado en versiones que no se habían desprendido del todo de la *Vida de Bolívar* (1865) de D. Felipe Larrazábal había configurado en el último tercio del siglo XIX. Una sociedad tímida e insegura, todavía no demasiado consciente de su propia historia en términos que no fueran los de la historia heroica y los del positivismo, no podía aventurar con ánimo seguro su historia escrita, su historiografía, ni por los senderos que indicaba Mijares, ni por el que había abierto Parra Pérez. Era más tentador y fácil seguir instalado en

el mito, y corridos unos años, trepar al mirador marxista para ver el pasado o, muchos años después, pretender ir de la mano francesa a hacer historia social y económica de último grito y óptima calidad, más de una vez, de la mano del viejo manual de Langlois y Seibnobs (1889) en busca de las fuentes.

Por eso cuando intenté la búsqueda de aquel camino en 1977, me encontré a la historia política de Hispanoamérica casi en el mismo lugar en que la habían dejado los positivistas. Dos décadas más tarde, me ha sido posible continuar la marcha y despejar muchas cosas que permiten hacer historia política con más seguridad. Entre otras cosas, con la convicción de que hay que hacerla, y de que hay que hacerla con más gravitación sobre los propios temas, entre los cuales no parece ser de menor peso y continua vigencia el viejo problema al que los positivistas y Mijares, cada uno en su situación histórica y propia perspectiva, habían considerado –con tintes diferentes– en el centro del respectivo interés. A saber, el difícil y endémico problema del personalismo político hispanoamericano.

Desde mi propia perspectiva histórica e historiográfica, he asumido con constancia el caso por muchos años. Percibir los casos de Chapita, Pérez Jiménez, Odría, Rojas Pinilla, de Noriega, de Pinochet, de Fujimori en el curso

de mi propia vida, me obligó en un momento a ir mucho más atrás, y a buscar la explicación del fenómeno y sus características con el mayor afán. Para más de una vez detenerme cavilosa por el temor, al ver que el fenómeno no obedecía a la pura voluntad de gobernantes deseosos de perpetuarse en el poder. Que había razones de muchísimo peso en las propias circunstancias o en la situación de las cosas, para decirlo con términos de Ortega (1966) o de Schmitt (1968).

Temerosa también, al descubrirlas, de no poder defender una causa historiográfica tan seria, sin caer en la "amarga convicción" –en palabras de Elena Plaza (1996)–, que había signado la vida y el prestigio de Vallenilla Lanz; temerosa en una palabra, de ser señalada por suscribir la misma posición. Nunca he sentido tanto como en esta circunstancia, la importancia del ingrediente moral en nuestra historia, el peso que se llega a sentir sobre el deseo de hacer sana historiografía por la propia inseguridad –tácita o expresa– que priva en el acontecer de un Continente, en la *Geschichte* hispanoamericana, cuando se tiene la sospecha de que no se ha conjugado, ni en la realidad ni en las conciencias, el peligro del personalismo político. Cuando los muertos viven como ha dicho Juan Rulfo (1983).

Ya esos temores no los siento. No pueden tener lugar. Luego diré con más calma por qué. Ahora recuerdo, en relación

con nuestro tema –la tesis de Mijares–, que ha vuelto a hablarse de la sociedad civil. Pero por otras y las misma razones que no serán extrañas a la publicación por Silvia Mijares (1996) de su propio libro la sociedad civil. Las circunstancias son distintas en 1938 y en 1977. El afán actual por la sociedad civil tiene mucho de propia necesidad moral. Pero también tiene mucho de moda, de incidencia de factores externos en nuestro acontecer, coincidentes –y hay que recordar que cuando coinciden con las autóctonas tienen éxito estas influencias foráneas; por eso hay que tratar de controlar bien los efectos perversos– coincidentes, repito, con situaciones y sentimientos internos que tienen que ver con la desilusión política, con el descrédito del militarismo, con la debilidad de lo público, en el equivocado y corrupto quehacer de los políticos. Pareciera no tener que ver con ilusión y la necesidad equivalentes a aquellas que el país sentía cuando andaba buscando los nuevos y mejores senderos en momentos inmediatamente posteriores al fallecimiento de Gómez. Es más fácil entrar en la ilusión que salir de la desilusión y hoy las circunstancias son otras, cierto. Pero es posible que hoy sí se tenga, no análoga sino mayor necesidad de la ilusión por un país mejor. Sólo que los tiempos en los que se plantea el problema sí que son bien diferentes.

Este fue el escenario que desvelé cuando, por la insistencia

de los primeros alumnos de la escuela de Estudios Políticos me detuve frente al panorama de la historia política de Venezuela y en Hispanoamérica, para encontrar que la actitud moral frente al problema ha sido ineludible. Era la que espontánea y naturalmente tenía que surgir. Pero ella misma es la que ha retrasado el estudio del problema la que ha retrasado el abordaje del personalismo político hispanoamericano como objeto de conocimiento. Épocas de devaluación de la historia política frente a la historia social y económica por una parte, y posición moral a un pasado que no podemos alterar con la ilusión, llevaron a tener oscuras la ruta hasta la década de los 70. Pero no fue la disciplina histórica la que en aquella década asumió el reto de enfrentarse con la necesidad del subconsciente continental. Fue, creo que es obvio, la literatura la que llevó adelante el desafío con el auge de la novela sobre el "dictador" en las obras de García Márquez, Carpentier, Roa Bastos. Uslar Pietri, Martínez, con antecedentes en Valle Inclán y Asturias. Era como si nuestras sociedades no hubieran podido quedarse sin la voluntad de reflexión sobre el drama que seguía poseyéndolas, iluminando desde el arte aquella ruta nefasta de la historia.

También en los 70 se comenzó a hablar de sociedad civil. Ha continuado haciéndose cada vez con más fuerza, hasta llegar a lo que constituye hoy, con

virtudes y vicio, ese clamor. Las razones del caso, igual que en 1938, parecen ser morales. En gran parte morales y genuinas. En otra peligrosa dosis, miméticas e impulsadas por incidencias, tal vez interesada, de factores externos. Por eso el tema y su vigencia son de cuidado, porque habría que tener más claro dónde está lo genuino de esos movimientos que teóricamente merecen nunca una reflexión más intensa.

Volver los ojos atrás, hacia la preocupación de Mijares por el civismo y la sociedad civil, es volver a estar en el requerimiento moral, pero en distintos términos. Ya no se trata del acicate para afrontar con ilusión el nuevo tiempo, como antes expresé. Se trata de encontrar la sana reacción frente a la desilusión de los últimos tiempos que tampoco han conjurado la presencia del personalismo.

Pero hoy nos encontramos sin embargo, con mejores armas frente al problema. Hay una conciencia alerta que puede ser potencialmente más fuerte, sobre todo si se potencian, a su vez unas armas historiográficas más sólidas que ayuden a fortalecer a la conciencia histórica en la historia suceder.

Sí, como suponía Mijares, esa *historia suceder* ha corrido por dos rutas: la del caudillismo –personalismo político, diríamos hoy– que él adversaba, tan intensamente editado por el positivismo, por la “interpretación

pesimista de la sociología hispanoamericana”, y la de la sociedad civil que él comenzó, aislado, a revisar, en términos distintos de los que hoy se manejan, quiere decirse que el desafío de finales del siglo XX está, por partida doble, en un único y doble cometido: entender que el problema de nuestra historia, que el abordaje de la senda oscura sin el temor al que aludía antes, y a la asunción de un propio y autónomo criterio sobre la sociedad civil en un tiempo “global”, “mundial”, está en la historia escrita, en la historia conocimiento, en el conocimiento histórico. En una palabra, en la historiografía.

Es menester conjurar los demonios del pasado los cuales no son otra cosa que la ficción del mito que los nutre en cada sucesivo presente. Mientras no se encuentre respuesta y conveniente salida a las viejas frustraciones y a las que se van acumulando en este interminable suceder. El desaliento del presente cuenta con armas para salir de esa ficción. Mijares mostró, en su momento, las dos rutas: la que nos oscurecía el ánimo, y la que podía generar en aquel tiempo, seguridad e ilusión. Hoy no basta el planteamiento de Mijares, pero su actitud es mucho más que rescatable para estimular a la labor histórica. Ya no se trata de iluminar la senda del civilismo solamente; ya se conoce y es viable; difícilmente viable. Se trata de arrojar luz inteligentemente,

rigurosamente, sobre las dos rutas que han signado este destino, incorporando a la historiografía. Evitando que trabajos como la *Historia de la Primera República* y otros esfuerzos similares se queden tanto tiempo –¡casi sesenta años!– sin llegar a las aulas. Ello así, porque sólo el conocimiento riguroso de la historia, puede llegar a iluminar con claridad esas dos rutas, la *fasta* y la *nefasta* que, en resumidas cuentas, son una sola, la que nos deparó el destino. Ante esto sólo cabe, la actitud sana, honesta, responsable, realista de todos los que por sólo existir somos protagonistas de la historia, sujetos a la propia *Geschichte*; la actitud no menos sana, honesta, responsable y realista de una historiografía capaz de proporcionar la conciencia, la seguridad y el sentido de esa propia existencia, sin renegar del pasado, de cara al porvenir. En ambos sentidos, es mucho lo que la reflexión responsable y serena de Augusto Mijares, a un siglo de su nacimiento, puede aún enseñar.

BIBLIOGRAFÍA

- LARRAZÁBAL, FELIPE 1865. *Vida de Bolívar*, Caracas
- LANGLOISCH.-V.-YCH. SEIGNOBOS. 1913 *Introduction aux études historiques* (1889) Madrid
- MIJARES, AUGUSTO 1952. *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, Madrid Afrodisio Aguado.

MIJARES, SILVIA 1996. *La sociedad civil*, Caracas, Tierra de gracia

PARRA- PÉREZ, CARACCILO 1961 Historia de la Primera República (1939), Academia Nacional de la Historia

PLAZA, HELENA 1996. *La tragedia de una amarga convicción*, Caracas, U.C.V.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ 1966. *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente.

PEDRO PÁRAMO, MADRID, F.C.E. "Cátedra" Soriano de García-Pelayo, Graciela 1997.

_____: "Sociedad civil e incivil en Venezuela", en *Vigencia*

boy: de Estado y Sociedad, Caracas, Fundación Manuel García-Pelayo.

RULFO, JUAN, 1963. Pedro Páramo, Madrid, F.C.E. "Cátedra".

SORIANO DE GARCÍA PELAYO, GRACIELA 1997. "Sociedad Civil e incivil en Venezuela", en *Vigencia boy: de Estado y Sociedad*, Caracas, Fundación Manuel García y Pelayo.

Visión testimonial de una crítica a la sociología pesimista

Luis Cipriano Rodríguez

Luis Cipriano Rodríguez es profesor jubilado de la UCV, donde ejerció la docencia en Historia Moderna de América (Escuelas de Historia y Comunicación Social); fue profesor de la ULA, Mérida y Director de la Escuela de Historia, del Instituto de Estudios Hispanoamericanos y de la Dirección de Cultura de la UCV. Es autor del libro *Gómez: agricultura, Petróleo y Dependencia* y de algunos trabajos inéditos como: *La Historia del anticomunismo en Venezuela, 1917-1937*. Es coordinador y coautor de *Los Grandes períodos y Temas de la Historia Venezolana*; colaborador de la revista *Tierra Firme* y del *Suplemento Cultural* del diario *Últimas Noticias*.

Al abordar la temática de este Foro, prefiero situarme como “testigo de época”, y no como analista de ideas o historiador de ellas; por tanto me ubicaré, como lector de los años cincuenta cuando, de una manera simultánea, yo realizaba tareas –a la vez– de estudiante y docente. Docente de Educación Media en Colegios privados y estudiante de Educación Superior en el Instituto Pedagógico, hoy UPEL. Testimonios juveniles de un provinciano en Caracas bajo circunstancias dictatoriales.

Para entonces (1950 –1957), tanto por necesidades didácticas como por motivos ideopolíticos.

Dedicaba algunas horas a indagar (y en lo posible entender) la Historia de Latinoamérica, tierra gobernada, según la jerga partidista de aquellos tiempos, por la “Internacional de las Espadas”. El caudillismo autocrático predomina en casi todos nuestros países, como si asistiéramos al rito de una fatalidad enraizada a lo largo de este continente, desde el siglo XIX, o desde antes.

Aquel contexto autocrático, tan impropio para ejercer la Libertad del pensamiento era sin embargo, un acicate para la búsqueda de explicaciones que permitieran vencer derrotismos y desesperanzas ante la “fatalidad

del gendarme necesario”. Durante aquellos años, la Historia, la Sociología y la Política estaban dominadas por dos tendencias teóricas:

1° la marxista que enseñaba a los jóvenes el duro “promisorio camino de la lucha de clases” para triunfar contra la Dictadura, y 2° la positivista, cuyos expositores nos condenaban a la anarquía o a la potestad de “gobiernos fuertes”, dada la supuesta incapacidad cívica de los pueblos tropicales o mestizos para vivir en libertad y democracia. Esta última tendencia era conocida precisamente como la “interpretación pesimista” de nuestra realidad.

Frente a tales “extremos”, apenas terciaban tímidamente algunas aproximaciones demoliberales que, desde un ángulo no-determinista, intentaban reinterpretar la Historia latinoamericana desde la Colonia hasta la República. Había, pues, una relativa búsqueda de propuestas teóricas, sobre el ámbito universitario.

Pero estas aproximaciones demoliberales ocupaban poco espacio intelectual, de modo que los sectores juveniles no adscritos al Positivismo ni al Marxismo (y que a la vez disentíamos de la dictadura perezjimenista), nos limitábamos a algunas lecturas socialdemócratas (Lasky, Mannheim) o democristianas (Pietro Paván, Paul Claudel), así como a los ensayos latinoamericanos de Alfonso

Reyes, Haya de la Torre, Picón Salas, Arciniegas y Briceño Iragorry; la poesía social de Andrés Eloy Blanco, Nicolás Guillén, y Pablo Neruda; y algunos textos y discursos políticos de Gallegos, Arévalo, Caldera, y Betancourt. Pues bien, en este marco, es donde circula la obra de Mijares *La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana*, recién editada en Madrid, 1952, y cuyo aporte enriquece la corriente de explicaciones alternativas con sentido humanista. (Por supuesto, yo desconocía la edición de 1983).

Creo haber visto por primera vez dicho libro en las manos de Héctor Malavé Mata o en las de Pedro Luis Díaz García o Argenis Pérez Huggins. No recuerdo con precisión. Pérez Huggins militaba en la Juventud Comunista y era un lector voraz. La lectura de ese texto constituyó una experiencia útil para nuestra conciencia juvenil de aliento democrático, contribuyendo a un nuevo enfoque de nuestra Historia, y a la superación, no sólo, de los determinismos o de los fatalismos étnicos, geográficos y psicológicos, sino también de la unilateralidad economicista a que algunos manuales habían reducido los postulados del materialismo histórico.

II

Situándome una vez más en los años cincuenta (antes del 23 de enero de 1958), las reflexiones

de Mijares me permitieron establecer varios deslindes; por ejemplo:

a) Frente a las “Leyendas Negras y Doradas” que explicaban de manera excluyentes la obra española de Latinoamérica, entendimos que la Colonia no representa un “vasallaje oscuro y abyecto”, ni un “simple reflejo de las instituciones hispanas”, sino un período “de formación de la nacionalidad; evolución constitutiva debida en parte al aporte español, pero sobre todo, al desarrollo peculiar de estos países y a su lenta emancipación espiritual y social” (pp. 11-12).

b) *La Independencia* por su parte, no significa una “creación heroica o improvisación genial Libertadores” ni un mero “contagio de las ideas europeas”, sino una “obra colectiva y culminación de un proceso anterior de formación de la nacionalidad”. (p.12), (acerca de este asunto, Mijares vuelve a escribir con mayor detalles en la *Ideología de la Revolución Emancipadora*, Caracas, UCV, 1955? Y en *El Proyecto de América*, Caracas, Empresa El Cojo, 1960).

c) A su vez, *La República* debíamos percibirla “como un período de reorganización de la nacionalidad después de la crisis de la guerra emancipadora”. Esto supone un deslinde ante quienes la conciben “como heredera del vasallaje colonial” o como una “contienda caótica a la cual sólo el

caudillo puede imponer estabilidad y continuidad” (p.12).

d) El abordaje de otros temas en ese mismo libro, amplió igualmente las posibilidades de reivindicar algunos valores sociohistóricos de *Nuestra América*, partiendo de puntos concretos como “Anarquía y Despotismo”, “Mestizaje y problemas raciales”, “El tropicalismo”, “La Oligarquía, los Partidos y las Camarillas”, pero muy especialmente, “El caudillismo”.

Lo referido al caudillismo y al caudillo representaba entonces (y de alguna manera todavía representa hoy) un tema cuya problemática y procesamiento sociohistórico es clave para Venezuela. En este sentido, el libro ofrece una síntesis de las principales teorías pesimistas que intentan analizar este polémico proceso, y a la vez, presenta la propia tesis del autor.

III

De acuerdo con los límites de esta Ponencia, es innecesario incluir aquí la síntesis de cada teoría. Por lo tanto, solo incorporamos las conclusiones rectificadoras de Mijares, para quien dicho Caudillismo es, “un sub-producto funesto de la guerra emancipadora”(p.25), y por la otra, “tiene por base la devoción personalista y la coacción mecánica” (p.15). El caudillismo, visto como sub-producto de la guerra, constituye “un accidente

histórico que engendró otros y por eso se debía perpetuar durante algún tiempo, pero que siempre tendría contra sí una herencia de cultura y de ideales [vinculada a la tradición de la “sociedad civil” colonial], irreducible a la simplificación social en que él [el caudillismo] podía prosperar” (p. 64).

Ampliando más su punto de vista, dice que la guerra de Independencia “impuso” la desorganización social, lo que “da nacimiento al caudillismo y le permite desarrollarse hasta el predominio de las tendencias más egoístas y anárquicas” (p. 66); en consecuencia, este fenómeno es *circunstancial*, “y no un vicio fundamental de nuestro carácter, ni un resultado fatal de hábitos colectivos tradicionales” (*Idem*).

Estos “hábitos colectivos tradicionales” eran de naturaleza civil, legal y municipal, con capacidad para darle fuerza a “la acción política gradual”. Pero los catorce años de guerra emancipadora “desarticulaban esa fuerza social, y con ella desapareció, por mucho tiempo, la base que teníamos para la estabilización del régimen republicano”. (p. 111).

En virtud de apreciaciones como éstas, Mijares disiente de los “delirantes” prejuicios aristocráticos y racistas con que varios eurocéntricos (como Gustavo Le Bon, Rudyard Kiplin, José Ortega y Gasset, etc.) deforman la realidad de nuestros países tropicales, donde

supuestamente, el hombre blanco “no puede figurar sino como el capataz de bronca y faz y látigo en la mano” (p. 87).

Por lo demás, Europa tampoco ha escapado a situaciones de despotismos y servilismo (P. 89), aunque para analizarlas, “la crítica histórica debe guardarse de tomar situaciones como realidades definitivas, porque a base de símbolos y de anécdotas no se puede juzgar a los pueblos” (*Idem*). Por eso, insiste en su perfil analítico así:

El desorden caudillesco, por profundo que parezca en ciertos momentos, no es sino episódico y circunstancial. Nada tiene que ver con la índole de la nación que la sufre, ni puede deducirse de él una incapacidad fundamental del país para reorganizarse de acuerdo con las formulas políticas superiores que constituyen su tradición íntima. ¿Acaso no hemos visto análogas apariencias de caos aún en las naciones más avanzadas de Europa y hasta en los años más recientes? (p. 125).

IV

De una manera muy puntual, como “testigo de época”, ahora me sitúo en los primeros meses de 1953, cuando el libro en referencia llega a las librerías caraqueñas. Era su segunda edición (Yo desconocía la primera, fechada en Caracas, 1938).

Para los estudiantes universitarios y profesores de Educación Media de mi generación –sobre todo para

quienes de alguna manera adversábamos la dictadura o disentíamos de ella– leer un trabajo como éste resultó alentador. Contribuyó a fortalecer no sólo nuestra autoestima civilista sino nuestra conciencia democrática, opuesta a la autocracia militarista gobernante. Contribuyó, en momentos políticos adversos, a entender que no estábamos irremediamente condenados a vivir, por siempre, bajo despotismos y caudillajes. Esto es lo central de mi testimonio.

Ahora bien, ¿Qué había ocurrido en Venezuela durante el año anterior, 1952? Hacia el mes de marzo, el movimiento estudiantil fue reprimido en Universidades y Liceos, así como en el Instituto Pedagógico de Caracas, hoy UPEL. (De este último Centro fuimos expulsados varios alumnos, entre otros Manuel Bermúdez, Rodolfo Pérez, Argenis Pérez Uggins, Amanda González, J.E. Porras Omaña y Antonio Luis Cárdenas, actual Ministro de Educación). Ese mismo año fue asesinado el Dr. Leonardo Ruiz Pineda, líder de la Resistencia. Además, se realizó una intensa y combativa campaña electoral con participación de importantes dirigentes antidictadura, como Jóvito Villalba, Rafael Caldera y el ilustre humanista Don Mario Briceño Iragorry. El pueblo venezolano, en términos masivos, derrotó electoralmente al régimen el 24 de noviembre, pero el Coronel

Marcos Pérez Jiménez, respaldó por sectores militares y civiles poderosos, desconoció la validez de los comicios, el 2 de diciembre. Tal fue la dura experiencia política de estudiantes, profesores, obreros, profesionales, empleados y campesinos, ese año, año marcado por una nueva modalidad de caudillaje.

Pues bien, fue en tal contexto (y sus desestimulantes secuelas de 1953) donde y cuando leímos el referido libro de Mijares. Nos alentaron sus críticas al personalismo y su optimista revisión de nuestra Historia cuyo proceso, si bien registraba errores, vicios y deficiencias, también ofrecía elementos para reivindicar las tradiciones colectivas de una "sociedad civil" cuyos "grandes hombres" habían demostrado que la "anterioridad del pensamiento con respecto a la acción" era una constante de nuestra vida nacional. (p. 83). También nos alentaba leer que *Nuestra América*, no obstante las crisis caudillescas desestabilizadoras, había comenzado "a reorganizarse, fortalecida por las ideas democráticas [referidas al ideal político "de gobierno en común y deliberativo"] y por la antigua tradición criolla legalista y cívica, celosa de las prerrogativas y de la dignidad ciudadana" (p. 84).

Desde luego, como historiador ante los datos documentales, Mijares no negaba algunas afirmaciones y conclusiones pesimistas de la Sociología en cuestión. Reconocía

el desorden social, la rapiña económica, las arbitrariedades políticas, los instintos regresivos y la anarquía fundamental predominantes a lo largo de muchas décadas. Pero ello se explicaba por "causas perfectamente definidas" (p. 217); consiguientemente, según sus propios análisis,

el despotismo no representa el fondo de nuestra Constitución positiva, ni una fatalidad étnica, geográfica o sociológica que no podamos superar, fue simplemente un fenómeno de nuestra reorganización republicana, y debe ser estudiado y combatido sin magnificarlo fuera de esa realidad concreta (Idem) (subrayado nuestro: L.C.R.).

V

¿Cuántos lectores en situaciones análogas a la mía se beneficiaron de esta sistemática reflexión en 1953 y 1954? Durante aquellos años fueron editados o re-editados otros libros tendientes también a explicar nuestra problemática colectiva. Entre ellos, *Mensaje sin destino* de Briceño Irigorri, *Comprensión de Venezuela* de Picón Salas y *El caudillismo según once autores venezolanos* de Virgilio Tosta (más tarde, *Biografía del Paisaje* de Humberto Cuenca). Estas y otras obras aportaron elementos para interpretar democráticamente al país; sin embargo, la de Mijares abordó más directamente y con mayor sistematicidad, las claves del binomio "Caudillismo-Despotismo", desde su ya referido punto de vista. El suyo

fue un aporte ideológico contra la Dictadura.

Poco tiempo después, en 1955, él insiste en sus apreciaciones. Una conferencia dictada a la comunidad ucevista de Humanidades y Educación, le permite referirse a la *Ideología de la Revolución Emancipadora*. Basándose en dos observaciones de Simón Rodríguez, reafirma que la Guerra de Independencia no fue una simple manifestación de odio o violencia contra España, sino una lucha fundamental en un Proyecto histórico abierto "hacia el futuro" (*ideología* ., p.3)

Cabe decir que dicha conferencia sirvió también para responder a lo expuesto en 1948 por asistentes a un Congreso de Historia celebrado en Madrid. Para entonces, se afirmó que la independencia nuestra había carecido de Programas aplicables a la reconstrucción del orden continental republicano (p. 5) y Mijares, con base en ideas de Bello, Sarmiento y Alberdi, responde que el proceso independentista obedeció a un ideario de evolución y transformación. Particular importancia le asigna entonces a Simón Bolívar y Simón Rodríguez por cuanto ambos diseñan el doble proyecto de Educación y Colonización del país por obra de sus propios habitantes (p. 8), siempre "asociados en la redención de las clases populares" (p. 9).

Semejante ideario humanista era, según Mijares,

extraño a la Europa de aquel tiempo donde la idea de revolución “parecía desaparecer” (p.15). En “Europa –dice– no se hablaba de las clases desvalidas, porque eso era revolucionario [con reminiscencias de Jacobinismo] y en América se hablaba de las clases desvalidas porque era revolucionario” (*Idem*).

Ahora bien sus referencias a El Libertador en 1955 y 1956 coinciden con apreciaciones de otros autores como J. L. Salcedo Bastardo, cuyo libro *Visión y Revisión de Bolívar* también estaba ya editado. Ambos ensayistas, al exaltar lo bolivariano destacan “el sentido afirmativo de la emancipación” (p. 3). Es de observar que, premonitoriamente, Mijares adelantaba una correcta respuesta a quienes hoy estiman que Bolívar es una obsolescencia anclada en el pasado. Advertía Don Augusto

Muya menudo cuando se anuncia, por ejemplo, un curso o una conferencia sobre la emancipación o sobre el pensamiento bolivariano, algunos pueden decirse: ¿Hasta cuándo Bolívar y hasta cuándo Emancipación? Esto sería justificado si considerásemos la Independencia solamente en relación con el pasado, como cancelación de una etapa muerta; si, por el contrario, la consideramos como núcleo de un gran ímpetu revolucionario hacia el porvenir, la Emancipación y Bolívar están vigentes todavía (pp. 15-16).

Por supuesto, tan visionaria afirmación cobra aun más sentido en la actualidad, es decir, en este fin de siglo y de milenio, cuando

la globalización neoliberal impuesta por las grandes metrópolis tiende a borrar fronteras, destruir patrias y patrimonios, masificar ideas de un “pensamiento único”, y agredir soberanías, sustituyendo el internacionalismo anfictionico Bolivariano –de liberación comunal e integración solidaria– por un transnacionalismo de mercados y mentes globalizadas sin opciones ni matices que permitan reivindicar la humana singularidad de lo diverso. Por ello y por todo cuando su afirmación significa para las conciencias reflexivas y deliberantes del presente, asumimos el párrafo con que Mijares finaliza su texto de 1955: si la Emancipación y Bolívar tienen vigencia *todavía*, entonces el Libertador

no será el Capitán que ganó Junín, Carabobo o Boyacá, sino el Magistrado que se encerró a deliberar con Vargas y con Revenga sobre el porvenir de Venezuela. Y sus proyectos (el proyecto de los Libertadores) pueden ser para nosotros la inspiración de todos los días (p. 16).

Inspiración cotidiana hoy más que nunca, cuando la anti-ideología postmoderna y tecnocrática de una sociedad empobrecida en su espíritu, pretende convertirnos en mercancías digitalizadas, automatizadas y clonadas, configurándose así un contexto en el cual, como dice Juan Liscano, “Cristo formará parte de la Paleontología” (*El Nacional*: 28-10-97, .4), y Bolívar –nos permitimos agregar nosotros– pasará al desván

de la Historia, como diría Marx (quien, por los demás, también parecería igual destino, según la desideologización de los conversos que copan la precaria y pragmática escena intelectual venezolana en esta hora menguada).

VI

Bien, ubiquémonos finalmente en 1960, y luego, en 1997. *Lo primero (1960)*, nos lleva a recordar que hace más de tres décadas, conocimos otro texto de Mijares: su Discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. En esa oportunidad él reforzó su juicio acerca de algunas formas latinoamericanas de caudillismo, desestabilización y caos, que sin embargo también han ocurrido en otros continentes, inclusive en Europa. Pareciera que su respuesta crítica a la Sociología pesimista, incluye también denuncias contra el racismo y los prejuicios europeos que dificultan reconocer las propias desviaciones autoritarias del “Viejo Mundo”. Es así como anota que, si comparamos los absolutismos metropolitanos con nuestros peores caudillajes, “ciertamente no tenemos por qué avergonzarnos; y advertimos que sólo el abuso del color local y de otros recursos literarios elementales, pudo engendrar una antítesis que no existiría en lo fundamental” (*El Proyecto de América*. Caracas, Empresa El Cojo, 1960, p. 24).

En este mismo sentido, hay otras estimaciones, pero resulta imposible incluirlas aquí. Basta anotar que el mundo europeo ha sufrido situaciones de odios, violencias y gobiernos represivos, y que “muy a menudo olvidamos lo que fue en Europa [por ejemplo] la reacción contra el *Jacobismo*, y hasta qué extremos de crueldad e insensatez condujo” (p. 20). Todo esto, sin incluir las trágicas horas de nazifacismo, ni los actuales conflictos generados por fanatismos religiosos, menosprecios raciales e intolerancias fundamentalistas.

Lo segundo (situarnos en 1997) nos permite agregar y asumir tres opiniones del autor que evidencian su relativo optimismo ante el país venezolano:

1) Frente a la prédica pesimista referida a un “fatalismo irritante” que pretende explicar nuestro atraso con base en la incapacidad de “razas inferiores”, Mijares asoma la posible mediatización ejercida por factores externos que explotan y empobrecen a estas tierras. Al respecto escribe: “Mucho se habla hoy de los *pueblos subdesarrollados*. ¿No será más sincero llamarlos pueblos super-explotados? Bajo las apariencias más falaces, Europa realiza en el siglo XIX una empresa de la explotación humana de extensión universal” que genera muchas víctimas en diversas áreas del mundo, por ejemplo, “los nativos que desde las malsanas selvas de

los demás continentes debían enviar a Europa el caucho y el cacao, las especies, los diamantes y las perlas, el petróleo y el oro” (pp. 48-49)

Conmovedora, transparente y muy respetable afirmación es ésta, por cuanto surge de la pluma equilibrada y prudente de un historiador y sociólogo que nunca asumió los criterios analíticos inscritos en las nociones de Dependencia e Imperialismo (de cuyos postulados reniegan hoy algunos radicales de los años sesenta y setenta, tan subordinados entonces a la retórica infantil del izquierdismo) pero que respetó con dignidad.

2) Frente a la supuesta “culpabilidad exclusiva” de los sectores populares en el origen y agravamiento de nuestra calamidades públicas, Mijares responsabiliza a las elites dirigentes, tomando en cuenta que “nos han faltado conductores que nos señalen planes de trabajo concretos y asequibles” (p. 12). “Quizás –agrega– lo que ha faltado es quien nos haga ver este problema fundamental, y los guías que nos indiquen el camino para pasar al otro lado” (Ídem) ¡Cuánta vigencia tienen hoy estas palabras!

3) Para mayor vigencia y valentía tienen sus palabras cuando su denuncia y reclamo se dirigen no solo a las oligarquías político-administrativas usufructuarias del Estado, sino también a las demás vanguardias que han fracasado en las tareas de dirigir al país. “Quiero precisar

–subraya Don Augusto– que cuando culpo a los malos gobiernos que hemos tenido, no me refiero solamente al gobierno político [o “clase política, como dicen ahora algunos comentaristas unilaterales], sino también a los gobernantes intelectuales, económicos y morales que deben responder por la condición de la sociedad”. (“Las excusas del pasado” *El Nacional*: 2 de agosto de 1976, A4). Con permiso de Don Augusto, yo agregaría otros liderazgos: sindicales, militares, religiosos y educativos cuyas prácticas también se han desviado hacia formas de autoritarismo, facilismo, clientelismo y corrupción.

VII

Cabe también –en cuanto a aspectos importantes de este autor– añadir tres asuntos no advertidos en lecturas anteriores de su obra, pero que esta vez sí he captado. Son los siguientes:

1) La para mi excesiva valoración del legado colonial hispano y de relativo silencio en cuanto a las milenarias culturas aborígenes anteriores al 12 de octubre de 1492. Ocurre que cuarenticuatro años después de haber asumido a plenitud todo lo expuesto por Mijares en la *Interpretación Pesimista*, hoy rectifico lo relativo a los perfiles pre-hispánico e hispánico de nuestro pasado, inscribiendo mis consideraciones actuales en el marco reinterpretativo de la “La

Historia no-descubierta”. Todo, sin desdecirme de cuanto ha expuesto aquí.

2) La cortés y reiterada excusa de este autor por no haber abordado los temas económicos (pp. 13, 111, etc.) Tal procedimiento no obedeció a sus conocidos principios historiográficos ajenos al marxismo, sino a que

ello requería todo un volumen dedicado exclusivamente a ese aspecto de la cuestión, si es que se desea tratarla de buena fe y no en la forma dogmática y mediante las nebulosas generalidades que habitualmente se emplean para satisfacer al público grueso (p. 13),

honesta precaución que compartimos.

3) Su aclaratoria acerca del militarismo y el antimilitarismo como factor sociohistórico e ideopolítico del Caudillismo. Con la objetividad que me permito reivindicar hoy, Mijares considera ahistórico identificar mecanicistamente lo militar con lo caudillesco (y con lo dictatorialista). Desde la primera edición de su libro en 1938. –reproducido en la de 1953– él estableció el siguiente deslinde:

muchos de nuestros caudillos podrían incluirse en la tradición de la “sociedad civil”, a lo menos por la

índole de ser conceptos políticos, como es el caso del propio Libertador, y muchos hombres civiles, por el contrario, han puesto su ideal de gobierno en la devoción personalista y la coacción mecánica (Nota N° 1, pp. 15-16).

Según esto, debemos entender –y yo asumo sin reservas– que en nuestros países latinoamericanos y caribeños, el militar no deviene necesariamente en dictador, ni el civil en demócrata. De la misma manera, la juventud no supone siempre ideas novedosas libertarias, ni la vejez, decadencia conservadora. Nuestro discurso histórico no puede remitirse a reduccionismos unilaterales ni a formulismos irreversibles. Lo esquemático es ahistórico.

Como penúltimo párrafo de esta ponencia, destacamos que Mijares fue un militante de sus propias convicciones educativas, sociológicas e históricas. En consecuencia, “nunca disimuló sus motivos y propósitos”, ni silenció sus críticas a eurocéntricos, economicistas y caudillistas. Tampoco dejó de involucrarse en la sistematización de la tesis sobre la sociedad civil como única respuesta a las interpretaciones fatalistas de nuestra Historia.

Utilizando sus propias palabras, puso “especial entusiasmo en esbozar la refutación de la doctrina pesimista del caudillismo” por juzgarla “tan falsa como perniciosa” (p. 13). Falsa y perniciosa para los intereses de la tradición cívica, a la cual no siempre es ajena la conducta patriótica e institucionalista de militares civilistas, no necesariamente gendarmes.

Con semejante teoría y praxis historiográficas, Mijares entendió que, aún en medio de los peores y más trágicos condicionamientos del pasado y del presente. “La historia de nuestros crímenes políticos es también, por el anverso, la historia de esa lucha heroica de nuestra tradición cívica contra el predominio del gendarme” (p. 201). Inestimable compensación ética es ésta para lo que ha sido el sacrificio de un pueblo –“nuestro desamparado pueblo” como dice Mijares– en cuyo beneficio, todavía todo está por hacer. Todo está por hacer cuando de su Liberación se trata. Por eso diremos que, el Pueblo en el centro de la Tradición Cívica como respuesta al Fatalismo autoritario. Tal es la enseñanza de Augusto Mijares.



Notas para un perfil del escritor

Simón Alberto Consalvi

Simón Alberto Consalvi es periodista egresado de la Universidad Central de Venezuela, tiene Master of International Affairs (Columbia University), cursos y seminarios en el Latin American Institute y en la School of History (Columbia University). Fue embajador de Yugoslavia, en las Naciones Unidas y en los Estados Unidos de América. Fue también presidente del Consejo de Seguridad de la ONU, ministro de Relaciones Exteriores, ministro de la Secretaría de la Presidencia de la República, ministro de Relaciones Exteriores, presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, director de la Revista Nacional de Cultura, fundador de *Monte Ávila Editores* y de la Revista *Imagen*. Diputado y Senador de *La República* y Columnista y Director de diarios y revistas. Es individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, presidente de la revista digital *Venezuela Analítica*, presidente de la Fundación *Rómulo Betancourt*, presidente de la Fundación *Alberto Adriani*, y presidente de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores. Entre sus obras se encuentra: *Diario de Washington*; *Ramón J. Velásquez, la historia y sus historias*, *La paz nuclear (ensayos de historia contemporánea)*; *De cómo el primer Canciller de Juan Vicente Gómez instituyó al Ministro Plenipotenciario en Washington*, entre otras.

Provisto de un excepcional dominio de cuanto ha acontecido en el suceder venezolano desde los días coloniales hasta el momento actual, Mijares ha acometido durante largos años, a través de sus libros, ensayos y artículos, la revisión de las virtudes públicas de que no ha carecido Venezuela, con el designio de formar un corpus de principios que deben sentar tradición.

Pedro Grases,
Prólogo / *Lo afirmativo venezolano*, 1980.

Un perfil intelectual de Augusto Mijares es quizás demasiado ambicioso como enunciado. Su obra es muy vasta y diversa y por los temas y asuntos que abordó, sin duda compleja.

Ensayista, historiador, biógrafo, novelista. Escribió innumerables ensayos, *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana* es el más relevante, tanto por el texto que da nombre al volumen como por su conjunto.

De ensayos son también sus libros *Hombres e ideas en América*, *La luz y el espejo*, *Lo afirmativo venezolano*, *Longitud y latitud*, *El último venezolano*. Escribió la introducción a los papeles de la *Insurrección de Juan Francisco de León / La oposición de las provincias de Caracas y Maracaibo a la Compañía Guipuzcoana*, proceso que

estudió a fondo; el estudio preliminar de *Derechos de la América del Sur y México* de William Burke; la introducción a *La Hacienda Pública de Venezuela en 1828-1830 / Misión de José Rafael Revenga como Ministro de Hacienda*, y el muy largo ensayo que abre los tres volúmenes de las *Obras* de Juan Germán Roscio. Estos trabajos ensayísticos o monográficos testimonian su profundo conocimiento de la historia venezolana. Escribió, además, *La evolución política de Venezuela / 1810-1960*, *El Libertador* (biografía de Bolívar) y la novela *Los adolescentes*.

Augusto Mijares fue Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, y de la Academia de la Lengua. En 1947 ingresó a la primera con un estudio sobre Fermín Toro y la Ley de 10 de Abril de 1834. Le respondió a su discurso de incorporación el Dr. Cristóbal L. Mendoza. Ingresó a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales en 1960 con su ensayo *El Proyecto de América*, o lo que pudiéramos llamar una visión "pesimista" de Europa, una réplica (obviamente), donde presenta a los europeos y a sus monarcas de modo patético, con las mismas pinceladas de pintura negra con las que desde el viejo mundo se veía a los latinoamericanos: a Jorge III de Inglaterra (que perdió las colonias de América por torpe) declarado

loco; Luis XVIII de Francia, tenía muchos vicios, ninguna virtud; Alejandro de Rusia, vesánico inspirador de la Santa Alianza; Federico Guillermo de Prusia, hombre desleal que se ganó el desprecio de todos sus aliados; Francisco de Austria (dejó todos los asuntos en manos de Metternich) y se dedicó a las liviandades de la vida. A partir de ahí, sentadas esas premisas, podríamos comenzar a hablar de los defectos y barbaridades de América Latina. Con absoluta reciprocidad.

Arturo Uslar Pietri constestó el discurso de Mijares:

Su obra valiosa y de ascendrada madurez, es el mejor testimonio de su calidad excepcional. Con su clara, severa y elegante prosa nos ha traído las reflexiones que ha formado ante la contemplación de la vida nacional y el estudio de la historia.

Al ingresar a la Academia Venezolana de la Lengua, (1971) presentó su ensayo *Vida romántica y romanticismo literario*. Al responderle, Luis Beltrán Guerrero hace una observación pertinente sobre la visión de Mijares en torno a la periodización de la historia venezolana y sus inexactitudes:

Gil Fortoul había delineado: Oligarquía conservadora, de 1830 al 48, y de allí hasta el 63, Oligarquía liberal. Mijares, con muy buenas razones, rectifica: Gobierno deliberativo, de 1830 al 46, y de allí, Gobierno personalista. En 1848 no se realiza la sustitución de una clase por otra, ni de un partido por otro; tampoco gobernó hasta el 48 un partido conservador. Soubllette y Michelena son liberales tanto en

economía como en política. Fermín Toro es un socialista utópico. Ni se puede llamar conservador a Vargas, menos a Antonio Leocadio, que actúa en el gobierno hasta el 40. Por otra parte, Mijares encuentra en el iluminado maestro del Libertador, tan sensatas ideas como avanzadas utopías; y en Baralt, un pujante espíritu liberal limítrofe con el marxismo en la forma dialéctica de entender el progreso histórico.

Dentro del universo variado y múltiple de su obra, he escogido tres de sus libros para esta reflexión del centenario: *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, la biografía de Bolívar, *El Libertador* y la novela *Los adolescentes*.

I

LA INTERPRETACIÓN PESIMISTA DE LA SOCIOLOGÍA HISPANOAMERICANA

En el *Boletín de la Biblioteca Nacional de Venezuela* (enero-marzo de 1936), Augusto Mijares publicó su ensayo *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Acababa de morir Juan Vicente Gómez y en el país se iniciaba apenas un período de interrogantes que, poco a poco y con enormes dificultades, se fue definiendo como una etapa de transición democrática. En 1938 apareció en libro y en 1952 Afrodisio Aguado, de Madrid, llevó a cabo la 3ra. edición notablemente enriquecida.

La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana

es uno de los textos capitales de este siglo en nuestro país. Es un ensayo de tantas implicaciones que bastaba para consagrarlo en el mundo de las ideas como uno de los intelectuales de mayor profundidad y solidez en el conocimiento de la historia y de las teorías latinoamericanas, y en la defensa de los valores permanentes del venezolano. Refuta la tesis que llamó con razón "pesimista" de que nuestros países estaban fatalmente destinados, por muy diversos factores, a la anarquía, al caos político o a su antítesis, el despotismo. Que en otras palabras, estaban vedados para los latinoamericanos los regímenes democráticos, los gobiernos representativos, y que de la inestabilidad sólo podía librarnos la mano fuerte y severa del caudillo.

Era la tesis postulada en Venezuela desde comienzos del siglo por Laureano Vallenilla-Lanz con su obra *Cesarismo democrático* y por Pedro Manuel Arcaya, en algunos ensayos, y reiterada por la adhesión personal de tan notables pensadores al régimen de Juan Vicente Gómez. Aun cuando otros escritores venezolanos abordaron de manera circunstancial el tema del caudillismo y del "gendarme necesario" para cuestionar o discrepar de esa tesis, sólo Augusto Mijares la abordó como una cuestión esencial y sólo él hizo de sus análisis y reflexiones de historiador y de sociólogo el

gran desiderátum de su vida de pensador. El estudio sistemático que es *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, como los diversos textos que confluyen en la misma argumentación definen el pensamiento de Augusto Mijares.

Es cierto que Mariano Picón-Salas, en una conferencia juvenil en 1918 (en Mérida, a los 17 años) cuestionó la tesis del “gendarme necesario” y que en su ensayo *Tesis y antítesis de nuestra historia* reitera sus puntos de vista contra la tesis del cesarismo. Pero en todo caso, abundan más los silencios (sistemáticos) que los cuestionamientos (sistemáticos), y en la historia de las ideas los silencios no se escapan de las lecturas. Las voces del silencio son algo o mucho más que la metáfora de André Malraux. Aludo, desde luego, al ensayo teórico y a la interpretación histórica, y no a la novela o a formas literarias complejas como las *Memorias de un venezolano de la decadencia* o los panfletos de Rufino Blanco Fombona, Pío Gil, o las proclamas del destierro.

Picón-Salas refutó tanto a Vallenilla-Lanz como a Arcaya por las connotaciones venezolanas de la tesis y por la vinculación con Juan Vicente Gómez de sus postulantes. No lo hizo así Augusto Mijares: prefirió mantenerse en un mundo teórico más allá de la cuestión eminentemente venezolana o sea, la del “cesarismo democrático”

como antifaz del general Gómez. El ensayista quiso darle una validez teórica a su interpretación de la historia, eludiendo quizás la contaminación de la controversia inmediatista. Al analizar el pensamiento de historiadores como Angel César Rivas, Caracciolo Parra León y Caracciolo Parra-Pérez sobre el régimen colonial español y sus formas institucionales, (que llama “felices puntos de vista”), Mijares considera que “... en Venezuela ha proliferado también, con manifiesta inconsecuencia, la interpretación pesimista de nuestra sociología”. Mijares da la clave de por qué opta por esa alternativa:

No entro, sin embargo, en el estudio de estas apreciaciones porque casi todas son posteriores a las que aquí analizo; y, sobre todo, porque muchas están ligadas a determinados regímenes políticos, y su refutación adquiriría, inevitablemente, carácter de polémica de corto alcance.

Mijares opta por la cuestión eminentemente teórica, eludiendo lo que llama tesis elaboradas “con fines inmediatos y nada científicos”, aunque propone al mismo tiempo no considerarlas o presentarlas como “engendros de mala fe”. Quizás obró en su actitud una cierta elegancia intelectual: Vallenilla-Lanz estaba lejos y en vísperas de morir en París, y Pedro Manuel Arcaya, aunque recio y combativo, ya no tenía “césar” que postular, porque el general López Contreras había tomado un camino diferente y salvaba al país de la “anarquía” por otros métodos, y se convertía

con sus huesos alargados y su voz ronca, con su imponderable astucia y su maquiavelismo admirable, en la primera refutación real de la tesis del “gendarme necesario”.

Evidentemente, los años finales del gomecismo son para Mijares años de reflexión y de estudio, puesto que un ensayo de esa naturaleza y de esas dimensiones no es ni puede ser producto de “inspiraciones”, ni de improvisaciones, sino de muy lentas indagaciones, de muy pertinaz y persistente desasosiego. Mijares lo escribe entre los 35 y los 37 años, y publica su versión inicial en enero de 1936, bajo los auspicios de Caracciolo Parra León, entonces director del *Boletín de la Biblioteca Nacional*.

¿Qué llevó al escritor a abordar un tema tan fundamental y tan poco analizado con sentido crítico? Veamos sus razones:

Lo importante es que la interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana ha llegado a constituir una verdadera tradición intelectual en el Continente; o sea, que la tesis que quizá podría desdeñarse en sí misma, merece atención como manifestación constante del pensamiento continental; puede que su propio autor no haya sido sincero al lanzarla, pero sí la admiten de absoluta buena fe numerosos lectores, y forma un ambiente de apreciación colectiva que le da auténtico carácter sociológico. Ese es su verdadero peligro y el punto de vista desde donde se debe juzgar.

Estudiar un problema histórico, piensa Mijares, equivale a estudiar un problema contemporáneo. La historia venezolana

no presentaba sino un panorama que oscilaba entre las dos manifestaciones de la fuerza material: la anarquía o el despotismo. Cualquier otro esquema, proyecto o aspiración, eran desechados como desvaríos exóticos, atentatorios contra el único recurso: la fuerza. Era una tesis muy vieja en el mundo. Mijares viaja a sus orígenes: Hobbes, José de Maistre, Taine, en el antiguo Continente, y en América Latina, Alberdi, Sarmiento, Ayarragaray y esencialmente Francisco García-Calderón, autor de *Las democracias latinas de América*. Piensa que las "consecuencias vitales que tiene entre nosotros la interpretación de la historia" tiene implicaciones que no son posibles desdeñar, ni conveniente. "Esa consideración (dice) y el deseo de refutar aquellas doctrinas han sido hasta ahora el objeto de mis estudios históricos". Cuando lo expresa de modo tan explícito, - objeto de mis estudios históricos-, quiere darnos a entender que investigaba y analizaba con un propósito bien definido, con un propósito de esclarecimiento y comprensión.

Mijares confiesa que sus reflexiones sobre la condición de los pueblos latinoamericanos tuvieron un punto de partida en una conclusión de Bolívar: en la tradición civil que tuvo sus raíces en la época colonial. Así expresa:

He llamado de la "sociedad civil" esa tradición republicana y legalista que es a nuestro juicio la fundamental de América, para

enlazarla a un juicio del Libertador que fue la primera revelación que tuve de aquella realidad sociológica. "Nosotros somos -decía Bolívar en su conocida Carta de Jamaica-, un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil .

Viejo en los usos de la sociedad civil, esto es, su cultura política y sus tradiciones sociales se enlazan a través de España con las más antiguas de la civilización occidental; y para prever su porvenir y su organización definitiva es imprescindible tener en cuenta esa herencia multiseccular que lo domina".

Para el momento en que Bolívar escribe su *Carta* todavía predominaba lo europeo; pero Bolívar había observado también su carácter propio, cuando lo señaló que "cercado por dilatados mares", había llegado a ser "un mundo aparte".

Lo era ya en ese momento (1815) antes de su emancipación, -observa Mijares-, y con esto Bolívar señala la existencia de una tradición peculiar nuestra que había comenzado bajo el mismo régimen colonial, y no era, por consiguiente, ni la tradición de barbarie caudillesca que después usurpó el nombre de tradición americana, ni un reflejo sin carácter de las costumbres metropolitanas.

El escritor alega que si la disyuntiva que se ofrecía era anarquía o coacción ilimitada, podía pensarse fácilmente cual podía ser la opción preferida; pero esta era una aproximación evidentemente sofisticada, desconocedora de la realidad y de la

tradición civil. Así concluye: "Cuando estos países recuperan después de la guerra su organización, su "estabilidad y continuidad", es porque se reanuda su tradición propia y vuelven a predominar las costumbres políticas y el orden social, que ya tenían un arraigo de siglos". Y agrega:

Hacia mucho tiempo que ya no éramos españoles, pero tampoco éramos boschimanos; habíamos dejado de ser europeos, pero conservábamos sus usos civiles, su organización social, no éramos salvajes; ni era la América -y esto es lo más importante- un conglomerado inorgánico de europeos y de salvajes, puesto que la continuidad y la coherencia de nuestra antigua sociedad civil habían persistido como un equilibrio básico.

En suma, el sociólogo piensa que es en la propia era colonial donde comienza una evolución social y política que va adquiriendo con el tiempo perfiles propios y la aleja, finalmente, de la percepción peninsular.

Para cerrar sus alegatos contra la interpretación pesimista, Mijares hace un resumen de las dos tesis opuestas de indudable solidez. ¿Qué y cómo piensan los teóricos de la tesis contraria? El ensayista la sintetiza de esta manera:

Para la época de la emancipación nuestros únicos antecedentes políticos eran "trescientos años de coloniaje oscuro y abyecto" (Alberdi). En las ciudades había una apariencia de organización civil, pero estaba profundamente viciada por el espíritu español (Sarmiento) y debe considerarse, en conjunto, como una comedia pomposa y ridícula (Ayarragaray).

“Según el mismo método, quiero proponer los puntos principales de la doctrina con que pretendo refutar aquélla”, escribe Mijares y responde:

Nuestros antecedentes políticos son, por la raza española que es la que ha predominado en la vida global del continente, los mismos antecedentes políticos de los pueblos europeos, con vicios que no son ni mayores ni diferentes en esencia (miseria e ignorancia del pueblo, clases privilegiadas egoístas, violación ocasional de las leyes, intransigencia política y religiosa, etc.).

La vida colonial no es, pues, sino la prolongación entre nosotros de la sociedad civil europea; pero con dos elementos peculiares muy favorables: la tradición de gobierno municipal y deliberativo que nos trajeron los españoles, y el espíritu de rebeldía oligárquica opuesto al absolutismo, que nos vino también con los conquistadores, pero que en el Nuevo Mundo se americanizó, se robusteció y adquirió nuevos títulos por la misma empresa de la conquista (Bolívar).

Otros textos del volumen profundizan sus argumentos e ilustran su tesis: *La historia y el carácter venezolanos juzgados por un sociólogo neogranadino, Formación de la nacionalidad venezolana / La tradición de la sociedad civil durante la Colonia, La oposición de las provincias de Caracas y de Maracaibo a la Compañía Guipuzcoana, La crisis / Los caudillos, La tradición civilista y la guerra emancipadora / Bolívar, Gendarmes, La tradición de la sociedad civil durante la República, Bello, libertador, Liderismo y caudillismo, y por último, Oligarquía, partidos y camarillas.* En estos textos predomina la tesis

fundamental del escritor: el análisis de la sociedad civil durante la Colonia y durante la República.

En el ensayo *Gendarmes* el historiador hace la autopsia más implacable de las ambigüedades de José Antonio Páez con una precisión (si antes se decía de relojero, ahora diremos de físico nuclear). Analiza al Centauro en los años críticos de su biografía: 1814, 1816, 1818, 1819, 1822, 1823, 1824, 1826, 1830, 1835, 1846, 1848 y 1861. El gran caudillo desnudado por el historiador.

Tomemos algunos años al azar. 1826: por una parte simulaba lealtad a Bolívar y por otra diseminada la especie de que *Bolívar viene con un puñal en la mano*. 1835: Páez contribuye al derrocamiento del Presidente Vargas, contra todas las apariencias y su papel en la Revolución de las Reformas fue, cuando menos, equívoco. 1848: Páez contribuye a la derrota del candidato presidencial Bartolomé Salom y al entronizamiento de José Tadeo Monagas, a quien aloja en su propia residencia de La Viñeta y a quien mantiene prácticamente como rehén, y trata de derrocarlo meses después. 1861: Obliga a renunciar al Presidente Tovar y derrota al Presidente Gual, siempre en términos ambiguos, y asume la dictadura y envía al exilio al sustituto Pedro José Rojas, su consejero.

Para radiografiar la ambigüedad de Páez, Mijares cita

la terrible ecuación de Juan Vicente González: $26+35=61$, “con lo cual quiso indicar que la perfidia del año 61 tenía buenos antecedentes en los años 26 y 35”. Con todo, el historiador le reconoce a Páez innumerables méritos, “*la línea ascendente de perfeccionamiento que es su vida*”, por ejemplo. No consistía en desnudar a Páez el objeto de tan singular viaje por la historia. El propósito del sociólogo y del historiador era éste: “...sólo nos proponemos aquí destacar la actuación anarquizante y egoísta del Caudillo...”

Gendarmes, en suma, es uno de los grandes ensayos de la historiografía venezolana por su precisión y por su imaginación. Quizás sea también un buen método. Después de este ensayo, la *Autobiografía* de Páez no puede leerse sin su epitafio. No dudo de que Augusto Mijares se haya divertido mientras en este juego de ecuaciones le quitaba uno y otro disfraz al gran General, la “primera lanza del mundo”, verdadera lanza.

II

EL LIBERTADOR

En 1967, Augusto Mijares publicó *El Libertador*. Es, sin duda alguna, una de las mejores biografías de Bolívar. Pocos biógrafos como él se prepararon con tanto tesón para acometer el desafío. En primer lugar resalta su profundo estudio de la época

colonial: lo pone de manifiesto la continuidad de la argumentación que su análisis establece con sus planteamientos en *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Analiza el estado social de la Colonia, las rebeliones, las insurgencias y las conspiraciones del final del siglo: José Leonardo Chirinos, Juan Francisco de León, Gual y España. Las batallas contra la Compañía Guipuzcoana, la afirmación del poder de los alcaldes; contraponen el pensamiento político de los criollos (Roscio, por ejemplo) al pensamiento de grandes teóricos europeos como Montesquieu para quien “el azúcar sería demasiado caro si no se hiciera trabajar por esclavos la planta que lo produce”.

“Ese inapreciable ímpetu de la América hispana hacia formas de vida más amplias, inspiró a algunos estadistas españoles la idea de anticiparse a una ruptura violenta con estas colonias, mediante un sistema de gobierno que les diera cierta autonomía”, dice Mijares, y se refiere al proyecto del Conde de Aranda, “y después de él, hasta el mediocre Manuel Godoy pretende en sus Memorias haber visto el problema”, y tardíamente revela que tenía en mente un proyecto (inédito, desde luego) según el cual “en lugar de virreyes fuesen nuestros infantes a la América”. Mijares observa:

Demasiado audaz para el rutinario criterio de los borbones españoles; y muy poco para la América, que ya

se sentía republicana y democrática. Por eso tenía que ser esta parte del imperio español—en aquel momento, la más pujante y alerta— la que decidiera el rumbo en aquella cima donde ya se advertía la separación de las aguas.

El estudio de los primeros años de Bolívar, y sobre todo, sus años en Madrid a cargo, primero, de un tío (Esteban Palacios) a quien ponen preso misteriosamente, y misteriosamente lo liberan un año después sin que mediara palabra alguna, y luego a cargo del refinado e influyente Marqués de Ustáriz, dan la mejor visión del joven caraqueño y también de la desordenada monarquía española, de aquella Corte caótica de Carlos IV, María Luisa, la reina casquivana, y el favorito Godoy, y desde luego, el neogranadino Manuel Mallo, primer latinoamericano (y quizás único) que vengó todos los desmanes eróticos de los conquistadores en la alcoba de Su Majestad.

Mijares desconfía de la versión de O’Leary según la cual el joven Bolívar fue “testigo involuntario” de los encuentros de la Reina con Mallo. Pero en todo caso, tanto Esteban como Bolívar vivieron algún tiempo en la casa de Mallo; este había residido en Caracas y era íntimo amigo de aquel. El biógrafo cita una anécdota relatada por el embajador francés en Madrid que equivale a un retrato de ese tiempo español por donde se paseó el adolescente Simón Bolívar:

Refiere que asomados a un balcón del Palacio, el Rey, la Reina y Godoy, el Monarca preguntó de pronto: —Manuel, ¿quién es ese Mallo? Cada día lo veo con un nuevo coche y nuevos caballos. ¿De dónde saca tanto dinero? —Majestad, contestó Godoy, Mallo no tiene un ochavo; pero se sabe que está mantenido por una vieja fea, que roba a su marido para enriquecer a su amante. El Rey, reventando de risa, dijo a la Reina que estaba presente: —¿Qué dices de esto, Luisa? —Carlos, respondió la Reina, ya sabes que Manuel siempre está de broma.

La prisión de Esteban pone al joven Bolívar en manos del Marqués de Ustáriz, uno de los grandes del Reino, ilustrado y de mente reformista, de mente tan abierta que en los diálogos con el joven caraqueño no evadía la cuestión de la separación de la América del Sur, pero veía tan complejas sus implicaciones que habría bastado para persuadir a cualquiera, (piensa O’Leary) “que habrían entibiado el ardor de su joven compañero al no tener éste tan profundas sus convicciones”.

Bolívar se enamora y al poco tiempo se casa. Viaja a Venezuela lo más pronto (lo han hostilizado en la Corte, recuerda el biógrafo) y todos sus proyectos se concentran en Venezuela. La muerte de la esposa no le deja sin otra opción que la de ser un productor de café. Decide volver a Europa: en diciembre de 1803 desembarca en Cádiz. El análisis que hace Mijares de la escena europea (la Revolución francesa y sus derivaciones, la escena política y la escena de las ideas) no sólo es notable por el dominio y la visión que de ella tiene, sino por

la agudeza de sus observaciones sobre Napoleón Bonaparte y los fracasos revolucionarios. Piensa que el establecimiento de la República en Francia había sido contaminado por experiencias aterradoras, “pero este fracaso (observa) podía ser solamente circunstancial, puesto que en América las nuevas instituciones progresaban unidas a normas de trabajo, y de dignidad para todos, que seguían siendo un sueño para las sociedades aristocráticas de Europa”.

“Estoy tratando de pintar los encontrados sentimientos que Bolívar hallaría en Europa”, advierte el biógrafo. En Europa se perfila la política como el destino de Bolívar. En Milán tropieza otra vez Bolívar con Napoleón. Mientras Bolívar hace escala en Florencia, Mijares hace escala en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo y piensa que quizás allí el joven biografiado leyó por última vez al secretario florentino. Vendrá Roma y sus conocidos episodios y un improbable encuentro con el Papa Pío VII. Al regresar Bolívar a la América, visita los Estados Unidos: Charleston, Filadelfia, Nueva York; entonces (dijo después) “descubrí la libertad racional”. Estaba en la presidencia Thomas Jefferson, quien como ministro norteamericano ante la Corte francesa había conspirado contra el antiguo régimen y escrito papeles subversivos. “Bolívar debió ver con asombro (escribe Mijares) cómo el esfuerzo

individual era la medida de todas las adquisiciones”. Observaciones como ésta que se repiten a lo largo de la biografía le dan a la obra del escritor una connotación que la distingue esencialmente de los otros estudios de Bolívar.

Ese cuadro histórico de Europa se completa con la figura de un venezolano que entonces no pudo serle ajeno a Bolívar: Francisco de Miranda. Mientras Bolívar está en Europa ya Miranda ha deambulado por el Caribe con sus barcos sonámbulos. Cuando regresa a Caracas en 1807 el intento de invasión de Miranda era uno de los temas más ardientes de discusión política. Porque también esta biografía en gran medida es una historia de Venezuela, Miranda ocupa varios capítulos de la obra a partir del regreso de Bolívar, quien queda como en suspenso y es desde luego, lo lógico. Miranda se convierte en el protagonista: su biografía, sus hazañas europeas, sus conspiraciones, su ilustración, sus viajes, sus amores, sus diálogos con personajes mundiales, Catalina la Grande o George Washington. Mijares traza un retrato excelente del Generalísimo, y lo completa con pinceladas como la que del Precursor escribió John Adams, el sucesor de Washington en la Presidencia de los Estados Unidos. A Bolívar le toca esperar para volver a las páginas de su biografía: el biógrafo abre un paréntesis, la historia un compás...

Cuando Bolívar reaparece, reaparece con Miranda, en Londres, en 1810, su tercero y último viaje a Europa. Contra las resistencias que suscitaba en la Junta Suprema, Bolívar se ofreció para negociar la neutralidad británica; logró la misión porque ofreció pagar sus gastos. Fue a Londres, y contra el criterio también de la Junta Suprema, persuadió a Miranda para que regresara a Venezuela. Con suma ponderación y equilibrio, el historiador juzga los episodios y complejidades de la Primera República, la capitulación, la prisión de Miranda y su muerte, y la sombra siempre oscura del Marqués de Casa León, tan bien dibujado por Mario Briceño-Iragorry.

A partir de entonces, y hasta 1830, Bolívar será la primera figura de esta historia. Mijares analiza con ponderación sus hechos y sus ideas, sus utopías y sus contratiempos, con prosa sobria y elegante, con una documentación que respalda sus argumentos o sus puntos de vista. No elude ninguno de los complejos momentos de Bolívar. No cabe duda de que es uno de sus grandes biógrafos. A través de las páginas de *El Libertador* demuestra su profundo dominio de la historia venezolana y universal, de las ideas y de las doctrinas políticas; de ahí que pudo ambientar sus personajes en el contexto de su tiempo y darle a la biografía, ritmo, seducción y profundidad.

III

LOS ADOLESCENTES

En 1958, Augusto Mijares publicó su novela *Los adolescentes*, bajo el sello de las ediciones Ariel, de Barcelona. Cuando comencé a leer *Los adolescentes* tuve la tentación de pensar en el *Emilio* de Rousseau, *Emilio ó la Educación*. Desde luego que no tenía fundamento para establecer esa relación, pero se trataba de un educador, historiador y sociólogo que abordaba la novela como género, lo cual no era frecuente en sus escrituras. Si no estoy equivocado, *Los adolescentes* es la única aventura de Augusto Mijares en el mundo de la ficción. Pensar en Rousseau no quiere decir que pretenda establecer un parangón o una relación. No. Pero el enciclopedista utilizó el género para darle cauce a sus teorías y a sus ideas sobre la educación. Cuando JJR advirtió que no pretendió escribir un "tratado sobre la educación" es probable que quisiera decir que iba más allá, un ensayo filosófico, quizás, como lo piensa su biógrafo Maurice Cranston.

El *Emilio*, además, no iba dirigido a los padres y a las madres, sino a los sabios. Las prescripciones de JJR no dejan de ser novelísticas: sólo a la edad de 18 años se le puede permitir a un joven el estudio de la historia, una materia peligrosa que retrata lo malo en lugar de lo bueno. "Sólo

los malos adquieren fama, los buenos son olvidados o ridiculizados". "Los historiadores no se contentan con relatar los hechos del pasado, sino que pretenden conocer sus causas y le dan a su trabajo el color de sus prejuicios".

El *Emilio* demora para convertirse en ficción, pasan muchas páginas para que los protagonistas ocupen la escena. La reflexión se convierte en protagonista. En *Los adolescentes* los protagonistas a veces desaparecen y el sociólogo o el historiador ocupa el proscenio, como ha de verse. Las ideas de Mijares como sociólogo y como historiador dominan inevitablemente las páginas de la novela.

El protagonista de *Los adolescentes* se llama José Laurencio Silva. Cuando la novela abre su primera página está en la antesala de un ministro todopoderoso. El capítulo no se llama "puerta de entrada", sino "puerta de salida", como si allí pudiera leerse una cifra. Lo cierto es que se trata más bien de un "callejón sin salida", el callejón sin salida de la historia y de la sociedad venezolana de comienzos del siglo XX. Por la mente de Silva pasan todas las tragedias de su vida, resumidas en la disyuntiva moral que le establecía sus propias fronteras.

Un personaje muy distinto a él también espera en la antesala: llegó en un coche modernísimo:

Entusiasmaban estos coches de silenciosas llantas de caucho, recién introducidos en la capital; no se sentían al rodar (...) pero ruidosos y llamativos caballos solían arrastrarlos, y ruidoso era también el derroche de reflejos en el niquelado y la librea azul con altas botas amarillas y sombrero de copa que llevaba el auriga.

No se requiere decir más del personaje. Silva, en cambio, quiso en un momento cruzar las piernas y recordó que sus zapatos estaban rotos y hubo de permanecer en su posición original. Lo perturba la entrevista con el ministro, lo perturba, sobre todo, la respuesta que tiene que darle a lo que ya imagina como inaceptable. En torno a ese "no" inevitable van y vienen sus pensamientos, como una presentación de su vida. Ese "no" podía ser una traducción de soberbia, de vanidad, de egoísmo. "...contestaría *no* por falta de previsión, por tozudez; contestaría *no* por esa rutina de soberbia y narcisismo que había arruinado su vida".

Silva había sido hacendado y había perdido su hacienda por las guerras, los saqueos, las reclutas, los monopolios y las rapiñas, y había terminado refugiándose en su profesión de abogado en el bufete del Dr. López-Martínez. Un bufete de renombre y fama. El bufete justamente del ministro que en unos minutos debía recibirlo para hacerle una proposición... que él, el abogado Silva, no iba aceptar a pesar de que eso significaba condenar a sus hijas a la prolon-

gación de la miseria en que ya vivían. El Dr. López-Martínez se reservaba para sí los grandes juicios, pero tenía a su servicio otros abogados para las causas menos confesables.

Dice el novelista:

El doctor López-Martínez, con reputación de pericia y de honorabilidad indiscutible, tenía organizado su bufete en forma muy hábil: para sí reservaba los litigios de insospechable ética profesional y donde se podía granjear dinero y fama; pero no rechazaba tampoco multitud de asuntos de moral bastante dudosa—o por mejor decir, nada dudosa— los “asuntos de muchos recovecos”, según la jerga que en el propio bufete corría a media voz. Esos asuntos iban directamente a los subalternos, y eran éstos los que se encargaban del recorrido clandestino por esos callejones subterráneos, de los “tiros de viveza” que en ocasiones arruinaban a un hombre honrado o sacaban absuelto a un criminal.

Silva ascendió en el bufete y con el ascenso cayó en sus manos uno de aquellos “poderes”.

El asco y la cólera de Silva—dice el novelista— llegaron a adquirir proporciones de crisis morbosa. Pensar que ese formidable mecanismo de soborno, intimidación, de mala fe, funcionaba en la trastienda de aquel bufete que todos—él mismo— creían honorabilísimo; considerar que el bufete, su bufete, no era en esencia sino eso, y que lo que él creía realidad, la realidad que él mismo representaba, no era sino apariencia, una fachada, un engaño-bobos.

El antiguo jefe de su bufete lo ha recordado y ha recordado que está en la pobreza y piensa que es el hombre para un caso que tiene entre manos, y le será difícil rehusar. En la antesala, Silva

reflexiona con dramatismo en su país y en sus hijas, y sobre todo, en su hija soltera, María Celeste, radiante de belleza y de optimismo, a quien seguramente va a condenar a la pobreza con el “no” inevitable que le va a dar al ministro cuando quiera ponerlo al frente de uno de esos “poderes” para los cuales hace falta la fachada de un abogado honesto como José Laurencio Silva. Entra Silva al fin al despacho y a los pocos minutos sale, tan desconcertado que no acierta a abrir la puerta y el portero advirtió que el ministro no salió a despedirlo.

Silva va de retorno a su barrio, y piensa que ha recuperado la serenidad de su espíritu. El novelista escribe:

Aquel “no” lanzado a la cara del poderoso fue un acto de liberación que le había purificado el espíritu. Lanzó la vista; una luz dulce y rosada velaba el azul de los cielos, basta hace poco tan violento, y ponía en este atardecer un sonriente frescor auroral.

A los 55 años, Silva se siente adolescente. “En muchos aspectos no he pasado de la adolescencia: bien, nunca llegaré a ser totalmente viejo; tengo para bastantes años todavía algunos pensamientos jóvenes, algo de entusiasmo, ¿y por qué no? tengo fuerzas para indignarme y despreciar”, monologa consigo José Laurencio Silva.

En una de esas caminatas donde Silva reflexiona sobre Venezuela se tropieza con José Félix Paredes,

poeta y abogado, pero continuas persecuciones políticas -cárceles, destierros, a veces torturas- y el doloroso rumiar de las impresiones deprimentes que la vida del país le imponía, lo habían reducido a un estado de semi locura, dentro del cual giraba siempre alrededor de esos mismos pensamientos.

El diagnóstico venezolano de Paredes es trágico: él es como un espejo de Venezuela. Silva, a su turno, se ve en el espejo de Paredes.

Parecía fruto de un delirio frenético, pero era solamente la escueta verdad del país. Y comprendió que esa enloquecedora realidad era lo que explicaba tantos casos, como el suyo propio, como el de este doctor Paredes, en los cuales el patriotismo y el espíritu de sacrificio se exasperaban trágicamente y perduraban sin ninguna esperanza, contra todas las tentaciones.

El otro protagonista de *Los adolescentes* se llama Pablo Peralta, y acaba de regresar de París con su título de doctor en Medicina. “Amor prohibido” se llama el 2do. capítulo. Varía el tema, pero no varía lo que podríamos llamar el monólogo del novelista que de pronto repara que ha abandonado a su personaje y se ve obligado a decir: “Así pensaba o estaba pensando Pablo Peralta”.

Dos temas aborda aquí el novelista: el paisaje de Caracas, visto desde la ventana imaginaria de Pablo Peralta, descrito con indudable belleza, y el amor y sobre todo el amor prohibido, el de una mujer casada y el de una mujer pobre: Luisa de Ureña y María Celeste Silva. Entre esas dos mujeres naufragaba la pasión (o la

duda) de Pablo Peralta, y de una tercera, rica, desenfadada, segura de sí misma: Cándida Rosa Rodríguez. María Celeste Silva: una mujer exuberantemente bella, "pobre pero honrada". Un breve soliloquio del sociólogo o del psicólogo que escribe la novela se detiene en la definición, las complejidades y las implicaciones de ser "una muchacha pobre pero honrada". Pablo se preguntará si el sentimiento que lo ata a María Celeste es de ternura o de compasión, o un alarde caballeresco.

Ante el galán afortunado, el padre se inquieta o se angustia por el tipo de relación que pretenda Pablo Peralta con María Celeste. Es pobre. Pero su clase humana viene de lejos: del fundador de ciudades Garcí González de Silva y de los Ustáriz que en tiempos de la Colonia se destacaron tanto en los círculos intelectuales... Silva quería librar o libraba un combate contra su propia humildad. Pero, ¿quién ha visto prosapia sin dinero?

En el medio de esta trama romántica, aparece el factor político: la Venezuela del "gendarme necesario". Al padre de Pablo Peralta, el Gobernador de Caracas lo invitó a un misterioso encuentro: se había develado una conspiración y había numerosos presos. Cuando el padre regresa a la casa, visiblemente abatido, el joven Peralta descubre manchas de sangre en los puños de su camisa. ¿Qué significaba aquella sangre? ¿Que el padre había

estado, acaso, entre los torturadores?

La duda no desaparecerá nunca de la mente de Peralta y se convierte en su propia tortura, y tratará siempre de indagar lo sucedido, sin fortuna. De ahí partió su viaje a Europa, para despejar el conflicto. El padre toma parte de otra conspiración, lo torturan, muere en la cárcel. Pablo Peralta se interroga: ¿fue, acaso, para expiar aquella culpa?

En un momento, la novela deja de ser novela y se convierte en ensayo, como el *Emilio*: ocurre en el capítulo "Americanismos". Es un diagnóstico del pueblo venezolano. El escritor traza las diferencias entre Europa y América, entre quienes tienen instituciones y entre quienes no las tienen. En nuestros países domina el azar, y de pronto surge un hombre, aparentemente héroe o santo. "Lo grave es que cuando en América nos damos cuenta de que el que creíamos héroe o santo es un simple criminal ya lo tenemos en la propia Presidencia de la República..." dice el escritor. Veamos los trazos del retrato:

...como un Gargantúa de pesadilla está espatarrado en la silla privilegiada mientras la afanosa cadena de cortesanos va y viene llevándole los manjares; le llevan dinero, joyas, comida, alcohol, mujeres, lisonjas, medallas, apodos adulatorios, chismes, cuentos cínicos, negocios, drogas afrodisíacas, discursos estafalarios, desfiles, delaciones, banderas o banderines, estadísticas falsas, proyectos administrativos insensatos, libros consagrados exclusivamente "a su gloria" —o simples

recortes de diarios pero muy, muy serviles— y mentiras, mentiras, mentiras".

Frente al gran despiernado en la silla, desfilan embajadores con condecoraciones y mensajes halagadores. El escritor ironiza los grandes calificativos: el de Restaurador, por ejemplo. O Ilustre, Serenísimo, Benefactor, Rehabilitador, Invicto, Caudillo, Único. Un día:

Desaparecerá el Restaurador, se cerrará el gran restaurante. Y el burdel y la casa de juegos y la agencia de negocios anexos. Cesarán las borracheras, las risotadas, los gritos de los torturados y el alarido escandaloso de las prostitutas. Cambiando guiños cínicos de menosprecio contra el amo de ayer, se dispersarán los aduladores.

Es el círculo del poder que se abre y se cierra, se repite o se frustra. Mijares lleva a la novela su refutación de la tesis del "gendarme necesario" con prosa menos panfletaria, como lo hizo José Rafael Pocaterra, pero con su mismos propósitos: el otro rostro, el verdadero, la depravación subterránea, de los regímenes de fuerza.

Era, en otras palabras, el ambiente "de pesimismo blasfematorio" en que se movía Pablo Peralta, el médico graduado en París que, a veces, parece pensar con el idealismo y la turbación de Reinaldo Solar. Peralta parece escapar de la tentación política. No sabe si José Laurencio Silva conspira o no conspira, pero en la fiesta del General Avendaño (un antiguo camaleón en desgracia, y por tanto conspirador) había

tenido la sospecha de que se tramaba un movimiento contra el dictador. Pablo Peralta oyó una noche las viejas palabras que tantos venezolanos oyeron con terror a través de los tiempos:

—“¡Dése preso!” Ahí comienza el vejamen. En la cárcel se encuentran Peralta y el viejo Silva, para sorpresa y congoja de éste. Ambos piensan inevitablemente en el mismo nombre: María Celeste. En el abandono, en la incertidumbre, en el acoso, la música monótona del arpa de Nereo (Pacheco, evidentemente) a quien llama Nereo Gómez, atormenta a los presos. Al primero que llaman para interrogar es a José Laurencio Silva, y al poco tiempo lo devuelven muerto, en una camilla, como para escarmiento, tortura mental y advertencia. Poco antes, el Dr. Silva le había dicho a Peralta que prefería el suicidio al vejamen, y que estaba preparado para esa muerte voluntaria: “...llevo conmigo, adheridas a la piel, no en los bolsillos porque podían quitármelas, dos cápsulas que son ...esa libertad”. Había muerto tranquilo, en todo caso, desde que Peralta le prometió casarse con María Celeste.

Todos los diálogos de la novela (cuando obvian la trama amorosa o personal, y ocurre con gran frecuencia) tienen una connotación política, la interpretación

de los fenómenos históricos, de las dictaduras o de las revoluciones, la educación, el entramado social, el mestizaje, o sea, el denominador común que domina el universo intelectual de Augusto Mijares. En la cárcel, uno de esos diálogos da la clave de por qué la novela se llama *Los adolescentes*. “...El hombre que deja de ser un adolescente se convierte en un derrotado, un perezoso, un cínico”.

La novela, en fin, rica es reflexiones e ideas, y se propone descifrar lo que el escritor llama “el enigma humano”, que no es otro que el enigma del hombre y de la historia venezolana, constantes en el pensamiento de Augusto Mijares.

BIBLIOGRAFÍA

Mijares, Augusto, “Estudio preliminar”, en *Derechos de la América del Sur y México*, de William Burke. Academia Nacional de la Historia, Caracas, MCMLIX.

—: “La oposición de las provincias de Caracas y Maracaibo a la Compañía Guipuzcoana, prólogo”, en *Documentos relativos a la insurrección de Juan Francisco de León*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Caracas, 1949.

—: Introducción / *La Hacienda Pública de Venezuela en 1828-1830 / Misión de José Rafael Revenga como ministro de Hacienda*. Banco Central de Venezuela, Caracas, 1953.

—: “Prólogo”, en Juan Germán Roscio, *Obras*. Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Caracas, 1953.

—: *El Proyecto de América*. Discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Contestación de Arturo Uslar Pietri, Imp. El Cojo, Caracas, 1960.

—: *Vida romántica y romanticismo literario*. Discurso de incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua. Contestación de Luis Beltrán Guerrero, Caracas, 1971.

—: *El Libertador*, Academia Nacional de la Historia / Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1987.

—: *La interpretación pesimista de la Sociología hispanoamericana*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1954.

—: *La luz y el espejo*, Ministerio de Educación, Caracas, 1974.

—: *Lo afirmativo venezolano*, Ministerio de Educación, Caracas, 1971.

— : *Los adolescentes* (Novela), Ediciones Ariel, Barcelona, 1958.

— : *Longitud y latitud*, Ediciones Horizonte, Caracas, 1971.

— : *Hombres e ideas en América*, Ministerio de Educación, Caracas, 1946.

— : *La evolución política de Venezuela / 1810-1960, en Venezuela Contemporánea*, Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1962.

Mijares: La educación por la virtud

Oscar Rodríguez Ortiz

Oscar Rodríguez Iturbe (Caracas, 1944) es crítico y ensayista. Uno de los centros de su obra ha estado en el estudio del ensayo venezolano, tema al que ha dedicado varias monografías. Ha estudiado, así mismo, a algunos de los más importantes poetas venezolanos del siglo XX. Como editor ha estado al frente de la Dirección Literaria de Monte Ávila y de la Dirección Editorial de Biblioteca Ayacucho para la cual dirige actualmente las colecciones *La Expresión Americana* y *Claves de América*. Entre sus libros figuran: *Seis procesos en torno a Salvador Garmendía* (1976), *sobre narradores y héroes* (1981) *Intrusión en el paisaje* (1985) *tres ensayos sobre el ensayo venezolano* (1989), *Placebo* (1990), *Hacer tiempos* (1995), entre numerosas antologías.

Pero es muy esencial saber exactamente lo que debe ser la educación y el método que conviene seguir. En general, hoy no están todos de acuerdo de los objetos que ella debe cubrir. Por el contrario, están lejos de un consenso acerca de lo que los jóvenes deben aprender para alcanzar la virtud y una vida más perfecta. Tampoco se sabe bien a que se debe dar primacía, si a la educación de la inteligencia o a la del corazón. El sistema actual contribuye mucho a hacer difícil el asunto. De la misma manera, no se sabe con certeza si la educación ha de dirigirse exclusivamente a las cosas de utilidad real, si debe hacerse de ella una escuela de virtud, o si ha de comprender asimismo cosas de puro entretenimiento. Estos diferentes sistemas han tenido sus partidarios, y no hay aun nada que sea aceptado universalmente sobre los medios de hacer virtuosa a la juventud.

Dejando de un lado que esta exposición resulta descriptiva y poco apasionada para un asunto que suele ser un avispero entre nosotros, la extensa cita anterior ocasionalmente podría ser atribuida a Simón Rodríguez o a lo mejor al maestro Andrés Bello. Saltando las épocas, la habrían escrito tal vez Cecilio Acosta o Gil Fortoul. Acaso Rómulo Gallegos o Uslar Pietri, en tiempos más cercanos, reclamarían también como suyos algunos de los conceptos. Una parte de la historia cultural-venezolana, unos cien años o más, ha transcurrido en la escritura de un texto como único,

una especie de palimpsesto, cuyo arquetipo es el famoso ensayo epistolar "Cosas sabias y cosas por saberse" del ejemplar varón de San Diego de los Altos. A riesgo de monotonía, el problema no ha sido tanto el que los autores del país deban ser originales al inventar ideas sobre la educación sino de ejecutar en sus análisis una especie de implacable lógica respecto a lo que la humanidad —la del venezolano y el hombre de todas partes— aspira todo el tiempo, simplemente para ser humano. En Venezuela esa lógica se ha expresado por lo regular con llamados de urgencia y se manifiesta recurrentemente por medio de la palabra necesidad. Necesidad, en un aspecto, es estado de privación: la célebre *moral y luces* de Bolívar, o la carencia de valores culturales examinada por Fermín Toro o Gallegos. Pero necesidad quiere decir también, nos recuerda las enciclopedias que dijo Aristóteles, lo que no puede ser de otro modo. Agrega el mismo estagirita, en esos mismos diccionarios, que hay necesidades reales —los pizarrones y cuadernos que el patriota Revenga se trajo del exterior a comienzo de la Independencia, como celebra Mijares, o la computadoras de hoy para el mayor número de alumnos—. Existen también, sigue el filósofo griego, necesidades ideales, que no son ilusiones, fantasías: con que el fin último, trascendente, se usarán cartillas u ordenadores.

Pero aquí no se trata de uno de esos concursos para adivinar quién dijo la frase del comienzo o de ese engendro maléfico los “exámenes objetivos” que consiste en marcar al azar con una equis cualquier nombre en la casilla. Se trata mas bien de un medio retórico, es decir, un malabarismo en el ordenamiento de las palabras, para conseguir ganar la benevolencia de los escuchas mediante el viejo truco de proponer una incógnita. Igualmente el asunto consiste en señalar que los problemas aludidos pertenecen a una tradición, una de línea de continuidad o cadena de solidaridades de la que Augusto Mijares forma parte y dentro de la cual es bueno leer su pensamiento proyectado en la pantalla de las asociaciones y los intercambios.

La frase inicial fue escrita por Aristóteles, como se sabe demasiado tiempo, en el libro quinto de *La política*. La cultura occidental pareciera haber sido también, o lo era hasta hace muy poco tiempo, de cierta manera, el palimpsesto de un texto como único. Que los escritores venezolanos mencionados intercambian ideas entre sí antes o después de las quejas de Cecilio Acosta, sirve para registrar de una vez que entre la generación que constituye la época republicana, luego de la Independencia y de la Gran Colombia, hasta Acosta aproximadamente, transcurre el nexo que permite empalmar luego a los siguientes escritores, que

más o menos entre los años treinta, y cincuenta del siglo XX se dan, de la misma manera, a la complicada tarea de fundar otra vez la república y conciben la educación como el mismo proyecto civilizador que los relaciona, a su manera, todavía con los remotos griegos. Un mismo proceso de civilización, como repetirá Augusto Mijares cada vez que se trate de empresas humanas dedicadas a subir o ascender la escala de la humanidad. A aquellos maestros del siglo XIX y a sus herederos de la primera parte del vigésimo siglo los llamamos, apropiadamente, humanistas. En esa lógica que impone la reflexión sobre el hecho educativo, Mijares deriva el proceso de la Independencia hispanoamericana no tanto de la desvinculación política de la metrópoli, como de la posibilidad de transformar vasallos en ciudadanos, un proyecto social liberal, es decir, convertirlos en seres humanos, dice, gracias a que sus hijos pasaran por las aulas. En otro momento le gusta citar a Ranán: “La finalidad de la humanidad es de producir grandes hombres”. Convendrá después comparar esa cita con el conjunto del pensamiento de Mijares para fijar verdaderamente los alcances de una frase entusiasta que, suelta, resulta exagerada e incluso como contraria a lo que pareciera haber sostenido continuamente.

Estos autores venezolanos de la primera mitad del siglo XX, pueden ser llamados ciertamente

intelectuales en el sentido de sus verificables responsabilidades morales y materiales ante la sociedad y de las respuestas que esa misma sociedad les devuelve. Pero mucho más se los debe denominar escritores en una aceptación que incluso pudiera reducirlos a las puras letras, o como dirá también Mijares, considerarlos unos “líricos”, imprácticos poetas, idealistas desinteresados. De haber sido ellos lo que hoy conocemos como expertos, especialistas, científicos sociales exclusivos, maestrólogos, historiólogos, acaso no los leeríamos todavía. Ni siquiera los podríamos leer por cuestiones de estilo y de metodología, tan efímero y tan a la moda pasajera. Aquellos representan el último momento del espíritu clásico en Venezuela. Una posibilidad temporal entre la diversa que han existido. Clásico no se tomaría aquí como lo digno de imitación sino del modelo acabado de una forma de cultura en la historia. Inventaron para comprendernos, crearon el impreciso pero sugestivo repertorio de figuras para dilucidar lo que habíamos venido siendo: un trabajo de artista sobre una materia tan poco artística como la cruda realidad sociológica de la mala instrucción, de la carencia de escuelas, maestros, revistas.

Mijares saca las cuentas y recuerda las estadísticas alarmantes de los números anteriores a 1936. Pero que nadie se alarme tampoco si se añade inmedia-

tamente que a lo mejor líneas de continuidad de ese humanismo desarrollado en la primera parte del siglo XX se quebrantaron hacia los años sesenta de la centuria y una nueva tradición se impuso: la ahora famosa tradición de la ruptura, que es otro lío, para otro lugar, si bien es uno de los filtros sobrepuestos sobre la lente que proyecta estos nombres venezolanos en la pantalla del desenvolvimiento de las ideas. Detrás de ellos, en sucesión cronológica exacta, vendrá el mito de la modernidad, entre otras cosas opuesto al mito del espiritualismo clásico. A la hora de juzgar la actualidad venezolana exasperadamente modernizada mas o menos desde la quinta década del siglo, Mijares no será una excepción respecto a sus colegas intelectuales: lo conmueve el mal uso de la riqueza súbita, el gran desarrollo material, la norteamericanización de los gustos que impone el cine en el cortejo amoroso, por ejemplo. Se incomoda ante la novelística de ese momento hecha sobre la estética de lo feo y lo malo. En todo este asunto, apartando naturales consideraciones de gusto propio y de limitaciones de un gusto impuesto a su sensibilidad por su educación, su medio, su tiempo, lo más interesante es que se trata de la percepción que tiene el humanista del fin de una época y de un modelo. Los teóricos lo estaban formulando también, simultáneamente: ya no es posible el héroe, ahora se impone, dice por ejemplo George Luckács, en

el campo literario, al hombre problemático, descentrado. Estos problemas del pensamiento y de la literatura, de las artes feas y los combates de las doctrinas se refieren sin embargo a la educación. Esto es, otra vez: el modelo o tipo de humano por el que se debe optar mediante la educación. Por supuesto que el problema no es elegir tales o cuales materias para el *pensum* o de efímeras técnicas de aprendizaje según las temporadas que inventan los teóricos de la pedagogía de tanto en tanto. Tampoco, advierte el autor, todas estas cosas no son asuntos exclusivos de los profesionales de la educación. Él, que era uno de éstos, se comporta como humanista, es decir, el humano general.

De la evidente enorme actualidad de lo dicho por Aristóteles se deberían subrayar tres conceptos por lo menos. Dice que el sistema actual, el de su tiempo tan griego y apolíneo, hace que las cosas de la educación se confundan. Que consuelo para nosotros hoy: entre los griegos había confusiones y dudas. Que hay diferentes escuelas, partidos o incluso bandos en la manera de entender la educación, de privilegiar corazón o cerebro, lo práctico o lo intelectual, lo lúdico o lo académico, y en los varios dilemas de la tendencia dirigida a enseñar la virtud y la vida más perfecta a los jóvenes y en consecuencia a los pueblos enteros. Para sacar punta, seguramente se debe especular igualmente en torno a la

palabra virtud tantas veces mencionada y que fue siempre mucho más que una condición matrimonial requerida a las doncellas de la antigüedad cuando estaban en edad de merecer.

Hasta la más desatenta lectura o una mínima información biográfica vincularían sin embargo el nombre de Mijares a esa sólida tradición venezolana de quienes se desvivieron por la educación y pensaron que era el medio de resolver el resto de los problemas. Incluso los problemas como insolubles de un país, condenado por otra parte a la peculiar idiosincrasia de vivir maldiciéndose a sí mismo, desesperanzado de su propia condición humana, tema capital en Mijares: que la mayoría nos dediquemos a considerar que sólo lo peor de la realidad universal es característico de la realidad venezolana (...).

En la pantalla de las asociaciones, Mijares pertenecería, de acuerdo con la clasificación apuntada al principio, a quienes entienden, ante todo, sobre todo, primordialmente, la educación como escuela de virtud.

Sin intentar forzar las cosas, manteniéndonos en el plano de las analogías o las metáforas, las suaves licencias literarias y no los enredos de las filosofías. Acaso Mijares parezca, en una primera fácil comparación, un aristotélico. Si tal doctrina se entiende especialmente como la célebre disposición que busca la "virtud en el medio". Aristotelismo analógico, indirecto, esto es, del ambiente, de la tradición, de un aspecto de la cultura ilustrada de su país. Cuantas veces reprochará a Guzmán Blanco que no haya sido moderado, equilibrado. Cuantas otras elogian a Bolívar, precisamente por haberse

sido moderado, equilibrado. Cuantas otras elogian a Bolívar, precisamente por haberse refrenado, así como en muchas oportunidades Páez aprendió a hacerlo. La moderación se aprende, demuestra hasta un peón convertido en héroe, con todos los derechos a la arbitrariedad, se sofrena. La virtud está en el medio repetirá cada vez que analice los casos de nuestros ilustres. Casos a la manera de los *ejempla* que enseñan a un hombre a ser hombre por el estudio de la conducta de otros anteriores, encumbrados y meritorios, es decir, virtuosos. De Francisco de Miranda celebra el que se haya “educado a sí mismo en un ideal de inflexible dominio propios” y que el archivo de sus documentos sean un apasionante itinerario hacia la depuración íntima. Dirá que la paciencia de Odiseo es una virtud superior, que hay que sentirse humillado cuando uno se impacienta, que el hombre grecorromano superior ve la violencia como un signo de debilidad. Elige muy bien los ejemplos, elude la famosa cólera de Aquiles o las crueldades de Medea.

Desde luego que los arrebatos que rompen el equilibrio son presentados como signos de puerilidad, de infantilismo. Recuerda las pataletas de la egolatría infantil de Guzmán Blanco. Y no es que piense que los niños sean tontos: sorprende leer que hacia los años cuarenta aún se debe recriminar a muchos

padres que hacen alarde de su superioridad frente a los menores y los maltratan moralmente, como recrimina a los gobernantes el que atropellen al ciudadano indefenso. La carencia de disciplina espiritual, escribirá también, se ha ido debilitando en la medida en que ha habido una deformación paulatina del modelo clásico. Sostendrá entonces:

Solicitado el hombre de nuestros días por una exterioridad siempre cambiante y por una posibilidad de acción y de placer casi ilimitada, su deseo se encuentra continuamente aguijoneado por esos contrastes violentos y su sensibilidad muy a menudo no llega a sobrepasar la de los niños, dispersa como la de éstos entre menudas satisfacciones, todas inmediatas y de carácter físico.

De esa virtud como aristotélica, de esa disposición connatural hacia el bien, lo que hace que la cosa sea lo que es y el humano, humano el pensamiento de Mijares adquiriera también un toque de socratismo dada la importancia que brinda el descubrimiento de sí mismo, escape de la fugacidad. Su repertorio suele estar tomado de la psicología, disciplina con la que quiere ayudar a la pedagogía. Recuerda así, por una parte, que si a los niños díscolos, torcidos y desobedientes se insiste en calificarlos sólo de esta manera, crecerán torcidos y lo mismo pasa con los países y en Venezuela ha terminado por ocurrir. Sin embargo cree que hasta un huérfano temprano como Simón Bolívar pudo ser un hombre equilibrado gracias a una infancia feliz que,

dice, es la explicación de su posterior vigor sentimental de adulto. Con esto quiere probar que no es necesario ser un genio de niño para ser alguien grande. Se opondría incluso a esa fábbrica de grandezas que encontró en la frase de Renán. Y entonces toda esta cuestión de tamaño y calibres, tallas, anchuras, de heroísmo y grandezas que pertenecerían propiamente a alguna de las líneas de interpretación historiográfica de nuestro pasado, se transforman en reflexión acerca del tipo de hombre, de ciudadano que se desea modelar. A este complicado proceso los griegos de la antigüedad lo llamaron *paideia*, conformación de un ideal. Platón decía, como nos vuelve a enseñar las enciclopedias, que era más importante atender a la conducta del niño que aprenda las letras o la cítara. Afirmaba igualmente que se ha de educar mediante alabanzas y encomios a los hombres virtuosos habidos en la sociedad a fin de procurar la emulación. “La sociedad toda es educadora: todo tiene como fin la elevación del alma”. Mijares hablará constantemente de “ideas superiores”. De acuerdo con lo que dice el famoso Jaeger en su libro *Paideia*, Mijares vendría a resultar, de pronto, además, para completar, una especie de platónico.

Pero estas agradables analogías con la cultura griega impresionan más si se coloca dentro de su marco histórico: son formuladas en la Venezuela de los

años treinta y cuarenta del siglo XX, uno de sus momentos doctrinales más felices, pese a sus conmociones políticas, su partidismo exacerbado, la sucesión de golpes de Estado de uno u otro signo. Ni Atenas ni Suiza, aunque tampoco la ínsula Barataria. Afirma también el famoso investigador Jaeger, que Grecia vivió una etapa prehistórica, su tiempo heroico, su momento épico. Después conoció el momento cívico, tiempo político en el mejor sentido. Acaso, estos años venezolanos de los treinta y los cuarenta sean imaginariamente el equivalente de esa época, parecido otra vez al tiempo de quienes cien años antes estuvieron fundando la República. Lo alarmante resulta que aún en los tiempos contemporáneos estuviéremos fundando repúblicas y aceptemos como normal estarlo haciendo regularmente. No es casualidad que Mijares, Picón Salas, Díaz Sánchez, Enrique Bernardo Nuñez, Briceño-Iragorry, Uslar Pietri, las principales seis estrellas intelectuales de esa parte del siglo XX, se ocupan como de un asunto vitalísimo de Andrés Bello, Toro, Juan Vicente González, Baralt, Cecilio Acosta. A la tradición de historia militar uniformada de los héroes quieren oponer, y lo logran, pese a todo, la distinta tradiciones cívica y civilista de unos intelectuales.

Esta *paideia* del hombre común venezolano, el que no es héroe, la expresa Mijares mediante la descripción de un cúmulo de

virtudes en que se dibuja ese humano ideal que su época intentó construir. Para que fuera alguien visible, los grandes escritores del momento eligen como modelo a la clase media en tanto ideal. Es la pequeña burguesía, piensa o fantasean, que en Europa –su punto de referencia ha sido económicamente fuerte y culturalmente homogéneo. Dirá Mijares, “sirve de idea de ascenso para el pueblo y de apoyo o valladar para los gobiernos”, ofrece a las masas ejemplo y representa y defiende sus intereses frente a los gobiernos. Desde luego es una minoría o elite frente a la masa, minoría que se pretende extender a la mayor parte de la sociedad en todos los programas políticos, doctrinales e ideológicos de estos interesantes años de Venezuela. Los métodos para conseguir el propósito pueden que choquen, pero todos vienen a resultar semejantes por lo que todos los que participan en el proyecto acaban por resultar también responsables del modelo que impusieron a la sociedad y que ésta asimiló como plan de vida. Ya se ve que se trata de un curioso modelo de igualación social “por arriba”, formulado, justamente, cuando se imponía otro ideario de clase media.

Ya Pedro Grases destacó el léxico de Mijares. Compiló como síntomas estadísticos de su pensamiento 141 vocablos y frases. Convendría ahora repetir, mediante el procedimiento poético de la enumeración caótica, una

lista más breve pero indispensable para dibujar sus concepciones. Elabora, por aquí y por allá, muchas veces repitiéndose, un extenso diccionario de la virtud, materia sobre la cual trata lo que entiende por educación. Anotara pues: benevolencia, amor, refinamiento, justicia, espiritualidad, bondad, compasión, recíproco respeto, dignidad, recato, cortesía, constancia, ánimo sufrido, ambición de lo grande, vuelo intelectual, capacidad de organización, responsabilidad, previsión, iniciativa, entusiasmo, laboriosidad, desinterés, valor y perseverancia, vuelo imaginativo, tenacidad en los propósitos, pensamiento sistemático, disciplina de escuchar y ceder, deliberar y rectificar.” Desde luego que son virtudes indispensables como para que la vida de las ciudades o repúblicas funcione a cabalidad. Su carencia explica a lo mejor el caos de urbes como Los Angeles o Caracas. Pero asimismo, por una parte, no se ofrecen como virtudes morales en abstracto, sino como virtudes históricas e incluso idiosincráticas tales como la honradez que tanto ha valorado el pueblo a lo largo de su desenvolvimiento. Pero por otra parte, siendo tantas en una, tan exigentes, parecen virtudes ajenas a lo que hoy sabemos es la clase media o cualquier clase social: virtudes como heroicas, extremas, a ser practicadas por santos, seres perfectos, dechados de virtud, justamente. A Mijares acaso no escapa el contraste que su léxico

produciría en los lectores toda vez que solía confrontar la chata realidad de lo que es con lo que él decía era la realidad de lo que debe ser.

Desde luego, no da por innatas todas esas virtudes, las reserva a la educación, señala que se aprenden en la escuela pero asimismo por tradición oral, en roce familiar, mediante esos los

largos hábitos inventados por la civilización para ser civilizada. Austeras costumbres republicanas dirán además el vocabulario de estos tiempos clásicos de una cultura en una época. Lo más complicado para la nuestra es que Mijares las presente no sólo como virtudes que se adquieren, sino virtudes que se hacen, además, es

la medida en que se practican personalmente.

Se trata, de esos temas llamados “morales” de más enredada comprensión de estos días que, tal vez, cuando se cierre el círculo de su mitología de modernidad, esperemos que no resulten para la historia del tiempo, tiempos peores a todos los de otros tiempos anteriores.

La formación de la conciencia nacional a través del pensamiento educativo educativo

Luis Ugalde, S. J.

Luis Ugalde, S.J. es licenciado en Filosofía y Letras, licenciado en Teología, licenciado en Sociología, especialista en Historia Económica y Social de Venezuela, Magister Scientiarum en Historia de Caracas, Doctor en Historia de Caracas. Es rector de la Universidad Católica Andrés Bello. Fue Vice-Rector Académico de la misma Universidad; director del Centro de Investigación y de Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela, del Centro Gumilla; de la *Revista SIC*, de Investigaciones sociológicas en la Oficina de Estudios Socioeconómicos (OESE), Superior de la Compañía de Jesús en Venezuela; Presidente de la Conferencia de Religiosos de Venezuela; Presidente de la Confederación de Religiosos de América Latina (CLAR), miembro del Consejo Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE); miembro del Consejo Nacional de Educación (CNE) del Ministerio de Educación de Venezuela; miembro de la Comisión Nacional del Desarrollo de la Educación Superior; profesor de Teorías Políticas Contemporáneas, Cambio Social en Venezuela, Historia Social de América Latina y de Economía y Sociedad en la UCAB; profesor de Urbanismo y Marginalidad en la Facultad de Arquitectura de la UCV y profesor invitado de Iglesia Política en América Latina (LUZ-Maracaibo); profesor de Historia Contemporánea de la Iglesia en el ITER (Caracas). Ha publicado varios libros como autor y coautor, y numerosos artículos en revistas especializadas y en la prensa.

un libro titulado *Educación* donde expresa lo que él entiende como camino para la educación venezolana si quiere responder a los retos del país (Mijares, 1943)*.

“Algunos problemas de orientación educativa que son también problemas políticos y sociales”, es el subtítulo del libro y con ello Mijares sabiamente establece la relación inseparable entre educación y producción de nación y de sociedad soberana. Unión que por desgracia no la hemos logrado en el medio siglo transcurrido; porque los desarrollamos como mundos que se ignoran.

Dada la brevedad del tiempo de participación en el panel me voy a ceñir a la exposición de las ideas principales de Mijares en ese libro, que considero de plena vigencia y urgencia en 1997. Él no entiende la formación de la conciencia nacional como un ideal de ensalzamiento patrio, como la pintura de un bello cuadro nacional que despierta admiración, cariño y adhesión, sino como un reto productivo, un reto para la acción y la construcción.

PARA QUÉ LA EDUCACIÓN PÚBLICA

Esa es la primera pregunta en 1943 y debe preceder a toda otra reflexión en 1997. Augusto Mijares plantea esta pregunta en el pórtico de su pensamiento educativo.

INTRODUCCIÓN

De 1943 a 1997 ha transcurrido medio siglo largo. En cierto modo son dos años clave en la Venezuela petrolera: ayer la importantísima Ley petrolera que unificó y dio nueva base a la política del medio siglo siguiente; hoy la apertura petrolera, base para nuevas esperanzas y oportunidades, pero también de riesgos y temores. En medio, nosotros los venezolanos en la encrucijada de malentendernos como productos de un golpe de suerte que nos mueve si el viento petrolero es favorable o naufragar en alta mar por su carencia.

La alternativa a ese fatalismo entre la euforia y el derrotismo, el camino distinto a esa lotería volátil y caprichosa, es el sujeto humano, los 23 millones de venezolanos organizándonos, ayudándonos y potenciándonos para señorear nuestra realidad y construir la sociedad que necesitamos. La Educación no es otra cosa que la potenciación de nuestros talentos para crear nuestro futuro y hacerlo plenamente humano. “La formación de la conciencia nacional” es algo tan simple y trascendente como eso.

Augusto Mijares en este año clave de 1943 publicó en México

Según él, la educación tiene dos fines; el individual de dignificación y acceso personal a las más elevadas conquistas de la humanidad, y el fin social y político que consiste en la “necesidad de fortalecer la nación, de modernizarla, de aprovechar todas las fuerzas; de hacerla apta de una manera duradera para dirigir su propio destino libre de dictaduras personalistas o de clases” (p.11)

Mijares en este libro no hace mucha distinción entre gobierno y Estado, tal vez debido al hecho de que en la historia real de Venezuela casi siempre la institucionalidad del Estado se subordinó al poder personal del gobernante y con frecuencia se contrajo a él. El énfasis fundamental está en la dialéctica entre nación y gobierno. No se puede reducir aquélla a éste, ni puede el gobierno hacer gran cosa si no cuenta con el apoyo de una nación organizada.

Por otra parte respecto al fundamental control de la nación sobre el gobierno y el Estado, nos dice Mijares:

Quando una nación es intrínsecamente vigorosa, su gobierno no puede desligarse por mucho tiempo de ella: que cuando todas sus fuerzas verdaderamente activas, su cultura, su economía, sus ideales, sus costumbres sociales y políticas han adquirido coherencia y madurez, tarde o temprano imponen su representación en el Estado (p.11).

Esto tiene dos implicaciones, el Estado sin nación (hoy diríamos sin sociedad articulada) vigorosa carece del control y del

soporte de ésta y se convierte en dictadura; por otro lado el esfuerzo de reconstruir el país “no puede ser obra exclusiva del Gobierno y de unos cuantos técnicos importados; es preciso procurarle vitalidad en las entrañas mismas de la nación” (p. 15). Esta tarea de vitalización de las entrañas mismas de la nación es, al mismo tiempo y de manera entrelazada, tarea productiva y tarea educativa.

Mijares va a tratar este punto de la educación-producción que es toda la sustancia de su libro, desdoblándolo en tres dimensiones y finalidades de la educación:

1. La finalidad económica.
2. La finalidad de estructuración social.
3. La finalidad específicamente educativa.

El fin público de la educación no es otro que la preparación para que los educados sean capaces de crear esa base económica, social y cultural del país. Esta triple función de la educación atraviesa los 3 niveles de la educación, básica, secundaria y superior.

Volviendo al título de este panel, “la formación de la conciencia nacional” no es, en Augusto Mijares, la “formación de la cabeza” sino que incluye la “formación de las manos”. Cabeza y manos unidas harán la nación vigorosa y darán un Estado eficiente, opinión pública ilustrada, industria, agricultura,

profesorado, magisterio y comercio... La educación es un reto productivo; producir la nación que no tenemos pero que la deseamos como cuestión de vida o muerte (pp. 11 y 12)

Necesitamos reconstruir la nación, dice y eso significa “reanimar las ciudades” y en ellas “los grupos que deben emprender aquella reconstrucción y las actividades que pueden servirle de base”, (p. 14). Aquí estamos hablando de ciudadanos articulados y productivos.

FINALIDAD ECONÓMICA

Augusto Mijares se confiesa tributario de Simón Rodríguez, Cecilio Acosta y otros que quieren una educación para que los ciudadanos sean capaces de producir la realidad nacional que necesitan.

Toma dos frases clave: “educar al trabajo para que rinda” (Cecilio Acosta) y “colonizar al país con sus propios habitantes” (Simón Rodríguez). La primera frase no es sólo para el trabajador manual, sino para el capitalista que no acaba de ser burgués, en el sentido técnico de productor y creador de riqueza, sino que se refugia en la tentación del rentismo ocioso del noble.

La segunda frase se opone lúcida y claramente a aquella actitud que tanto daño ha hecho y hace en Venezuela, y que lamentablemente expresó con claridad Guzmán Blanco en su defensa del Protocolo Rojas-Pereira: nosotros

no nos comprometemos a nada con los banqueros franceses, sino a la entrega más liberal e ilimitada del territorio para que ellos “traigan el capital y la gente” y nos desarrollen como a los Estados Unidos de América.

Esta encrucijada de colonizar al país con la propia gente o esperar que el capital y la gente de unos nos dé el desarrollo fue permanente en el pasado, y tiene hoy la misma vigencia. Pensemos en los retos de producción económica y social del estado Monagas y en el sistema educativo que en estos 30 años se ha desarrollado en ese estado, llegando a un divorcio y desencuentro lamentables.

“¿Hasta cuando se ha de preferir el Nebrija que da hambre a la cartilla de las artes que dan pan y las abstracciones del colegio a las realidades del taller?” se pregunta Mijares, citando a Cecilio Acosta.

En respuesta subraya la importancia de formar en los oficios y desarrollar el sentido del mantenimiento. El valor de la educación industrial está en “la urgencia de crear, por medio de la educación, en la base de nuestro progreso, los hombres que han de darle vida” (p.27). Sólo habrá desarrollo, si existe esa población productora. Pero el petróleo no producido genera la ilusión de una riqueza, que se ha revelado no sostenible y mal distribuida. No por el petróleo en sí, sino por el espejismo que crea cuando no hay

sabiduría en las élites, ni visión de educación. Ya en 1943 Mijares nos habla de “nuestros hábitos de derroche y la riqueza ficticia que el petróleo distribuye en el país”... que son sólo apariencia de vida moderna (p.21). ¡Que diría con lo que ha ocurrido después de 1973!

Siguiendo la idea de Cecilio Acosta “educar al trabajo para que rinda más” Mijares quiere

que por la misma función educativa aplicada en dos aspectos diferentes, las comodidades de la vida se hagan menos costosas y se acerquen así al proletariado; y por otra parte, la obra manual del proletariado llegue a ser intrínsecamente más valiosa y lo acerque a las comodidades que aspira (p.36).

El problema está en que buena parte de las elites económicas han llegado al consumo de riquezas sin llegar a ser empresarios productores eficientes y otro tanto ha ocurrido con la población de menores ingresos que aspira a llegar al consumo sin pasar por la producción. Este milagro destructivo se debe a una deformación creada por el uso rentista del ingreso petrolero a través de un Estado y unos gobiernos que ofrecieron a la población llegar al consumo de bienes modernos (vivienda, salud, educación, ingresos, modernidad...) sin el esfuerzo de ser productores de riqueza.

A pesar de tanta insistencia, el muy positivo y necesario crecimiento numérico de la educación ha ido acompañado de una “intelección petrolera” (digo yo) de la educación; es decir, ha

sido entendida la educación como un medio para acceder a la distribución de la riqueza que ya existe, en lugar de entenderla como preparación para producir la riqueza que ya existe, en lugar de entenderla como preparación para producir la riqueza que no existe, pues la riqueza de una sociedad no es el oro y la plata sino el conjunto de bienes y servicios de calidad que produce su gente para su disfrute.

Para evitar esa mortal ilusión que al final nos ha dejado un 65% de la población en pobreza (con un 51% de los trabajadores subempleados y un 14% desempleados), Mijares insiste en la formación masiva en oficios y la producción de técnicos industriales y agrícolas.

Ahora bien la valoración de los oficios no se logra con “líricos arranques sobre la nobleza del trabajo manual” y llamando a la moral y al patriotismo, sino pagando bien los oficios.

Mientras nuestros jóvenes, al llegar a la edad de la ambición, no puedan ver fuera de las carreras universitarias sino privaciones, trabajo rutinario y subordinación, siempre escogerán las profesiones liberales, aunque sea con la más remota esperanza de sobresalir en ellas (p.29).

De ahí la necesidad de crear un buen politécnico en Caracas y escuelas industriales, agrícolas y comerciales por todo el país, como explica Mijares de la página 24 a la 36.

FINALIDAD DE ESTRUCTURACIÓN SOCIAL

Al igual que en la finalidad anterior también en ésta las ideas de Augusto Mijares se mueven de la realidad nacional a la reflexión educativa.

Él considera que necesitamos una nación (sociedad) con “personalidad y vida propia frente al Estado” (p. 39) porque una sociedad vigorosa en hombres y riquezas hace fuerte a un Estado y a un gobierno y no al revés. Las grandes naciones progresan “por el trabajo íntimo de la propia nación más que por la acción de sus gobiernos” (p.40).

Si esta articulación y vigorización de la sociedad es el horizonte que se desea alcanzar, Mijares mira a la realidad venezolana donde está en 1943:

En Venezuela no podemos soñar nada igual; la actividad de la nación refleja la actividad que el gobierno tenga; su moral, la moral que el gobierno le imponga; la economía privada está supeditada a la pública; y casi ningún progreso podemos imaginar que no sea iniciado y sostenido por el gobierno. Sencillamente porque la nación no tiene vida propia (p.40).

Mijares considera que ello se debe a la falta de una clase media económica y cultural fuerte que sirva de ejemplo de ascenso a las masas y de contrapeso al poder de los gobiernos, porque entre nosotros quien

comienza a destacarse en cualquier actividad se encuentra inmediatamente aislado entre el desamparo de la nación y la omnipotencia del

Estado. No podría sobrevivir, literalmente, no tendría como comer si no acepta la supeditación que le pide la política (p.40).

Él no acepta explicaciones deterministas ni fatalistas que pondrían las causas en factores raciales ni la conclusión de que habrá que esperar a los extranjeros para que nos desarrollen. Es falso que aquí “somos más corrompidos o más incapaces que en otros países” (p.41). lo que pasa es que no se ha dado la formación adecuada y el liberalismo del siglo pasado impulsó medidas de orden moral, pero sin base social adecuada las mejores leyes se convierten en instrumentos de explotación (p.51 y 52).

Sobre la base social y económica débil no pueden ser exitosas, ni las políticas conservadoras ni las revoluciones proletarias.

Ortega y Gasset, buscando la causa de los males de la España de su tiempo, dijo que había que buscarla en la “desastrosa ausencia del siglo XVIII”, “el gran siglo educador” con un nuevo sentido de la “educación útil” y en el que empiezan a despegar las nuevas élites burguesas creadoras de riquezas, frente a una concepción rentista de las élites nobles.

Mijares opina que en Venezuela sí empezaron a despuntar esas élites económicas y culturales (pp. 52 y 53) a finales del siglo XVIII pero, quedaron destruidas por la larga guerra de la emancipación; ésta dio paso a una

economía destruida y al caudillismo, hijo de la guerra que ve en las armas el acceso a la riqueza nacional. Las leyes sin contenido real, de la mano de los caudillos que las utilizaban a su antojo, produjeron durante un siglo una nación sin el sano dinamismo económico y social.

Sin esa dinámica productiva y cultural burguesa, Mijares considera que no es posible crear una sociedad moderna y equilibrada. Eso “es todavía lo que tenemos que reconstruir” (p.53) y para ello hay que evitar el peligro de seguir pretendiendo “una transformación política sin base social”; pues un gobierno es una nación depauperada y caudillesca, y desestructurada no encuentra “ni control ni ayuda” (p.39).

En este punto se aclara la finalidad de estructuración social que precisa Mijares para la educación venezolana. Necesitamos una acción educativa “orientada a la finalidad de restablecer el equilibrio de la nación, mediante la elevación de su nivel de vida en todas las actividades” (p.48).

Considera Mijares que por falta de soporte social

casi todo el progreso marcado por algunos de nuestros gobiernos fue un progreso de obras públicas, de cosas muertas. El progreso viviente del país, de sus instituciones, educación, salubridad, agricultura, etc., avanza durante algunos meses o años, por tales o cuales iniciativas personalísimas, y después vuelve a la rutina o se pierde totalmente (p.54).

Ello ocurre por falta de estructuración social y por la ausencia de valores ejemplares para la vida nacional: "moral pública, opinión, prensa, economía, cultura, política, administración, etc." (p.55).

Todos los valores morales e intelectuales caen dentro de esa esquematización que hemos señalado y sufren el predominio del Poder Público que, bien o mal intencionado, representa sobre la nación una superestructura monstruosa y la única fuente de poder, riqueza, valimiento, o simple acción social útil (p.42).

En consecuencia hacen falta hombres nuevos. Pero no se puede pedir "que esos hombres nuevos resulten de una creación subitánea del Poder Público" (p.56). Ellos tienen que salir de una educación nueva y no de una heredada con complejos de doctor y desdén para el hecho productivo. No se puede seguir considerando al bachiller "como un Doctor en pequeño, o como un Doctor en formación o como un Doctor frustrado" (p.38). Esa idea deformada que prevalece en la sociedad "a veces contagia a los propios interesados" y los "confina a esa categoría de parásitos, de hombres que ya son incapaces para otra actividad útil que no sea la profesión liberal que la sociedad les enseña como único fin" (p.58). El fracaso está en que "para el adolescente en general no se han abierto otras profesiones que las universitarias" (p.58). Hay una gran necesidad de carreras profesionales que son importantes en sí mismas y no como un medio

de acceso a otra etapa educativa considerada como la única válida.

¿Si esto era así en 1943 con menos de 2.000 estudiantes de educación superior, que será hoy con más de 500.000? En este mismo sentido Mijares cita la Memoria del ejercicio de 1939 presentada por el Ministro de Educación Arturo Uslar Pietri. Allí la crítica de carácter unilateral del sistema educativo que desde el primer grado introduce al joven de "una especie de canal continuo que niega al alumno toda salida eficiente que no sea la de la profesión liberal" (p.60). En consecuencia el país "no ha acudido en forma eficaz, con su sistema de enseñanza a preparar el capital humano que necesitan esas actividades (las económicas)" (p.61).

Han pasado sesenta años y la queja es la misma, y hoy ya es una realidad consumada lo que en 1943 era "la amenaza de que los colegios inundan las universidades con una población heterogénea culturalmente, superabundante y anárquica que, después de ocasiona al Estado cuantiosos gastos, produce muy escasos resultados" (p.61).

La falta de preparación para la actividad productiva, lejos de provocar el cambio, muchas veces lleva a consagrarlo con el pensamiento fatalista del tipo "qué le vamos a hacer, no somos suizos", como si Suiza o Alemania no hubieran sido naciones muy pobres. Ese diagnóstico sobre la pereza e incapacidad congénita de

los venezolanos, va acompañada del deseo de atraer migración para "mejorar la raza" o para sustituirla por población más laboriosa.

Mijares no cae en esta trampa tan generalizada a lo largo del primer siglo republicano. Se confiesa "partidario incondicional de la migración", pero se niega a que todo remedio sea remitido a ésta, pues

esa reconstrucción íntima del país tiene que ser intentada por los propios venezolanos y con sus recursos actuales, si no queremos aplazarla indefinidamente, y comprometerla en último término, por el perezoso criterio de fiarla exclusivamente a la migración que ha de llegar (p.48).

La falta de estructuración social en torno a la actividad productiva deja el país, en manos de caudillos y de seguidores que esperan recibir su premio a la incondicionalidad. A medida que van surgiendo el cuadro medio y el líder menor, éste "reproduce la capacidad y los chanchullos del caudillo tradicional, simplemente porque no hay una nación fuerte que se lo impida" (p.54).

La eficiencia, los valores, la riqueza social; todos surgen de una estructuración productiva de la nación y la ausencia de ésta nos deja sin base para la profunda renovación nacional.

Llegado a este punto y cuando la nación empieza a sufrir a causa de la ineficacia y de la corrupción, pide soluciones al Gobierno de turno, que no las puede dar por la razón de que la nación no las tiene. Mijares está

claro en esto: "En lo que no tiene razón la opinión pública es en pedir que esos hombre nuevos resulten de una creación subitánea del Poder Público" (p.56). No es posible mientras esos hombres nuevos no se fomenten y surjan "en todas las actividades nacionales" (p.56).

Tratadas la finalidad económica del sistema educativo y la finalidad de estructuración social, pasa a presentar lo que él llama "finalidad específicamente educativa". Esta distinción, necesaria para explicar, no se refiere a tres realidades, sino a una con tres aspectos interrelacionados y que se apoyan mutuamente, para avanzar en la dirección correcta y se arrastran al fracaso, si uno no se da.

FINALIDAD ESPECÍFICAMENTE EDUCATIVA

En este capítulo Mijares acentúa la formación ciudadana a la formación para la ciudadanía; "preparar al estudiante para la vida" Pero no sólo en lo profesional o en lo individual, sino en su capacidad de producir la Venezuela que necesitamos. La finalidad específicamente educativa –dice Mijares–

la entiendo en el sentido de que, antes de formar competentes profesionales, nos interesa formar ciudadanos y sobre todo ciudadanos venezolanos, esto es, capaces de actuar en Venezuela y para Venezuela. Además para una Venezuela nueva y no para la Venezuela deprimida y calumniada, heredada de un siglo de infortunios (p.63).

Para que la educación logre formar ciudadanos productores de la Venezuela nueva necesaria, Mijares indica varios puntos que presentaremos esquemáticamente:

a- Que reciban una noción exacta de Patria frente a la visión pesimista y derrotista de nuestras posibilidades y frente al "huero nacionalismo a base de inconsistentes declamaciones". Educar a los jóvenes "para ser miembros activos de la comunidad, y no desilusionados espectadores de nuestras desdichas o sórdidos logreros en busca de un escape individual" (pp. 63 y 64).

b- Con capacidad de acción concreta que les permita traducir en realidades efectivas los altos ideales morales.

c- Para que el sistema educativo pueda formar esos jóvenes es necesario tener profesores plenamente dedicados y bien pagados. Mientras ser educador no sea una profesión estable y bien pagada que exija y permita la plena dedicación, no será posible el cambio educativo.

d- Mijares pone también como condición la enseñanza de la Historia y de la Geografía de Venezuela, pues es una base necesaria para la formación de conciencia nacional que despierte el cariño y el sentido crítico. Una historia que no sea simple recuento de hechos, sino que a través de ella se busque un "conocimiento racial y preciso de las características de raza, carácter

nacional, hábitos sociales y políticos, aspiraciones colectivas, moral pública, etc., etc., que forman para cada pueblo la base de la nacionalidad" (p. 68). Critica la ausencia de historia y geografía en el sistema educativo venezolano.

e- Vuelve a acentuar la necesidad de escuelas industriales y centros educativos agrícolas, comerciales... en fin, de todas aquellas especialidades para llenar los múltiples oficios y funciones sociales. Recoge las modificaciones concretas en este sentido contenidas en el Proyecto de Ley de 1940.

f- La formación moral la relaciona con la legítima aspiración individual de atender a su interés pecuniario inmediato. Considera que los jóvenes deben formar la personalidad incluyendo en ella "un interés moral y social superior" y que se preparen para la obra de reconstrucción ideal y material de la Patria.

Por eso rechaza por igual las corrientes estrechamente utilitarias y el pesimismo desmoralizador. Considera que la prematura especialización del estudiante, acompañada de una visión limitada y egoísta, es profundamente negativa y hace mucho daño al espíritu público. El economicismo es reductivo. Hay que acertar a combinar la búsqueda de la utilidad individual con la transcendencia social de hacer patria, los conocimientos generales y el espíritu público.

El pesimismo desmoralizador es el de los sofismas que afirman: “en Venezuela no se puede pensar en esas cosas” o somos “un país de negros e incapaces”, o “que cualquier problema hemos de aplazarlo hasta el día en que, espontánea y milagrosamente llegue la inmigración europea que ha de resolvernó” (p.77).

g – Lo importante es formar en los jóvenes la capacidad de asumir la sociedad en un conjunto y entendedor su realización

personal en ella. Por eso fustiga la “inutilidad social de nuestros doctorados; y esa separación hostil entre ellos y el medio” (p.78).

Finalmente Mijares recalca que no basta la señalada modificación de programas, sino que hay que cambiar el espíritu mismo de la educación para que persiga con pasión la creación nacional. Los diletantismos superficiales que

llevan a mirar los problemas del país como lo haría un turista decepcionado y frívolo son destructivos. Los egresados deben tener conocimientos y espíritu público para actuar más allá del estrecho objetivo del lucro personal.

Mijares Augusto (1943). Educación, algunos problemas de orientación educativa que son también problemas políticos y sociales. Imp. Manuel León Sánchez, México.



Evaluación en positivo

Hercilia Vásquez M.

Hercilia Vásquez Montilla es Licenciada en Educación, mención Ciencias Pedagógicas (UCAB, 1979); Master en Administración y Curriculum, especialización en Evaluación (Gonzaga University, Spokane-Washington, 1982) y actualmente realiza estudios de Doctorado en la UCAB. Es coordinadora del Centro de Investigación y Evaluación Institucional de la UCAB, investigadora adscrita al Centro de Investigaciones Culturales y Educativas (CICE); fue jefe de la División de Control y Evaluación de la Oficina Sectorial de Planificación y Presupuesto del Ministerio de Educación (1984-1985); planificador docente del Ministerio de Educación (1982-1993). Tuvo a su cargo la dirección del Programa de Post-Grados en Educación, mención Gerencia Educativa en la UCAB. Ha sido profesora de varias asignaturas relacionadas con Evaluación e Investigación en el Instituto Pedagógico de Caracas, el Instituto Pedagógico de Miranda "José Manuel Siso Martínez", en la Universidad Simón Rodríguez y actualmente, en la Universidad Católica Andrés Bello. Ha participado en diversos eventos a nivel nacional e internacional y tiene varias publicaciones relacionadas con el área de la metodología y la evaluación.

Mientras lo que los jóvenes necesitan es una especie de iniciación a un mundo incierto, nosotros les atosigamos con tareas abstractas, con espacios en blanco en los que tienen que insertar las respuestas "correctas, con múltiples opciones para ver si son capaces de elegir la respuesta "adecuada".

La evaluación ha sido una de las acciones educativas más polémicas dentro del debate psicopedagógico de los últimos tiempos. Su conceptualización ha ido cambiando a la par de las concepciones del aprendizaje y de la enseñanza y ha sido objeto de especial atención en las diferentes reformas educativas. Ello se

justifica, no sólo por la complementaridad, dependencia y coherencia que ha de tener con los procesos de enseñanza y de aprendizaje, sino también por su complejidad e implicaciones sobre alumnos y profesores. Una evaluación que estime al alumno como persona y ofrezca información permanente puede contribuir a su desarrollo intelectual, personal y social; mientras que una evaluación medionista y punitiva puede ser el elemento que frustre y retenga el desarrollo escolar, personal y social de un niño.

En la educación tradicional prevalecía la idea de que el

aprendizaje se lograba por la mera recepción de información, se enseñaba por contenidos y se evaluaba la memorización de los mismos. Con la reforma curricular centrada en objetivos, propuesta por Tyler en 1942 y promovida por un gran número de seguidores durante los años 60, Bloom (1975), Dick Gagné y Briggs (1979), Mager (1982), se puso de moda el diseño de instrucción por objetivos, cuyo propósito era planificar el *curriculum* de forma tal que los docentes no improvisaran en el aula y se exigió la operacionalización de objetivos conductuales, para indicar los aprendizajes a ser adquiridos por los alumnos. Apartir de entonces, se ha venido hablando de *evaluación del rendimiento* entendida como un *proceso destinado a verificar el logro de objetivos previstos, los cuales se valoraban cuantitativamente mediante la medición de conductas observables*

Las críticas a ese enfoque conductista, no se hicieron esperar y se introducen variantes que flexibilizan la estructura de los objetivos. Entre ellas, la inclusión de *objetivos expresivos* propuesta por Eisner (1987), redactados en términos amplios, identificando la situación y la tarea a enfrentar, sin especificar qué es lo que se va a aprender. Eisner concibe la enseñanza como arte y al profesor como artista. Por tanto, propone una *evaluación cualitativa centrada en la descripción e interpretación de lo que se observa,*

tal como ocurre en el contexto y desde esa perspectiva, llegar a la comprensión para emitir apreciaciones justificadas.

Durante la década de los setenta surge una gran variedad de propuestas que estimulaban el proceso de construcción de conocimientos. Bruner (1970) siguiendo a Peters (1959), se refiere a los *principios de procedimiento o metas pedagógicas* las cuales se centran en torno al proceso de aprendizaje más que en el producto y propone enseñar con métodos de investigación más que con instrucción. (Román y López, 1994) *En este enfoque, la evaluación debe intentar reconstruir los procesos mentales seguidos por el alumno.*

En la misma línea de Bruner, Stenhouse (1987a.) propone el modelo de "Proceso en acción" el cual sugiere asumir cada tema en términos de su contenido conceptual y de propósitos amplios, los cuales constituyen la base para la selección de los procedimientos y criterios para mantener la calidad del proceso educativo sin hacer referencia a resultados predeterminados. La evaluación se centra en la crítica y no en la calificación, ya que su propósito es perfeccionar las capacidades para trabajar según criterios implícitos en cada tarea. Según este modelo, "la evaluación consiste en la enseñanza de la autoevaluación" (Stenhouse, 1987 b, p.139).

El trabajo de los psicólogos cognoscitivos de los años 80 especialmente, las *teorías del procesamiento de información: teorías de los procesos* de Rose,(1980), *El interaccionismo social* de Feurestein (1980), *El conductismo social* de Staats y Burns (1981), *Las teorías de los parámetros modales* de Detterman (1982), *La teoría triárquica* de Sternberg (1984), tienen sus bases tanto, en la teoría organística de Piaget (1973) como a en la *Teoría dialéctica* de Vygotsky (1979). A pesar de las diferencias de estos dos autores, en cuanto a la concepción del desarrollo infantil y su relación con el aprendizaje, ambos coinciden en que la educación debe ser propulsora del desarrollo y ofrecer retos intelectuales a los estudiantes.

El florecimiento de esas teorías y las propuestas de sus seguidores, nos colocan frente a un cambio en la manera de concebir el aprendizaje, la enseñanza y la evaluación. Promueven el *aprendizaje mediado* (Feuerstein at all, 1980), el cual supone una forma de enseñanza que facilita el mejoramiento de los procesos intelectuales, mediante la interacción social con el adulto y el desarrollo de estrategias cognoscitivas y metacognitivas. En *coherencia con esas posiciones, la evaluación se considera un proceso reflexivo que facilita la comprensión de todos los procesos intelectuales seguidos por el sujeto.*

Con la clasificación del aprendizaje propuesta por Ausubel (1983), se propugna el aprendizaje significativo-cognoscitivo, fundamentado en la idea de que "para aprender significativamente el individuo debe tratar de relacionar los conocimientos con los conceptos y las proposiciones relevantes que ya conoce" (Novak y Gowin, 1988, p. 26). En tal sentido, la orientación del aprendizaje supone la creación de nuevos conceptos, nuevas estructuras mentales y nuevas actitudes desarrolladas por la asimilación, reflexión e interiorización. Ese proceso reflexivo le permite al alumno, analizar, valorar y profundizar en las diferentes situaciones y tomar una opción personal. Por tanto, se trata de un aprendizaje que busca el desarrollo de la actitud crítica y la capacidad de toma de decisiones (Ontoria, 1993). Desde esa perspectiva, *la evaluación continúa siendo un proceso reflexivo, cualitativo y explicativo que enfatiza el uso de la autoevaluación como medio de autorregulación y fomento del aprendizaje autónomo.*

La idea del aprendizaje significativo de Ausubel, (ob. cit.) le ha dado relevancia a la concepción humanista del aprendizaje significativo-experiencial propuesto por Roger, quien resalta la importancia de la experiencia como núcleo de aprendizaje y expresa que el aprendizaje significativo tiene

lugar cuando la persona percibe que el tema de estudio se relaciona con el enriquecimiento de sí mismo. (Rogers, 1975: p 127). El proceso perceptivo es el que da oportunidad a la persona para que interprete las situaciones externas, las relacione con su experiencia personal y desarrolle estructuras nuevas como actitudes, valores y conocimientos. (Ontoria, 1993).

La mayoría de los pedagogos y psicólogos que han hecho propuestas educativas durante las décadas de los setenta y ochenta, aunque promueven concepciones distintas, coinciden en la idea de que los objetivos educativos deben estar orientados hacia el desarrollo de las capacidades para “aprender a aprender” y que *el conocimiento escolar no “entra” en el estudiante como en una caja vacía, sino que éste posee referencias previas, desde las cuales organiza su propio aprendizaje.* (Hernández, 1994, p. 108). En ese orden de ideas, el aprendizaje es el resultado de un proceso de construcción; por tanto, se ha utilizado el término *constructivismo* para definir esa posición que ha estado vinculada a la teoría organísmica de las “operaciones mentales” de Piaget y los neopiagetianos y a la teoría dialéctica de Vigotsky y seguidores.

Dentro de estas posiciones, los objetivos deben tener una orientación distinta y para una mayoría, deben estar redactados en términos de capacidades,

destrezas y habilidades a ser desarrolladas o aprendidas dentro de un contexto social. El encuentro educativo implica una metodología mediadora, participativa y promotora del auto-aprendizaje (Feurestein, 1980, Vitsgosk, 1966) lo cual, supone una evaluación promotora de la *reflexión*, que sea *continua e integrada* a los procesos de enseñanza y de aprendizaje, que tenga en cuenta todos los componentes que intervienen en esos procesos y en la particularidad de cada alumno. *La evaluación se convierte así, en un proceso cualitativo, reflexivo y crítico.*

A lo largo de este recuento se ha evidenciado que la enseñanza, el aprendizaje y evaluación son tres procesos que interactúan en forma dinámica. La evaluación de los alumnos se proyecta al profesor, por cuanto proporciona información para ir ajustando las estrategias y los recursos necesarios para mediar el aprendizaje. Esa relación entre aprendizaje, enseñanza y evaluación es un factor fundamental cuando se desea hacer un cambio educativo. Los planteamientos curriculares y psicológicos sobre los cuales se apoya una reforma educativa constituyen la base de la actividad evaluativa que la acompaña.

En Venezuela se ha dicho y se ha promulgado en nuestras Leyes, que la educación tiene como fin, formar ciudadanos capaces de actuar dentro de su contexto social y cultural para lo cual, se debe desarrollar en los

estudiantes, capaces que le permitan no sólo adquirir y comprender conocimientos sino también los valores e ideales morales de su Patria. Estos fines reflejan la necesidad de promover una educación dirigida al desarrollo intelectual, personal y social del individuo. Ideal de algunos pensadores venezolanos, desde hace mucho tiempo; entre ellos, Augusto Mijares (1943), quien durante varios años demandó ese tipo de educación y reprochó el carácter memorístico que se le ha venido dando en nuestro país. Así, este autor, expresa:

...muy a menudo se juzga que una buena sesión de clases es aquella en que el profesor ha amontonado muchos datos, y, cuando más, los ha clasificado en forma fácilmente memorizable. Si falta juicio crítico, capacidad de generalización, espíritu para hacer que aquellas verdades sean trascendentales y útiles, curiosidad intelectual, aún para desvariar un poco alrededor del tema, etc., eso cuenta poco.

Ya sé que los estudiantes me responderán que eso no es lo que ellos entienden por un buen profesor, y que si acaso llegar a admitirlos así, es porque en el examen de fin de año lo que se aprecia es ese trabajo de memorización, amontonamiento de hechos y su clasificación (Mijares, 1943, pp. 78-79).

Mediante ese análisis, el autor demanda un cambio en las formas de enseñar, aprender y evaluar que den oportunidad al individuo para desarrollar sus capacidades tanto intelectuales como actitudinales y de acción.

Estos cambios, requeridos desde hace tanto tiempo, han sido

lentos y difíciles debido a muchas razones de carácter político y social que han sido tradición en Venezuela. Entre ellas, las mencionadas por el mismo Mijares (ob. cit.): falta de continuidad administrativa, que contribuyen a que se pierda con cada ministro, la línea de orientación que se comienza a marcar, la ausencia de un ideal que “levante y vivifique todo lo que se aprende” y la finalidad estrecha de nuestra educación que sólo conduce al “lucimiento personal y al propósito exclusivista de pasar bien en los exámenes”.

No obstante todos los obstáculos, actualmente, existe una disposición a cambiar y hacer realidad las ideas de nuestros pensadores, mediante la aplicación de modelos de enseñanza, aprendizaje y evaluación que conduzcan al desarrollo integral del individuo.

Las nuevas propuestas educativas para la educación Básica no están lejos de estas consideraciones. Los puntos centrales del proyecto de “Redimensión del Proceso Pedagógico” que ha venido promoviendo la Dirección de Educación Básica para atender a las políticas planteadas en el Plan de Acción del Ministerio de Educación, proponen “la formación de personas creativas conectoras, informadas, sensibles a la realidad con responsabilidad social, autónomas, con competencia para comunicarse y espíritu de

participación”. (Odreman y otros, 1996, p. 2) y señala como criterios fundamentales para el nivel de Educación Básica, el desarrollo del pensamiento lógico, de la competencia comunicativa y de actitudes autónomas, la comprensión del mundo físico y natural, la valoración de lo estético y la educación física y recreacional. Para alcanzar este perfil se ha planteado la incorporación de cuatro ejes considerados fundamentales para el desarrollo humano (lengua, pensamiento lógico, valores y educación para el trabajo), lo cual constituye un intento para ofrecer una educación integral.

Al analizar los rasgos, características y criterios descritos en ese perfil, se puede observar que con esta reforma se está promoviendo la pedagogía del desarrollo integral y del aprendizaje significativo. El énfasis que hace la propuesta en el desarrollo del pensamiento lógico, de la autonomía, de la comunicación y la comprensión de la realidad plantea la necesidad de generar acciones que potencien la construcción del aprendizaje y del conocimiento mediante la provocación de ciertos procesos en el estudiante. En esa línea, *evaluar equivale a observar, captar el progreso del estudiante en atención a criterios referenciales y estimar hasta qué punto ha ido desarrollando las capacidades para aprender a aprender y lograr nuevos conocimientos y actitudes. Por otro*

lado, el docente puede apreciar sus capacidades para enseñar a aprender e introducir los cambios pertinentes.

Situados en ese marco, la evaluación supone prestar atención a una serie de elementos que la conforman, como son: características, criterios, tipos y funciones que debe cumplir, condiciones para su ejecución, técnicas, procedimientos y actividades que pueden contribuir al logro de un aprendizaje significativo y el papel que juega en los demás componentes curriculares.

CARACTERÍSTICAS Y CRITERIOS

Para cumplir su propósito fundamental, como es proporcionar información que retroalimente y mejore el proceso educativo, la evaluación debe ser: *continua, integral y cooperativa.*

La evaluación continua es “generalmente una evaluación interna, en tanto es el mismo profesor que imparte la enseñanza quien la realiza” (Mirás y Solé, 1990). Lo que le da el carácter de continua es la observación permanente y reflexiva acerca del progreso de los alumno, acompañada de una retroalimentación constante y adecuada que estimule el aprendizaje y conduzca a la aplicación de correctivos pertinentes.

La verdadera evaluación continua es *cualitativa, descriptiva e interpretativa.* En su acepción

más estricta, implica una atención permanente e individualizada y excluye la realización de exámenes en cuanto procedimientos de medición, para pasar de un año a otro u otorgar un puntaje (Gorrido, 1988, p. 192). Es por ello que en muchos países europeos han optado por no asignar notas en los primeros niveles educativos, pero los docentes deben llevar una relación del progreso de los alumnos y mantener informados, tanto a los estudiantes como a sus padres. En los grados superiores se pueden adjudicar calificaciones, pero éstas deben ir acompañadas de un informe descriptivo.

Otra característica fundamental, que está íntimamente relacionada con la continuidad, es su *integración* al proceso de enseñanza y de aprendizaje. La evaluación debe ser una actividad paralela e implícita al proceso didáctico (Rosales, 1990), debe realizarse en el contexto de aprendizaje y estar basada en una estimación dinámica, continua y emergente del proceso, del progreso del alumno y de las estrategias desarrolladas (McLellan, 1993).

Las actividades evaluativas deben ser parte integrante de la clase. En muchas escuelas la evaluación es considerada como un proceso aparte y se llega hasta paralizar la acción didáctica olvidando que ella es una manera de aprender. Su propósito es ajustar las estrategias de trabajo para mejorar el aprendizaje. Hay

que promoverla y cumplirla de esa forma para que se vaya perdiendo el *temor a la evaluación* que ha sido producto de viejas concepciones y formas tradicionales de aplicación.

Además de estar integrada al proceso enseñanza y de aprendizaje, la evaluación debe ser *integral*, lo cual implica utilizar toda la información posible para analizar el proceso, los resultados y el contexto en el cual se desarrolla la acción educativa. Este análisis, permite al docente darse cuenta de las limitaciones, virtudes y potencialidades de sus alumnos, interpretar y captar el por qué de tal proceso o tal resultado y por ende, tomar las decisiones pertinentes para impulsar un buen aprendizaje.

Para lograr una evaluación integral que ofrezca una apreciación global del sujeto, de su cultura y de su pensamiento, es necesario reconocerla y ejecutarla como un *proceso de interacción*, en donde profesores y alumnos puedan intercambiar ideas acerca de su trabajo y estén conscientes de que ambos son corresponsales de lo ocurrido en el aula. Adicionalmente y con el fin de emitir juicios más justos y adecuados, se deben tomar en cuenta las opiniones de padres, representantes y otros profesores. Así, la evaluación debe ser *participativa*, e involucrar al alumno en el seguimiento y control de su aprendizaje.

La participación lleva a la práctica de la *coevaluación* y la

autoevaluación, las cuales deben abordarse de tal forma que conduzcan a un darse cuenta de cómo se está aprendiendo y qué se debe cambiar o mantener. Para ello es necesario conservar un clima de respeto y valoración adecuada entre profesores y alumnos, donde se esté abierto al error y se proporcionen oportunidades para reflexionar, recapitar y mejorar. En este sentido, conviene tener criterios que permitan valorar el tipo de apoyo prestado al alumno y su grado de avance.

Según Giménez (1997), "los criterios de evaluación son las afirmaciones que precisan el grado y tipo de aprendizaje que van a permitir adquirir las capacidades estipuladas" (p. 53); por tanto, estos se encuentran asociados a las capacidades a desarrollar y a los contenidos a estudiar. Desde esta posición, previa elaboración de los criterios, es necesario identificar las capacidades establecidas en los objetivos, las habilidades específicas relacionadas con aquellas, y las dimensiones de los contenidos a aprender. Esa asociación puede observarse en el siguiente ejemplo para 3er grado.

Objetivo general: expresar por escrito ideas propias, utilizando frases sencillas con un vocabulario adecuado, una puntuación y una ortografía correcta y valorando la imaginación y buena presentación de los trabajos.

Capacidad a desarrollar: expresión escrita.

Habilidades específicas: manejo de vocabulario, empleo de signos de puntuación, aplicación de reglas básicas de ortografía, organización y desarrollar ideas en forma coherente, uso de la imaginación para escribir ideas originales y presentación adecuada de los trabajos escritos.

Contenidos a ser aprendidos:

Conceptual: significado de los signos de puntuación, reglas ortográficas, palabras que describen, palabras que nombran, palabras que indican acciones, concepto de párrafo;

procedimental: uso del vocabulario apropiado, según describa, nombre o señale acciones, elaboración de párrafos cortos y con sentido, uso de una puntuación y una ortografía correcta;

actitudinal: disposición a presentar sus trabajos limpios, sin errores, con el vocabulario apropiado y con ideas originales.

En cada uno de los componentes anteriores, se advierten los *critérios* relacionados tanto a las habilidades como a los contenidos. Ellos son: corrección, adecuación, secuencia y coherencia, originalidad, propiedad, limpieza y organización. El significado de cada uno de ellos debe ser explicado a los alumnos. Por ejemplo, el criterio de corrección indica que las palabras deben ser escritas sin errores y

que los signos de puntuación deben ser los convenientes en cada lugar. El criterio de originalidad implica que el estudiante escriba lo que piensa, siente o conoce del tema seleccionado, sin copiar de otros.

La definición de lo que se va a aprender, conjuntamente con los criterios, constituyen la base para la selección de las actividades de aprendizaje y de evaluación las cuales, deben estar estrechamente vinculadas. Por ejemplo, se le puede pedir a los alumnos que seleccionen temas de su interés y escriban textos cortos acerca de los mismos. A medida que escriben, el docente en un recorrido por el salón, va observando individualmente a cada estudiante, con la finalidad de percibir el autocontrol que tiene en la ejecución de la tarea, valorar su progreso y orientarlo hasta que logre la autonomía en su desempeño, para luego verificar el resultado obtenido. De esta forma ejecuta la evaluación como una experiencia que mediante la observación y reflexión continua, aporta información que permite ir transfiriendo al estudiante, la responsabilidad de su propio aprendizaje.

TIPOS DE EVALUACIÓN, FUNCIONES Y TÉCNICAS PARA SU EJECUCIÓN

Para una valoración global de lo que ocurre durante los procesos de enseñanza y aprendizaje, es necesario aplicar

una evaluación que implique el comienzo, el desarrollo y el resultado de ambos procesos.

La exploración preliminar de las habilidades, disposiciones, conocimientos y sentimientos de los alumnos, con fines de planificación del aprendizaje, implica la realización de una *evaluación diagnóstica inicial* que tome en cuenta no sólo la información sobre hechos y conceptos específicos que tienen los alumnos sino también, la forma cómo abordan el conocimiento, las representaciones, los esquemas y el sentido que le dan a ese conocimiento. Esto con la finalidad de tener una "radiografía" de los distintos recursos con que cuenta el alumno para abordar su aprendizaje (Miras, 1994).

También es conveniente realizar una *evaluación diagnóstica puntual* cada vez que se vaya a emprender un aprendizaje diferente, ello la hace más completa y ayuda a un mejor conocimiento del alumno. La función principal de este tipo de evaluación, es identificar y utilizar continuamente los conocimientos previos del estudiante, después de iniciar una clase o tema lo cual puede coadyuvar en el grado de ajuste de la programación en sesiones o temas particulares (Díaz y Hernández, 1997).

Desde este punto de vista, el diagnóstico va más allá de la sola aplicación de una prueba objetiva, al inicio del año escolar,

para precisar los “prerrequisitos” que debe tener el alumno. Es necesario utilizar otras técnicas o instrumentos como son la observación, los diálogos y las entrevistas. Los instrumentos cerrados deben dejarse para aquellos casos que realmente lo ameriten.

La evaluación *formativa* es imprescindible, para cumplir con el carácter de continuidad explicado anteriormente. Esta debe realizarse sobre la marcha, de forma dinámica y conectada a todas las actividades de enseñanza y de aprendizaje, tomar en cuenta el dominio de conocimientos, las estrategias para aprender, la secuencia y la complejidad de los aprendizajes, las estrategias de enseñanza, la motivación, la exploración y la cooperación, ofreciendo así una visión completa del proceso de aprendizaje seguido por el alumno y de la utilidad de las prácticas didácticas promovidas por el docente.

Lo fundamental en esta evaluación es observar y reflexionar con el alumno durante la realización de su trabajo, captar su acciones y reacciones, conocer sus opiniones e intereses, su nivel de ejecución y sus dificultades inmediatas, ofrecer retroalimentación y decidir las acciones convenientes para estimular o mejorar. “Es preciso entenderla como un proceso natural de información sobre lo que ocurre, que utiliza múltiples recursos, sin plantear necesariamente procedimientos

formales de evaluar” (Sacristán, 1993).

Por su carácter de globalizadora, en esta evaluación es donde mejor se pueden considerar los ejes transversales propuestos en la reforma curricular. Durante el desarrollo del trabajo, se pueden observar hábitos de trabajo, dedicación, responsabilidad, disposición al trabajo, comportamientos sociales, valores y manifestaciones intelectuales, sin necesidad de actuar de manera controladora y punitiva, sino que por el contrario, se estimulen las potencialidades personales y se ayude a superar las limitaciones.

Se pueden utilizar muchos recursos para llevar a cabo esta evaluación, entre ellos:

- El pensamiento en voz alta, la estimulación del recuerdo, la observación de situaciones escenificadas, el juego de roles y la observación durante la ejecución de una tarea, las cuales permiten al profesor, inferir los procesos y estrategias cognitivas utilizadas por los alumnos, mediante la formulación de preguntas acerca del cómo están construyendo su aprendizaje. Por ejemplo, qué variables están considerando mientras trabajan un problema.

- Las preguntas reflexivas para descubrir y comprender información concreta contenida en textos, orales o escritos, que obligan a la organización y relación de información, permiten

la exploración de habilidades para el análisis, la observación, la descripción y otros procesos. Este tipo de preguntas requieren que el estudiante defina situaciones, de ejemplos, amplíe ideas, se percate de suposiciones subyacentes, evalúe ideas, establezca relaciones y prediga resultados. Por ejemplo, durante la lectura de un texto se podrían hacer preguntas como. ¿Qué quiere decir el autor con ...? ¿Cuál será el mejor ejemplo para ilustrar X situación? ¿Si estuvieras en la situación del personaje principal qué harías? ¿En qué se diferencian tus ideas acerca de este tema, de las ideas del autor?

- La metodología etnográfica participativa donde se invita al alumno a contextualizar situaciones, analizarlas, y tomar decisiones para solucionar un problema, son muy adecuadas para el desarrollo y mejoramiento de los procesos de razonamiento.

- Los portafolios como medios para guardar series de trabajos creados o producidos por el estudiante, permiten al docente, conocer el proceso de aprendizaje y desarrollo del niño y al alumno, retomar su colección de trabajos y elaborar informes críticos o autobiográficos, resaltando cuales características han cambiado con el tiempo y cuales de las que permanecen necesitan cambiar (McLellan, 1993).

- Los mapas conceptuales, ayudan a evaluar las habilidades para diferenciar y estructurar los conceptos claves contenidos en los materiales de clase. Pueden ser

utilizadas, tanto individual como grupalmente y mediante el uso de preguntas reflexivas como: ¿Qué ideas están relacionadas con este concepto?, ¿se podrá construir una jerarquía?, ¿qué conexiones puedo hacer?, ¿estas conexiones son significativas?, ¿existen otras situaciones que se relacionan con este concepto?, los estudiantes pueden ser inducidos a elaborar estructuras conceptuales propias (Roth, 1992).

Entre otras estrategias se encuentran, entrevistas, dramatizaciones, discusiones en grupo, co-investigaciones, repetición de procesos seguidos en la resolución de problemas y grabaciones de otros procesos que son luego utilizadas como base para la crítica de sus propios métodos (McLellan, 1993).

En la medida en que se le presta mayor atención al proceso, se pueden propiciar situaciones que estimulen un *aprendizaje profundo* donde el alumno se interesa por comprender y saber hacer y no un "aprendizaje superficial" donde el alumno memorice solamente la información necesaria para presentar pruebas y exámenes sin añadir lo indicado en el original pág. 9.

Ella implica el análisis de la información obtenida durante la evaluación continua y la aplicación de instrumentos formales como pruebas escrita, mapas conceptuales, proyectos y cualquier otro tipo de trabajos que permitan corroborar si el alumno ha aprendido o

desarrollado las capacidades y conocimientos necesarios para continuar su aprendizaje.

CONSIDERACIONES GENERALES

En atención a lo expuesto, la evaluación del aprendizaje puede caracterizarse como un proceso participativo, reflexivo e integrado a la actividad didáctica, muy rico en cuanto a las estrategias de aplicación y con un predominio de lo cualitativo sobre lo cuantitativo.

Para realizar una evaluación que contribuya al desarrollo de un aprendizaje significativo, es conveniente que ésta:

- de prioridad a los procesos y no a los resultados.
- sea aplicada como un proceso continuo, participativo, reflexivo, formativo integral e integrado a las actividades de enseñanza y de aprendizaje.
- tome en cuenta al alumno como un ser integral cuyo aprendizaje está estrechamente vinculado con variables sociales, culturales, afectivas, psicomotoras cognoscitivas y relacionales del aprendizaje escolar.
- sea predominantemente cualitativa y separe el binomio evaluación-calificación como único medio de informar al alumno sobre su aprendizaje.

Se ejecute como un componente del proceso educativo

destinada al mejoramiento y crecimiento personal social del alumno y no como una actividad terminal que ignore el contexto de aprendizaje y enseñanza.

Use criterios generales e implícitos en cada tarea para juzgar la calidad del proceso y de los resultados educativos.

- considere la exploración inicial de las capacidades y experiencias de los alumnos como punto de partida para organizar y planificar la enseñanza.

- haga uso de estrategias variadas, abiertas y conectadas con la forma de trabajo natural en el aula.

Para llevar a cabo una evaluación como la que se ha venido proponiendo actualmente, metodológicamente pluralista y democrática, que valora cada situación atendiendo al contexto particular en que se cumple (Pérez Gómez, 1993), se necesitan mentes innovadoras, abiertas al cambio y dispuesta a olvidar viejas prácticas en pro del mejoramiento de la calidad de la educación. Un cambio de paradigma carece de sentido si no cambian quienes lo ejecutarán. Esos cambios no se dan por mera información, es necesario un proceso de reflexión y crítica constante que sensibilice y convenza al maestro de la conveniencia de sustituir viejos esquemas por otros más concordantes con la realidad actual.

BIBLIOGRAFÍA

- COLL, C. Y MARTIN, E. (1994) "La Evaluación del Aprendizaje en el *Curriculum* Escolar". Coll y otros, *El Constructivismo en el aula*. Editorial Graó, Barcelona, España.
- DÍAZ, F. Y HERNÁNDEZ, G. (1997) *Estrategias Docentes para un aprendizaje significativo. Una interpretación constructivista*. Preedición, Editorial McGraw-Hill; México.
- FEUERSTEIN, R., RAND, Y., HOFFMAN, M. AND MILLER, R. (1980) *Intrumental Enrichment*. Baltimore: University Park Press.
- GIMÉNEZ, J. (1997) *La evaluación en Matemáticas, una integración de perspectivas*. editorial Síntesis, España.
- MAYOR, J., SUENGAS, A. Y GONZÁLEZ, M. (1993) *Estrategias Metacognitivas, aprender a aprender y aprender a pensar*. Proyecto Editorial Síntesis Psicología, España.
- MCLELLAN, H. (1993) Evaluation in a Situated Learning Environment. *Educational Technology*, V33 (3)
- MEDINA, Antonio (1991) *Teoría y Métodos de Evaluación*. Editorial Cincel, España.
- MIJARES, A. (1943) *Educación. (Algunos problemas de orientación educativa que son también políticos y sociales)* Imp. Manuel León Sánchez, S.C.L.M.R. del Toro de Lazarín, nº 7 México.
- MIRAS, M. (1994) "Un punto de partida para el aprendizaje de nuevos contenidos" en Coll y otros, *El Constructivismo en el aula*. Editorial Graó, Barcelona, España.
- PIAGET, J. (1973) *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Seix Barral.
- ROMÁN, M. Y DÍEZ, E. (1994) *Curriculum y Enseñanza*. Una didáctica centrada en procesos; EOS, España.
- TIPPINS, D. (1992) "Culturally Relevant Alternative Assessment", en *Assessing for individual Differences, Science Scope*.
- VYGOTSKY, L. S. (1979) *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Grijalbo.

La integración o inclusión. Nueva modalidad educativa para eliminar el dualismo entre educación especial y educación regular

Silvana Campagnaro de Solórzano

Silvana Campagnaro de Solórzano es licenciada en Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello (1977). Magister en Psicología Educativa de Michigan State University (1982), en énfasis en la resolución de problemas presentados en el sistema escolar, docentes, alumnos, padres y comunidad. Experiencia en Psicología Escolar en escuelas públicas (15 años). Profesora de pregrado en la cátedra de Psicología Escolar y profesora de postgrado en la asignatura Estrategias de Evaluación e Intervención en la Niñez. Asesora de varias instituciones y actualmente participa como asesora del Sistema Nacional de Evaluación del Aprendizaje del Ministerio de Educación. Actual Directora de la Escuela de Psicología y del Programa de Postgrado en Psicología Clínica Comunitaria de la Universidad Católica Andrés Bello.

Infancia de nuestros hijos, infancia de la Patria, que tiene hoy la esperanza de comenzar una vida nueva: campo cerrado y sagrado. ¡Qué nadie se atreva ser en él un sembrador de cenizas!

Augusto Mijares

La integración o inclusión, a la escuela regular, de niños y jóvenes con necesidades educativas especiales es una política educativa establecida en muchos países desarrollados, que ha dado un gran impulso a nivel mundial, al lema

“Escuela para todos”. Esta declaración fue escogida en Salamanca - España (1994) en un documento que reafirma el

derecho a la educación que tienen todas las personas, independientemente de las diferencias particulares, derecho a integrarse a un ambiente escolar que les reconozca sus diferencias y se les eduque tomando en cuenta sus potencialidades y no sus debilidades. Esta declaración es eco de otras declaraciones previas: la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), y la Conferencia Mundial sobre Educación para Todos (1990).

En países desarrollados como Francia, Italia, Inglaterra, países escandinavos, Estados Unidos y otros, han establecido política de integración desde los

años setenta, que reconocen la diferencia o heterogeneidad de los niños para avanzar en su aprendizaje dentro del sistema escolar regular y su inserción completa al sistema ordinario o regular de educación. En Francia por ejemplo, se promulgó la ley de Orientación el 30 de Junio de 1975, cuyo título 1º señalaba los derechos de las personas con deficiencias y “el acceso al menor y adulto con deficiencia a las instituciones abiertas a la población general y su mantenimiento dentro de un marco corriente de trabajo y de vida” (Courtiex 1996). Los individuos o las familias podían escoger el tipo de educación que querían para sus hijos en función de la disponibilidad de recursos en los planteles educativos regulares o especiales. Sin embargo, como sostiene Courtiex, la práctica ha sido crear instituciones específicas que puedan albergar una población que parece no encontrar lugar en las instituciones regulares. En 1995, una nueva ley es promulgada y su espíritu es integrar al niño o joven con necesidades especiales al aula regular cada vez que sea posible. En este modelo francés de inclusión, cada niño o joven tiene un programa individualizado, asociando la familia y las necesidades del niño o joven con el programa educativo. El modelo de integración francés parece haber evolucionado, porque tiene más claras las estrategias de integración reflejadas en texto y otros

manuales publicados, sin embargo las cifras oficiales de personas integradas han disminuido en los últimos años y tal como lo plantea Courtiex, estos 20 años han servido de experiencia mas no tienen una respuesta satisfactoria. Para ellos ha sido un proceso lento y no tan efectivo, porque todavía están ansiosos de buscar el lugar más adecuado para el joven, en vez de que la institución se ajuste a sus necesidades educativas especiales.

Se podría plantear, entonces, una paradoja ¿por qué si tienen una ley desde 1975, el proceso ha sido lento? ¿Es realmente la promulgación de una ley la respuesta a la integración?

La experiencia de otros países pueden contribuir a contestar esta interrogante. Por ejemplo, Italia en 1977, legisló el cierre de los institutos psiquiátricos y las escuela especiales y emprendió un nuevo modelo alternativo. Todo niño con el consentimiento de la familia se integra a una clase regular con el apoyo de educación adicional. Mientras asiste al aula regular, el niño recibe el apoyo individualizado, aportado por un docente, quien lo acompaña todo el tiempo dentro del aula regular. También puede recibir ayuda externa fuera del horario regular cuando la exigencia del caso lo requiera. Pero lo que hay que destacar es que la escuela se ha organizado de tal manera que puede aceptar a un niño con diferencias y ajustarse

pedagógicamente a él, generando programas individualizados que atienden las necesidades educativas especiales, para lograr desarrollar el potencial de ese individuo y su ajusta en la sociedad. Pareciera entonces que la legislación es importante pero también la única alternativa educativa, que ofrecen en la incorporación del estudiante con necesidades educativas especiales, al sistema regular que debe hacer los ajustes necesarios para recibir a este individuo diferente, pero no especial.

En Inglaterra, la política integracionista está basada en un modelo del entorno, es decir se trata de “reducir la diferencia a través del ordenamiento de un entorno modificado y más adaptado a las posibilidades de la persona con deficiencia” (Courtix 1996). Se evita etiquetar a los niños, buscando el lugar de colocación que más se ajuste a sus “necesidades educativas especiales”. Este concepto ha influenciado a países como España, Portugal y los países escandinavos, cambiando el modelo médico por un modelo educativo desarrollista, más centrado en los procesos individuales de la persona y resaltando más las potencialidades que las deficiencias o carencias.

En Estados Unidos, la educación de alumnos con deficiencias, ha pasado varias etapas desde la segregación y exclusión de servicios educativos, pasando por las exigencias y

obligatoriedad de leyes para que fueran atendidos en ambientes escolares regulares, hasta las políticas de programas y prácticas que se desarrollan hoy en día para hacer de la inclusión un mejor servicio de integración.

Desde que se promulgó la ley PL 94 -142 en 1975, la integración se ha desarrollado cada vez más porque ha permitido, con muy poca excepción, que los niños con dificultades tengan acceso a la educación pública. Los programas de educación especial que facilitan la integración atienden a cinco millones a un costo de 20 billones de dólares (Lipsky, D. Y Gartner, A. 1997).

El sistema americano de educación especial, del cual Venezuela ha tomado algunas ideas, es definido como una cascada que va, desde la integración a ambientes lo menos restrictivos posibles, por ejemplo el aula regular, hasta lo más restrictivo como puede ser la institución para retardados mentales o trastornos psiquiátricos severos.

Según Lipsky y Gartner la colocación de los niños en las instituciones, varía acorde a la edad del niño, la deficiencia y las políticas descentralizadas de cada estado. Como es de suponer, los niños de menor edad –entre 6 y 11 años– asisten, por lo general, a instituciones regulares (el 50% de los estudiantes identificados con algunas deficiencias asisten a escuelas regulares, frente al 30%

de los estudiantes —entre 12 y 17 años— y el 23% de estudiantes, entre 18 y 21 años).

De acuerdo a la deficiencia que presente, varía la proporción de niños que son integrados, así que quienes padecen de trastornos de lenguaje o impedimentos sensoriales son integrados en un 81%, mientras que el 61% de los diagnósticos con retardo mental es excluido del sistema regular para atender clases o instituciones especiales. Los estudiantes con dificultades de aprendizaje atienden en 34.8% clases regulares, mientras que el 21,3% atienden clases separadas o ambientes más restrictivos que el aula regular. Las políticas son definidas a su vez por cada estado de acuerdo a sus necesidades, y existe una conciencia muy alta de colocar al individuo con necesidades educativas y conductuales, en un ambiente lo menos restrictivo posible, así como ofrecerle la ayuda profesional que requiera dentro de la misma escuela.

Parece, entonces, que la política de integración de estos países, no es absoluta sino relativa al problema o trastorno que presenta el niño o joven. Mientras más leve sea la deficiencia, mayor posibilidad tendrá que ser integrado al aula regular, a ambiente menos restrictivo, pero si la deficiencia requiere de atención más individualizada y especializada, el niño recibe una integración a medias. A pesar de la legislación, estos países todavía

mantienen en cierto grado la exclusión.

En Venezuela desde finales de los setenta se ha hecho un intento por incorporar la integración de nuestro sistema educativo, un principio que esta explícito en la Constitución Nacional y en la Ley Orgánica de Educación. Este intento es un esfuerzo realizado por la modalidad de Educación Especial más que por la Educación Básica. Para tal fin en los últimos cinco años, se ha tratado de seguir los principios filosóficos que rigen al Programa Mundial para las Personas con Discapacidad, de la Organización de las Naciones Unidas, la Declaración Mundial sobre Educación para Todos, la Declaración de Salamanca y otros. Sin embargo, no se termina de eliminar la dualidad entre los dos sistemas de educación. La actual directora de Educación Especial, Núñez de Báez (1996) la define

en una doble función: por un parte atiende a través de sus planteles y servicios a todos aquellos niños, jóvenes y adultos, que la complejidad de sus necesidades educativas especiales, requieren de un abordaje pedagógico diferenciado, y por otra, promueve la integración a la escuela regular de sus educando, en los diferentes niveles y modalidades del sistema educativo, para garantizar su prosecución escolar hasta que culmine su educación terminal, según lo establecido en Artículos, 23, 25, 39 y 44 de la Ley Orgánica de Educación, de acuerdo a sus potencialidades de desarrollo, facilitando su incorporación laboral e integración social.

Para ser consecuentes con la política educativa “hacia la

integración” se promulga un decreto ministerial, Resolución 2.005, de diciembre 1996, que establece:

es prioridad para el Ministerio de Educación propiciar las condiciones para que la población con necesidades educativas especiales pueda integrarse a los planteles oficiales y privados (...)

... es un proceso que debe desarrollarse en forma continua, sistemática y progresiva, que implica el desarrollo de estrategias a corto, mediano y largo plazo que garanticen el cambio actitudinal de administradores educativos a integrantes de comunidades.

Por tanto este decreto resuelve:

Los planteles educativos oficiales y privados, en los diferentes niveles y modalidades del sistema educativo, deberán garantizar el ingreso, prosecución escolar y culminación de estudios de los educando con necesidades educativas especiales, previo cumplimiento de los requisitos exigidos para su integración escolar.

A pesar de los intentos, decretos y resoluciones de integrar ambas modalidades, siguen siendo sistemas paralelos, una dualidad que opera con sus propias filosofías, decisiones políticas, programas, estrategias metodológicas, con escuelas propias y con profesionales de formación académica diferenciada.

Esta dualidad se mantiene porque junto al del concepto de integración, inclusión, individualidad, hemos mantenido viva la falacia de que hay dos tipos diferentes de estudiantes: los regulares y los especiales, los normales y anormales, o aquellos

intermedios con características de ambas, pero que no encajan en esta categorías dicotómicas. Esta concepción del estudiante surge del concepto estadístico de normalización, donde se explica que todo individuo que se desvía del promedio es considerado diferente. Esto se contradice con los principios desarrollistas que sostienen que todo individuo tiene características propias, algunas son fortalezas y otras debilidades y que exige un programa individualizado, para satisfacer las necesidades de las diferencias individuales.

Otra concepción falsa es que se debe elaborar una programación diferente para el educando con necesidades especiales, porque se considera que la atención debe ser individual. Sin embargo, todo niño regular o especial debe ser atendido en forma individual. Esto debería ser una condición natural para todos los niños, normales o especiales, que asisten a la escuela. La filosofía de la Escuela Básica sostiene que la educación es individualizada, cada individuo es único, se respeta su propio ritmo de aprendizaje, se busca la educación integral del niño y sin embargo, la experiencia profesional permite constatar que si un niño o joven demuestra alguna característica especial, ya no se ajusta al programa, y el educador lo refiere por especial. Esto se contradice con la filosofía propuesta, pero una vez más esta práctica es apoyada por el sistema paralelo que existe.

Otro punto que merece especial atención, es el de los métodos de instrucción. Se tiene la convicción de que los niños especiales aprenden a través de canales y procesos, que funcionan diferente a los de los niños regulares. Afortunadamente sabemos que hay dos psicologías del aprendizaje, sino que cada individuo tiene características particulares para abordar la tarea de aprendizaje.

La gran falacia que ha reforzado este sistema paralelo, es la política de formación de los profesionales que trabajan en el área. Se ha conceptualizado una formación diferente para unos y para otros, hay una escuela de educación que forma docentes en educación especial y la que forma docentes en el aula regular. Este último estudia el desarrollo y la psicología del aprendizaje normal, el especial estudia las desviaciones. Esto, por supuesto, genera información, investigación, actitudes, líneas de acción, decisiones y hasta políticas sociales, que aumentan el paralelismo, algo incongruente con la concepción filosófica de la integración o inclusión.

Por años, se ha creído que el paralelismo educativo es eficiente, pero hay varias razones para considerar lo contrario:

En primer lugar se pierde tiempo y dinero para clasificar quién es especial y por qué se diferencia del normal. En la categoría de especial hay, a su

vez, diferentes categorías o etiquetas, que al docente de aula no le son de mucha utilidad. ¿Para qué le sirve a un maestro saber que un alumno tiene daño orgánico o un retardo mental leve? Estas categorías tienen valor diagnóstico, son útiles para identificar causas y hasta para prevenirlas, pero la etiqueta en sí, no tiene valor para el docente de aula, lo que sí necesita saber es cómo aprende y cuales son sus fortalezas y debilidades.

En segundo término, se han desarrollado programas curriculares para niños especiales y para niños normales sin considerar que muchos de los recursos que usa la Educación Especial, podrían ser de mucha utilidad para el aula regular. Por ejemplo, un programa para desarrollar hábitos de trabajo, ¿qué niño no se beneficiaría de un programa como éste, o un programa sistemático de práctica repetida para aprender a leer, o un entrenamiento para mejorar el trazado de la letra, o de materiales llamativos y motivantes?

En tercer lugar, muchas investigaciones que se reportan en la literatura especializada reflejan resultados poco halagadores, cuando comparan la eficiencia del sistema especial con el regular. Con indicadores confiables y válidos demuestran poco avance en el rendimiento escolar, adaptación social y desarrollo personal de los niños etiquetados como especiales y aislados de aula regular.

Las investigaciones también indican que los estudiantes regulares no pierden tiempo por tener en el aula niños integrados, el tiempo dedicado a la instrucción a interrupciones no es mayor en clases que tienen niños especiales que en aquellas aulas que no tienen ningún niño integrado (Staub y Peck, 1994 cp Kerzner D. Y Artner A.. 1997).

Por último las investigaciones demuestran que desde el punto de vista social hay ganancias para ambos alumnos. Los alumnos con necesidades especiales se benefician, a través de modelaje de conductas que les permite, desarrollar destrezas sociales propias de su edad, como por ejemplo estrategias de interacción, participación, autocontrol y también mejor desarrollo de la autoestima. Por otra parte, Staub y Peck identifican cinco efectos positivos de la integración en estudiantes regulares:

- se reduce el miedo hacia las diferencias individuales, acompañado por un sentimiento de comodidad cuando se está en la compañía de algún niño especial;
- crecimiento en cognición social;
- aumento del autoconcepto;
- desarrollo de principios personales; y
- calidez y preocupación por otros;

Pareciera entonces que la solución no es decretar leyes, sino

más bien eliminar los sistemas paralelos. El problema es tan complejo que obliga a los administradores del sistema educativo a incluir niños con deficiencias en aulas regulares. La inclusión implica una formación diferente del docente, la capacidad para saber atender las diferencias individuales. La inclusión significa un cambio de actitud hacia el aprendizaje diferenciado, aceptar y comprender la heterogeneidad de los individuos que hay en el salón de clases, implica reforzar los logros de los aprendices más aventajados, pero respetar el proceso de aprendizaje de los más lentos, reforzando cada paso en el logro de esa meta. La descalificación y la poca estimulación, son la clave para que un maestro haga fracasar a ese alumno.

Por la experiencia como profesional en el área de la psicología escolar he visto con mucha frecuencia la resistencia del docente frente a la debilidad. No hablo de debilidades severas como retardo mental o autismo, me refiero más bien a problemas como dificultades de aprendizaje, trastornos de atención e hiperactividad, que requieren por parte del docente de una gran atención reforzadora y no descalificadora. Esta actitud hace una gran diferencia en la motivación y rendimiento del alumno a pesar de sus debilidades.

RECOMENDACIONES PARA IMPLEMENTAR PROGRAMAS DE INTEGRACIÓN O INCLUSIÓN

- Hacer cumplir los decretos nacionales y los acuerdos internacionales donde se reconoce que todo individuo tiene derecho a una educación que desarrolle al máximo sus potencialidades.

- Eliminar la dualidad entre los sistemas de educación regular y especial. El objetivo o meta última de la educación especial es preparar al individuo con características especiales para que se integre a la sociedad, para que sea útil a la comunidad y a sí mismo. Sin embargo, la estrategia para lograrlo no es creando un sistema paralelo de educación o trabajando con ellos como si creyéramos que existen dos sociedades, una regular y otra especial. La vida real no funciona con abastos, ni iglesias, ni trabajos especiales. Mantener dos sistemas paralelos es hasta contraproducente, porque se le impide a los especiales convivir con los regulares tal como lo deben hacer en la vida real.

- Flexibilizar y adaptar el programa y especialmente las estrategias de evaluación. Enseñar y evaluar en función de lo que aprende el individuo y no en función de lo que enseña el docente.

- Establecer modelos de consulta para fortalecer al docente de aula en sus funciones de planificación, enseñanza y evaluación. Estos modelos pueden

estar basados en el principio de la co-enseñanza. Donde el docente de aula comparte responsabilidades con otro docente quien coopera con la actividad para atender a los alumnos integrados, así como en la preparación de material ajustado a las necesidades del alumno, y en la enseñanza y procesos de evaluación.

- Mantener en la escuela profesionales que den soporte técnico a docentes, padres y alumnos.
- Entrenar a docentes en su desarrollo profesional de manera sistemática y continua para ayudarlos a resolver dificultades en la adaptación del programa, enseñar estrategias de instrucción más eficientes y diseñar instrumentos de evaluación pertinentes para sus alumnos integrados.
- Trabajar cooperativamente con los profesionales de educación especial, compartir responsabilidades y esfuerzos.
- Promover grupos de voluntarios para la colaboración de la implementación del programa para apoyar actividades complementarias.
- Estimular el uso de la tecnología educativa, vídeos, grabaciones, libro hablado, computadora y *software* que le permitan al estudiante alcanzar los

objetivos planificados.

- Sensibilizar a la comunidad educativa sobre integración, promover la aceptación de esta nueva modalidad educativa en la institución.
- Trabajar con los padres de los niños integrados para incorporarlos a la educación de sus hijos.
- Integrar la escuela, de educación de formación universitaria, formando profesionales con habilidades y conocimientos que les permita enfrentarse a las diferencias individuales más que a necesidades especiales.
- Sensibilizar a la población en general en lo que se refiere a políticas de integración y especialmente resaltando la discriminación que hacemos en mantener dos sistemas paralelos.
- Trabajar en este esfuerzo ambas modalidades de educación.

Este proceso es una tarea ardua que requiere del esfuerzo de muchos sectores, desde el legislativo hasta el de la sociedad civil. Este esfuerzo bien vale la pena intentarlo y ahora que nos aproximamos a un nuevo siglo, tal vez la cruzada que debemos emprender es la de crear una sociedad de oportunidades iguales, eliminar diferencias y crear un sistema social, personal y educativo sin dualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- COURTEIX, MARIE-CLAUDE
(1996) "Vida escolar e integración de los niños y jóvenes con deficiencias, 20 años después de la aprobación de la ley de Orientación del 30 de Juvenil de 1975 Le Courier de Suresnes".
Revista del Centro Nacional de Estudios y Formación para la Infancia Inadaptada de Francia nº 66/1.
- ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS Y MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA DE ESPAÑA, "Declaración de Salamanca y Marco de acción sobre necesidades educativas especiales" (1994) *Conferencia mundial sobre necesidades educativas especiales: acceso y calidad*. Salamanca, España.
- LIPSKY D. Y GARTNER, (1997). *Al inclusión and school reform. Transforming American Classrooms*. Baltimore, Paul S. Brooke.
- NÚÑEZ DE BÁEZ, BEATRIZ (1996). *Fundamentación político-conceptual y legal para la integración escolar de la población con necesidades educativas especiales, el marco del*

ENSAYOS

*sistema educativo
venezolano.* Publicación
Ministerio de Educación.

_____: (1996) *La integración
escolar, línea
estratégica de política
educativa en la modalidad*

de educación especial.
Publicación del Ministerio
de Educación. Resolución nº
2005 Ministerio de
Educación. Caracas 02 de
diciembre de 1996.

STAINBACK, S. Y STAINBACK, W.
(1989) *Educating all
Students in the Mainstream
of Regular Education*
Baltimore Paul S.
Brooke.

Aprendiendo a vivir con sentido

La Escuela Agropecuaria "San Ignacio del Masparro"

Javier Duplá, Zulma Cirigliano
Rosa María Cisneros

Javier Duplá, S.J. es licenciado en Filosofía, Educación y Teología. Miembro de la Compañía de Jesús en Venezuela. Es profesor en distintas materias en Educación Secundaria en el Colegio San Ignacio, en el Instituto Técnico Jesús Obrero y en el Colegio Gonzaga. Director de la Escuela de Educación. Subdirector y director de este último centro educativo. Subdirector de la Zona Zulia de Fe y Alegría. Fue director y profesor de la Escuela de Educación en la UCAB en las cátedras de Historia General de la Educación, Ética profesional y Educación de adultos en las especialidades de Ciencias pedagógicas y Educación Integral. Investigador en el área de la Educación en CERPE y actual director del Instituto. Miembro del Consejo Consultivo del Ministerio de Educación y luego del Consejo Nacional de Educación. Autor de diversos artículos editados por el Centro Gumilla y colaborador en varios libros.

Zulma Cirigliano Vecchio es profesora de Matemáticas y Física. Especialista en Ciencias Administrativa (mención: Planificación). Candidata al Doctorado en Educación Universidad Católica Andrés Bello. Docente de aula en todos los niveles del sistema educativo. Jefe de Laboratorio y Departamento en los Liceos Gustavo Herrera y Pedro Emilio Coll. Directora de los Liceos: Juan Milá de la Roca, Julián Padrón y de la Miguel Antonio Caro y de la Unidad de Aplicación de la UPEL. Supervisora de la Zona Educativa del Distrito Federal. Planificadora Educativa de la O.S.P.P Ministerio de Educación. Coordinadora de Física a nivel Nacional (CENAMEC). Profesora de las Cátedras de Enseñanza de las Matemáticas y de las Ciencias Naturales. Jefe del Departamento de Educación Integral y Preescolar. Escuela de Educación de la UCAB. Profesora del postgrado de Educación en Procesos de Aprendizaje y Gerencia Educativa (UCAB). Ha trabajado en la elaboración de diversos trabajos especiales para el Ministerio de Educación y la UCAB.

Rosa María Cisneros es estudiante del cuarto año de Sociología y segundo de Educación Integral. Realizó sus estudios de primaria y secundaria en la Unidad Educativa "Instituto Escuela", en el área de Ciencias. Estudió inglés en el College of Notre Dame, Belmont y actualmente participa en los talleres de teatro del grupo Medatía de la Universidad Católica Andrés Bello desde 1996.

Al llegar a la alcabala de Puerto Páez, justo en el límite entre Portuguesa y Barinas, hay que doblar a la izquierda en dirección al sur. Son 90 km. de buena carretera hasta el ramal de Dolores, atravesando potreros y dejando de lado poblaciones importantes, como Sabaneta, Mijagual y Libertad. Dolores es una pequeña población adormilada, de donde arranca una vía estrecha de 9 km., asfaltada al comienzo y librada después a las lluvias torrenciales y al desbordamiento ocasional del

Masparro. Esta vía conduce a la Escuela Agropecuaria "San Ignacio del Masparro", de Fe y Alegría. La dirigen tres padres Jesuitas y tres Hermanas Misioneras de Jesús. Allí estudian y se forman 305 alumnos internos, varones y muchachas, que reciben atención de 18 docentes académicos e instructores, también residentes en la escuela. Dos o tres voluntarios españoles, profesionales ingenieros o agrónomos, enviados por la oficina de Fe y Alegría (VOLPA) ayudan en lo que haga falta. Una docena de personas,

que cumplen labores administrativas y manuales, completa el personal de la institución. Los terrenos de la escuela son grandes, 475 hectáreas, parte de ellas sometidas durante el período de lluvias a inundaciones, con frecuencia perjudiciales. El río Masparro, que marca el límite occidental de la finca, viene desde los Andes y desemboca en el río Apure, 80 km. más al sur. El terreno comprende una parte de bosque, la más alejada del río, además de potreros para las 700 reses de ganado vacuno, 10 hectáreas de cultivo extensivo (maíz en invierno, caraotas y frijoles en verano) y dos hectáreas y media destinadas como huerto escolar al cultivo de hortalizas y verduras.

En San Ignacio del Masparro se atiende exclusivamente a los niños campesinos de "El Picure", donde está enclavada la hacienda, y a 28 pequeños núcleos de población dispersos por la zona. Ellos nunca hubieran podido estudiar sin el apoyo de Fe y Alegría. Atender a la clientela más pobre y excluida (niños y niñas sabaneros) constituye el requisito de admisión a esta escuela. Los representantes viven por lo general de la agricultura, ganadería y pesca. En su mayoría son conuqueros o dueños de menguadas extensiones de tierra sin título de propiedad. Estamos pues en una escuela agropecuaria que imparte educación para la formación del campesino y una formación

cristiana práctica. Los alumnos cursan en la Escuela la segunda y tercera etapas de la Educación Básica, es decir, desde 4° grado hasta 9°. Al concluir estos 6 años, ellos deben incorporarse al campo y tratar de cambiar la forma de hacer agropecuaria y economía agrícola de sus representantes o de sus patronos. Algunos continúan estudios de bachillerato en San Javier del Valle (Mérida), también de Fe y Alegría, o en la Escuela Agropecuaria que dirigen los PP. Salesianos en Barinas.

Todo lo que antecede se puede leer en los documentos de esta escuela y también pueden comunicarlo los directivos, docentes y alumnos. Pero ¿es verdad lo que está escrito? ¿Cómo se alcanza la formación que en ellos se pretende? ¿Cómo es la vida real en este rincón apartado del Estado Barinas? ¿Cómo pasan el día los que viven en San Ignacio del Masparro?

A las 4 de la mañana –mucho antes de que los araguatos comiencen su concierto de rugidos en el bosque– concurren a las dos vaqueras los alumnos encargados del ordeño, con la supervisión del instructor y la ayuda de algún peón. Las vacas son ordeñadas rápida y eficientemente a mano o con extractores mecánicos: 60 litros servirán para el consumo diario y otros tantos serán transformados en queso; el resto se almacenará en tanques refrigerados para la venta. Mientras tanto, un grupo de

6 alumnos ha ido a la cocina a preparar las 400 arepas del desayuno. Ellos van solos, tienen las llaves y saben dónde están los implementos. La responsabilidad es un valor que se vive con naturalidad: un día en la madrugada no había luz, pero el grupo de ese día buscó los fósforos, prendió velas y lograron que el desayuno estuviera a la hora de costumbre. Los demás alumnos, que se levantan a las 5 y cuarto, se reúnen en salones para estudiar una hora antes del desayuno, aunque no esté presente el maestro guía que los atiende. A las 7 desayunan y luego ordenan el dormitorio. A las 8 comienza un período de 2 horas de clase, seguido de 2 horas de trabajo en el campo, organizado y dirigido por 4 técnicos agropecuarios. Estos instructores enseñan a sembrar el maíz en las 10 Ha. que se dedican a este cultivo (este año sólo pudieron sembrar seis, por el exceso de lluvias). Limpian de maleza los potreros para que las 700 reses encuentren el pasto limpio. Cuidan los jardines que adornan los espacios comunes entre los edificios. Aprenden a vacunar el ganado contra la fiebre aftosa, la leishmaniasis, la brucelosis y la rabia. Aprenden a cultivar hortalizas y verduras (tomate, acelga, cebollín, ají, pimentón, etc.), a las cuales se dedican dos hectáreas y media y que proporcionan el aliño para las comidas. El llanero no suele

comer hortalizas ni verduras, pero en esta escuela se ha logrado cambiar los hábitos alimenticios de los alumnos. De esa manera, cuando ellos regresen a sus casas, les resultará sencillo sembrar su conuco con hortalizas y verduras, que no sólo les servirán para el consumo, sino para mejorar sus ingresos. Con el tiempo podrá constituirse –así se piensa– una organización campesina para la venta de los productos sobrantes. La Comunidad Económica Europea ha patrocinado esta idea y ha dado créditos para que los campesinos puedan extraer con bomba agua potable del subsuelo, y organicen el huerto familiar. La época de lluvias acaba con la huerta, por lo cual hay que levantar el terreno, mezclarlo con arena que neutralice la arcilla, protegerlo de los animales con un cerco de alambre.

Después de asearse, del almuerzo y de un rato de descanso, tienen 3 horas de clase, una hora de juegos y deportes (fútbolito, volibol), aseo y una hora de estudio. A las 6 y media tienen la cena y otra hora de descanso, que normalmente aprovechan para reunirse en una cancha cubierta e iluminada. A las 8, según el día de la semana, reflexión en común, ensayo de cantos, Misa o Celebración de la Palabra. A las 9 todos se han ido a dormir, los varones en sus dos dormitorios, las muchachas en otros dos.

LAS CLAVES

Esta es la descripción externa y somera de un día normal de los alumnos en San Ignacio del Masparro, entre lunes y viernes. Los fines de semana regresa cada uno a su casa, menos los que por turno se encargan de las vaquerías y del mantenimiento general. Pero falta conocer la vida interior, el ambiente, los valores que animan esta educación, la cultura escolar que se constituye, las formas de organización, las normas que rigen, los problemas que surgen, la forma de solucionarlos. En otras palabras, las casi 400 personas que conviven estrechamente en esta escuela forman una comunidad. ¿Cómo es esa comunidad?

Los directivos la describen como una gran familia, e insisten constantemente en que sin amor por los demás, sin dedicación responsable al trabajo que cada uno hace, la escuela no funciona. Esto lo sienten así los alumnos, lo manifiestan con sencillez y alegría en las reflexiones comunes. Dice uno de ellos: "Estamos unidos como una familia, acompañando al que está triste". Otro: "Los profesores nos tratan como a sus hijos, nos enseñan a reflexionar; si peleamos, nos hacen reconciliar". Esta es por tanto una de las claves, el sentido de familia, de pertenencia afectiva a la escuela entendida como comunidad. Todos son conscientes de que cada uno debe aportar su granito de arena para que haya comida a

tiempo, para que todo esté limpio, para que las plantas prosperen y el ganado produzca, para que haya aprendizaje. Los antiguos alumnos visitan la escuela con frecuencia, añoran su ambiente, quisieran echar hacia atrás el reloj del tiempo.

Otra clave es el sentido de solidaridad, de ayudar al que tiene menos o sabe menos. Estos son pobres, que reciben ayuda de pobres y que ayudan a pobres. Unas alumnas de 9º grado han fundado en Montañas de Machado lo que llaman "Misión cultural". Organizan reflexiones con la comunidad, actos de entretenimiento para mantener vivo el folklore llanero, celebraciones de la palabra, misa cuando uno de los sacerdotes jesuitas puede ir. La solidaridad se muestra con originalidad en el trabajo académico y en asuntos de disciplina. Existe lo que se llama el "maestro amigo", que es un compañero que enseña al que no ha entendido y que a su vez puede convertirse en receptor de explicaciones por parte de otro compañero, constituido en maestro-amigo de lo que él no entiende o no hace bien. Uno de los muchachos fue sorprendido varias veces en hurto. La dirección consideró que no podía seguir siendo interno, aunque se le permitió asistir a clase, pues vivía cerca. Los compañeros le hablaron, le ayudaron y después de un período fue readmitido sin problemas al internado. Los alumnos nuevos se adaptan tan

rápidamente a la cultura escolar, gracias a la ayuda de los más veteranos, que pasado el primer mes es difícil distinguir entre los nuevos y los antiguos.

Una tercera clave es la organización de la escuela, que puede calificarse de solidaria, rotativa e internalizada. Solidaria: cuando alguien no puede cumplir una asignación sobra quien quiera reemplazarlo. Al llegar temprano los lunes, todos van a ver en las carteleras si tienen asignado para la semana alguno de los múltiples trabajos: cocina, servir la comida, fregar la vajilla y las ollas, barrer, limpiar los baños, etc. Un alumno no llegó un lunes, debido a que el caño del río que debía atravesar a caballo iba demasiado crecido. Otro inmediatamente ocupó su puesto hasta que pudo llegar el asignado.

La organización es rotativa. Todos pasan por los distintos oficios, a no ser el de la vaquería, que sólo es llevada por los varones, aunque las muchachas de 9º grado ayudan con el ordeño. Hasta llegar al noveno grado, las muchachas reciben cursos de corte y costura, en los que aprenden patrones básicos de faldas y blusas, tejidos, ganchillo, pintura sobre tela, macramé y hacen muñecos de trapo. Dentro de cada grupo hay un encargado que dirige el trabajo, que puede pasar a ser un simple ejecutor en otro grupo. Lo que interesa es que la tarea se realice y todos cumplan a gusto tanto el papel de jefe como el de subordinado. La

organización se lleva dentro, internalizada y asumida con naturalidad, como la forma imprescindible de que las cosas salgan bien.

Se ha incorporado a la escuela un rasgo cultural característico de nuestras poblaciones campesinas, la cayapa o trabajo comunitario: en el primer lapso, la cayapa se aplica a recoger el maíz que deja la máquina cosechadora (“coqueo”); en el segundo, se recoge manualmente el frijol y la caraota; en el tercero, que coincide con la semana de la conservación, se siembra el pasto en los potreros. Esa semana se limpia el colegio, se podan los frutales, se controla la maleza. Una vez al mes se tiene una actividad cívica llamada Notiagro, en la que se informa de la actualidad nacional agropecuaria.

LOS GESTORES

Detrás de una organización que funciona bien hay necesariamente líderes que la hacen funcionar. La mejor manera de reconocer a un auténtico líder o gestor es que todo funcione aunque él no esté presente, que no aparezca porque no hace falta. En San Ignacio hay muchos líderes, muchos gestores y –lo más interesante– hay alumnos que están aprendiendo en la práctica el liderazgo compartido. En la escuela hay un liderazgo académico, un liderazgo logístico, otro comunitario, otro de gestión

agropecuaria, un liderazgo espiritual. Cada uno cumple un papel imprescindible de cara a la formación de los muchachos y muchachas.

La dirección académica la lleva Moraima Rojas, religiosa maracucha, normalista del Colegio Gonzaga de Maracaibo y licenciada en LUZ. Ella ha heredado la visión de sus antecesoras, las hermanas María Pilar y Asunción, y su espíritu de compromiso popular cristiano. Se apoya en Feli y en Juliana, las otras dos religiosas que comparten afares y esperanzas. Moraima tiene muy claro que la misión de la Escuela es “formar campesinos ilustrados, con sensibilidad social y compromiso cristiano para trabajar por conseguir un ambiente organizado, próspero y de fe en las comunidades que atendemos”. No se trata sólo de formulaciones bonitas. Los alumnos sienten que eso es verdad, porque vienen de ambientes deprimidos, están muy mal preparados cuando ingresan en la escuela, pero allí se les brinda una atención especial y personalizada. Antiguas alumnas de esta misma Escuela como Sandra Durán o Delbis Rivero, que luego siguieron estudios en San Javier del Valle, se encargan de asistirles con tareas dirigidas para reforzar lo que traen y llenar lagunas o de enseñar a las muchachas corte y costura.

El P. José María Vélaz fundó esta escuela agropecuaria, como un sueño al final de su vida, pero

sin el P. José Antonio Sierra, San Ignacio del Masparro no existiría. Su afición y conocimientos tienen que ver con tornillos y tuercas, pulgadas de diámetro y caballos de fuerza. Él es el gestor principal de unas instalaciones mejoradas día a día en 12 años de esfuerzo constante. Basta un recorrido rápido por los terrenos para caer en la cuenta de la enorme inversión económica que el P. Sierra ha logrado por parte del Dividendo Voluntario para la Comunidad, la Fundación Polar, PDVSA, la Gobernación de Barinas, la oficina de Fe y Alegría en España y de otros muchos aportes públicos y privados que se identifican con la obra de la Escuela. Hay construidos alrededor de 32 edificios: 4 de aulas, 5 dormitorios, 10 viviendas rurales, residencia de huéspedes, 2 vaqueras, capilla, cancha deportiva/ usos múltiples, 2 talleres, vivienda de los padres, vivienda de las hermanas y otros menores. El parque móvil se mantiene gracias a las gestiones de Sierra en Barinas, Acarigua, Barquisimeto y Caracas. Comprende 9 tractores: 7 agrícolas y 2 de cadenas que hacen canales y caminos y sirven también para deforestar; 3 camiones (uno de volteo, uno de estacas y un F-350); 3 autobuses para el transporte de los alumnos, dos de ellos con 40 años en sus motores; 9 vehículos de pasajeros y carga. La hacienda se surte de agua gracias a 7 motobombas, que sacan agua del río y del subsuelo y la elevan a dos tanques de

25.000 litros y a otros dos de 15.000 cada uno. Hay una planta eléctrica de 45 Kw para emergencias que resultan frecuentes. En la temporada seca se usa hasta tres horas diarias y a veces toda la noche. El parque agrícola está compuesto por rastras, sembradoras, cosechadoras, desgranadora de maíz, que funcionan con los tractores. Todo un equipo conseguido con esfuerzo, reparado en el taller mecánico de la escuela y mantenido en servicio eficiente gracias a Sierra.

Yoleida de Oliveira es una merideña con 7 años de trabajo en San Ignacio. Ella es la organizadora de los grupos de trabajo en la Escuela, cuida los dormitorios de las niñas y se encarga de su formación religiosa. Ella es, además, la inspiradora de la organización popular campesina alrededor del huerto familiar. Es un trabajo lento y duro, que pretende quebrar hábitos y mentalidades y que desembocará en la creación de una cooperativa de producción agrícola, con un puesto de venta en el ramal de Dolores.

Esther es la encargada de planificar y coordinar a las nuevas maestras, algunas de ellas como Norelsi Mora, alumnas recientes de El Masparro. Norma Contreras es una merideña que se identifica con los valores de la Escuela. Nos habla del trabajo en equipo, de la relación afectiva entre los maestros y los alumnos, de la ayuda mutua. Caemos en el tema

de la educación sexual. Hay muchachas que dejan la escuela a los 15 años por irse con un muchacho de su zona. Es la costumbre llanera y es también repetir un ciclo de vida sin horizontes. Hay otras muchachas que buscan un futuro distinto y son las que permanecen.

Sabino Aguirre, coordinador de la 3ª. etapa, es responsable de la formación de los alumnos. Está casado con Esther, encargada de la cocina, y tiene dos niños preciosos, los consentidos de los maestros, sobre quienes ejerce Sabino un liderazgo muy positivo. Por cierto que el desplazamiento en el interior de la Escuela es en bicicleta, de manera que pudimos ver a Sabino y a otros maestros dirigiéndose de un lugar a otro en esos vehículos fieles y sufridos.

Los instructores de campo son técnicos agropecuarios formados con los Salesianos de Barinas. Celestino Delacierta, Richard Escobar, Jesús Manzano y Rubén Rojas viven su trabajo con ilusión, organizan a los alumnos para las labores del campo, les enseñan técnicamente, les hacen reflexionar, les aportan una visión positiva del trabajo agrícola. Hace falta, nos dicen, un seguimiento de los egresados para ver si el esfuerzo de la Escuela se justifica a la larga. Tremendo interrogante, que ellos mismos resuelven diciendo que una cosa es la transformación del campo, objetivo demasiado ambicioso y sujeto a imponderables ajenos a la escuela, y otra la mejora de sí

mismos como personas y la ampliación de sus posibilidades humanas como campesinos, que es lo que esta institución quiere lograr.

José Luis Andueza e Iñaki Berecibar son los otros dos jesuitas con que cuenta San Ignacio. Iñaki es una especie de gran párroco de la zona, la cual recorre constantemente en su trabajo evangelizador. Biólogo de estudios y afición, es también enfermero experimentado y receta con acierto contra los males ocasionales de los alumnos. José Luis ejerce su papel de padre espiritual con una capacidad de empatía que le hace sostener grandes conversaciones a la hora y en el lugar que sea.

LOS RESULTADOS

Es natural que nos preguntemos si San Ignacio del Masparro produce un impacto significativo en su zona de influencia, medida en organización popular, transformación de algunos modos de producción o en las relaciones sociales. Creemos que sería excesivo esperar tales resultados de una institución educativa que apenas tiene 12 años en la zona y cuyas posibilidades de transformación de las estructuras son muy reducidas. Por eso la pregunta sobre los resultados debe reorientarse hacia los alumnos: ¿se puede saber si los alumnos quedan marcados definitivamente por los valores

que allí reciben? ¿Tiene éxito ésta institución educativa en la educación de personas con sentido comunitario y espíritu cristiano y con aprecio por el trabajo?

Hoy se habla mucho de valores y se exige que la escuela los inculque. Hay mucho de hipocresía social en este reclamo: mientras el modelaje social de los adultos gire en torno al tener, al placer y al poder, sin reparar en medios para conseguirlos, la escuela cumplirá un triste papel secundario y a contracorriente. El núcleo familiar es determinante en la orientación vital que toma cada niño o niña en la vida, por encima de las tan mentadas influencias de la televisión y de los amigos. La escuela cumple un papel subsidiario en este sentido y no se le puede achacar todo lo bueno o lo malo que ocurre en la sociedad. Pero en muchos casos, cuando la familia es débil o no existe, la institución escolar se convierte en la única instancia modeladora de valores o de antivalores, según el caso, que son absorbidos por el

niño y el adolescente a falta de otros modelajes.

El respeto a los demás, la solidaridad con el que menos tiene o sabe, la compasión, el trabajo alegre y productivo, el sentido de escuela como gran familia, la honestidad, el gusto por la cooperación en las tareas comunes, la aceptación y el apego por el mensaje cristiano y la persona de Jesús de Nazaret se viven en San Ignacio del Masparro con naturalidad. Esto lo hemos podido constatar. No es tan utópico pensar que muchas escuelas podrían constituirse en transmisoras de valores como los nombrados, y que esto contribuiría a generar núcleos sociales de resistencia y regeneración frente a la avalancha disolvente que nos asfixia. Al fin y al cabo, las sociedades necesitan de las utopías como los pulmones humanos del oxígeno. Una sociedad sin utopía deja de tener vitalidad, decae y termina por desaparecer. San Ignacio constituye la realización de una

utopía en pequeña escala, que puede constituirse en fermento para ensayos de mayor alcance en la sociedad campesina de la zona. No sabemos si éstos se harán realidad o se los comerá el ambiente materialista e individualista que corroe a las ciudades, sobre todo pensando en que la emigración del campo a la ciudad es un fenómeno mundial irreversible. Seguramente las zonas campesinas están más protegidas y son más tradicionales en cuanto a valores que las zonas urbanas, y permiten así ensayos de convivencia social como los que se presentan en este reportaje, que no pretenden ni pueden constituirse en modelos generalizados para el resto del país, pero que estimulan la creatividad de los que trabajan en la educación del niño urbano. El trabajo de seguimiento de los egresados de esta escuela-granja y el refuerzo de las iniciativas que vayan surgiendo es una tarea pendiente, que bien podría encomendarse a los propios exalumnos organizados.

Cronología de Augusto Mijares (1897-1979)

R. J. Lovera De-Sola

1897 Nació Salvador Augusto Mijares Izquierdo en Villa de Cura, estado Aragua el 12 de noviembre de 1897. Fue hijo del doctor Daniel Mijares y de Josefa Izquierdo.

1906 Hizo los primeros estudios elementales en su ciudad natal. Trasladada la familia a Caracas estudió en el “Colegio Salesiano” de Caracas (1906-11). Culminó los estudios medios en el “Colegio Nacional” y en el “Colegio San Agustín”. Se graduó de bachiller en Filosofía y Letras.

1912 Cursó estudios en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela. Aunque hizo todos los cursos no llegó a graduarse por su oposición a lo que era la práctica de la abogacía bajo la tiranía gomecista.

1914 Inició su larga actividad docente en la “Escuela Andrés Bello” (1914). Su dedicación a la enseñanza será amplia y llenará prácticamente toda su vida. Por ella ha pasado a la posteridad con el cognomento de “el Profesor”. Dictó clases a lo largo de su vida en el “Liceo Andrés Bello” (1931), en el Instituto San Pablo, en la Escuela Normal de Maestros, en la “Escuela Francisco de Miranda” (1953), en el “Liceo Aplicación” (1944), en el Instituto Pedagógico Nacional, en la Universidad Central de Venezuela y en la Escuela Naval de Venezuela.

1921 Inició su actividad literaria al publicar el 6 de marzo de 1921 en las columnas de *El nuevo diario*, el más antiguo de sus escritos. Desde ese momento se le asoció a los miembros de la “Generación de 1918”.

1921-32 Cultivó la poesía y el cuento.

1927 Apareció su primer trabajo ensayístico, de corte histórico, en las columnas de *El Universal*. Se trata de *La patria de los venezolanos en 1779*.

1930 Dejó la poesía y la narrativa —a esta última volverá brevemente más adelante— para consagrarse por entero al cultivo del ensayo.

1936 Inició su actividad en el Ministerio de Educación durante el período en que fue ministro del ramo el doctor Caracciolo Parra Pérez (marzo 1-26-1936). Trabajó en la creación de la Superintendencia de Educación que bajo la mirada del ministro Parra creó Mariano Picón Salas (1901-1965). A poco fue nombrado Director de Educación Secundaria, Superior y Especial (1936-41). Fue también cofundador, junto con Luis Caballero Mejías (1903-1959), de la Escuela Técnica Industrial.

Casó con Matilde Felce Cottin (agosto 15), quien fue la madre de sus hijos Silvia, Matilde Elena, Daniel y Marisela.

Publicó por entregas en las páginas de *El Universal* las principales líneas de su obra mayor *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, la cual verá la luz en un volumen dos años más tarde.

1937

- Ministro encargado de Educación;
- Director del Archivo Nacional (junio 15, 1937-38).

1938

- Se graduó de profesor en el Instituto Pedagógico Nacional;
- Publicó la primera edición de su obra mayor como pensador: *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*.

1940

- Publicó su libro de ensayos *Hombres e ideas en América*;
- Nombrado Ministro Consejero y Encargado de Negocios en México (1940-44).

1943 Publicó su libro *Educación*, en el cual explanó su pensamiento educativo.

1945

- Volvió a ser Director del Archivo Nacional (agosto 21-octubre 28, 1945);
- Consejero y Encargado de Negocios en Costa Rica, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua (noviembre 28, 1945-46);
- Inspector Técnico de Educación Secundaria (agosto 22);
- Profesor Fundador de la Facultad de Filosofía y Letras (hoy de Humanidades y Educación) de la Universidad Central de Venezuela.

1947 Se incorporó como individuo de Número a la Academia Nacional de la Historia (abril 10). Como trabajo de incorporación presentó su estudio *Libertad y justicia social en el pensamiento de don Fermín Toro*.

1948

- Nombrado Vocal de la Comisión Editora de las *Obras completas* de Andrés Bello (febrero 28);
- Nombrado Ministro de Educación (noviembre 25, 1948 – noviembre 27, 1950). Como ministro elaboró el Estatuto Provisional de Educación el cual estuvo en vigencia hasta 1955; impulsó el ensayo de educación rural en Barlovento; reformuló los salarios del personal docente; creó el Plan de edificaciones escolares (1950); el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio, Ipasme (noviembre 23, 1949); el Instituto Nacional de Deportes (junio 22, 1949); la revista *Tricolor* (Febrero 4, 1949) y la Orden 27 de Junio (junio 22, 1949).

1950 Nombrado embajador en España (diciembre 22, 1950-julio 1952).

1952 Apareció en España la segunda edición ampliada de *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*.

1953

- Se reincorporó como profesor a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela;
- estuvo encargado de la dirección de la Escuela de Educación de la misma facultad;
- fue nombrado profesor asociado.

1955

- Publicó su libro de ensayos *La luz y el espejo*;

- Nombrado Doctor Honoris Causa de la Universidad Central de Venezuela (julio 29);

- recibe el "Premio Nacional de Literatura" compartido con Miguel Otero Silva (1908-1985). El galardón le fue otorgado por su libro *La luz y el espejo*.

1958 Publicó su única novela *Los adolescentes*.

1960

- Se incorporó a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales con su estudio *El proyecto de América y el discurso preliminar* (agosto 15);

- publicó su biografía *Don Julián Viso*.

1961 Nombrado Asesor Cultural de la Comandancia General de la Marina (agosto 14).

1962 Publicó su trabajo *La evolución política de Venezuela* (1810-1960).

1963 Publicó su libro *Lo afirmativo venezolano*

1964

- Publicó su biografía *El Libertador*;
- se retiró de la Escuela Naval de Venezuela.

Obtuvo su jubilación. De allí en adelante se dedicó por entero a su obra como ensayista. Escribe en adelante un artículo semanal para el diario *El Nacional* de Caracas.

1971

- Se incorporó a la Academia Venezolana de la Lengua como Individuo de Número. Presentó ante esta academia su trabajo *Vida romántica y romanticismo literario*;

- publicó el volumen de ensayos *Longitud y latitud*.

1974 Nombrado Miembro del Consejo General de La Casa de Bello (marzo 1). Este Consejo es nuestra Academia de Humanidades.

1976 Recibió el premio "Henrique Otero Vizcarrondo" al mejor artículo publicado en el año por su trabajo "No son renovables". A los pocos meses lo insertó en su libro *Somos o estamos*.

1977 Publicó su colección de ensayos *Somos o estamos*.

1979 Junio 29: falleció en Caracas.

1015424

ESTE EJEMPLAR SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE EDITORIAL TEXTO
AV. EL CORTIJO, QTA. MARISA, N° 4
LOS ROSALES - CARACAS - VENEZUELA
TELEFONO: 632.97.17

EX 1